UN CABALLERO EN EL PURGATORIO

ALEJANDRO PARISI

Un personaje real, con la habilidad de robar sin que nadie lo viera y dibujar unos retratos que todos querrían ver.

"La feliz asociación entre un personaje inolvidable y un escritor apasionado."
Jorge Fernández Díaz

SUDAMERICANA

Alejandro Parisi

Un caballero en el purgatorio

Sudamericana

Esta novela y cada uno de los hechos y personajes que aparecen en ella están basados en las vidas y los recuerdos de su protagonista, Carlos Frattini.

“Están ahí, pero no los ves. De eso se trata. Están pero
no están. Así que cuidá el maletín, la valija, la puerta, la ventana,
el auto. Cuidá los ahorros, cuidá el culo. Porque están ahí,
van a estar siempre ahí. Chorros. No, eso es para la gilada.
Son descuidistas, culateros, abanicadores, gallos ciegos,
biromistas, mecheras, garfios, pungas, boqueteros, escruchantes…”

Marcos (Ricardo Darín),
en Nueve Reinas *(2000), de Fabián Bielinsky*

1

Frattini era un niño de cuatro años desnudo, parado sobre un sillón. Inexplicablemente, estaba desnudo: quizá acabaran de bañarlo y estuvieran por vestirlo... Lo cierto es que estaba desnudo junto a las dos mujeres que lo cuidaban desde que tenía memoria en aquella casa amplia y luminosa. Entonces alguien gritó afuera, y la puerta de calle comenzó a sacudirse con una lluvia de golpes.

Una de las mujeres preguntó quién llamaba. Del otro lado llegaron bufidos, insultos, y una sola frase que al pequeño Frattini lo llenó de asombro y confusión:

—Soy el padre. Vengo a llevármelo.

Las mujeres se miraron y se lanzaron sobre la puerta dispuestas a rechazar al visitante, que golpeaba y las insultaba a los gritos. Al fin, la puerta se abrió con la fuerza de una patada y el hombre entró a la casa. A Frattini la escena que veía lo paralizaba: una de las mujeres le mordía una pierna al hombre, mientras éste intentaba zafarse de la otra, que le rasguñaba el rostro y le impedía que alcanzara el sillón donde Frattini, el niño, estaba de pie, callado, asombrado y desnudo.

Al hombre le costaba hablar por la excitación de la lucha:

—Soy el padre. Es mío.

La pelea duró varios minutos, hasta que el hombre cerró los puños, golpeó a las mujeres y ellas cayeron al suelo más preocupadas por defenderse que por atacarlo. Entonces el hombre fue hasta el baño y regresó para envolver al pequeño Frattini con una enorme toalla de color rosa. Labios partidos, pintados de sangre, insultaron al hombre

que se marchaba escaleras abajo con el niño en brazos.

Caminaron en silencio por calles heladas. Desde su aparición, el pequeño Frattini no había podido dejar de mirar a ese hombre de rubios cabellos y ojos claros que era, o decía ser, su padre. Se detuvieron en una plaza. Frattini quedó deslumbrado ante el enorme puente que cruzaba el río, y las calles de adoquines cargadas de camiones, autos y colectivos, bicicletas y tranvías.

En la plaza subieron a un colectivo. Los demás pasajeros miraban a la extraña pareja: un hombre que olía a alcohol con un niño en brazos, desnudo bajo una toalla. Sin embargo el pequeño Frattini no sentía frío, ni miedo, ni vergüenza, ni dolor. Con los ojos cerrados, abrazaba al hombre y en voz baja, muy baja, le decía: “Papá”.

Cuando despertó ya no estaban en el colectivo, ahora su padre lo cargaba por una ancha avenida; lejos, las grúas del puerto de La Boca y un triángulo plateado al final de la calle: el Río de la Plata. Se internaron por calles más angostas, salpicadas de niños que jugaban al fútbol y mujeres que gritaban en idiomas incomprensibles. De pronto su padre entró a un gran patio rodeado de casillas de madera y chapa, muy distintas a la casa confortable en la que el pequeño había vivido hasta entonces; cruzó el patio sin saludar a las mujeres que lavaban la ropa en una pileta y subió la escalera que conducía a una de las casas. Antes de que llamara, la puerta se abrió de par en par para mostrar un rostro pálido. Su padre entró a la casa y lo depositó sobre una cama. Entonces dijo:

—Ella es Mirtha, tu mamá.

Desconcertado, feliz, el pequeño sonrió mientras su madre comenzaba a vestirlo con ropas abrigadas y su padre se marchaba sin siquiera despedirse.

Frattini no sabía quiénes eran esas mujeres que lo habían cuidado hasta la aparición de su padre, pero tampoco las extrañó durante los primeros días que pasó en su nueva casa. Hasta para él, un niño de cuatro años, resultaba evidente que si su padre se había peleado de tal forma para recuperarlo era porque lo amaba y quería estar con él. Eso pensó Frattini.

Hasta que un día su padre alzó un puño y le dio un golpe en medio

de la boca. Su madre presenció la escena en silencio, ni siquiera protestó; se limitó a tomar un pañuelo y limpiarle la sangre de la herida. Al verla llorar, Frattini sintió miedo, y lamentó que Mirtha no lo defendiera como lo habían hecho aquellas dos mujeres de las que ni siquiera recordaba los nombres.

Cada mañana, su padre se marchaba a trabajar a la fábrica Alpargatas completamente borracho de cerveza. En su ausencia la casa se volvía más cómoda, su madre sonreía, le enseñaba cosas e incluso se animaba a cantar tangos mientras limpiaba o planchaba la ropa. Pero por la tarde, cuando la puerta volvía a abrirse y su padre regresaba tan borracho como se había marchado, todo volvía a empezar. Si Frattini hacía alguna pregunta, su padre le daba un puñetazo. Si rompía algo, lo azotaba con el cinturón. A veces se refugiaba debajo de la cama para protegerse, otras veces se escapaba de la casa, pero siempre acababa cubriéndose el rostro con los brazos, llorando.

De noche permanecía quieto, midiendo hasta el menor sonido de su respiración por miedo a que sus bostezos o sus accesos de tos despertaran a su padre.

El 20 de julio de 1936 Frattini cumplió cinco años. Ese día su madre le había regalado un banderín de Boca Juniors. Frattini estaba feliz. Su padre llegó más tarde que de costumbre. Al entrar a la casa y ver sonreír al niño, le dedicó la mirada más furiosa que pudo permitirle el alcohol.

—Andate —le dijo.

Frattini miró a su madre, asustado. Como siempre, ella se restregó las manos en el delantal y se volvió para ocultar su impotencia. Su padre volvió a gritar:

—Andate, hijo de puta.

—Mamá… —gimió Frattini, esperando que esa palabra rompiera el hechizo que lo había atrapado en aquella pesadilla.

Pero el hechizo no se rompió, y la pesadilla aún estaba por comenzar.

Su padre dio dos pasos, lo sujetó del pulóver y lo alzó del suelo hasta que quedaron frente a frente. Las piernas del pequeño Frattini

colgaban en el aire, sobre el banderín tirado en el suelo. Cerró los ojos temiendo una nueva paliza, pero en lugar de golpearlo, su padre le dijo:

—Ella no es tu mamá. Tu mamá se murió cuando vos naciste. Vos la mataste.

Y lo dejó caer al suelo. Frattini estaba tan aturdido por la noticia que ni siquiera sintió la caída. Su padre abrió la puerta y lo empujó.

—Andate.

Afuera hacía un frío insoportable. La luz que iluminaba el patio estaba envuelta en una aureola de humedad que impregnaba la baranda de la escalera, el suelo y todo el conventillo. Los vecinos dormían en sus casas. No se escuchaba otro ruido que el de su propio llanto. Temblando, se acostó entre los pilares de madera que sostenían la casa. No durmió, ni siquiera pudo cerrar los ojos. Sólo miraba la puerta, esperando que se abriera y su padre lo invitara a entrar.

Cuando se quiso dar cuenta, las primeras luces del conventillo se habían encendido. En las casas, los hombres estarían tomando un desayuno caliente y pronto saldrían a trabajar. El pequeño Frattini se incorporó. No quería que nadie lo viera allí, solo, temblando de frío. Se acercó a una de las piletas y abrió el grifo. Se lavó el rostro y el agua helada lo hizo entrar en razón: debía marcharse, desaparecer antes de que alguien lo viera o, lo que sería peor, antes de que su padre bajara las escaleras y lo encontrara allí.

Miró en dirección a la salida del conventillo. Dio un paso, otro, y poco a poco fue alejándose. Con los brazos cruzados, en un vano intento por calentarse el cuerpo, el pequeño Frattini caminó por calles distintas, al azar. Los tranvías y los colectivos pasaban cargados de trabajadores. Los pájaros cruzaban el cielo en dirección al río. Los porteros barrían las veredas. Entonces vio la puerta abierta de un edificio. Si se escondía en la terraza podría pasar la mañana sin que nadie lo viera, al reparo del frío... Con sigilo, subió las escaleras hasta el último piso, pero se encontró con que la puerta de la terraza estaba cerrada. Derrotado, se tumbó en el suelo, la espalda contra la puerta cerrada y la cabeza entre las rodillas.

Tenía hambre, no había cenado; tenía frío, su padre ni siquiera le había permitido llevarse un abrigo. Desde uno de los departamentos le

llegó una risa. Se puso de pie y sacudió las piernas. Lentamente, Frattini se acercó a una de las puertas seducido por la calidez de los sonidos. Sin darse cuenta pateó una botella de leche vacía que se encontraba junto a media docena de sifones y el ruido retumbó en el edificio, tanto que Frattini corrió a esconderse por miedo a que alguien lo descubriera. Pero las puertas permanecieron cerradas; estaba tan solo que ni siquiera existía alguien que lo obligara a marcharse. Así que volvió a acercarse a la puerta. Pudo oír el tintinear de tazas y cucharas, y tuvo más hambre y más frío. Por un momento pensó en llamar a la puerta.

Pero se limitó a mirar sus zapatos húmedos. Sólo entonces descubrió que bajo los sifones había un puñado de monedas. Miró en todas direcciones. Se agachó, y se guardó las monedas en uno de los bolsillos.

Bajó las escaleras.

En el piso inferior también había sifones, botellas de leche vacías y monedas. Las robó todas, piso por piso, departamento por departamento, hasta que al fin tuvo el bolsillo derecho repleto de monedas.

Salió del edificio y comenzó a caminar hasta llegar a la estación de trenes de Constitución. Allí compró un diario. No sabía leer, pero el hecho de tener dinero y pagar lo que quería le propició una victoria tan insignificante como placentera. Al pasar frente a un bar, a través de las ventanas vio que un hombre mojaba una medialuna en una taza. Entró al bar y se ubicó en una mesa del fondo.

Sentado en la silla, sus pequeñas piernas no llegaban a tocar el suelo. El mozo se acercó con fastidio, creyendo que era uno de los mendigos de la plaza. Frattini lo miró con toda la seriedad que podía tener un rostro de cinco años, y señaló la mesa del hombre que había visto a través de las ventanas.

—Quiero eso —dijo.

—Ah… ¿sí? ¿Y con qué vas a pagar? —preguntó el mozo.

Frattini metió una mano en su bolsillo y volcó el puñado de monedas sobre la mesa sin preocuparse porque algunas cayeran al piso. Incluso sonrió cuando el mozo tuvo que agacharse para juntarlas.

El café con leche le entibió la garganta, el pecho, y al fin dejó de

temblar.

Regresó al conventillo a media mañana. Su padre ya se había marchado al trabajo, y Mirtha le abrió la puerta de la casa con una sonrisa que no alcanzaba a ocultar toda su tristeza. El pequeño Frattini la besó, y se tendió sobre la cama. Estaba agotado. Había sido una noche de grandes revelaciones.

2

Con el paso de los meses comenzó a acostumbrarse a todo. A la casa, al silencio temeroso de Mirtha y a los golpes de su padre. Como un animal cautivo, aprendió a obedecerlo, a temerlo y a desaparecer de su vista para evitar esa furia incontenible que le despertaba su presencia. Si bien trataba de no permanecer en casa cuando su padre estaba allí, tampoco le resultaba fácil regresar cuando él se marchaba. Temía comprometer a Mirtha, a la que seguía llamando mamá; con apenas cinco años, Frattini podía imaginarse que si ella lo ayudaba era probable que tuviera problemas con su padre. A veces la oía llorar en la cocina, pero nunca la oía enfrentar a su marido, que no necesitaba golpearla para infundirle temor.

Por las mañanas iba a la escuela para pasar cuatro horas tratando de aprender eso que le enseñaba la maestra y que a él no lo ayudaba en nada. Lo único que lo tranquilizaba era estar en las calles, su refugio. Apenas salía de la escuela se marchaba a caminar por La Boca, y cuando sentía hambre, en lugar de ir a ver a Mirtha, se colaba en los edificios para robar las monedas de los sifones. Le gustaba pensar que eran un regalo, que la gente las dejaba allí para ayudarlo. Después entraba a un bar o a un restaurante y pedía todo lo que era capaz de comer.

Otras veces eran los propios vecinos quienes, al verlo durmiendo en las escaleras, lo llamaban y, sin preguntarle nada, le servían café, galletas, panes y dulces. Porque si su casa era el infierno, el paraíso debía ser algo parecido al patio del conventillo, esa enorme superficie

cubierta con rojas baldosas donde, al fondo, se ubicaban tres enormes piletones que servían para lavar la ropa y la vajilla, rodeados a un lado por tres baños y, al otro, protegidas por chapas, las dos duchas de agua fría que debían compartir las sesenta personas que vivían allí.

Durante el día, en torno a los piletones se armaban largas filas de mujeres que esperaban su turno para lavar la ropa o la vajilla. Por esos días también se veía a los hombres desempleados yendo de un taller a otro, pidiendo que les leyeran los diarios donde salían unos pocos avisos con ofertas de trabajo que nunca alcanzaban para ocuparlos a todos.

A Frattini le gustaba ver a las mujeres conversar, reír o cantar antiguas canciones campesinas que hablaban de montañas, mares y campos sembrados. Conversaban en distintos idiomas, de los que pronto comenzó a entender el italiano. La mayoría de sus vecinos había llegado a Buenos Aires desde el otro lado del mundo con la intención de establecerse, conseguir trabajo y progresar. Pero el progreso era una quimera en la Argentina de 1930, y los vecinos del conventillo de la calle Suárez, como los que habitaban los cientos de conventillos cercanos al puerto, ni siquiera habían logrado mudarse más allá del lugar donde habían desembarcado de los transatlánticos a vapor que los habían traído desde Europa.

Todos habían pasado por el Hotel de Inmigrantes, y todos esperaban poder establecerse en una casa más sólida y cómoda que aquellas casillas de chapa y madera demasiado calurosas en verano y heladas por la lluvia, el viento y el aire pegajoso que ascendía desde el Río de la Plata en invierno. Sin embargo, nadie mostraba tristeza: las mujeres reían, los hombres trabajaban o esperaban y los niños jugaban por ahí. Los fines de semana, por la noche, sacaban las sillas al patio y se formaban largas mesas en las que se compartía la comida, el vino y la música. Siempre había alguien que tomaba una guitarra o un acordeón. Terminaban cantando a los gritos viejas canciones de infancias remotas o tangos novísimos que sólo algunos pocos sabían recitar. Hombres, mujeres y niños se olvidaban de todo y se entregaban a los absurdos y estruendosos festejos de los que no tienen nada que festejar.

Entre los niños del conventillo Frattini encontró a sus primeros

amigos. Pasaban horas jugando al fútbol, y siempre lo invitaban a tomar la merienda a sus casas sin preguntarle por qué nunca iban a la de él.

Frattini y los niños del conventillo salían a caminar por La Boca, siempre pateando una pelota de fútbol, para mirar a los turistas que visitaban Caminito o las cantinas de la calle Necochea, y arrojar piedras al río, observar los barcos y ver desde una distancia prudente el trabajo de sus padres. Algunos trabajaban como braceros, cargando y descargando los buques mercantes, o manipulando los guinches y las grúas; otros trabajaban en las grandes fábricas de la zona, como Alpargatas, Barolo, Canale, Bagley, que inundaban las calles con un perfume de dulces y galletas.

Un día su padre regresó más furioso que de costumbre. Lo habían echado de Alpargatas debido a su mal comportamiento. Los tres días que pasó desempleado los ocupó en golpear a su hijo. Una de las palizas fue tan estruendosa que los vecinos comenzaron a gritar en el patio.

Frattini estaba en el suelo, cubriéndose el vientre con las rodillas para evitar las patadas que le lanzaba su padre. Por un momento, pensó que esa sería la última vez: ya no podía soportar el dolor, y las patadas eran cada vez más fuertes. Pero entonces alguien llamó a la puerta. Su padre no contestó. Antes de que volviera a pegarle, la puerta se abrió con violencia y entraron tres vecinos. Uno de ellos estaba armado con un largo cuchillo de carnicero. Gritaban insultos y amenazas. Absorto en su furia, su padre continuaba pegándole sin prestar atención a los hombres. Sólo se detuvo cuando uno de ellos le descargó un golpe en la cabeza. Los otros dos lo empujaron al suelo y lo inmovilizaron. El del cuchillo lo blandió amenazadoramente delante de su rostro.

—Si volvés a pegarle al pibe te corto la cabeza, borracho hijo de puta.

Frattini lloraba. Le dolían los riñones, la espalda. Tenía el rostro cubierto por una capa de lágrimas, mocos y sangre. Pero le sucedió algo extraño: en lugar de desear la muerte de su padre, tuvo lástima del borracho, que insultaba a los tres visitantes con un murmullo

incomprensible. Incluso se animó a escupirlos, como si buscara la muerte. Y lo hubieran matado de no haber sido por las súplicas de Mirtha, que, de rodillas, les rogaba a los vecinos que lo perdonaran, que se olvidaran de él.

Al fin, los tres hombres soltaron a su padre, que se revolvía en el suelo con una furia de perro herido. Mientras los vecinos salían de la casa, el del cuchillo le ofreció un pañuelo al niño para que se limpiara y, al oído, le dijo:

—Si este hijo de puta vuelve a pegarte, avisame.

Pero cuando su padre le volvió a pegar Frattini no le dijo nada a nadie. La malicia de aquel hombre lo había convencido de que su madre había muerto por su culpa, y él no quería cargar con otra muerte sobre sus espaldas.

Poco después de aquel episodio, su padre consiguió trabajo en el puerto como operario de uno de los guinches que manipulaban los contenedores con mercaderías importadas de todas partes del mundo. Si bien su trato no cambió, al menos volvió a estar ocupado, lejos de casa. A veces, a escondidas, Frattini iba a verlo trabajar. A la distancia esperaba descubrir algo, no sabía qué, que lo convenciera de que podía cambiar la relación, de que aún era posible que ese hombre se comportara como un padre.

Su padre manejaba el guinche del puerto con la precisión que no podía darle a su propio cuerpo, y aunque en sus manos recaía la responsabilidad de aquel enorme contenedor que alzaba por el aire, por sobre los barcos y los trabajadores que se movían por la cubierta, nunca causó un solo accidente. Al contrario, le iba bien, ganaba más que los otros trabajadores del conventillo. Hombre de un solo vicio, todo lo que no gastaba en alcohol era para su familia. En su casa nunca faltaba comida; si Frattini no podía comer era por otra cosa. Y en su exilio cotidiano por las distintas casas del conventillo, Frattini descubrió que la radio a transistores y la afeitadora eléctrica de su padre eran objetos demasiado lujosos para un simple guinchero como él.

Una mañana, antes de salir al trabajo, su padre se acercó a la cama donde él dormía y lo despertó con fuertes sacudidas. Al abrir los ojos y descubrir los de su padre, Frattini se incorporó de inmediato, dispuesto

a soportar una nueva paliza. Pero su padre no le pegó. Tan sólo le ordenó que al salir de la escuela se dirigiera al puerto y buscara el guinche donde él trabajaba.

Frattini pasó todo el día en la escuela pensando en el extraño pedido de su padre. Imaginó mil escenas, pero todas iban de un extremo a otro: su padre había cambiado y quería mostrarle el trabajo que hacía, o al fin había decidido darle el golpe de gracia y lo arrojaría al agua desde la proa de un enorme barco. Cuando sonó el timbre de salida, Frattini caminó lentamente las cuadras que separaban su escuela del puerto, temeroso de que aquel pedido fuera una mala señal.

Al llegar al guinche que manipulaba su padre, éste le gritó que esperara allí abajo. Sobre él, tapando los rayos del sol, uno de los contenedores pendía desde la punta del guinche. Contempló el enorme rectángulo de metal esperando que su padre lo dejara caer sobre él, pero el guinche se movió cuidadosamente y acomodó el contenedor sobre la cubierta del barco.

Después su padre apagó la grúa y bajó por la escalerilla angosta que conducía a la cabina. Cuando estuvo junto a él no lo saludó, pero tampoco le hizo daño. Un hombre que gritaba a los que trabajaban en el barco le preguntó a su padre qué hacía ese niño ahí.

—Es mi hijo, lo traje para que conozca el barco.

El hombre sonrió, removió los cabellos del niño y se alejó sin protestar. Durante unos pocos segundos Frattini tuvo una extraña sensación de felicidad. Luego su padre le hizo una seña para que lo siguiera. Caminaron a través de la rampa que conducía a la cubierta. Era la primera vez que estaba en un barco, y ese barco era enorme y tenía bandera norteamericana. Mientras caminaba, su padre miraba en todas direcciones y bebía a escondidas sorbos de una botella de cerveza. En su mano derecha, uno de los cigarrillos Brasil se quemaba en el olvido. Al fin lo hizo entrar en un camarote donde otro hombre hurgaba en una caja de cartón.

—Ahora sacate la ropa.

El pedido de su padre lo llenó de vergüenza. ¿Debía desnudarse delante de ese desconocido?

—Dale, mierda. Desvestite.

Frattini comenzó a quitarse la ropa, al tiempo que su padre recogía relojes pulsera de la caja. Cuando estuvo desnudo, apenas cubierto por su ropa interior, le ordenó que se colocara todos los relojes que le cabían en brazos y piernas. Contó un total de cincuenta y tres relojes sobre la piel, y todos marcaban una hora distinta.

Con cuidado, Frattini comenzó a vestirse. Cuando estuvo listo, intentó dar un paso y tropezó. Estuvo a punto de caer al piso, pero su padre lo sostuvo.

—Si rompés un reloj, te mato.

—Pero… si me descubren…

—Nadie revisa a los chicos, por algo te traje a vos.

Su padre no le mentía. Frattini salió del barco y pisó tierra sin ser detenido. Caminaron unas cuadras, hasta un callejón donde su padre volvió a ordenarle que se desvistiera. Le quitó los relojes y se marchó antes de que él pudiera vestirse. Al ver a su padre que se alejaba, Frattini trató de imaginar cuántos sifones y botellas de leche debía robar para equiparar el valor de esos relojes. Demasiadas escaleras, demasiados sifones.

3

En 1938 nació su hermana Estela, una niña hermosa que cuando reía hacía olvidar los peligros de la casa. Cuando lloraba, en cambio, su llanto se unía al coro insoportable de los otros niños del conventillo. Era una época donde los niños parecían salir de debajo de las piedras: en cada calle había los suficientes como para formar un equipo de once jugadores de fútbol.

Frattini jugaba en Defensores de Suárez. El equipo se llamaba así porque todos los chicos que lo integraban vivían en el mismo conventillo que Frattini o en los otros conventillos de la calle Suárez. Defensores de Suárez era conocido por sus victorias en los campeonatos que se jugaban los sábados por la mañana en Casa Amarilla, junto al estadio de Boca.

Resultaba irónico, o quizá revelador, que el pequeño Frattini no pudiera escapar a su condición de fugitivo ni siquiera cuando jugaba al fútbol. Tal vez por eso se convirtió en wing derecho: ningún contrario podía igualar su velocidad ni esos reflejos que le permitían quebrar la cintura para escapar de los golpes. Sus compañeros de equipo se enfurecían por su actitud egoísta frente al arco, aunque sus jugadas pocas veces terminaban mal. La gente lo saludaba por la calle, y él disfrutaba ese reconocimiento. Claro que la alegría se terminaba cuando su padre lo veía llegar con las zapatillas sucias, o gastadas, y todo volvía a empezar.

Cuando Estela dejó de tomar el pecho, Mirtha volvió a quedar embarazada. Frattini tenía nueve años. Era 1940, y ahora en el patio del conventillo todos hablaban de las noticias que llegaban desde Europa. La guerra había empezado hacía un año, y cada uno de los hombres y mujeres se lamentaba por las bombas que estaban destruyendo los pueblos en los que habían nacido, al otro lado del mar.

Ajenos a la guerra y a todo, los chicos se sentaban en el cordón de la vereda a conversar hasta entrada la noche. En verano caminaban hasta las cantinas de la calle Necochea para mezclarse con los turistas. Llegaban de todas partes, y eran capaces de esperar durante horas a que se desocupara una mesa en la cantina de Spadavecchia. Los sábados por la noche, Juan, el hijo del dueño, corría hasta la calle Suárez para llamar a Frattini y los demás niños del barrio para que animaran a los turistas. Apenas lo veían venir, ellos se incorporaban, ansiosos, con la esperanza de recibir una buena propina. Se movían en grupo, y al llegar a una cantina se apoderaban de panderetas, acordeones y guitarras y comenzaban a cantar antiguas canciones italianas. La mayoría de los niños eran o descendían de italianos, pero otros, como Frattini, eran argentinos. Unos y otros fingían el acento con naturalidad, y se hacían pasar por pequeños italianos con tal de recibir comida gratis y unas monedas.

Fue en esas cantinas donde Frattini descubrió los placeres del buen gusto. Los turistas vestían trajes hechos a medida, de colores claros, zapatos relucientes y joyas que pendían de sus cuellos, orejas y muñecas, y brillaban en la noche oscura de los callejones de La Boca. Hasta olían distinto, y su perfume era tan intenso que lograba imponerse al vaho de las letrinas de los conventillos de los alrededores.

Ese año Mirtha dio a luz a Juana, la segunda hija del matrimonio. Dos días más tarde, su padre salía de un barco con un botín de botones de nácar cuando lo detuvo la policía. Entre la bolsa de botones y la borrachera que llevaba no pudo articular el mínimo descargo y terminó en la cárcel de Devoto con una sentencia de dos meses por robo. La condena resultó una liberación para el pequeño Frattini.

Su padre recuperó la libertad casi al mismo tiempo en que Frattini se enteraba de que repetiría de grado. Aquella paliza le dolió menos que las otras, quizá porque en el fondo justificara la furia de su padre con su propia incapacidad para el estudio. Lo cierto es que mientras volvía a colocarse el cinturón con que lo había azotado, su padre le dijo:

—Si no servís para estudiar, buscate un trabajo o andate de una vez.

Ese mismo día Frattini salió a buscar trabajo. Recorrió La Boca, Monserrat… en una carbonería de la calle Tacuarí vio un cartel que parecía escrito para él: "Se necesita cadete", leyó Frattini, y entró. Comenzó a trabajar ese mismo día.

Desde entonces, además de escaparse de casa para jugar y pasear con sus amigos, también tenía la excusa de que debía trabajar. No le molestaba tener que llevar a la casa de los clientes las pesadas bolsas de carbón que cargaba entre los autos, colectivos y tranvías. Cualquier actividad era buena si lo alejaba de su padre y, aun mejor, si le reportaba unas monedas extras.

Cuando entraba a una casa, sucio de pies a cabeza y con la espalda doblada bajo el peso de la bolsa de carbón, Frattini miraba todo con ojos desorbitados: no dejaba de asombrarse al ver a esa gente que vivía entre tantas comodidades, con un baño por departamento, pisos limpios, paredes de concreto y ventanas acristaladas que mostraban la ciudad. Como un reflejo, cuando se marchaba bajaba por las escaleras buscando las monedas que el sodero del edificio ya no podría encontrar.

Mirtha había parido a su tercera hija, y en la casa cada vez había menos lugar para él. Frattini estaba tan acostumbrado a tener que dormir en las calles que incluso habló con un vecino que lo iba ver jugar al fútbol y le pidió permiso para dormir escondido en la caja de su camión.

El día que lo echaron de la carbonería, permaneció deambulando por la calle hasta que se hizo de noche. Sabía que su padre lo castigaría por perder el trabajo, aunque no fuera culpa suya: las ventas habían caído como en cada verano, y el dueño había decidido ahorrarse el mísero sueldo que le pagaba al cadete. Frattini regresó a

su casa a medianoche con la esperanza de que su presencia pasara inadvertida. Mirtha y las nenas dormían, pero su padre estaba esperándolo allí. Sentado a la mesa, el viejo bebía cerveza solo. Frattini nunca lo había visto beber acompañado.

Al entrar, decidió darle la noticia de inmediato. Si su padre lo iba a matar, o peor, si lo iba a echar definitivamente de la casa, quería que eso ocurriera lo antes posible. Lo que no soportaba era la incertidumbre.

—Me quedé sin trabajo —dijo.

Su padre lo miró, sorprendido, como si recién entonces reparara en su presencia.

—Si no trabajás, acá no podés estar.

—Mañana voy a conseguir otro trabajo, me dijeron que necesitan un cadete en la pescadería.

—Entonces hoy dormís afuera. Cuando mañana consigas el trabajo, vemos si te dejo volver.

Frattini se quedó allí parado, en silencio.

Pero su padre ya se había incorporado. Con los ojos inyectados en sangre y cerveza, estaba quitándose el cinturón. Frattini quería dormir; el trabajo y los nervios del día lo habían dejado agotado. Miró por última vez el sueño placentero de sus hermanas y decidió marcharse para que los golpes no las despertaran.

Afuera aún hacía calor. Frattini caminó por la calle Suárez hasta el baldío donde, sabía, aquel conocido del barrio guardaba el camión. Al verlo envuelto en la bruma que llegaba desde el puerto sintió más cansancio que antes: el metal era frío, pero podría dormir con tranquilidad al menos unas horas.

Lentamente se fue acercando al camión, pero mientras se trepaba para subirse oyó la frenada de un auto. Era la policía. Dos oficiales bajaron del patrullero y se acercaron a él.

—¿Qué vas a robar?

—No, no voy a robar nada. Conozco al dueño, me deja dormir acá.

—¿Y por qué no estás en tu casa? —preguntó uno de los policías mientras le revisaba los bolsillos.

—Porque mi papá me echó.

—No te creo —dijo el otro, que lo miraba con ojos amenazantes.

Los policías lo acompañaron hasta el patrullero, esperaron que se subiera y luego ocuparon los asientos delanteros.

—¿Dónde vivís?

—En el conventillo de la calle Suárez.

—Vamos a ver si sos mentiroso o si decís la verdad.

El auto arrancó. A medida que se acercaban al conventillo, Frattini comenzó a sudar. Cuando el patrullero se detuvo, los policías lo obligaron a bajar. Entraron en el patio, subieron las escaleras y llamaron a la puerta de la casa. Los atendió su padre, en calzoncillos y embotado por el alcohol.

—¿Señor Frattini?

—¿Señor Frattini?

—Sí.

—¿Éste es su hijo? —preguntó uno de los oficiales.

Su padre asintió sin quitarle los ojos de encima: lo miraba con odio y murmuraba insultos incomprensibles para los policías, pero clarísimos para el niño que ya había aprendido a descifrar su furia por detrás del alcohol.

—Lo encontramos vagando en la calle, ¿por qué lo echó?

—Yo no lo eché. Se escapó.

Frattini sintió las manos de los policías empujándolo hacia el interior de la casa. Cuando la puerta se cerró, la mano que lo golpeó era fuerte y pesada. Su padre siguió golpeándolo hasta que oyeron al patrullero alejándose de la casa.

Entonces, el viejo dijo:

—Andate.

Pocos días, pocas palizas después, Frattini consiguió trabajo en una pescadería. Le duró todo un año. Durante el día trabajaba entre pescados muertos y por la noche iba a la escuela. Sus estudios no progresaban, pero sus robos sí: para entonces su inocente rutina criminal incluía varios edificios de departamentos.

Cuando dejó la pescadería, no le dijo nada a su padre. Fue directamente a un kiosco de diarios, se ofreció como canillita y al día siguiente comenzó a trabajar. Disfrutaba estar en la calle, gritando los titulares de la mañana, de la tarde, en medio de la gente que iba y

venía por la ciudad. Las horas que pasaba lejos de su casa siempre eran placenteras, pero ahora disfrutaba de treparse al tranvía en movimiento para vender la mayor cantidad posible de esos diarios que hablaban de enfrentamientos entre los militares argentinos y entre los ejércitos de Europa.

Sus amigos del conventillo le habían hablado de las películas que mostraban gente de otros lugares, dioses y ejércitos, en la pantalla del cine Olavarría. Con su primer sueldo de canillita, Frattini se dispuso a descubrir el misterio. Pegadas a los cristales de las puertas del cine, las fotografías acapararon toda su atención. No pudo apartar los ojos de ella: el vestido blanco que remarcaba sus pechos, el cabello ondulado como un mar oscuro, los labios pintados de rojo, los ojos abiertos lo suficiente como para evitar el humo del cigarrillo que sostenía en su mano enguantada... Frattini la miraba fascinado, a medio camino entre la sorpresa del niño que dejaba de ser y la excitación del joven de trece años que era. Leyó el nombre de la película: *Sangre y arena*. Se acercó al hombre de la boletería y le pidió una entrada. Después, con una vergüenza difícil de ocultar, le preguntó el nombre de la protagonista que aparecía en las fotografías.

—Rita Hayworth —dijo el hombre.

—Rita Hayworth —repitió Frattini.

Cuando la película terminó, él permaneció en su butaca. Sólo se marchó después de ver la película por tercera vez. Para entonces ya estaba enamorado: de Rita Hayworth, pero también del ambiente festivo que la rodeaba, de la apariencia que mostraban los hombres de cine, con sus automóviles último modelo, sus trajes inmaculados, sin remiendos, y el brillo de la gomina que sujetaba sus cabellos a la perfección.

Cuando salió, aprovechó que el hombre de la boletería estaba ocupado para robarse una de las fotos de Rita Hayworth. La guardaría debajo de la almohada, y cada noche la miraría antes de dormir para no olvidar que debía hacer algo para cambiar su destino.

Las mujeres que Frattini conocía no llegaban a equiparar ni

siquiera la mitad de la belleza de Rita Hayworth, pero en La Boca siempre había una chica que lo miraba, que aceptaba salir con él. Se quedaban conversando en la vereda, y antes de besarse primero miraban a los costados para asegurarse de que ningún vecino los viera. Las viejas costumbres hacían sus romances infantiles más peligrosos, y teñían aquellos besos con una adrenalina que no merecía ser mostrada en el cine pero que lo llenaba de emoción.

Terminaba 1944, Frattini tenía trece años y por entonces todos habían comenzado a hablar de Perón.

4

En el patio del conventillo, los hombres mostraban sus tarjetas de afiliación a los sindicatos, disfrutaban de sus primeras vacaciones y veían un horizonte esperanzador. Incluso Frattini, que había llegado a convencerse de que la presencia de sus tres hermanas acabaría por ablandar a su padre. Las pocas horas que pasaba en la casa mientras su padre no estaba, Frattini se quedaba jugando con sus hermanas o, simplemente, viendo cómo Mirtha las peinaba mientras ellas sonreían con felicidad.

Y así estaba un día de febrero de 1945, contemplando a la distancia ese mundo perfecto de muñecas y cintas para el cabello, cuando su padre entró a la casa. Primero se detuvo a ver la escena, luego gritó:

—Vení conmigo.

Frattini se incorporó de inmediato. En los ojos de Mirtha no halló esperanza, sólo resignación. Ella volvió al peinado de las niñas y él se dispuso a seguir a su padre. Caminaron uno al lado del otro por las calles de La Boca, en silencio, sin mediar palabra. Su padre miraba hacia delante, con un cigarrillo Brasil en la boca y las manos temblorosas dentro de los bolsillos. Cruzaron el Parque Lezama, caminaron por Defensa hasta Belgrano y de allí subieron hasta la calle Tacuarí.

Su padre se detuvo en la puerta de un edificio con portón de hierro forjado. Les abrió un portero que llevaba un delantal color gris. Su padre señaló uno de los bancos que estaban dispuestos en el hall.

—Esperame ahí —le dijo.

Después siguió al hombre del delantal hasta una oficina y se encerraron en ella. Frattini miraba todo con desconcierto. Desde las escaleras que llevaban a los pisos superiores le llegó un rumor de voces. Los pisos brillaban, la baranda de la escalera reflejaba la luz con una tonalidad de bronce.

Al fin, la puerta se abrió y su padre salió de la oficina. Frattini creyó ver una especie de mueca en sus labios, una sonrisa contenida que no terminaba de mostrar. Con su andar de borracho, su padre se alejó en dirección a la puerta. Desde allí le dijo:

—Esperá que te llamen, hacé todo lo que te digan.

Y se fue.

La siguiente voz que oyó fue la del portero.

—Carlos Frattini.

Frattini miró a los costados, confundido. Estaba solo y era su nombre, no había dudas de que lo llamaban a él. Se incorporó y caminó lentamente hacia la oficina del portero. Se detuvo antes de entrar, pero las cartas ya estaban echadas.

—Ya te registré, ahora andá a ropería para dejar tus cosas y que te den el uniforme.

—¿Qué uniforme?

La lapicera del portero dejó de escribir, y el hombre alzó la vista:

—¿Tu viejo no te avisó? Estás en un reformatorio, nene.

Frattini comenzó a retroceder, pero cuando giró para escaparse descubrió a dos hombres vestidos con delantales que bloqueaban la puerta de salida. Intentó zafarse, correr, pero los hombres lo sujetaron de los brazos. Al fin, se dejó guiar por el portero hasta el cuarto donde estaba la ropería. No podía decir nada, ni protestar. El engaño y la frialdad de su padre lo habían desarmado por completo.

En la ropería, un hombre al que le faltaba una pierna lo obligó a sentarse en una silla. Frente a él, en un espejo, Frattini vio cómo le rapaban la cabeza a cero. A medida que le cortaban los cabellos y éstos caían al piso, él hacía fuerza para no gritar. Después, derrotado y pelado, se quitó la ropa y se vistió con el uniforme gris que le dieron. Entonces el hombre le dijo que se presentara ante el celador.

El celador lo puso al tanto de las cosas.

—De día se come y se mata el tiempo sin hacer quilombo. Y de

noche se duerme, ¿me entendiste? Se duerme.

Frattini asintió.

Lo llevaron hasta un pequeño patio donde un grupo de chicos de su edad estaba jugando al fútbol. Otros tomaban mate, sentados en el piso. No eran más de treinta, pero todos lo miraban con furia, como si su llegada acabara de poner en peligro la tranquilidad que reinaba en el patio. Nadie lo saludó, nadie le preguntó el nombre.

Esa noche, después de comer un guiso en el comedor común del primer piso, Frattini subió escaleras arriba con los demás. Ocupó la cama que le señaló el celador. El dormitorio era amplio, las camas estaban pegadas a la pared y cada interno se puso de pie junto a la suya para que el celador tomara lista y así comprobara que no faltaba ninguno. Frattini pudo ver que uno de los chicos lo miraba de costado, y en su gesto no encontró el menor signo de amabilidad.

Al fin, el celador dijo que tenían una hora antes de que se apagaran las luces y se marchó. Los chicos comenzaron a hablar y a reír, mientras se sentaban en grupos sobre las camas para tomar la última ronda de mate del día. De pronto alguien gritó con voz aflautada:

—Frattini —y todos empezaron a reír.

Él se acostó, demasiado preocupado como para enojarse por esas estupideces. Tumbado en la cama, con las voces de los otros internos de fondo, Frattini se dedicó a repasar lo que le había hecho su padre. Lo que más le dolía no era que lo hubiera dejado abandonado en un reformatorio. Lo que le molestaba a Frattini era su propia idiotez, esa esperanza infundada que siempre lo alentaba a esperar un gesto de cariño.

Hijo de puta, pensó Frattini.

Borracho hijo de puta, pensó.

Las luces del dormitorio se apagaron, pero las voces continuaron murmurando risas y confesiones que él no podía ni quería escuchar.

A medianoche se despertó con ganas de ir al baño. En la oscuridad del dormitorio, Frattini pasó frente a las otras camas con la vista pegada al suelo. Después de orinar, deshizo sus pasos y se encontró con que le habían robado la almohada. No dijo nada. El simple robo sólo podía ser el comienzo de una agresión.

Se acostó sobre el colchón y colocó sus zapatos debajo de la nuca.

Con los ojos abiertos y los puños cerrados, esperó que alguno de los chicos lo atacara. Y sin embargo no tenía miedo.

A la mañana siguiente, la voz del celador despertó a los internos. Frattini se desperezó en la cama. Luego se incorporó y dio el "presente" cuando el celador pronunció su nombre. En el baño esperó que se desocupara uno de los grifos. Cuando llegó su turno, la imagen del espejo lo sorprendió. Se pasó una mano por la cabeza rasurada. Se lavó la cara, se enjuagó la boca. Después, junto a los demás bajó las escaleras hasta el comedor para tomar el desayuno.

Ocupó una mesa vacía, lejos del resto. Desde allí vio que uno de los chicos lo miraba como si lo estuviera examinando. Lo vio incorporarse: tenía una cicatriz en un brazo y caminaba hacia él escoltado por otros dos chicos. Cuando llegaron hasta él, el que parecía el líder apoyó las manos sobre la mesa, a un palmo de Frattini:

—Anoche estuviste bien, Frattini: te robaron la almohada pero no rezongaste, ni llamaste al celador. Vení, sentate con nosotros.

Frattini se incorporó y estrechó la mano del que había hablado.

—Franco, pero decime Tano.

Siguió a Franco hasta una mesa y se sentó con él y los demás. Mientras desayunaban hablaron de fútbol, de sus prontuarios y otras cosas sin importancia. Luego, en el patio, Franco le contó que allí dentro la rutina estaba conformada por las actividades que veía:

—Nos levantamos, nos lavamos, desayunamos y salimos a este patio. Todos los días son iguales. Jugamos a las cartas, al fútbol, escuchamos la radio y tomamos mate. Después cenamos y nos vamos a acostar.

—¿Y no hacen nada más?

—Sí, esperamos el momento de salir a la calle.

—¿Y a vos cuánto te falta?

—Dentro de un año y medio cumplo dieciocho. Cuando ese día llegue, no me van a ver más.

Frattini tenía quince años, por lo tanto le faltaba el doble de tiempo que a Franco.

—¿Cómo llegaste acá? ¿Por la policía? —preguntó su nuevo compañero.

—No, me trajo mi viejo.

Franco se rió.

—Qué habrás hecho para que tu viejo te traiga a este lugar de mierda…

Nada, pensó Frattini. Nada. Pero calló. Le convenía que Franco sospechara que estaba ahí por delitos que nadie conocía: eso le aseguraría el respeto de todos los chicos del reformatorio. Franco, en cambio, estaba orgulloso de los motivos que lo habían llevado hasta allí:

—Me agarró la policía robando. Pero como soy menor no me pudieron llevar a la cárcel. Vos quedate conmigo que la vas a pasar bien.

Era italiano, había llegado al país hacía unos pocos años con sus padres y sus hermanos. Por las anécdotas que contaba, Franco se había criado en una familia de delincuentes. Frattini nunca había robado más que las monedas que la gente dejaba bajo los sifones, pero Franco se dedicaba a otras cosas: el arrebato era su estrategia, el descuido de los otros su perdición.

Los meses pasaron sin grandes novedades. Como Franco le había anticipado al llegar, la rutina del reformatorio era muy aburrida: en sí, aquella institución era una especie de limbo en el que se alojaban los muchachos que aún no tenían edad para ir a la cárcel. La mayoría había caído en ese agujero por culpa de la policía: algunos, como Franco, habían sido detenidos por robar. Los demás, la mayoría, por pillaje y vagabundeo.

Frattini extrañaba su propio vagabundeo, sus eternas caminatas por La Boca, el fútbol en Casa Amarilla y los escaparates del cine Olavarría que enseñaban la belleza de Rita Hayworth.

Cuando Franco le dijo que estaba planeando fugarse, Frattini no dudó en sumarse al proyecto. Durante una semana se las ingeniaron para robar una decena de sábanas sin que los descubrieran los celadores. Al fin, una tarde, mientras los demás jugaban a las cartas, Franco lo miró a los ojos y le dijo:

—Ahora.

Frattini se dirigió al dormitorio para buscar las sábanas que había

escondido debajo del colchón de su cama. En el patio volvió a reunirse con Franco. Subieron las escaleras sabiendo que todos los miraban, pero con la certeza de que ninguno se animaría a delatarlos. La puerta de la terraza estaba cerrada, pero una patada de Franco bastó para abrirla. Tardaron diez minutos en atar las sábanas unas con otras, hasta lograr una especie de cuerda blanca que los llevaría hasta la terraza del edificio contiguo.

El propio Frattini se encargó de supervisar los nudos, y luego ató uno de los extremos de la cuerda a la escalerilla que llevaba al tanque de agua. Sólo entonces comenzaron a bajar: de a uno, con las manos sujetas a la sábana y las rodillas pegadas a la pared, fueron bajando lentamente hasta que sus pies tocaron el piso de la terraza del edificio de al lado. Frattini sentía que el corazón le iba a explotar por la proximidad de la calle. Bajaron corriendo las escaleras, pero al llegar a la vereda se encontraron con el director del reformatorio y un batallón de celadores.

La calle quedó al otro lado de la puerta, y ellos se dispusieron a cumplir su castigo. Los hicieron subir las escaleras y les dieron una paliza que les dolió durante los diez días que permanecieron encerrados en el calabozo. A Frattini aquel episodio le enseñó algo que le serviría durante toda su vida: lo importante era pasar desapercibido, mezclarse con los demás, ser respetado y evitar los castigos. El paso del tiempo era irremediable, incluso allí dentro, y a todos les llegaría el momento de marcharse.

Los domingos los internos recibían la visita de sus familiares. Esos días en que el patio se llenaba de gente a Frattini le costaba ocultar su dolor. En todos los meses que llevaba encerrado nadie había ido a visitarlo. ¿Sabría Mirtha que él estaba ahí? En su padre pensaba poco y nada. Quizá el borracho ni siquiera se acordara dónde lo había dejado.

5

Un año más tarde de su ingreso al reformatorio, mientras comentaba con Franco las noticias que habían salido en los diarios sobre las elecciones nacionales que había ganado el general Perón, Frattini escuchó la voz de uno de los celadores diciendo su apellido, lo cual no podía ser un buen augurio de nada.

—Frattini, venga conmigo.

Él miró a Franco, y luego se incorporó. Siguió al celador hasta las escaleras, bajó tras él y lo miró con desconfianza cuando el hombre le pidió que entrara a la oficina del portero. Dentro, derrumbado sobre una silla, estaba su padre.

Se miraron en silencio. A Frattini le sorprendió su propia confianza. Algo había cambiado: no había perdido el miedo a esos puños, pero ahora sabía que era capaz de sobrevivir sin él. Así que lo miró con un gesto sereno, esperando que el borracho hablara. Y su padre habló:

—Vamos a casa —dijo, y nada más.

Frattini ni siquiera tuvo tiempo de despedirse de Franco.

En la ropería recuperó las prendas que llevaba el día de su ingreso. El paso del tiempo parecía haberlas encogido, o al menos eso pensó Frattini mientras caminaba junto a su padre por la calle, embutido en esos pantalones que ya no le llegaban a los pies.

No sólo había crecido físicamente: ya no esperaba que su padre hablara de los motivos que lo habían llevado a dejarlo allí abandonado, ni que le preguntara cómo le había ido durante ese año en que no se habían visto. De hecho, no intercambiaron ni una sola

palabra.

Distinto fue su reencuentro con Mirtha y sus hermanas. Las niñas se le echaron encima, buscando esa alegría que en Frattini ya no iban a encontrar. Demasiado preocupado estaba por la posible reacción de su padre, por controlar sus brazos para que no lo sorprendiera un movimiento brusco que pudiera terminar siendo un golpe. Pero su padre lo trató con total indiferencia, y le dijo:

—Tenés que conseguir trabajo. Si no, te vas para siempre.

Con tristeza, esa noche descubrió que la foto de Rita Hayworth que había dejado debajo de la almohada ya no estaba por ninguna parte. Al día siguiente, se despertó al amanecer y se marchó antes de que todos se levantaran. Se dirigió a uno de los edificios de La Boca para conseguir las monedas necesarias para pagarse el desayuno. Disfrutó subir las escaleras, robar las monedas y salir a la calle, en libertad.

Compró el diario *La Prensa* y entró a un bar para leer los avisos de ofertas de empleo. Le llamó la atención uno en especial: "Se busca cadete, consultar en tienda Marilú". El nombre de fantasía le provocó una sonrisa. "Marilú", así se llamaba la prostituta con la que Franco, según le había contado en el reformatorio, había debutado sexualmente. Los demás anuncios ofrecían trabajos en fábricas o depósitos, y Frattini decidió presentarse en la tienda Marilú sin saber siquiera en qué consistía el trabajo. Lo único que le importaba era conseguir dinero, y si para hacerlo debía pasar el día en la calle, mucho mejor.

Terminó el desayuno lo más rápido que pudo y se dirigió a la avenida Paseo Colón para tomar un colectivo que lo llevara hasta Leandro N. Alem. La tienda estaba ubicada sobre la calle Florida, justo frente a las Galerías Pacífico: un mundo de gente fina y mujeres bien vestidas que olían como las flores.

Por lo poco que se veía a través de las vidrieras, además del nombre, la tienda también compartía encajes y puntillas con la prostituta de Franco. En la puerta ya había diez chicos de su edad esperando frente a la mercería. Frattini se ubicó al final de la fila y se detuvo a mirar a cada uno de sus rivales tratando de adivinar cuál de todos ellos podía quedarse con el puesto de cadete. Desaliñados, flacos, ninguno era mejor que él.

Fueron pasando de a uno, y por la cara de cansancio que mostraban al salir era imposible aventurar el resultado de la entrevista. Frattini fue el último en entrar. Lo atendió una mujer que vestía un trajecito de casaca y pollera color marfil. Tenía el cabello adornado con un broche de plata. Rojos, sus labios parecían sonreír. Frattini respondió a las preguntas de rigor: domicilio, disponibilidad, ganas de empezar el trabajo...

Luego de diez minutos, la mujer le dijo que habían terminado.

Desconcertado, ansioso, Frattini preguntó:

—¿Conseguí el trabajo?

—Todavía no sabemos —dijo la mujer.

—¿Y cuándo me van a decir?

—Si lo elegimos a usted, en un par de días lo llamamos para avisarle —dijo la mujer, señalando en su cuaderno el número de teléfono que Frattini le había dado.

—Por favor. Si no consigo el trabajo mi papá me va a matar —dijo, en parte para presionar a la mujer y en parte porque creía que ése sería su destino.

Volvió a su casa con una sensación ambigua. Confiaba en la buena impresión que había causado, pero temía que eligieran a otro. Cuando su padre llegó del trabajo, Frattini se apuró en hablar:

—Voy a conseguir trabajo en una mercería del Centro.

—¿Cómo que "vas a conseguir"? ¿No lo conseguiste todavía?

Frattini retrocedió un paso.

—Me dijeron que van a llamarme.

Su padre bufó y le dio la espalda, pero no le pegó.

Al día siguiente, a media mañana, Frattini ya no podía controlar su ansiedad. Salió al patio del conventillo, y por unos minutos se detuvo a ver a un grupo de hombres que hablaban de política. Algunos se habían afiliado al partido de Perón, y estaban convenciendo a los demás, que no se decidían.

A Frattini la discusión le resultaba ajena, pero era evidente que el tema comenzaba a instalarse en el conventillo. Todos hablaban de política, de sindicatos y aumentos salariales. Dejó a los hombres discutiendo y se dirigió a la casa del vecino que tenía el teléfono que él había dado en la entrevista. Le preguntó si alguien lo había llamado,

pero el hombre negó con la cabeza sin quitar la vista de la radio que reproducía un discurso de Perón.

No lo llamaron ese día ni el siguiente. Durante la espera le resultó imposible compartir el mismo lugar con su padre, por miedo a que le preguntara y él no pudiera darle la respuesta que esperaba. Lo único que hizo en esos dos días, además de esperar, fue ir al cine Dante para robar una fotografía de Rita Hayworth caracterizada de Gilda, una película que él aún no había podido ver. Por la noche, al acostarse, miraba la fotografía y le imploraba a Rita que lo ayudara a conseguir el trabajo.

Y al tercer día su vecino le gritó desde el patio:

—Carlitos, teléfono para vos.

Frattini corrió más rápido que nunca. Una voz femenina, bondadosa como un ángel de la guarda, le anunció:

—Quedaste seleccionado entre treinta chicos. ¿Podés venir?

Una hora más tarde Frattini estaba en la puerta de la tienda. Esta vez lo hicieron pasar al cuarto donde las empleadas cosían las terminaciones de las prendas. La encargada que le había hecho la entrevista lo guiaba por el salón y señalaba a las mujeres. Algunas eran de la edad de Mirtha, otras incluso eran mayores, pero otras eran jóvenes, hermosas, y le sonreían.

—Acá se terminan los detalles de las prendas que se confeccionan en el taller.

Frattini asentía. Estaba tan contento que si la mujer le hubiera dicho que su trabajo consistía en limpiar el piso con la lengua, también lo hubiese aceptado. En un extremo del salón de costura había una puerta que daba a la pequeñísima oficina que, según la encargada, estaba destinada al cadete.

Al fin, la mujer se detuvo frente a otra puerta y dijo:

—Ahora vas a conocer a la dueña de todo esto. Para vos es la señora Alicia.

La señora Alicia estaba sentada en un cómodo sillón de cuero, junto a un escritorio repleto de papeles, muestras de tela y dos teléfonos de color negro. Vestía como las mujeres del cine, aunque la ropa fina y el maquillaje no alcanzaban a esconder las arrugas de su rostro. Lo recibió con una mirada dura, y Frattini sólo atinó a bajar la

vista.

Antes de hablar, la encargada le apoyó una mano en el hombro. Después dijo:

—Señora Alicia, él es el chico que elegimos como cadete. Se llama Carlos Frattini.

—¿Es mudo?

Frattini alzó la vista. Alicia festejaba su propio chiste con una sonrisa.

—Gracias por darme el trabajo. No se va a arrepentir —dijo Frattini.

—Eso lo vamos a ver más adelante. Como cadete, vas a encargarte de llevar y traer las prendas desde esta tienda hasta los talleres de la calle Paraguay.

Alicia dejó de hablar para escribir una nota escueta en uno de los anotadores que tenía sobre el escritorio. Después de firmarla, arrancó la nota del cuaderno y se la tendió a Frattini.

—Mañana presentate en esta dirección. Preguntá por Amalia, ella te va a explicar el trabajo.

Cuando él asintió en silencio, Alicia lo miró con curiosidad.

—¿Sabés cómo llegar?

—No, pero pregunto, no se preocupe.

El gesto sumiso de Frattini parecía haberla ablandado lo suficiente, al menos, como para tratarlo con mayor benevolencia.

—Tenés que tomar el tranvía que va por la calle Paraguay. Ida y vuelta el mismo camino. Nosotros te pagamos el pasaje.

—Gracias. Gracias por todo.

—De nada —dijo la mujer y, tomando el tubo de uno de los teléfonos, dio por terminada la entrevista.

Empezó a trabajar al día siguiente. Su tarea consistía en esperar en su oficina hasta que alguien lo llamara por teléfono y le pidiera que fuera a retirar las prendas al taller de la calle Paraguay. Entonces él cruzaba a paso lento el salón donde estaban las costureras, para prolongar las miradas de las mujeres el mayor tiempo posible. Les sonreía a todas, y todas sentían adoración por él, por su predisposición, por sus modales inexplicablemente finos para el

muchacho de conventillo que era. Algunas hasta se animaban a contarle sus desventuras amorosas, y otras se le insinuaban entre risas.

Después salía a la calle y tomaba el tranvía. En el taller recogía las prendas envueltas en papel madera y luego, al subirse al tranvía para hacer el viaje de regreso, se ubicaba junto al conductor para evitar que las ropas se arrugaran con el amontonamiento de pasajeros. Frattini disfrutaba del viaje, de sus responsabilidades de cadete, de la calle, de todo. Los viajes en tranvía le recordaban la época en que se colgaba de los vagones para vender diarios, aunque, Frattini lo sabía, las cosas habían cambiado bastante desde entonces: ahora llevaba pantalones largos, una camisa impecable y hasta usaba agua de colonia.

Incluso su padre había dejado de pegarle. No porque se sintiera satisfecho, sino porque el trabajo mantenía a su hijo fuera de casa. Mirtha y las nenas, en cambio, estaban orgullosas de él. Mirtha se encargaba de plancharle la ropa, de remendar los pantalones y cuidar cada detalle de su vestuario.

Los cambios de aquel año, 1946, no sólo afectaron a Frattini: toda Buenos Aires había comenzado a mejorar. Frattini podía notarlo en los camiones que se detenían a las puertas de los conventillos, cargados de colchones, calentadores a gas, mantas y juguetes. A diferencia de los años anteriores, durante el día no se veían hombres en el patio del conventillo: todos, hasta el menos laborioso, habían conseguido trabajo. Algunos vecinos, además de afiliarse al Partido, habían colgado unas fotografías de Perón en el patio, y una de las ancianas, que había recibido colchones para sus hijos, siempre mantenía una vela encendida frente a la foto del General y Eva, su mujer.

Frattini contemplaba todo esto a la distancia, como quien se alegra de que un amigo haya conquistado a una mujer hermosa. Estaba demasiado ocupado con su vida como para preocuparse por la de los demás. El trabajo iba bien, tan bien que si la dueña de la tienda debía llevar cosas pesadas a su casa, sólo aceptaba que la acompañara él. Frattini pudo comprobar la sorpresa que esto causaba en las demás empleadas en boca de la mismísima encargada:

—En treinta años que llevo acá, sos el primer empleado que la dueña llevó a la casa.

No podía pedir más. Si hasta tenía tiempo libre para mantener su

pasión por las escaleras y los sifones… Ahora, además de los edificios que “limpiaba” en La Boca, también hurgaba bajo los sifones de los edificios del centro cercanos a la oficina.

A su regreso de las vacaciones, en marzo de 1947, Alicia lo llamó a su oficina.

—Estoy muy contenta con vos. Por eso quiero que a partir de ahora te dediques a la parte de contaduría de la empresa. Vas a llegar lejos, Frattini.

Así fue como, a poco menos de un año de haber comenzado a trabajar, logró su primer ascenso. De pronto pasaba el día sentado en una oficina confortable, registrando las compras y ventas de la tienda en los libros contables.

A Frattini sus nuevas funciones le permitieron un horario más laxo. Entraba a las nueve de la mañana y trabajaba hasta la una. Aprovechaba el tiempo libre para almorzar en algún restaurante del Centro y luego vagaba por las calles hasta las tres, hora en que debía volver a la oficina. Siempre atento a los movimientos de la calle, Frattini aprovechaba que a esa hora los porteros de los edificios dormían la siesta para entrar y recorrer las escaleras en busca del dinero de los sifones. Después se metía en un cine y, a la distancia, bien vestido y perfumado, se dedicaba a contemplar la belleza de Rita Hayworth y a soñar.

6

El primer día del otoño de 1947, un martes demasiado ventoso, después de almorzar Frattini se coló en un edificio que tenía las puertas abiertas y robó todas las monedas que encontró junto a los sifones y botellas de leche. Al salir a la calle, le preguntó la hora a una mujer que entraba al edificio: aún le quedaba tiempo para ver una película antes de regresar al trabajo.

Como en el último mes había visto *Gilda* una decena de veces, ese día se dirigió a un cine de Lavalle con la intención de ver una película de cowboys. Pero al ver las fotografías de Rita Hayworth que colgaban de los escaparates se olvidó de todo: siempre que la veía le pasaba lo mismo, se quedaba en blanco, hipnotizado, y la gente que pasaba por la vereda debía esquivarlo para poder pasar.

De pronto alguien lo tomó del brazo y lo trajo a la realidad.

—Carlitos, qué alegría.

A Frattini le costó salir del ensueño.

—Tano —dijo, algo incrédulo por la casualidad del encuentro, y también porque le costaba relacionar al chico rapado con uniforme de reformatorio que él recordaba con ese muchacho corpulento, de cabellos rubios, zapatos lustrados, traje cruzado y camisa blanca que ahora lo abrazaba con alegría.

—¿Qué hacés?

—Trabajo acá cerca, ¿y vos? —respondió Frattini.

Franco miraba para todos lados como si estuviera huyendo de algo o de alguien.

—Yo también. Vení, vamos a dar una vuelta.

Frattini le dedicó una última mirada a Rita Hayworth y echó a andar detrás de Franco, que ya se alejaba en dirección al Bajo. En la calle Reconquista, a unos metros de donde ellos caminaban, un Ford azul último modelo se detuvo junto al cordón. Franco volvió a tomarlo del brazo, pero esta vez le habló al oído:

—Esperá.

Mientras tanto, la puerta del Ford se abría para darle paso a una mujer alta, de rubios cabellos ensortijados, que llevaba pendientes, pulsera y cadena de oro como adornos, y un vestido floreado que exhibía sus pechos como las macetas de un balcón. Tenía las manos ocupadas con bolsas de tiendas que sólo se veían en el Centro. Con un golpe de su cadera torneada, un movimiento que Frattini disfrutó en silencio, la mujer cerró la puerta y echó a andar. Los dos muchachos la vieron cruzar la calle, extasiados. Frattini lamentó que se alejara perdiéndose en los pasillos de una galería. Franco, en cambio, parecía estar esperando justamente eso.

—Vení conmigo —dijo, y cruzó la calle en dirección al auto.

Frattini lo siguió, como lo había seguido años atrás para fugarse del reformatorio. Al llegar junto al Ford estacionado, Franco miró en todas direcciones. Después abrió la puerta y tomó la cartera que la mujer había dejado sobre el asiento del acompañante. Franco cerró la puerta del Ford y empezó a caminar.

—Ahora nos vamos caminando tranquilamente, sin correr.

Se alejaron con la serenidad de dos monaguillos en dirección a la avenida Corrientes: dos muchachos apuestos, bien vestidos, tan civilizados que seguramente habían encontrado ese bolso de mujer y ahora iban a devolvérselo a su dueña.

Entraron a un bar. Franco abrió la cartera debajo de la mesa para que nadie lo viera. Con una mirada rápida y rápidos movimientos de manos, retiró un fajo de billetes, lo dividió en dos y le entregó la mitad a Frattini.

—Tomá tu parte —dijo.

—¿Para mí? —preguntó Frattini, agradecido.

Franco acababa de darle una suma que equivalía a la mitad de su sueldo. Pero eso no era todo, a Franco le brillaban los ojos:

—Están las llaves de la casa y el documento con la dirección, también.

Frattini lo miró, esperando que continuara.

—Dejemos pasar unos días… la semana que viene vamos a la casa y entramos. ¿Qué te parece?

La semana siguiente, a la hora del almuerzo Frattini se dirigió al bar de la avenida Corrientes donde lo esperaba Franco. Su amigo estaba nervioso, y no dejaba de hablar.

—Es la primera vez que voy a entrar a un departamento.

—¿La primera vez?

—Sí, y este hecho va a ser algo muy grande.

Él también estaba nervioso; aquel "hecho", como lo llamaba Franco, era muy distinto y mucho más peligroso que robar el dinero de los sifones. Esperaron hasta las dos para asegurarse de que el portero del edificio estuviera durmiendo la siesta. Entonces pagaron los dos cafés que apenas si habían probado por culpa de los nervios, y salieron a la calle.

El edificio de la mujer del Ford parecía un monumento a la riqueza porteña: la fachada y los escalones estaban recubiertos de mármol blanco y negro, y la puerta de calle era de hierro con detalles de bronce incrustados. El portero no estaba, y a esa hora tampoco se veían vecinos en la calle ni en el hall de entrada.

Con los nervios mal disimulados, Franco tomó el llavero de su bolsillo e introdujo una de las tres llaves dentro de la cerradura. Frattini contenía el aliento, Franco probaba con todas las llaves. Cuando vio que la puerta cedía, sintió una alegría casi infantil. Franco también parecía divertirse:

—Después de usted, señor Frattini.

La mujer del Ford vivía en el cuarto piso, y ellos tomaron el ascensor sin pensar en los peligros que podrían esperarlos arriba. Al llegar a la puerta del departamento, Franco tocó timbre para asegurarse de que estaba vacío. Esperaron durante unos minutos, ocultos a un lado y otro de la puerta, pero nadie salió.

Sólo entonces volvieron al trabajo.

La puerta tenía dos cerraduras. Franco tomó el llavero e introdujo

una llave en el tambor superior y con un leve movimiento de muñeca la hizo girar. Él y Frattini se miraron. Luego, Franco se encargó de la segunda cerradura. Esta vez tuvo que exigirse un poco más, no porque fuera la llave equivocada, sino porque debía abrir sin hacer el menor ruido que despertara la atención de los demás vecinos. Al fin, apoyó una mano sobre el picaporte e hizo girar la llave con la delicadeza de un cirujano.

Y la puerta se abrió.

Si la fachada del edificio le había resultado lujosa, el interior del departamento a Frattini terminó de encandilarlo: un comedor enorme, cuadros con motivos de caza que colgaban de las paredes empapeladas, una araña de cristal que pendía del techo, muebles de madera lustrados, colmados de piezas de plata y porcelana, alfombras tejidas que decoraban el piso… sólo faltaba Rita Hayworth acostada en un sillón.

Franco, menos contemplativo y más práctico, ya había empezado a recorrer las habitaciones del departamento en busca del cuarto de los mayores. Al abrir la tercera puerta, gritó:

—Es acá, Carlitos.

Frattini dejó de lado su fascinación para ponerse en movimiento: entró al cuarto donde estaba Franco y lo ayudó a buscar objetos de valor en los cajones de los muebles. En la mesa de noche, recogió un reloj y una cadena de oro; en un cajón del ropero, un sobre con dinero y un broche de corbata de oro con piedras que brillaban. Eran diamantes, aunque eso lo sabría más tarde. Dobladas en perchas, en el ropero había docenas de corbatas de seda con distintos motivos y colores. Frattini eligió las que más le gustaban y se las guardó en los bolsillos, con las alhajas. Para entonces Franco ya tenía los bolsillos llenos de anillos, cadenas y pendientes de oro.

Con la obsesión de dos continuistas cinematográficos, se encargaron de dejar todo acomodado tal cual lo habían encontrado al llegar. Al fin intercambiaron una breve sonrisa de triunfo, salieron del departamento y cerraron la puerta con las dos llaves. Salvo por los objetos que faltaban, la mujer del Ford azul nunca podría darse cuenta de que en la casa habían entrado ladrones. Frattini y Franco estaban pletóricos, demasiado excitados como para esperar el ascensor. Se

lanzaron escaleras abajo, bajando los escalones de dos en dos. El tintineo de las joyas en su bolsillo era música para los oídos de Frattini.

Cuando salieron a la calle, Franco propuso ir a un bar para evaluar el botín. Sentados a una mesa, con dos cafés como disfraz de clientes inofensivos, cada uno se dedicó a mirar el contenido de sus propios bolsillos. Demasiado oro, demasiado dinero. Dividieron los billetes, mitad para cada uno. Frattini creía que harían lo mismo con las joyas, pero entonces Franco dijo:

—Hay que reducir las alhajas.

—¿Reducir?

—Venderlas.

—¿Dónde?

—En la calle Libertad, yo conozco un reduce que compra oro robado sin hacer preguntas.

A pocos metros del edificio de Tribunales, símbolo de la legalidad y la ilegalidad argentina, la calle Libertad era un mundo paralelo de joyas, relojes y estafadores encubiertos. La joyería que ellos buscaban estaba en la esquina de Tucumán. Dentro, una mujer atendía a dos ancianas. El hombre que estaba detrás del mostrador los recibió con una mueca incómoda. Sin embargo, cuando los hizo pasar al cuarto posterior del local, el tipo sonrió con cordialidad.

—¿Qué trajiste, Tanito?

—Algunas cosas.

Franco y Frattini vaciaron sus bolsillos sobre una mesa. El hombre primero contempló las joyas con indiferencia, y luego se detuvo a mirar cada una de ellas con una pequeña lupa, en especial el broche de corbata con diamantes que había robado Frattini. El reduce, así lo había llamado Franco, gesticulaba con exageración para quitarle valor a las alhajas. Al fin, pesó el oro y les dio un precio estipulado. Ellos lo aceptaron, no estaban en condiciones de exigir nada. Dividieron el dinero allí mismo.

Tres meses de sueldo en apenas una hora.

Frattini no salía de su asombro.

Ya en la calle, vio que eran las tres y media de la tarde; debería haber regresado a la tienda hacía más de media hora… Tenía que

apurarse, pensar una buena excusa. Sin embargo no estaba preocupado: el fajo de billetes en su bolsillo le provocaba una felicidad inmensa que no se podía empañar ni con el peor castigo de su jefa.

—Es más lindo que trabajar o robar sifones, ¿no? —dijo Franco.

Frattini soltó una carcajada sincera.

—Qué te parece…

—¿Entonces nos vemos mañana?

—A la una, en el mismo lugar —contestó Frattini.

7

Al día siguiente, cuando llegó la hora del almuerzo, Frattini salió de Marilú y fue a encontrarse con Franco. Se saludaron enérgicamente, y Franco agitó el llavero de la mujer del Ford delante de los ojos de Frattini.

—¿Por dónde empezamos, Tano?

—Primero vamos a ver a San Pedro —dijo Franco.

Se dirigieron a una cerrajería del centro. Mientras esperaban que el cerrajero duplicara el llavero completo, se dedicaron a observar los cientos de llaves expuestas a la vista sobre un panel de aglomerado, detrás del mostrador. La metáfora del Tano había sido perfecta: aquel hombre que ahora le sacaba chispas al metal sobre un torno tenía las llaves del paraíso.

Al fin, el hombre les entregó dos juegos de llaves. Frattini se guardó el suyo en un bolsillo, y Franco hizo lo mismo. Salieron a la calle. Frattini miró los edificios que se alzaban hacia el cielo de Buenos Aires. Para entonces había comprendido que el robo de monedas de los sifones se había terminado para siempre. Como su infancia.

Caminaron hasta la avenida Callao en busca de una puerta abierta. La encontraron poco antes de llegar a la calle Paraguay: un edificio de cuatro pisos con puerta de hierro y escaleras de mármol rosado. Se detuvieron en la puerta durante unos pocos segundos, que les bastaron para comprobar que el hall de entrada estaba vacío. Entraron y llamaron el ascensor. Mientras lo esperaban, Frattini acarició las llaves dentro del bolsillo derecho de sus pantalones.

Subieron hasta el último piso conteniendo la respiración, no por temor, sino para concentrar todos sus sentidos en los sonidos que podrían alertarlos de la presencia de vecinos.

Cuando el ascensor se detuvo, salieron y miraron a ambos lados del pasillo. Había dos puertas, y eso significaba sólo una cosa: los departamentos debían ser amplios, vastos semipisos de gente de dinero. Lentamente, se acercaron a una de las puertas. Mientras el Tano tocaba el timbre, Frattini miraba por el ojo de la cerradura tratando de descubrir algún movimiento dentro de la casa.

—No hay nadie —dijo.

—Perfecto —celebró el Tano, y preguntó—: ¿Abrís vos o abro yo?

—Dejame a mí.

Con cuidado, Frattini retiró las llaves de su bolsillo. Por aquella época todas las cerraduras se abrían con tan sólo unas pocas clases de llaves, así que podían percibir a simple vista si las que ellos tenían eran las apropiadas. Y lo eran. Frattini eligió una que calzaba justo en el ojo de la cerradura.

Sostuvo el picaporte con fuerza y, con los ojos cerrados, giró la llave para ambos lados. Cuando la puerta se abrió Frattini sintió una extraña felicidad.

—Bien, Carlitos —dijo Franco, que ya se había lanzado dentro del departamento.

En menos de diez minutos revisaron los cajones de las mesas de noche del cuarto de los adultos, los placares y la cómoda. Entre corpiños, calzoncillos y bombachas encontraron un alhajero con pendientes, cadenas y pulseras, y broches de corbata y relojes de oro que seguramente los dueños de casa guardaban para exhibir sólo en las fiestas más importantes.

Frattini y el Tano ocultaron el botín en sus bolsillos, volvieron a acomodar todo tal cual lo habían encontrado, salieron y cerraron la puerta con llave.

—Vámonos de acá —dijo el Tano.

—Pará, probemos en otro piso —dijo Frattini.

—No, vamos —insistió el Tano.

—¿Tenés miedo, Tano?

Frattini bajó las escaleras seguido de Franco y su orgullo herido.

En el cuarto piso repitieron la escena, pero esta vez, cuando el Tano tocó timbre Frattini sacudió las manos alertándolo de que había visto movimiento en la casa. Bajaron las escaleras corriendo, saltando los escalones de tres en tres. La práctica del fútbol le había servido de algo: Frattini tenía un estado atlético que al Tano le costaba igualar.

En la calle, su compañero le dijo:

—Sos un idiota.

—¿Por qué?

—Hay que tener cuidado.

Entonces Franco soltó una carcajada.

—Te estoy jodiendo. ¿Ahora adónde vamos?

—¿Avenida Santa Fe?

—Perfecto.

En la avenida Santa Fe se quedaron varios minutos contemplando los edificios. A Frattini le llamó la atención uno altísimo, de más de veinte pisos. Entraron y subieron en ascensor hasta arriba de todo. Cada piso tenía cinco departamentos pequeños. Y cada departamento apenas si tenía unos billetes escondidos, un anillo, algún que otro reloj. La altura del edificio los había engañado.

Ese día, cuando visitaron a José, el reduce de la calle Libertad, y le entregaron todas las joyas que habían robado, recibieron bastante dinero, que se sumaba a los billetes que habían robado y que ya se habían repartido en un bar del Centro.

Se despidieron a las cuatro de la tarde, y Frattini regresó a Marilú escondiendo su felicidad detrás de una mueca de sometimiento para compensar su retraso.

A partir de ese día, Frattini comenzó a dedicarse a sus dos trabajos. Para entonces los dos se habían dado cuenta de que no valía la pena andar por la calle buscando gente distraída y exponerse a los robos directos. Las joyas eran mejores que las billeteras y que cualquiera de los bolsos que podían arrebatar a la vista de la gente y de la policía. Preferían la intimidad de las escaleras, y el sonido de las cerraduras que cedían como puertas estelares a mundos decorados con brillantes y metales preciosos.

La primera vez que descubrieron una caja fuerte pasaron varios

minutos tratando de abrirla. Al fin, derrotados, se quedaron mudos ante ella.

—Tiene que estar todo ahí adentro —dijo Frattini en un susurro.

—Desconfiados de mierda —se burló el Tano, soltando una carcajada.

—Necesitamos herramientas —dijo Frattini, pensativo.

Una semana más tarde regresaron al departamento de la avenida del Libertador con una pinza, una llave inglesa y varias ganzúas. En menos de diez minutos lograron forzar la cerradura y descubrieron un alhajero de cristal cargado de joyas y tres enormes fajos de billetes.

Además de joyas y dinero, en los cajones de la gente podían hallar cualquier cosa. Siempre que encontraba cartas, Frattini se guardaba alguna. No porque pensara utilizar los datos para realizar extorsiones, como le propuso Franco, sino porque le gustaba leerlas. Cartas de amor, cartas familiares, cartas con largas descripciones de relaciones sexuales y promesas lujuriosas que llegaban de todas partes del mundo. Él, no obstante, prefería las cartas familiares donde hermanos, padres, esposas e hijos se escribían con nostalgia, prometían futuros reencuentros y se expresaban cariño en delgadas hojas de papel rayado.

La situación en su casa había cambiado poco y nada. Sus hermanas crecían, Mirtha continuaba representando su papel de madre ejemplar y esposa sometida, y los ojos de su padre continuaban mirándolo con ferocidad. Sin embargo no había vuelto a golpearlo. Tal vez se debiera a que casi no se veían: Frattini pasaba unas pocas horas en la casa: iba sólo por la noche, para dormir. Y si al verlo llegar su padre se incorporaba de la mesa en la que parecía estar amurado junto con la botella de cerveza y los cigarrillos Brasil, y se quitaba el cinturón o agitaba los puños anunciando una golpiza, Frattini se marchaba a dormir a una de las pensiones de Constitución. Ni siquiera los progresos que mostraba Frattini habían logrado calmar la furia del padre: a los quince años ya se había comprado un par de trajes hechos a medida, camisas y corbatas de variadas tonalidades, y unos zapatos que brillaban hasta en los días de lluvia. Su aspecto humilde pero cuidado cautivaba las miradas de todas sus vecinas, y podía elegir a cualquiera que quisiera llevarse a la cama. Sin dudas, su suerte había

mejorado.

Los vecinos también mejoraban, pero a un ritmo mucho más lento que el joven Frattini. A veces, al llegar o al marcharse del conventillo, él veía los camiones que traían alimentos, juguetes, colchones y ropa que descargaban entre todos los vecinos. Al pasar junto a ellos Frattini sonreía y repartía saludos y abrazos y se marchaba al trabajo. A sus dos trabajos.

En Marilú nadie sospechaba nada. Todos estaban contentos con él, tanto que poco después de cumplir dieciséis años volvieron a ascenderlo. Lo trasladaron al subsuelo y lo nombraron jefe de cadetes. Tenía tres muchachos a cargo, que debían entregar a domicilio las prendas confeccionadas que compraban los clientes. Le aumentaron el sueldo, era evidente que la dueña confiaba en él y valoraba su esfuerzo. Sin embargo, el ascenso lo obligaba a pasar las horas confinado entre rollos de tela, dando órdenes y registrando los envíos en las planillas encerrado en un agujero. Aburrido pero atento, pronto descubrió que las telas del subsuelo no entraban en los inventarios, y que algunas de ellas costaban mucho dinero. Entonces Frattini tuvo otra idea.

Un día, poco antes del horario de salida, les dijo a los cadetes que podían irse unos minutos antes, que él se encargaría de registrar en las planillas los últimos envíos que habían realizado.

Cuando estuvo solo, Frattini se quitó la ropa. Lentamente, tomó un rollo de casimir y se envolvió el cuerpo con varios metros de aquella costosa tela. Luego volvió a vestirse, disimulando los pliegues que la tela formaba bajo su camisa y sus pantalones con un largo sobretodo que había llevado exclusivamente para eso.

Le costaba caminar, pero sin embargo consiguió que nadie sospechara. Se despidió de las demás empleadas con la misma sensual gentileza de siempre, y salió a la calle. Fue directamente a ver a un sastre de La Boca, un judío polaco que usaba bigotes engomados y que le había confeccionado los trajes que Frattini había podido comprarse. Al ver la calidad de la tela el sastre pestañeó, impresionado. Ese gesto, imperceptible para cualquiera, a Frattini le demostró dos cosas: que debía exigir una suma importante y que había encontrado otra forma

sencilla de ganar dinero.

Después de todo, aquello no era tan distinto a contrabandear relojes en el puerto.

8

Franco no podía entender que Frattini conservara su trabajo en la tienda.

—¿Vas a volver? —preguntaba cada vez que él, preocupado, consultaba el reloj.

—Ya tendría que haber fichado hace un rato —respondía Frattini sin mucho convencimiento.

A Frattini también le resultaba difícil dejar los edificios.

—Dale, un departamento más y te vas —lo seducía el Tano.

Poco a poco, la única puntualidad que comenzó a respetar era la de sus demoras. Algunos días, incluso, ni siquiera regresaba después del almuerzo. No era sólo por el dinero que Frattini prefería quedarse en las calles. La satisfacción de poder abrir una cerradura era mucho más gratificante que la ambición de encontrar un alhajero. Era como abrir las puertas que se le habían cerrado siempre. Y Frattini ya no estaba dispuesto a quedarse afuera de nada.

Una tarde, al regresar al conventillo, se encontró a su padre esperándolo en las escaleras de la casa.

—Te llegó esto —dijo, extendiéndole un papel con una mano y lanzándole un golpe con la otra.

Frattini esquivó el golpe y tomó el papel. Era la primera vez que veía un telegrama, y le molestó que hubieran utilizado tan pocas palabras para darle semejante noticia. Su padre se volvió y se dirigió a

la casa. Antes de cerrarle la puerta en la cara, dijo:

—Arreglá tus asuntos o no vuelvas más.

Entonces Frattini supo que había llegado el momento.

Al día siguiente, después de darse una ducha en la pensión donde había pasado la noche, se presentó en Marilú con su mejor cara de niño condenado. Esperó más de una hora hasta que la dueña se desocupara y le permitiera entrar a la oficina.

Detrás del escritorio, el rostro de la mujer lo recibió con una mueca de tristeza. Frattini no tenía miedo, sólo vergüenza.

—Alicia, perdóneme. Sé que me equivoqué —dijo.

La señora Alicia alzó las cejas.

—Sí, y es lamentable. Demasiadas faltas, descuidaste el trabajo.

Frattini dijo lo que tenía que decir:

—Deme otra oportunidad…

Y sus propias palabras le sonaron falsas. No podía ni quería volver atrás.

—Habías progresado, Carlitos, si hasta te llevé a mi casa…

La señora Alicia lo miró con un gesto desesperado, como si hiciera tiempo para permitirle inventar algo, salvarse con una promesa o un juramento. Pero Frattini no dijo nada.

—Es una pena, pero estás despedido.

—Lo siento —dijo Frattini.

Se despidió de todas las empleadas con afecto, casi con nostalgia. Alguna, incluso, al estrecharle la mano le deslizó un pequeño papel con su nombre y un número telefónico. Sólo por un momento Frattini sintió algo parecido, si no al arrepentimiento, al menos a la duda. Temía haberse equivocado, estar desechando la oportunidad de su vida… Pero al salir a la calle vio todo más claro: se sentía ligero, como si se hubiera quitado un peso de encima.

Ese mismo día alquiló una pieza en una pensión cerca de la plaza de Once. Ni siquiera fue al conventillo a avisarle a su padre. Por la noche, se despertó a los gritos. Le costó entender que había tenido una pesadilla, y notó que se estaba cubriendo el rostro de unos golpes que ya no iba a recibir.

A la mañana siguiente se dirigió a su casa sabiendo que su padre estaría trabajando. Mirtha lo recibió angustiada, con las manos

retorciendo el delantal. Frattini la besó, y ella lo retuvo unos segundos entre sus brazos.

—Vine a buscar la ropa —dijo.

Se alegró de que Estela y Juana, sus hermanas mayores, estuvieran en la escuela. Ya bastante le dolía ver cómo Francisca, la menor, lo miraba con tristeza mientras él metía su ropa en una bolsa de arpillera.

Cuando terminó de juntar todo, besó a Mirtha y a la niña diciendo:

—No lloren. Voy a venir a visitarlas.

Nunca hubiera imaginado que sentiría tristeza al marcharse de aquel lugar donde había sufrido tanto. Sin embargo no pudo contener las lágrimas al ver a las mujeres que conversaban junto a los piletones y a los niños que jugaban al fútbol en el patio del conventillo. Salió a la calle cargando la bolsa de ropa, con la respiración agitada, y se echó a correr en dirección a Constitución, escapando de sus propios fantasmas.

Ese día llegó al restaurante media hora antes que Franco. Cuando el Tano entró se dio cuenta de que algo había cambiado. Quizá porque Frattini estaba más serio que de costumbre. Lo cierto es que, al verlo llegar, Frattini le contó lo que le había pasado.

Cuando terminó, Franco le dio una palmada en el hombro, en parte para felicitarlo y otro tanto porque estaba conmovido.

—Tano, estas llaves ya no alcanzan —dijo Frattini.

El Tano asintió. El progreso del país se notaba tanto en la cantidad de joyas que encontraban como en las nuevas cerraduras que protegían las puertas.

—Hay que volver con San Pedro —dijo Frattini.

No almorzaron, pero dejaron una generosa propina y se dirigieron a una cerrajería sin decirse nada. Antes de que el cerrajero les preguntara algo, Frattini dijo:

—Mi hermanito tiene que hacer un trabajo para la escuela. Deme un kilo de llaves.

De pronto Frattini había tomado el mando. Franco lo miró, asombrado. El cerrajero, en cambio, lo miró con una sonrisa que demostraba que no eran los primeros escruchantes que iban a verlo.

En un bar se dividieron las llaves en dos juegos.

Cincuenta llaves para cada uno de ellos, los mejores devotos de San Pedro.

9

Lo que había empezado como un juego desde entonces se convirtió en una profesión que no permitía errores ni improvisaciones. Religiosamente, Frattini y el Tano se encontraban todos los días a la una en La Churrasquita, un restaurante de la calle Corrientes.

Almorzaban mientras iban trazando el itinerario del día. Elegían las avenidas más prestigiosas, donde las joyas parecían salir de debajo de los adoquines. Después pagaban la cuenta, se despedían de los mozos y empezaban su día de trabajo.

Había pasado un año entero desde su primer "hecho", y ahora pocas veces se equivocaban en el edificio que elegían. Les bastaba echar un vistazo para decidir si valía la pena entrar: lo sabían por la cantidad de timbres del tablero del portero eléctrico, por el revestimiento de las paredes, por los detalles de bronce de las puertas… Siempre se inclinaban por edificios de pocos pisos, cinco a lo sumo, para que, en caso de tener que escapar de la policía o los vecinos, no los separaran demasiados escalones de la puerta de calle. Además, ya habían aprendido que los edificios que tenían más de tres departamentos y más de cinco pisos eran conventillos de concreto, ratoneras que se alzaban al cielo en busca del espacio que sus míseros propietarios no podían pagar sobre la tierra.

Cuando algún edificio les llamaba la atención, se fijaban si las persianas estaban cerradas, un detalle que certificaba la ausencia de los dueños. Distraídamente, mientras caminaban hacia la puerta de calle iban buscando una Yale entre las llaves de sus bolsillos. Si el hall

estaba despejado, uno controlaba los movimientos de la calle mientras el otro abría la puerta con un disimulo que ya no necesitaban fingir.

Subían por el ascensor hasta el último piso. Frattini observaba por el ojo de la cerradura, el Tano llamaba a la puerta. Si alguien respondía al llamado, se lanzaban por las escaleras saltando como canguros… eran tan rápidos que cuando la puerta del departamento al que habían llamado se abría, ellos ya estaban en la calle. Pero lo mejor era cuando nadie contestaba. Entonces, elegían una llave y abrían con una facilidad que hasta a ellos mismos los asombraba. Si una puerta no abría, regresaban días más tarde para rematar el trabajo. Eran aplicados, memoriosos, y disfrutaban mucho lo que hacían. Cuando entraban a un departamento recorrían los cuartos hasta encontrar el de los mayores. Buscaban los alhajeros y los fajos de billetes que siempre estaban escondidos en los cajones de las mesas de noche y los de esas cómodas que, en todos los casos, estaban rematadas por inmensos espejos, como si todos aquellos ricachones tuvieran el mismo mal gusto o no se les ocurrieran otras ideas para decorar sus habitaciones. Lo cierto es que esa coincidencia les facilitaba el trabajo. Se guardaban todo en los bolsillos y luego volvían a acomodar la ropa en su lugar. A veces descubrían a los propietarios durmiendo la siesta con placidez. Entonces debían contener la risa, y se retiraban en puntas de pie para no despertarlos. Deshacían sus pasos, cerraban la puerta de entrada y salían a la calle con cara de corderos degollados.

Cuando los porteros volvían a ubicarse en sus puestos de trabajo, custodiando las puertas con los rostros hinchados por el descanso y el cabello húmedo, peinado a la perfección, Frattini y el Tano los saludaban con los bolsillos repletos de billetes y joyas de todos los tamaños. Mientras recuperaban las fuerzas en un bar, tomaban un café y se repartían el dinero. Nunca miraban las joyas en público, así que no podían saber con certeza el valor del botín hasta que no las veían en lo del reduce. José era uno más de la banda: les pagaba cada vez mejor, y les enseñaba que el oro blanco era muy difícil de identificar a simple vista, y que el platino podía parecer plata pero valía varias veces su precio. Gracias a José, si encontraban un engarce de platino en un anillo de oro tenían la certeza de que el brillante era de excelente calidad.

—Porque si es buena, la piedra come el oro… —decía José.

—Y le ponen platino porque es más duro… —respondían ellos a dúo, tratando de memorizar sus palabras.

Frattini regresaba a la pensión al anochecer, cargado de dinero. Ni siquiera se molestaba en esconderlo. Lo guardaba en los cajones, sabiendo que al día siguiente ganaría lo mismo o el doble. Se desvestía y caía rendido sobre la cama, con las piernas acalambradas de tanto caminar y correr.

Pero con un par de horas de sueño recuperaba la vida. Calentaba agua y tomaba mate oyendo música en la radio. Después se bañaba, se afeitaba y elegía uno de sus trajes nuevos, una camisa, una corbata y los zapatos haciendo juego. Se vestía con una dedicación casi femenina. Se perfumaba viéndose en el espejo, orgulloso de su propia imagen reflejada, y volvía a perderse en la ciudad.

Cenaba en restaurantes, iba al cine o al teatro cada día. Los fines de semana terminaba la noche en un salón de baile. Bailaba bien, y lo disfrutaba tanto que apenas dejaba la pista por unos instantes para beber una soda en la barra. Nunca tomaba alcohol, había crecido abstemio con sólo observar a su padre.

Una noche descubrió un escote prodigioso entre los pasos de baile mal sincronizados de las parejas que ocupaban la pista. El tipo de frac que llevaba a la mujer era mal bailarín, y por la formalidad con que la tomaba estaba claro que no era el marido, el novio ni el amante. Ni siquiera el hermano. Lentamente, Frattini fue conduciendo los giros de la rubia insulsa con la que bailaba hasta quedar a unos pocos metros de distancia de aquella morocha que lo había deslumbrado. Al fin, la canción terminó y él se apuró en cambiar de pareja. Su jugada pareció molestarle sólo a la rubia; el bailarín de frac ni siquiera parecía haber notado el cambio de pareja.

La mujer del escote le sonrió, pero Frattini ya había comenzado a bailar. Bailaron hasta el intervalo sin decirse una sola palabra. Después fueron a la barra, pidieron bebidas y se presentaron. Se llamaba Leonor, y Frattini pensó que su nombre sintonizaba con el dramatismo de su rostro pálido, apenas salpicado de pecas, y esos profundos ojos negros que miraban todo con una tristeza desoladora. Se notaba que

era mayor que él, como la mayoría de la gente que estaba en esa milonga. Sin embargo lo escuchaba, le sonreía, y cuando tras un largo rodeo cargado de indecisión Frattini la invitó a dormir a su pieza, ella aceptó con otra sonrisa.

Además de ser hermosa, Leonor poseía una sinceridad que abrumaba. La misma noche en que se conocieron le contó toda su vida. Provenía de una familia humilde del interior, de una lejana provincia custodiada por altas montañas con las que Leonor soñaba cada noche. Estaba sola en Buenos Aires. Trabajaba como secretaria en una agencia de viajes que era propiedad de su amante, un tipo casado y con hijos que hacía dos años que le venía prometiendo que dejaría todo para irse con ella. Frattini comprendió el origen de su tristeza, y se animó a contarle los malos recuerdos de su propia infancia. De su debilidad por las puertas no dijo nada, y cuando ella le preguntó a qué se dedicaba él dijo que era cobrador de deudores morosos.

Leonor se mudó a la pieza de Frattini esa misma semana, con la condición de que cuando su amante dejara a la mujer para casarse con ella, Frattini lo aceptaría sin hacer planteos estúpidos. Él aceptó, como también aceptó su inexistencia: el amante de Leonor no podía saber que vivían juntos. Siempre le había costado aceptar las condiciones ajenas, pero esta vez lo hizo con satisfacción. Le gustaba esa autoridad maternal con que Leonor lo trataba. Tenía veintitrés años, siete más que él, y le hablaba como si hubiera vivido mil vidas.

Se convirtieron no sólo en amantes, sino también en compañeros de espera. Ella aguardaba el momento en que su amante cumpliera su promesa, él que el próximo robo al fin lo convirtiera en millonario. Vivían juntos dos vidas paralelas que apenas se cruzaban en la cama y, luego, por la noche, cuando el amante de Leonor cenaba rodeado de su familia y los edificios de Frattini estaban ocupados por sus dueños, ellos dos salían a cenar a los mejores restaurantes, iban al cine, a bailar y a hoteles costosos que les permitían disfrutar de la espera. A Frattini le costaba admitir el mísero destino que había aceptado su hermosa compañera: resignada a las sombras, prostituta solapada por un puesto de secretaria, dejaba que su vida transcurriera por los lugares que decidían otros. Él nunca hubiera tolerado semejante destino.

Cada día, Leonor se marchaba a trabajar y él se quedaba en la cama hasta el mediodía. Después se bañaba y se vestía para ir a encontrarse con Franco. La sociedad que formaban con el Tano era casi perfecta: se entendían con sólo mirarse, se divertían, se llenaban los bolsillos y progresaban cada uno a su modo. Sin embargo, había cierta temeridad, cierta prepotencia en su compañero que a Frattini lo preocupaba. Un día, mientras almorzaban antes de salir a trabajar, el Tano se abrió brevemente el saco para mostrarle el mango de la pistola que llevaba sujeta al cinturón. Frattini se quedó en silencio mientras el Tano sonreía. Al fin, rompiendo la sonrisa de su compañero con un gesto serio, casi enojado, dijo:

—Tano, el arma es para usarla.

—No, es para asustar… —dijo Franco.

—No. Si salís con un arma, tarde o temprano la vas a usar. Y yo no quiero armas. Ni ahora ni nunca —dijo Frattini.

Franco lo miró largamente, tratando de adivinar por qué reaccionaba así frente a una pistola. Sólo Frattini podía saberlo: a sus diecisiete años ya había vivido entre tanta violencia como para llenar un par de vidas.

—Si nos quiere parar la cana nos puede servir… —dijo el Tano.

Frattini partió el aire con una mano, sin dejar lugar a las confusiones:

—Si nos para la cana vamos adentro. Prefiero entrar a la cárcel como ladrón y no escaparme como un asesino.

El Tano resopló, aburrido. Frattini se acodó en la mesa y acercó el rostro para que su compañero comprendiera que no lo estaba aconsejando. Todo lo contrario: le estaba haciendo una advertencia.

—Yo no salgo con armas. Si no la dejás, no volvés a salir conmigo —dijo.

Franco asintió, pero no pudo esconder la furia de sus ojos.

Frattini regresaba a la pensión cuando caía la tarde. Le gustaba abrir la puerta de la pieza y encontrar a Leonor en ropa interior, pintándose las uñas o arreglando la ropa del armario. Cuando alguna joya lo deslumbraba, le pagaba la mitad a Franco y la conservaba para regalársela a ella. Las joyas tenían el poder de borrar la tristeza de sus

ojos negros al menos durante unas horas. Leonor siempre le preguntaba de dónde la había sacado, y Frattini la besaba y le decía que le había tocado visitar a un deudor que era joyero. Aquellas explicaciones ridículas bastaban para adormecer su desconfianza, y siempre la hacían sonreír. Después se colocaba el collar de perlas, el anillo de diamantes o el reloj pulsera de oro y caminaba desnuda por la pieza, exhibiendo el regalo y unos senos dignos de las mejores joyas.

10

Una vez por semana, Frattini volvía a visitar a sus hermanas y a Mirtha al conventillo de La Boca. Ellas lo felicitaban por su atuendo refinado, y gritaban como locas ante los obsequios que les hacía. Festejaban hasta los pendientes de alpaca que tanto despreciaba el reduce. A él le gustaba verlas, escuchar sus voces chillonas y sentir sus besos en la cara. Mirtha era tan observadora como paciente. Aceptaba el dinero y los regalos diciendo:

—Carlitos, Carlitos… ¿en qué estás metido?

—En nada, mamá. Estoy bien, no te preocupes —repetía Frattini, y se marchaba antes de que su padre regresara del trabajo.

Con el correr de los meses, Leonor también comenzó a impacientarse por la cantidad de regalos de Frattini. Había comprendido todo, pero lo curioso era que no hiciera preguntas. Se limitaba a preocuparse, como una tía cariñosa:

—Carlitos, vos sos un buen chico… conseguite un trabajo serio.

Frattini no le contestaba. Le gustaba que ella lo cuidase, pero no soportaba que le dijera qué hacer. Eso no era parte del trato.

—Tenés que largar esto… —repetía ella.

Nunca, pensaba Frattini. Tenía dinero en el bolsillo, en los cajones, guardaba joyas que valían una fortuna y estaba viviendo una aventura con aquella hermosa mujer que lo cuidaba.

Era 1948, y la década que había comenzado con hambre y pobreza terminaba con una Argentina esplendorosa. No hacía falta ser un científico para darse cuenta: lo sabía hasta Frattini, que por entonces

juntaba medio kilo de oro por día. En la calle, mientras buscaban los edificios adecuados, Franco lo golpeaba en la espalda para señalarle a los peatones: cualquier mequetrefe llevaba un reloj de bolsillo con cadena de oro y anillos que brillaban en las manos rugosas de obreros y empleados. Franco no había vuelto a insistir con salir armado, pero Frattini se había enterado de que lo hacía cuando no trabajaban juntos. Incluso en la calle, al Tano le costaba seguir caminando y no echarse sobre los collares y las cadenas que la gente llevaba al cuello.

Un claro día de abril entraron a un pequeño edificio de la avenida Las Heras, sin ascensor. El lujo era tal que en cada uno de los descansos de la escalera había un sillón de madera lustrada y almohadones de seda. Mientras subían, Frattini pensó en llevarse un par de almohadones para regalárselos a Leonor. Después de que él se aseguró de que no había nadie, el Tano se encargó de abrir la puerta del único departamento del cuarto piso.

El lugar era amplio y estaba tan bien decorado que parecía un depósito de obras de arte. Rostros en blanco y negro de antiguos patriotas criollos reposaban colgados sobre las paredes recubiertas de madera, como si fueran los eternos guardianes de aquellos platos dibujados con letras chinas, de aquellas colecciones de espadas y machetes de plata, y de los cientos de libros encuadernados en piel de varios colores que abarrotaban las bibliotecas empotradas en las paredes. Había decenas de puertas, y se dividieron la búsqueda sin necesidad de acordarlo.

En el primer cuarto, Frattini encontró un buen fajo de billetes ocultos en una caja de herramientas. Los escondites de la gente eran absurdos. Después, la enormidad de la casa lo obligó a deambular por cuartos abandonados, preparados para la llegada de un huésped que parecía llevar años de demora. Fue entonces cuando escuchó a Franco gritar:

—Esto es un fangote.

Sus pasos fueron tan silenciosos que su compañero no lo oyó llegar, y pudo ver que Franco se escondía un enorme paquete de joyas en el bolsillo. Sin decir nada, Frattini deshizo sus pasos para ubicarse fuera del cuarto. Desde allí, con una normalidad a prueba de detectores de mentira, dijo:

—Entonces vamos, Tano.

Franco salió del cuarto.

—¿Y las joyas? —preguntó Frattini.

—Acá están.

Franco le enseñó un alhajero mucho más pequeño que el paquete que se había guardado.

—Perfecto —dijo Frattini.

Se dirigieron a un bar de la avenida Pueyrredón para hacer la repartija. Allí Frattini dividió el dinero que había encontrado y le entregó la mitad a Franco. El Tano había sacado un par de pendientes, un reloj y una cadena de oro de sus bolsillos.

Frattini volvió a darle la oportunidad de redimirse:

—¿No había nada más?

—No —respondió el Tano.

Pagaron y se marcharon en dirección a la calle Libertad. Luego de que José les hubiera pagado las joyas, Franco los saludó a los dos y se marchó más rápido que de costumbre. Frattini lo despidió con la misma cordialidad de siempre, pero cuando se quedaron solos le dijo al reduce:

—Si éste viene mañana o pasado a venderte oro, avisame.

—Lo que vos digas.

Los dos días siguientes Frattini no salió a trabajar. Al tercer día se presentó en la joyería de José a primera hora de la mañana.

—¿Y?

—Vino a vender una pulsera de treinta y siete quilates, un anillo y un diamante de diez puntos —contestó el reduce, haciendo un inventario de las traiciones de Franco.

—Gracias —respondió Frattini con sequedad.

A la una, cuando el Tano llegó a La Churrasquita, Frattini ya había almorzado. Franco supo que algo pasaba: nunca empezaban a comer si no había llegado el otro.

Se saludaron con una tensa amabilidad.

Franco se sentó, llamó al mozo y le pidió la comida. Cuando el mozo se marchó, Frattini dijo:

—Me parece que el otro día me cagaste con la mercadería, Tano.

Franco no dijo nada. Y eso a Frattini le demostró dos cosas: que

Franco era culpable y que él debía buscarse un nuevo compañero.

—Vamos a dejarlo acá —continuó Frattini—. Desde ahora, cada uno por su lado.

Franco no habló, se limitó a consentir con su silencio. Frattini llamó al mozo, pagó la cuenta de los dos y se marchó sin decir nada. No estaba furioso: lamentaba profundamente que aquella exitosa sociedad hubiera llegado a su fin de esa manera.

Pasó una semana encerrado en su pieza. Cuando Leonor se marchaba a trabajar, él permanecía en la cama mirando el llavero, como si esperara que las llaves le dijeran lo que debía hacer. Leonor tampoco atravesaba su mejor momento. Ya casi no hablaban, y hacía varias semanas que habían dejado de salir por la noche, como si la felicidad y el esplendor se hubieran esfumado por completo.

Poco a poco Frattini se fue gastando el dinero que había juntado hasta entonces. No tenía más alternativas que volver a trabajar, pero algo lo retenía y no lo dejaba salir a las calles.

Un día Leonor llegó del trabajo con el rostro cubierto de lágrimas. Lloraba con una desolación infantil, como si el mundo se hubiera caído sobre ella hasta aplastarla. Frattini se incorporó de la cama. Aún estaba en calzoncillos, y al abrazar a Leonor pensó que nunca podría detener la tristeza que brotaba de aquellos ojos negros. Le preguntó qué le pasaba, y ella se cubrió el rostro para ocultar su frustración, su vergüenza.

—La mujer está embarazada. Va a tener a su tercer hijo —dijo con la voz entrecortada.

Por primera vez, Leonor comprendió que la posibilidad de que su amante dejara a su mujer era una absurda quimera. Durmieron abrazados todo aquel día, sin besarse, sin amarse, compartiendo el dolor.

Al día siguiente, cuando Frattini despertó, Leonor estaba metiendo su ropa en una valija. La observó en silencio, recordando el puerto de La Boca y los buques que se alejaban hacia el horizonte. Después de cerrar la valija, Leonor se sentó en la cama junto a él.

Ella extendió una mano cálida y deslizó sus dedos por entre los cabellos de Frattini, que la miraba en silencio.

—Me vuelvo a mi pueblo —dijo Leonor—, acá ya no tengo que

esperar nada.

En aquel momento, si Frattini le hubiera prometido buscar un trabajo digno y le hubiera ofrecido una relación con garantías, tal vez Leonor hubiese decidido otra cosa.

Pero Frattini se limitó a mirarla con un gesto ausente.

11

Al cumplir los veinte años, Frattini seguía sumido en la tristeza que le habían provocado las separaciones de Franco y Leonor. Vivía con lo puesto, mudándose de pensión en pensión sin lograr establecerse en ningún sitio ni profundizar ninguna relación laboral o amorosa. Le sobraba el tiempo, y parecía haber perdido el interés por todo.

En octubre de 1951, mientras almorzaba en La Churrasquita, uno de los mozos le habló de Yatasto. Al parecer, aquel caballo era espectacular, un zaino que había conseguido ganar en todos los grandes premios que se corrían en Buenos Aires.

—Y el sábado va a correr el Gran Premio Pellegrini. Si tenés unos mangos, apostale que gana.

Frattini nunca había visto una carrera de caballos. Sin embargo, el sábado siguiente se vistió con un traje liviano de color crema, una camisa blanca, corbata roja, y se dirigió al Hipódromo de Palermo.

En la puerta, al comprar la revista de apuestas, el vendedor le aseguró que Duty, la potranca del año, le arrebataría el cetro a Yatasto. A Frattini lo divirtió la seriedad del tipo que presagiaba un ganador inesperado. Decidió apostar por ambos. Tardó más de una hora en alcanzar la ventanilla de apuestas. Mientras esperaba, se dedicó a mirar a la gente tan bien vestida que recorría los bordes de la pista con una altivez aristocrática, a los pobretones que se amontonaban sobre la tribuna con sus gastados trajes de domingo y a los policías que restringían la entrada al palco que ocupaban las autoridades.

Todos, ricos y pobres, comenzaron a gritar cuando los caballos y sus jockeys salieron a la pista.

Frattini estaba asombrado. Siempre le habían gustado los gestos ceremoniosos, las muestras de respeto por la importancia de las personas. Pero aquello lo había deslumbrado: cuando los caballos ocuparon sus puestos en la línea de partida, sintió que el júbilo de los espectadores le había atravesado la carne y ahora corría por sus venas como un río de adrenalina.

Se alzaron las cintas que contenían a los animales, y entonces la gente que lo rodeaba pareció perder la amabilidad para poder gritar con furia a favor de los caballos por los que había apostado y a insultar a los jockeys rivales. Fue en un segundo, y el cambio de actitud a Frattini lo desorientó. Después no pudo hacer otra cosa que sumarse a los gritos.

En los primeros metros de la largada tomó la delantera un animal llamado Sabueso que, según el hombre que compartía tribuna con Frattini, iba montado por un tal Ortiz Tapia. Después de aclararle esto, el hombre volvió la vista hacia la pista y comenzó a insultar a Yatasto. El campeón iba rezagado.

Antes de que completaran la primera vuelta, Frattini vio al zaino lanzarse sobre el puntero para pelearle el liderazgo. Los últimos metros fueron de una lucha conmovedora: mientras el segundo, el tercero y el cuarto corrían palmo a palmo, fustigados por sus jinetes, Yatasto se alejaba de ellos como si estuvieran detenidos en una fotografía. Al ver la carrera de aquel poderoso animal, tan bello, inalcanzable, Frattini sintió una emoción inmensa. Cuando Yatasto cruzó la línea de meta, con cinco cuerpos de ventaja sobre el resto, él tenía las manos rojas de tanto aplaudir y la mirada excitada del apostador satisfecho.

El mozo de La Churrasquita no le había mentido. Por eso, al día siguiente le dejó una más que considerable propina. Los favores se pagaban, creía Frattini. Sobre todo si se trataba de dinero.

Desde entonces se aficionó a las apuestas: los caballos resultaron una compañía para la soledad durante unos meses. En diciembre, una mañana en que se acercó hasta el conventillo para visitar a sus hermanas, Mirtha le entregó una carta con membrete del gobierno.

Debía presentarse los primeros días del próximo año a cumplir con el servicio militar.

La revisación médica le recordó su llegada al reformatorio. Con una diferencia: los niños que lo rodeaban en las duchas de la calle Tacuarí escondían sus partes con ademanes pudorosos, mientras que en las dependencias del Ejército en Campo de Mayo los muchachos hacían gestos subidos de tono mientras esperaban desnudos que los médicos militares decidieran si eran aptos para el servicio. Frattini se había sentido incómodo tan sólo con cruzar los pilares de piedra que sostenían la barrera de la entrada. Odiaba los uniformes. Militares, policías, curas, médicos y maestros, todos le provocaban el mismo rechazo.

Cuando llegó su turno, un par de médicos vestidos de un blanco impoluto le revisaron los pies, la garganta y el ano, como si para ser aceptado en el Ejército sólo tuviera que estar capacitado para correr, gritar y quién sabe qué otras cosas. Y Frattini lo estaba: un sello en su documento de identidad bastó para condenarlo a un año de encierro.

La primera semana que pasó en el cuartel le sirvió para comprender que debía obedecer a unos monigotes que se creían importantes por el solo hecho de estar vestidos de verde y tener unas charreteras doradas que valían mucho menos que un anillo de plata. Le molestaba todo: hacer ejercicio, tener que manipular y disparar las armas, comer ese guiso aguachento.

Pero lo que más detestaba era obedecer órdenes.

Fue en los enormes comedores y en los pabellones en los que dormían donde Frattini fue conociendo a sus compañeros. Muchos eran de Capital, pero la mayoría había llegado de provincias remotas y se movían con una incomodidad que lo divertía. Pronto pudo identificar a aquellos que valía la pena conocer: ladrones en ciernes, matones rurales, buscavidas que compartían con él el agobio del encierro. Con el correr de los días, todos ellos se fueron acercando. Al fin comenzaron a compartir la mesa y una noche del segundo mes, sirviéndose de métodos no demasiado honrosos, convencieron a los otros colimbas de que debían ocupar las camas del fondo. Para el tercer mes, nadie se animaba a llevarles la contra en nada. Salvo los

oficiales.

Frattini detestaba que lo trataran como a un esclavo, y sus compañeros sentían lo mismo. Al que más odiaban era al cabito delgado que usaba bigote para subrayar su nariz de lechuza. El tipo les hablaba con voz sobradora sin mirarlos a los ojos, y si se quedaban conversando después de hora los hacía levantarse de la cama y los obligaba a hacer ejercicios en el patio, bajo el rocío helado que escarchaba la hierba. Con voz aflautada, no se molestaba en esconder su desprecio detrás del idioma militar que usaban los demás oficiales. Él prefería insultarlos, hacer que se sintieran como escoria.

Frattini y sus amigos lo obedecieron durante un tiempo, hasta que una noche que el cabo los obligó a correr descalzos diez kilómetros, lo arrinconaron contra una de las paredes del regimiento. Mientras Frattini le sujetaba los brazos y lo inmovilizaba, uno de sus compañeros le cubrió la boca para que no gritara. Otro, un entrerriano de un metro noventa que boxeaba en un gimnasio de Paraná, cerró el puño derecho delante de los ojos del cabo. Después extendió dos dedos formando una pistola. Con el índice, dio dos golpecitos en la frente del cabo y le dijo:

—Cabito, no nos jodas más porque te quemamos acá, adelante de todos.

El cabo los miraba con los ojos desorbitados por el pánico. Lo soltaron, riendo.

Al día siguiente se enteraron de que había pedido el traslado.

Pero el agobio de Frattini no cesó con la desaparición del cabo. Seguía soportando órdenes, ejercicios y aquel maltrato, lejos de la ciudad que lo esperaba rebosante de joyas y dinero. No podía creer que aún le faltaran ocho meses para ser dado de baja.

Al fin, una mañana, mientras sus compañeros defendían a la patria haciendo flexiones de brazos bajo una lluvia helada, Frattini se lanzó contra uno de los puntos alejados de los alambrados que cercaban el predio. Colocó un tronco para ganar altura y se sujetó al alambre de púas que coronaba la cerca. Se había vendado las manos con retazos de tela, de modo que logró cruzar al otro lado sin lastimarse, sin siquiera desgarrarse la ropa.

Cuando aterrizó en el camino empedrado del exterior, sintió que el

corazón se le aceleraba. Le dio una última mirada al predio, insultó en voz baja a todos los militares que había conocido allí dentro y se echó a correr hacia cualquier parte, escapando del Ejército y de la tormenta.

Aunque temblaba de frío, estaba feliz. Iba haciendo planes mientras se acercaba a la avenida con la intención de que algún conductor lo llevara gratis hasta el Centro. Vio a tres mujeres que lloraban abrazadas al pie de un árbol. Una de ellas alzaba las manos al cielo, lanzando gemidos y blasfemias. Más adelante, un hombre envuelto con una bandera argentina intentaba encender una vela bajo la lluvia. Poco a poco, Frattini dejó de correr, de caminar, sin saber qué pasaba.

Cuando alcanzó la avenida, le hizo señas a un camión. Sus ropas de soldado ayudaron a que el chofer se detuviera. Frattini amagó con subirse a la parte trasera del camión, pero el chofer le hizo una seña para que se sentara en la cabina.

—Sentate acá, así me hacés compañía. Qué día de mierda —dijo el hombre.

—Sí, cómo llueve —contestó Frattini.

—¿Vos sos pelotudo? Se murió Evita, pibe.

—¿Evita? No puede ser… —dijo Frattini, asombrado.

Su felicidad se fue apagando con los gestos de dolor que vio a lo largo de todo el camino. La gente había salido a las calles buscando más consuelo que explicaciones. Desde la ventanilla del camión Frattini veía hombres fornidos que lloraban abrazados, rondas de mujeres que le rezaban a los distintos bustos de Eva que había en las plazas y que ahora estaban decorados con ofrendas de cualquier tipo, juguetes, vestidos de novia y flores frescas de todos los colores. En una esquina vio un grupo de niños que cantaban la marcha peronista exhibiendo un listón negro en sus camisas.

A medida que el camión entraba en la Ciudad, el tránsito comenzó a avanzar más lento. Los vehículos desbordaban la avenida. La gente iba en bicicletas, autos, motos, camiones, o simplemente a pie, y todos avanzaban sumidos en el mismo silencio. Tardaron más de tres horas en alcanzar el interior del Mercado de Abasto. Allí Frattini se despidió del chofer y salió a la calle. Sin oponer resistencia, se dejó arrastrar por la gente que se dirigía al Centro caminando por veredas y calles,

derramándose por la ciudad como una marea huérfana y cabizbaja.

En un momento pensó en alejarse, pero no podía. Tampoco tenía dónde ir: había entregado la pieza de la pensión el mismo día en que había sido enrolado en el Ejército y si iba al conventillo a esa hora tendría que soportar a su padre. Leonor estaba demasiado lejos, perdida entre las montañas y su pasado, como el Tano.

Estuvo entre los primeros cientos de miles de personas que llegaron al Congreso. No podía dejar de mirar a la gente. En un momento, una anciana lo abrazó, llorando, y él se echó a llorar con ella. Aquellos hombres, mujeres, niños y ancianos que esperaban bajo la lluvia, tiritando de frío, que lloraban y proclamaban la santidad de la muerta entre sollozos, despertaron en él una compasión infinita.

De pronto escuchó que alguien le hablaba:

—Soldado, párese como un hombre y vaya a ayudar a la cocina —dijo un oficial vestido de verde, señalando una pequeña cocina de campaña.

Recién en ese momento Frattini recordó que llevaba ropas militares, que se había escapado de la colimba y que lo podrían detener. Sin embargo no tenía miedo. Prefería quedarse allí. Y así lo hizo. Durante tres días Frattini dejó de lado su condición de desertor para convertirse en uno más de los cientos de soldados que se encargaron de abrigar y servir bebidas calientes a los millones de personas que pasaron por el velorio de Eva.

Cuando todo terminó, Frattini se dirigió al conventillo. Le dijo a Mirtha que le habían dado franco, se cambió de ropa y fue a alquilar una pieza en una pensión. El velorio de Leonor, el Tano y Evita había sido larguísimo, pero al fin había terminado.

Ya era hora de visitar a San Pedro.

12

Los viernes, después de recorrer la ciudad abriendo puertas, regresaba a la pensión de Constitución entrada la noche. Encendía la radio, sintonizaba una emisora que pasara música y se tendía en la cama con la revista verde del Hipódromo abierta de par en par. A la luz del velador, repasaba los nombres de los animales que correrían en las trece carreras del día siguiente y marcaba aquellos por los que valía la pena apostar. Después salía a cenar a algún restaurante y regresaba temprano, para volver a controlar la revista y los caballos que había elegido.

Los sábados se levantaba temprano. Se afeitaba, se bañaba y después de tomar unos mates se marchaba al Hipódromo de Palermo. Ocupaba siempre la misma mesa del restaurante, junto al ventanal que daba a la pista. Ni siquiera se molestaba en ir a sacar los boletos. Llamaba al mozo, que ya lo reconocía, y le entregaba dinero para que apostara por los caballos que había elegido la noche anterior. Almorzaba contemplando la pista, los caballos que se ejercitaban y los hombres y mujeres que caminaban al otro lado del cristal. Disfrutaba estar allí sentado, bien vestido, adivinando las miradas envidiosas de los demás.

Si ganaba, pagaba el favor del mozo con un porcentaje de las ganancias. Si perdía, insultaba por lo bajo y volvía a apostar. A veces se quedaba sin dinero antes de que comenzara la quinta carrera. Entonces llamaba al mozo y le pedía que le cuidara la mesa. Se incorporaba, volvía a colocarse el saco que había dejado sobre el

respaldo de la silla y como un autómata se lanzaba a la avenida del Libertador. Tardaba diez o quince minutos en desvalijar un par de departamentos y regresaba con fajos de billete que le permitían seguir apostando.

El Gran Premio Carlos Pellegrini de 1952 lo encontró en aquella mesa, junto a la ventana desde la cual se veían miles de personas. El restaurante también estaba lleno, aquel día el mozo estaba tan ocupado que ni siquiera pudo ir a sacarle los boletos. Todos, parroquianos y turistas, habían ido al Hipódromo tentados por los diarios que anunciaban "La carrera del siglo". Yatasto estaba en todas las portadas: en los ejercicios de las semanas anteriores, el zaino se había mostrado sin fuerzas, apenas un fantasma del gran campeón que había sabido ser. Quizá fue eso lo que atrajo a la multitud: las derrotas de los héroes se disfrutan más que sus triunfos.

Tentado por aquel clamor que se alzaba sobre la pista, ese día abandonó su mesa para mezclarse con la multitud.

Mujeres vestidas como estrellas de cine se paseaban del brazo de hombres de frac, pobretones con gastadas ropas de domingo gritaban a los caballos y a los jockeys. Entre el tumulto, Frattini reconoció a varios de los ladrones que paraban en La Churrasquita y, en la confusión de gritos y empujones, vio sus manos sigilosas hurgando en bolsillos ajenos.

El gran premio tuvo su punto más alto en las tribunas, en los gritos, en la alegría y la desazón de ganadores y perdedores. En la pista no hubo mayores emociones: un ruano llamado Branding llevó la delantera de principio a fin. Yatasto apenas si pudo escoltarlo, y en los trescientos metros finales perdió el puesto y quedó en tercer lugar.

Frattini estaba furioso. Mientras los demás se reían, se golpeaban, festejaban o insultaban bajo el sol, él comenzó a caminar hacia la salida. A la altura de las caballerizas sintió que alguien deslizaba una mano en uno de los bolsillos de su pantalón. Giró en redondo, dispuesto a golpear al atrevido con todas sus fuerzas. Sin embargo no pudo más que sonreír.

—Hijos de puta —dijo, riendo.

—Carlitos…

—Todavía andás bien de reflejos…

Zamudio y Peralta lo abrazaron con afecto. Se conocían desde que tenían memoria. Se habían criado en el mismo barrio, en la misma calle en la que estaban ubicados el conventillo donde vivía él y el edificio derruido donde vivían ellos. Al verlos, Frattini recordó sólo lo bueno de aquella lejana época: Zamudio y Peralta jugando con él al fútbol en Casa Amarilla, las conversaciones nocturnas, los bailes, las canciones que desentonaban en las cantinas de la calle Necochea…

—¿Qué están haciendo? —les preguntó.

—Laburando —dijo Peralta.

—¿Ahora crían caballos? —rió Frattini.

—Sí, como vos —contestó Zamudio.

Habían crecido mucho desde la última vez que se habían visto. Peralta había alcanzado una altura de un metro ochenta, sus brazos eran musculosos, su pecho ancho y el cuello parecía habérsele metido entre los hombros. Su apariencia de boxeador contrastaba con la delicadeza de Zamudio. Rubio, su cabello lacio le caía desparejo a ambos lados de un rostro de facciones casi femeninas, y sus ojos azules tenían algo de perro abandonado que desde pequeño habían inspirado la protección de los demás.

En un bar se contaron qué había sido de sus vidas. Frattini habló de llaves, ellos de pistolas y una incontenible ansia de robar. Hablaron durante horas, hasta que al fin Frattini les propuso un trato:

—De día laburamos juntos con llaves pero sin armas. De noche hagan lo que quieran.

Zamudio y Peralta aceptaron, y Frattini pensó que la compañía de sus amigos le ayudaría a sobrellevar la soledad.

Durante un tiempo respetaron la misma modalidad que Frattini venía desarrollando desde sus comienzos con Franco: elegían un edificio, abrían la puerta de entrada, tomaban el ascensor, tocaban timbre para confirmar que no había nadie, abrían la puerta y se dedicaban a buscar el dinero y las joyas. Entre los tres, les bastaban un par de minutos para desvalijar una casa.

Así lo hicieron durante todo un año. Una tarde de 1953, mientras revolvían los cajones de un departamento enorme, de cinco habitaciones, escucharon un ruido en la puerta. Los tres se miraron.

Inmediatamente, Peralta llevó una mano a la pistola que siempre ocultaba en la cintura. Frattini lo fulminó con la mirada. Con un gesto les pidió que lo siguieran sin hacer nada. Alcanzaron el living en el mismo momento en que la puerta se abría. De pronto, en el departamento entraron tres hombres vestidos de traje. Se quedaron petrificados al verlos. Antes de que pudieran reaccionar, Frattini gritó:

—Alto, policía.

Los hombres dudaron, desconcertados por el grito. Aquellos pocos segundos de indecisión les bastaron a Frattini, Zamudio y Peralta para tomar la delantera: se lanzaron contra la puerta a toda velocidad, ante la sorpresa de los hombres. Frattini sintió que algo le golpeaba la pierna izquierda, pero no se detuvo: bajaron las escaleras a los saltos, abrieron la puerta de calle y corrieron durante varias cuadras hasta que se detuvieron, exhaustos. Con la respiración agitada, entraron a un bar. Ocuparon una mesa en silencio. Sólo entonces Zamudio pareció recobrar el habla:

—Carlitos, mirate la pierna.

Frattini vio que tenía el pantalón agujereado y manchado de sangre. En el baño del bar comprobó que la herida era profunda, y que no dejaba de sangrar. Se lavó con indiferencia, como si estuviera curando la herida de otro. La adrenalina, y sobre todo la satisfacción de haberse escapado, eran más importantes que cualquier dolor.

Desde aquel día cambiaron la forma de trabajar: cuando Frattini entraba a un edificio con Zamudio o Peralta, el otro permanecía en la calle, atento a cualquier movimiento. Si entraba algún vecino, o veían un patrullero por el lugar, el que estaba abajo tocaba los timbres de todo el edificio para prevenirlos y se dirigía al bar donde habían quedado en encontrarse. De esta forma, siempre podría salvarse alguno y los otros estarían avisados del peligro.

Así como durante el día Zamudio y Peralta respetaban las decisiones de Frattini, por las noches se dedicaban a lo que les daba más placer. Les encantaba robar taxis. En verdad robaban sólo uno: el Chevrolet 51. Podían esperar durante horas, parados en una esquina, dejando pasar decenas de taxis hasta que apareciera uno de esa marca y ese modelo. Frattini, que a veces los acompañaba para matar el aburrimiento, no podía creer que sus compañeros perdieran tiempo y

se arriesgaran por esas estupideces. Para él todos los taxis eran iguales: valían tan sólo la recaudación del chofer. Sin embargo se divertía al ver cómo Zamudio y Peralta pasaban las manos por el tablero del auto con la misma delicadeza con que se acaricia a una mujer.

Distinto era el trato que les daban a los choferes: a veces, si el tipo manejaba mal durante las cuatro o cinco cuadras en que ellos fingían ser pasajeros, Frattini debía interponerse para frenar la furia de Peralta y evitar que lo baleara ahí nomás.

—No se merece manejar un autazo como este, Carlitos. Dejame que lo mato —gritaba Peralta.

Luego de dejar al chofer en cualquier parte y tomar el dinero de la recaudación, pasaban la noche manejando por la ciudad con las ventanillas abiertas. Al amanecer abandonaban el auto en alguna calle apartada, con una tristeza infantil.

Una noche, después de cenar en Spadavecchia, los tres tomaron un taxi en la avenida Paseo Colón. Peralta sacó el arma y apoyó el caño sobre la nuca del chofer.

—Ahora te quedás quietito y hacés lo que te diga.

Le pidieron que estacionara en una calle oscura. Allí lo obligaron a bajar. Se sorprendieron al ver que el chofer era más alto que Peralta. Mientras éste le apuntaba con el arma, Zamudio y Frattini lo ataron de manos y pies. Entonces abrieron el baúl y lo encerraron allí dentro.

Cuando volvieron a sentarse en el auto, Peralta dijo:

—En la calle Defensa hay un baldío, dejémoslo ahí.

Zamudio aceleró a fondo.

Subieron por Independencia y tomaron la calle Defensa. Era la una de la madrugada de una noche sin luna. La ciudad estaba vacía. Mientras Zamudio y Peralta bajaban al chofer, Frattini saltó la cerca que delimitaba el baldío. Tuvo que aferrarse al alambrado para no caer: el centro del terreno tenía un enorme pozo de tres metros de profundidad.

Al volverse, vio que Zamudio y Peralta, armados, empujaban al chofer hasta el lugar.

—Ahora saltá, hijo de puta —gritó Peralta.

—Pará, loco, si salta con las manos atadas se va a matar —dijo Frattini, mirando el interior del pozo.

—Saltá, mierda —gritó Zamudio.

Frattini lo miró sorprendido: Zamudio generalmente actuaba en silencio, casi con temor. El chofer también los miraba y los insultaba en voz baja. Al fin, Frattini tomó una madera del piso y empujó al chofer hacia la boca del pozo diciendo:

—No hagas ninguna gilada. Agarrate del palo y te ayudo a bajar.

Peralta soltó una carcajada.

—¿Querés traerle comida, también?

Frattini lo miró de tal forma que Peralta dejó de reír.

—Si voy preso que sea por robo, no por homicidio —dijo Frattini.

Con cuidado, el chofer comenzó a descender por el pozo aferrado a la madera que sostenía Frattini. Cuando estuvo a pocos centímetros del suelo se dejó caer.

—Hijos de puta, vayan a laburar —gritó con voz ronca.

—En eso estamos —dijo Peralta, apuntándole con la pistola y emitiendo un chasquido con la lengua, fingiendo que iba a disparar.

13

Una noche de 1954, alguien llamó a la puerta de su pieza. Al abrir, se encontró con Zamudio y Peralta. Entraron. Peralta caminaba en círculos mientras Zamudio, de pie, temblaba como siempre que se ponía nervioso. Quien habló fue Peralta.

—Carlitos, queremos ir a un cabaret pero no podemos andar con esto encima.

Frattini resopló al ver las dos pistolas.

—¿Y por qué no las dejaron en su casa?

Sus compañeros no dijeron nada.

—Está bien, se las guardo. Pero mañana las sacan de acá.

Zamudio y Peralta sonrieron.

—Gracias —dijeron a coro.

Mientras él alzaba el colchón, los otros apoyaron las pistolas sobre los elásticos de la cama. Se despidieron y se marcharon.

Frattini intentó dormir, pero los nervios le habían quitado la tranquilidad que necesitaba. Al fin, encendió la radio y se acostó. Se durmió escuchando a Los Plateros.

Aquel sueño era el más real que había tenido nunca.

—Frattini, abra —gritaba una voz en la noche.

Giró en la cama.

—Frattini —repetía la voz.

—Frattini, abra. Policía.

Se acodó en la cama. La puerta se abrió de golpe, entraron dos hombres y se lanzaron sobre él dejándole en claro que no se trataba de un sueño.

—¿Dónde están las pistolas? —dijo uno.

—Yo no uso armas —comenzó a decir Frattini, medio dormido.

Pero entonces recordó la visita de Zamudio y Peralta. Hijos de puta, pensó.

Los policías lo obligaron a incorporarse, mientras otro alzaba el colchón donde estaban guardadas las armas. El policía tomó una en cada mano y apoyó los caños en las mejillas de Frattini.

—Magia. Acá están —se burló el policía. Después, con seriedad, preguntó—: ¿De quién son?

Por un momento pensó en dar los nombres de Zamudio y Peralta. No por miedo a los policías, sino porque estaba furioso con ellos por haberlo metido en problemas. Al fin dijo:

—No sé, me las dejaron… Me dijeron que las venían a buscar a la mañana.

—Estás detenido. Vestite.

Se vistió lentamente, mientras uno de los policías se guardaba en un bolsillo las joyas y el dinero que había encontrado en el cajón del ropero. Lo esposaron y lo empujaron en dirección a la calle. En la puerta de la pensión los esperaban dos patrulleros de la policía bonaerense, uno detrás de otro. En el primero estaban Zamudio y Peralta que, avergonzados, evitaron su mirada.

Lo condujeron hacia el segundo auto. El policía que iba delante abrió la puerta y entró. Entonces Frattini se zafó del segundo y se echó a correr por la calle, en dirección a la avenida Caseros. A sus espaldas primero oyó la voz de alto, y luego el estruendo de un disparo.

—Pará que te mato, hijo de puta —gritaba el policía.

En la oscuridad, encontró una casa a medio construir. Frattini se tiró al suelo y se escondió detrás de una pared. Entonces escuchó el rumor de unas pisadas y al girarse vio a otro agente que le apuntaba con el arma reglamentaria:

—Movete y te mato.

Atrapado, Frattini no pudo hacer más que obedecer. Lo condujeron hasta el auto y lo subieron al asiento trasero, rodeado a un lado y otro

por dos policías. Los dos autos arrancaron y se alejaron en dirección a la provincia de Buenos Aires. Durante el viaje Frattini pensó en todo lo que había pasado, y se arrepintió de haber sido tan imprudente como para decirles a sus compañeros dónde vivía. Pero sabía que ya no podía volver el tiempo atrás.

A pesar de la oscuridad, Frattini comprendió que los autos se habían detenido frente a una casa, y no una comisaría. Lo obligaron a bajar a los empujones. En la vereda ya estaban Zamudio y Peralta, callados, la vista en el suelo. Uno de los agentes abrió la puerta de la casa y los demás los arrearon hasta el interior. La casa no tenía muebles, salvo una pequeña mesa y unas sillas desvencijadas. Los encerraron en una habitación con ventanas amuradas. Cuando estuvieron solos, Frattini miró a sus compañeros y los insultó. Zamudio y Peralta intentaron justificarse, pero entonces se abrió la puerta.

—Vos, rubio. Vení —dijo el policía, soltando una bocanada de humo de cigarro.

Zamudio miró a Frattini, como si le pidiera autorización, pero él estaba demasiado enojado como para prestarle atención a los temores de su compañero. Zamudio salió del cuarto, y volvieron a cerrar la puerta. De pronto, oyeron música. Alguien había encendido una radio a todo volumen.

Media horas después, cuando la puerta se volvió a abrir, dos policías arrastraron a Zamudio y lo arrojaron al piso. Estaba inconsciente. En sus brazos, Frattini vio quemaduras de cigarrillo y otras que no conocía pero que bien podía imaginar.

—Ahora vos, Frattini.

Lo sujetaron del cuello y lo empujaron hacia afuera. Lo condujeron a otro cuarto, donde había dos agentes fumando junto a una cama de hierro, sin colchón.

—Sacate la ropa —le ordenaron.

Cuando terminó de desnudarse, lo obligaron a acostarse sobre los elásticos de la cama. Tendido, la vista en el techo, sintió cómo le ataban las manos y los pies a los cuatro extremos de la cama. Otro se acercó con un cable en cada mano, que salían de una caja de metal.

—Máquina no, por favor —dijo Frattini, aterrorizado por las anécdotas que conocía de otros ladrones que habían pasado por la

picana.

—Es un micrófono. Sirve para cantar, ¿vos cantás bien?

Entonces, uno de los policías encendió la radio y el de los cables le aplicó la primera descarga eléctrica en los genitales. Frattini se sacudió en la cama, el dolor era insoportable: los cables parecían despedir lenguas de fuego que le abrasaban los pies, el cuello, la lengua, los brazos…

—Decime dónde robaste, dónde escondés la guita y las joyas.

Frattini gritaba tan fuerte que los policías tuvieron que taparle la boca con una almohada.

—Cantá, Gardelito. Si querés hablar mové las manos —le decían y volvían a picanearlo.

Lo torturaron durante más de una hora. Al fin, cuando estaba a punto de quedar inconsciente, se detuvieron. El olor de su propia piel quemada le provocó náuseas, y cuando lo desataron cayó de rodillas al suelo y comenzó a vomitar. Sin embargo, no lograron arrancarle una sola palabra.

Temblaba, ni siquiera podía mantenerse en pie. Lo arrastraron hasta el cuarto donde Zamudio se recuperaba de sus propios dolores y Peralta, desesperado, esperaba que le llegase el turno a él. Cuando se llevaron a Peralta, Frattini volvió a vomitar. Le dolía todo el cuerpo. La máquina era mucho peor de lo que cualquiera le hubiera dicho.

Los mantuvieron encerrados en esa casa durante un par de días, torturándolos para que confesaran, o sólo por diversión.

Al fin, un día entraron los policías y los sacaron a la calle. Los subieron a dos patrulleros y los llevaron a una comisaría, donde volvieron a interrogarlos. Después, los llevaron a otra dependencia de la Bonaerense y los torturaron otra vez. Frattini había perdido la noción del tiempo. No sabía cuánto llevaba en ese estado.

Sin embargo era más resistente de lo que creía. Durante quince días él, Zamudio y Peralta permanecieron incomunicados.

Un día les dieron ropa limpia y los llevaron a una comisaría para someterlos a una rueda de reconocimiento. Peralta, vencido, había confesado un par de hechos y ahora, colocados en hilera detrás de un cristal, los tres pudieron ver al enorme taxista que habían asaltado y arrojado al pozo del baldío de la calle Defensa. El tipo gritaba y los

amenazaba:

—Son ellos. Los mato a los tres juntos, hijos de puta.

Los policías tuvieron que interponerse para que el taxista no se lanzara sobre el cristal. Debilitados como estaban, Frattini, Zamudio y Peralta no hubieran podido sobrevivir a la furia de sus puños.

Ese mismo día los llevaron ante un juez.

—¿Cómo los trataron los agentes? —preguntó el juez respetando la rutina.

—Muy bien —contestaron ellos, respetando las amenazas que habían recibido antes de partir.

El proceso fue corto, casi un trámite burocrático. Demasiadas pruebas, demasiadas confesiones. Zamudio y Peralta fueron condenados a ocho meses de prisión por robo a mano armada. A Frattini, en cambio, lo habían detenido con dos pistolas en su poder. Para el juez eso significaba sólo una cosa: que era el jefe de la banda, y por lo tanto su condena debía ser mayor. Así, Frattini recibió un año entero de condena por culpa de las armas que siempre se había negado a usar.

14

Llegaron al penal de Devoto a medianoche, esposados en un camión sin ventanas. Los agentes los hicieron bajar a empujones. Las pocas luces que iluminaban el perímetro del penal apenas si les permitieron adivinar el complejo de edificios donde pasarían los próximos meses. El silencio era absoluto. Salvo la guardia nocturna, no se veía a nadie más.

En fila india, custodiados por cinco agentes, Frattini, Zamudio y Peralta fueron conducidos hasta una puerta enrejada. Uno de los agentes gritó algo y la puerta se abrió. Cuando entraron, la puerta volvió a cerrarse. Los recibió el celador, que registró sus datos con dos dedos indecisos sobre una máquina de escribir. En la ropería dejaron las pocas pertenencias que tenían y se pusieron el uniforme que les dieron. Obedecieron en silencio, agotados por los nervios, los golpes y las torturas de los últimos días.

Vestidos con sus ropas carcelarias marrones, se dirigieron a otra puerta enrejada que separaba la oficina del celador del interior del pabellón al que habían sido destinados. Cuando la puerta se abrió, los tres ingresaron tanteando el paisaje en medio de la penumbra. Atravesaron un largo pasillo tratando de oír los sonidos. En la quietud de la noche, el penal parecía desierto.

Sin embargo, al entrar al pabellón, Frattini, Zamudio y Peralta descubrieron que todas las camas estaban ocupadas. En el centro, otros presos dormían en colchones apoyados directamente en el suelo. Los tres se miraron en la oscuridad. Frattini vio que Zamudio temblaba.

Entonces él señaló la única pared que estaba libre y los tres se sentaron en el piso.

Poco a poco fueron acostumbrándose a la oscuridad, hasta que pudieron ver las figuras que dormían a su alrededor. Frattini sabía que debía estar alerta, que no debía ceder al cansancio.

Pasó la noche en silencio, con las pupilas dilatadas, tratando de adivinar cualquier movimiento en la oscuridad. Sentado contra la pared, recordó la primera vez que escapó de su casa. Tenía que aguantar un año, doce meses, trescientos sesenta y cinco días para recobrar la libertad.

Cuando comenzó a clarear, se incorporó entre una marea de cuerpos que rezongaban y se desperezaban en los colchones. Flexionó las rodillas, tratando de que la sangre volviera a circular por sus piernas y le permitiera recuperar la movilidad. Después esquivó a los presos que dormían en el suelo y se dirigió al baño.

Abrió el grifo y se lavó la cara con agua helada.

Poco a poco los demás internos comenzaron a llegar al baño. Al pasar lo miraban con curiosidad, una curiosidad amenazante que distaba de ser un recibimiento hospitalario. Entonces vio que uno de los presos se acercaba directamente a él.

—Hijo de mil putas… —dijo el preso y le soltó un golpe en la boca.

Frattini se limpió con el dorso de la mano, y vio que tenía sangre. Cuando su atacante intentó un segundo golpe, Frattini cerró los puños y comenzó a golpearlo como nunca antes había golpeado a nadie. El otro cayó al piso, pero Frattini no se detuvo: le tomó la cabeza y se la golpeó contra la pileta. Ya no estaba dispuesto a aceptar ni un solo golpe más. Tomó al preso por la cabeza y comenzó a raspársela contra el borde de la pileta de cemento. Hilos de sangre ajena le corrían por las manos.

Al fin lo soltó y el tipo cayó al piso. Apenas si le quedaban fuerzas para insultarlo en voz baja. Mientras llegaban los otros presos, Frattini volvió a lavarse las manos y la cara como si nada hubiera pasado. Los demás lo miraban con extrañeza. Entonces sintió que alguien lo tomaba del brazo.

—Vení para acá.

Franco lo abrazó y se lo llevó de regreso al pabellón, donde los

presos ya comentaban la pelea que se había producido en los baños. Se sentaron en una cama, donde otro preso estaba preparando mate mientras una pava silbaba sobre un pequeño calentador a gas.

—Qué alegría, Carlitos —dijo Franco, y volvió a abrazarlo. Después, señalando al que estaba preparando el mate, agregó—: Te presento a mi hermano. Éste es Carlitos, un gran amigo y un gran escruchante.

Lentamente, Zamudio y Peralta se acercaron a ellos. Estaban desconcertados.

—¿Vos te peleaste en el baño? —preguntó Peralta.

—Me defendí.

—Pero… ¿qué hacés acá? —preguntó el Tano.

—Me encontraron dos pistolas 45 —dijo Frattini, mirando a sus dos compañeros.

—¿Vos con pistolas? ¿Y peleándote a las piñas? Cómo cambiaste, Carlitos —dijo Franco, riendo.

—Sigo siendo el mismo —dijo Frattini sin mucho convencimiento.

Franco también había cambiado. Los últimos años lo habían convertido en un hombre rudo, de ancho tórax y brazos torneados. Incluso tenía varias cicatrices que Frattini no recordaba haber visto antes. Se había transformado en el matón que se insinuaba detrás del niño del reformatorio y el escruchante inexperto de otros tiempos.

A pesar de que seguía recordando las diferencias que los habían distanciado, Frattini se sentía aliviado de verlo. Pasaron el día conversando. Al anochecer, cuando cenaban en el comedor, el preso al que Frattini había golpeado se acercó a la mesa que él ocupaba junto a Franco, su hermano, Zamudio, Peralta y otros amigos del Tano. Al ver al tipo con el rostro hinchado por los golpes, Frattini se incorporó dispuesto a reanudar la pelea. Sin embargo, el tipo le tendió la mano diciendo:

—Perdoname, te confundí con otro.

—Está bien.

—Me dijo el Tano que sos un tipo derecho. Hagamos de cuenta que no pasó nada —dijo, y se sentó a la mesa que Frattini compartía con el Tano.

—Si está acá, muy derecho no debe ser —dijo el Tano y todos

soltaron una carcajada.

Frattini notó que Franco miraba a Zamudio con curiosidad. Cuando todos se levantaron para lavar los platos, el Tano le preguntó:

—¿El rubio viene con vos?

—Es un amigo del barrio.

—Se lo ve tiernito, y tiene pinta. Se lo van a querer voltear enseguida —dijo el Tano.

—No lo va a tocar nadie, ¿me escuchaste? —dijo Frattini, serio.

—Yo te aviso nada más.

Durante los primeros días, Frattini fue entendiendo la rutina de la cárcel. Se acostumbró rápido a despertar con los gritos del celador, que los obligaba a pararse delante de la cama para dar el presente. Lo que no soportaba era los palazos que el pasarela pegaba contra la reja por diversión, aburrimiento o tan sólo para que el sonido del metal les recordara a todos los internos que él estaba sobre sus cabezas, yendo y viniendo por la pasarela que estaba suspendida en el techo y atravesaba todo el pabellón. Sin embargo, por la noche hasta el pasarela se callaba. A Frattini le daba curiosidad el sueño quieto de los internos. No jugaban a las cartas, ni siquiera conversaban. Al fin, una mañana le dijo a Franco:

—Loco, de noche acá no se puede hacer nada.

—Nada. El sueño del preso es sagrado —dijo Franco con solemnidad.

—¿Por qué?

—Durmiendo le robás horas a tu condena. ¿Querés jugar al fútbol?

A Frattini se le iluminó la cara como después se iluminaron las caras de sus compañeros de encierro cuando lo vieron jugar. Cada pabellón tenía su propio equipo, y pronto en todo el penal empezó a comentarse que en el pabellón 5º había un preso nuevo que jugaba de wing derecho. Inmediatamente, algunos lo compararon con Félix Lousteau, el jugador de River al que llamaban Pistola. Esto, sumado a las causas de su detención, terminó de darle forma a su nuevo bautismo. Y a Frattini, que odiaba las armas y la violencia, todos comenzaron a llamarlo Pistola.

Una semana después de su llegada estaba junto a Franco, sentado en la cama, cuando su amigo le dijo:

—Ya andan preguntando por Zamudio. Yo te avisé.

—¿Y qué dijiste?

—Nada. Pero lo ven tan débil y lindo que se creen que es maricón.

—No es maricón —dijo Frattini, incómodo.

—Hasta que lo agarren. Y eso va a pasar pronto. El Yerbatero me pidió que se lo presente.

—¿Quién?

—Aquel de allá —dijo el Tano, señalando una cama donde había un hombre mayor que ellos.

—Hijo de puta —dijo Frattini, incorporándose.

—Dejá que se arregle solo —dijo el Tano.

—A Zamudio no lo va a tocar nadie —dijo Frattini.

De pronto, Frattini sintió que toda la sangre de su cuerpo comenzaba a hervir. No soportaba la idea de que su amigo fuera violado. Sin pensarlo, tomó el calentador portátil donde habían calentado el agua del mate y lo sujetó con fuerza.

—¿Adónde vas? ¿Estás loco, Pistola?

Frattini no contestó. Estaba furioso. Se alejó de Franco en dirección al Yerbatero. Cuando llegó a su cama, el otro se incorporó. Tenía su misma altura, pero su cuerpo era mucho más robusto que el de Frattini. Sin embargo, él no se detuvo.

—No te metás con mis compañeros, ¿me entendiste? —gritó Frattini.

Antes de que el Yerbatero pudiera reaccionar, Frattini alzó la mano y lo golpeó con el calentador en la cabeza. El tipo cayó desplomado en el suelo. El golpe le había abierto una herida que comenzaba a sangrar.

Frattini volvió a increparlo:

—Levantate, hijo de puta. ¿A quién querés tocar vos?

El Yerbatero no contestó. Frattini lo sacudió con el pie, pero el tipo estaba inconsciente, tendido sobre un charco de sangre.

—¿Está muerto? —preguntó Franco, asustado.

—Pelea —gritó el pasarela desde el cielo.

Con extrañeza, como si se tratara de un sueño, Frattini se miró la

mano que aun sostenía el calentador. Entonces se oyeron gritos y Franco lo empujó para alejarlo de la escena. Cuando volvieron a sentarse en la cama, dijo:

—¿Qué hiciste, animal?

Frattini no contestó. En ese momento, prevenidos por los gritos del pasarela, una tropa de celadores entró al pabellón y alejó a los curiosos que se habían acercado al Yerbatero. Los guardias agitaban los bastones delante de los internos, preguntando quién le había pegado al Yerbatero, pero nadie contestaba. En la cárcel, como en la calle, los problemas se resolvían sin necesidad de intermediarios. Al fin, cargaron al herido en una camilla y lo llevaron al hospital mientras los demás internos miraban a Frattini con asombro.

Sin embargo, Frattini no disfrutó de su victoria. Sabía que cuando se recuperase el Yerbatero iría en busca de revancha.

15

Le decían así porque se pasaba el día tomando mate. Los demás presos hacían lo mismo, pero el Yerbatero era uno de los más peligrosos, y cuando se jactaba de cebar los mejores mates de Devoto, y para no llevarle la contra, todos lo llamaban el Yerbatero.

Regresó una mañana después de pasar tres días internado en el hospital. Llevaba la cabeza vendada para cubrir la docena de puntos de sutura que habían cerrado la herida abierta por Frattini. Al entrar al pabellón, el Yerbatero se dirigió directamente a donde estaban Frattini y el Tano. Los dos lo miraron con respeto, sin atreverse a decir nada.

—Tano —dijo el Yerbatero mirando a Franco.

—Yerbatero —dijo Franco.

Pronunciaron sus nombres como si eso bastara para reconocer el respeto que sentían uno por otro y, además, para dejar en claro que el problema no era entre ellos dos.

Frattini estaba dispuesto a terminar aquel asunto. Sin embargo, el Yerbatero no lo golpeó, ni siquiera lo insultó. Tan sólo señaló su propia cama diciendo:

—Venite a la ranchada, Pistola.

Frattini le sostuvo la mirada. Estaba convencido de que aquello era una excusa para devolverle la gentileza. Pero no estaba asustado. Se había dado cuenta de que ya no le tenía miedo a nada.

—Quiero tomar unos mates con vos —dijo el Yerbatero y se alejó en dirección a su cama.

Cuando se quedaron solos, Frattini miró a Franco.

—Tengo que ir —dijo.

—Llevate esto por las dudas —dijo Franco mientras buscaba algo entre sus ropas.

Con cuidado, retiró una faca, como los internos llamaban a los cuchillos caseros que fabricaban con una bombilla de hierro afilada y un manojo de lonas por mango. Frattini aceptó el consejo y se guardó la faca en el bolsillo.

—Cuidate, Pistola —dijo Franco. Durante años le había dicho Carlitos, pero ahora lo llamaba por aquel sobrenombre que él mismo le había puesto y que cada día parecía ser más apropiado.

Frattini se volvió y, antes de empezar a caminar, contempló durante unos segundos la cabeza vendada del Yerbatero, que tenía la mirada perdida en la pava que estaba sobre el calentador.

Comenzó a caminar lentamente, no por miedo, sino para reparar en cada detalle del pabellón, no fuera que el Yerbatero hubiera acordado compartir la venganza con otros internos. A medida que Frattini se acercaba, los que rodeaban al Yerbatero se incorporaron y se alejaron de la escena.

Cuando estuvo junto a la cama del Yerbatero, Frattini se detuvo. El otro alzó la vista y las cejas, en un gesto que tanto podía significar una bienvenida como una amenaza.

—Sentate, Pistola.

Frattini se sentó. Con una mano en el bolsillo, aferraba la faca dispuesto a usarla por primera y única vez en su vida. Durante unos segundos no dijeron nada, fue el tiempo que el Yerbatero necesitó para cebar el primer mate, poner los ojos en blanco para catar el primer sorbo y soltar un suspiro de aprobación.

—El mate del hospital es una mierda —dijo, tendiéndole el segundo mate a Frattini.

Frattini lo tomó en silencio.

—Rico el mate —dijo Frattini, y se arrepintió de inmediato. Después de todo, no se habían juntado para tomar mate y hablar del tiempo.

Pero entonces el Yerbatero lo miró y, mientras se acomodaba la venda que le envolvía la cabeza, dijo:

—Estuve mal, Pistola, me quise meter con tus compañeros… Pero tenés saber que no soy botón, por eso cuando en el hospital me preguntaron qué me había pasado yo no te mandé al frente. Dije "me peleé" y punto.

—Gracias —dijo Frattini, y a pesar de que sonó altanero, realmente respetaba ese tipo de detalles.

Cuando pensaba que todo había terminado, el Yerbatero se volvió a tomar la cabeza, como si la presencia de Frattini hubiera abierto la herida.

—Pero vos estuviste mal, Pistola, muy mal. Me rompiste la cabeza.

—Yo… —empezó a decir Frattini, pero el Yerbatero lo detuvo con un gesto.

—Si hubiera sido otro, no le hubiera ido a hablar como estamos haciendo ahora. No. Voy y lo mato directamente. ¿Entendés?

Sin darse cuenta, Frattini apretó tanto la faca que llevaba en el bolsillo que sintió un pinchazo en uno de sus dedos.

—Pero me hablaron de vos, Pistola. Me dijeron que sos un tipo derecho, que no hacés boludeces.

—Te dijeron bien. Yo hice lo que hice para defender a mi compañero. No tengo ningún problema con vos.

Cuando se estrecharon la mano, Frattini ya había soltado la faca.

Desde aquel día, para sorpresa de todos, Frattini y el Yerbatero se convirtieron en amigos. A veces, el Yerbatero se tocaba la cicatriz que le había quedado en la cabeza y le decía:

—Hijo de puta, Pistola, mirá cómo me dejaste —y soltaba una carcajada.

Frattini también reía, sabiendo que aquellos doce puntos en la cabeza del Yerbatero eran su credencial de respeto frente a todos los internos del penal de Devoto.

Con el correr de los días, Frattini supo que Zamudio la había sacado barata. La mayoría de los recién llegados eran evaluados por todos los presos. Aquellos que llegaban solos eran observados con especial atención. Los miraban caminar solos por el patio, aterrorizados por la soledad y el encierro, esperando que alguien les hablara o algún grupo de internos los aceptara como compañeros. Si

eran jóvenes y atractivos como Zamudio, al poco tiempo de llegar alguien los invitaba a tomar mate, les hacía preguntas para asegurarse de que estaban perdidos y por la noche terminaban siendo violados en las duchas. Sólo unos pocos se resistían al ataque, se defendían y luego eran tratados con respeto. La mayoría de los jóvenes que eran atacados y violados preferían aceptar su nueva condición como parte de una estrategia de supervivencia. Terminaban convirtiéndose en pareja de algún peso pesado del penal, y además de los favores sexuales también lavaban ropa, platos y cocinaban a cambio de protección.

Sin embargo, aquellos que primero eran violados y luego obligados a convertirse en homosexuales eran marginados por todos. Los necesitaban, pero los maltrataban, y los escondían de la vista del resto de los internos. Por eso ocupaban las celdas del primer piso, junto al pasarela, y tenían el cruel beneficio de recibir visitantes a toda hora que buscaban aquello que los otros no les podían dar. Internos, celadores, policías, todos visitaban a los homosexuales y pagaban los favores con regalos.

La primera vez que Frattini vio entrar a un violador en el penal se sorprendió de cómo se desarrollaban las cosas. Estaba en el pasillo cuando vio a un hombre joven frente al celador, vestido con nuevas ropas carcelarias, a punto de ingresar. Antes de abrir la reja, el celador gritó:

—Muchachos, éste es violín.

Frattini pudo ver cómo se desencajaba el rostro del tipo, mientras los internos se acercaban golpeando las paredes como una marea de demonios justicieros. Apenas cruzó la reja, el tipo fue alzado en andas por los internos y lo condujeron a las duchas para hacerle lo mismo que lo había llevado a prisión.

Como en el reformatorio, como en la calle y como en todos los lugares por los que se había movido hasta entonces, Frattini aprendió que no todos los presos eran iguales. Franco, que llevaba más de un año ahí dentro, le dio una clase magistral sobre los escalafones implícitos y explícitos que organizaban aquella sociedad de

marginados.

—Arriba de todo están los que andan de apriete, de caño. Son la pesada: ladrones de bancos, piratas del asfalto. Hablan poco, no hacen giladas. Si tienen algún problema, vienen y te matan. Después están los que son como vos, los escruchantes que salen de llave. En el pabellón 4 hay uno que se llama Martinelli, el Tano Martinelli. Algún día tendrías que trabajar con él. Es bueno en serio. Los estafadores vienen después que los escruchantes, esos están acostumbrados a la buena vida y les cuesta adaptarse a la tumba.

Frattini lo escuchaba con atención, tratando de encontrar en los internos que charlaban a su alrededor algún signo que identificara la actividad que los había llevado hasta Devoto. Pero a simple vista todos eran iguales. No para Franco.

—Fijate, ese de ahí es un punga. Miralo. Mirá cómo se mueve sin hacer ruido, ésos son menos importantes que los otros que te dije.

—¿Y los asesinos?

—Ésos están mal vistos. Sobre todo los que mataron policías. Cuando alguien mata a un rati, los ratis se descargan con los otros. Por eso nadie los acepta, porque el chorro en serio no necesita matar para robar. Villarino siempre dice eso.

—¿Villarino?

—Jorge Eduardo Villarino. Unas piernas bárbaras. Algún día lo vas a conocer.

—Cuando cae un asesino, acá la pasa mal. Lo cagamos a trompadas para que aprenda. No podés matar a un tipo para robarle diez pesos —dijo el Yerbatero, que se había acercado hasta ellos.

Frattini asintió, como si estuviera en la escuela. Franco alzó un dedo:

—Se le pega pero también se le habla. Si se endereza, lo aceptamos y no vuelve a tener problemas. Pero muchos terminan siendo alcahuetes de la cana y terminan mal.

—Los alcahuetes son como los violadores. Son los últimos, lo peor, la basura que hay que sacar —dijo el Yerbatero.

Sin embargo, para los guardias los presos eran todos iguales. Frattini pudo verlo a los diez días de llegar. Estaban tomando mate cuando el pasarela empezó a golpear las rejas. Sólo entonces Frattini

pudo ver a una treintena de guardias armados que entraba al pabellón a la carrera. Inmediatamente, uno de los internos gritó:

—Requisa.

Todos se incorporaron con un gesto de furia. Frattini no entendía qué pasaba. Lo supo justo en ese mismo momento. A fuerza de palazos, los guardias los obligaron a colocarse mirando contra la pared mientras comenzaban a correr las camas hacia los cuatro costados del pabellón. Cuando el centro estuvo desocupado, empezaron a revolver los colchones, la ropa, los magros utensilios de cocina que usaban los internos…

Excitado por la escena que veía pero de la que no podía participar, el pasarela gritaba:

—Mierdas, entreguen todo.

El sonido de los palos era ensordecedor, golpeaban los barrotes, las camas, los vasos, las pavas, los colchones… incluso quitaban las baldosas flojas en busca de facas, púas, cualquier elemento punzante. Cuando encontraban cocaína, se apuraban a guardársela para luego volver a vendérsela a los mismos presos que la habían escondido en aquellos rincones. En un momento, Frattini intentó ver qué pasaba, pero un palazo en los riñones lo convenció de que era mejor seguir mirando la pared.

A sus espaldas, el ruido de cosas que se rompían y los insultos cada vez eran mayores.

Al fin, fueron acercándose en grupos a cada uno de los internos buscando más miserias. Cuando llegó su turno, Frattini sintió un palazo en el hombro derecho.

—Date vuelta, mierda.

Se giró, y por sobre los guardias vio colchones, ropas y enseres rotos, mezclados en una enorme montaña en el centro del pabellón.

—Abrí la boca.

Frattini abrió la boca. Uno de los guardias introdujo su mano enguantada y revisó la boca de Frattini con la delicadeza de un gorila.

—Date vuelta y bajate los pantalones.

Frattini giró y se bajó los pantalones.

—Abrí los cantos.

Frattini separó las piernas.

—Levantate los huevos.

Los guardias deslizaron sus manos por los genitales de Frattini, por el ano, riendo y burlándose de él.

—Listo. Vestite, sorete.

El interno que estaba junto a él tuvo peor suerte. Los guardias le encontraron una hoja de afeitar en la media y lo molieron a palos. Desde el pasillo alguien gritó:

—Vamos —y todos los guardias se marcharon para repetir la requisa en otro pabellón.

Cuando los internos se quedaron solos, dejaron de mirar la pared para volverse y descubrir el desastre que habían provocado los guardias. Lentamente, se fueron acercando a la montaña de ropas y colchones buscando sus pocas pertenencias. Frattini vio que un preso se arrodillaba en un rincón con trozos de papel en la mano. Como si se tratara de un rompecabezas, intentaba volver a armar la carta que su novia le había enviado esa semana y que los guardias acababan de romper.

Alguien le apoyó una mano en el hombro. Era Franco:

—Bienvenido a Devoto.

16

Estaba sentado al sol con el Yerbatero en uno de los rincones del patio, tomando mate. De pronto, su compañero alzó la cabeza como si hubiera descubierto un viejo recuerdo entre todos los que había contado aquella mañana. Pero no era un recuerdo, al menos no todavía.

—Mirá, Pistola. Ése se llama Faría —dijo, señalando a un interno que caminaba solo por el patio.

—¿Y qué pasa?

—Ya vas a ver. Mirá, ahí viene Roldán.

De pronto, los demás presos se apartaron y Frattini pudo ver que otro se acercaba a Faría, con una mano en el bolsillo. Al llegar junto a Faría, Roldán retiró la mano de su bolsillo. Durante una milésima de segundo, Frattini pudo ver el brillo del metal. Luego, la mano de Roldán incrustó la faca en el pecho de Faría y la removió dentro de su cuerpo. Al caer, Faría ya iba camino al infierno. Roldán soltó la faca y escupió sobre el cadáver.

—Ya lo mató. Ahora corramos… —dijo el Yerbatero, incorporándose de golpe.

Él y Frattini corrieron hacia el interior del pabellón, entre otros presos que gritaban y los guardias que salían con los bastones en alto.

Durante dos horas, los guardias requisaron los pabellones e interrogaron a cada uno de los internos sin obtener respuesta. Nadie había visto nada. Nadie sabía quién había sido el asesino. Sin embargo, Frattini no podía dejar de pensar en el rostro de Roldán en el

momento justo en que hería de muerte a Faría.

Cuando las aguas se aquietaron, o mejor dicho cuando las autoridades del penal aceptaron que los internos preferían compartir la condena por asesinato que denunciar al asesino, Frattini se acercó al Yerbatero y le preguntó:

—¿Por qué lo mató?

—Faría y Roldán eran muy amigos. Cayeron juntos hace tiempo. Cada vez que la mujer de Roldán venía a visitarlo, a Faría se le iban los ojos. Como Faría tenía una condena menor, cuando salió lo primero que hizo fue ir a visitar a la mujer del Roldán. Se la cogió una vez sola. Y la semana pasada cayó en cana otra vez. Anoche lo trasladaron acá.

—Lo peor que puede hacer un preso es cogerse a la mujer de un compañero que está adentro. Aprendételo de memoria, Pistola —dijo Pichón Laginestra.

Pero Faría no era el único que había sufrido una venganza en Devoto. El Yerbatero, que no había querido vengar el golpe de Frattini, parecía conocer todas aquellas historias. Incluso una que incluía al propio Franco.

—Cuidate del Tano —le dijo el Yerbatero un día—. Es buen pibe, pero le gusta tanto la guita que caga a cualquiera.

Frattini no dijo nada, conocía demasiado a su amigo como para sorprenderse.

—Cuando llegó, acá había unas piernas que habían sido compañeros suyos. El Tano les había cagado plata en un hecho, y cuando lo vieron llegar le pegaron tanto que casi lo matan.

Como al Yerbatero, a todos los internos les gustaba contar historias. Era una manera de matar el tiempo que debían pasar encerrados. Porque dentro del penal los días se sucedían iguales unos a otros y una historia podía servir para tachar un par de horas de condena. Al principio Frattini se sorprendía al oír las conversaciones que le permitían conocer el historial de cada uno de sus compañeros y el de aquellos que habían pasado por el pabellón. Pero con el correr de los días notó que las anécdotas iban incorporando nuevos elementos, nuevos peligros, y se volvían más fantásticas cada vez que volvían a

ser contadas. Después de repetir su historia tres veces, Frattini también comenzó a mentir, no tanto por darse aires heroicos, sino porque hasta él mismo se aburría.

Pero el aburrimiento se interrumpía los días de visitas. De pronto, aquel lugar sórdido se llenaba con la risa de los hijos de los presos, con el afecto de sus padres, con la sensualidad de sus mujeres y las siluetas de sus hermanas. Como en el reformatorio, Frattini volvió a sentir envidia del Tano, que recibía la visita de su familia de manera ininterrumpida.

Además de brindar un poco de afecto y aire nuevo, las visitas les llevaban yerba, azúcar, cigarrillos, galletitas. Montones de mercadería que servían para el consumo, para sobornar celadores o bien como moneda de cambio que les permitía conseguir drogas y privilegios.

Antes de entrar al pabellón, hombres, mujeres, niños y ancianos debían desnudarse y soportar el maltrato obsceno de los guardias. Aquello alejaba a las visitas y desolaba a los internos, que esperaban hasta último momento con la esperanza de ver entrar a sus familias. Al fin, cuando pasaba el horario, muchos terminaban a los gritos, insultando al pasarela que se burlaba de ellos desde las alturas. Cada vez que un interno dejaba de recibir visitas comenzaba a desmoronarse. Pasaba días enteros acostado, se irritaba, dejaba de lavarse, como si lo único que esperara fuera la llegada de la muerte.

Acostumbrado a la soledad y al abandono, Frattini ni siquiera esperaba tener visitas. Quizá por eso se emocionó tanto el día que oyó su apellido resonando en el pasillo.

—Frattiniiiiiiiiii, Frattiniiiiiiiiiiii —gritaba una voz de niña.

Al asomarse, descubrió a su hermana Francisca buscándolo entre los internos. De inmediato, Frattini se echó a correr hacia la niña. La tomó en brazos y la besó en la frente, mientras sus hermanas mayores y Mirtha lloraban de alegría.

—Las nenas te querían ver, Carlitos.

Carlitos. Su propio nombre le resultaba tan ajeno como esas caricias que le dedicaban sus hermanas.

—¿Cómo hicieron para venir? Papá… —comenzó a decir Frattini, y se detuvo.

Por un momento sintió que se le helaba la sangre. Carlitos, el niño

golpeado, seguía escondido dentro de él, detrás del hombre duro en el que se había convertido y que ya no le temía a nadie, ni siquiera a su padre.

—¿Cómo está él?

—Igual que siempre. No sabe que vinimos —respondió Mirtha.

Ocho meses después del ingreso, Peralta y Zamudio se despidieron de Frattini y se marcharon de Devoto. Zamudio lo retuvo entre sus brazos temblorosos durante un buen rato, sin poder decir nada, pero incapaz de ignorar lo que Frattini había hecho por él.

—Andá tranquilo, Zamudio. No te metas en quilombos —dijo Frattini, pegado a la reja, viendo cómo se alejaban aquellos dos amigos tan idiotas, peligrosos y queridos.

Franco salió al poco tiempo. De pronto, Frattini se había quedado solo en Devoto. Hasta el Yerbatero se preparaba para marcharse. Sin embargo, poco antes de cumplir su condena quiso presentarle a alguien. Estaban en el patio, y el Yerbatero se le acercó acompañado por otro hombre.

—Pistola, te presento al Tano Martinelli.

Frattini estrechó la mano del desconocido y pudo ver que tenía los brazos atravesados por infinitas cicatrices. El Tano notó la mirada de Frattini y sonrió.

—Mucha picana.

—Se nota —dijo Frattini.

—El Tano es uno de los mejores escruchantes de Buenos Aires —dijo el Yerbatero, pasando un brazo por los hombros de Martinelli. Y, en voz baja, con gesto serio, agregó—: Si lo escuchás, vas a aprender muchas cosas, Pistola.

—Franco me habló muy bien de vos —dijo Frattini.

Desde ese día, el Tano Martinelli se convirtió en su amigo. Aunque para Frattini más que un amigo resultó ser un verdadero maestro.

Como estaba en otro pabellón, sólo podían compartir los recreos, pero en esos ratos Frattini lo escuchaba con atención, memorizando cada uno de los consejos que le daba.

—De caño no vas a hacer nada, ¿me escuchaste? La condena por mano armada es larga, así que yo te voy a enseñar algunos trucos con

las llaves. Es un laburo seguro, y podés ganar mucha plata.

Durante días, Martinelli le enseñó los secretos del buen escruchante. Primero había que aprender a identificar las llaves y clasificarlas según las combinaciones que cada una permitiera. La llave más sencilla era la que el Tano llamaba "petisa", que tenía apenas cinco combinaciones. La Yale, esa que se usaba para abrir las puertas de calle de los edificios, era la más compleja de todas, con más de cien mil combinaciones.

—¿Vos trabajabas las llaves?

—No —respondió Frattini.

—Tenés que trabajarlas todas. Tu llavero tiene que ser como el muestrario de un tapicero: cada llave debe tener su propia textura, su propio color, su propio canal y su propia cantidad de dientes. Limalas de un lado y del otro. Cuantas más llaves distintas tengas, más puertas se te van a abrir.

—Ya tengo ganas de salir…

—¿Para qué querés salir a robar?

—Para poder vivir.

—Para poder vivir podés limpiar baños —dijo el Tano, con un tono de reproche. Después, mirándolo a los ojos, agregó—: No, Pistola. Si salís a robar, es para vivir bien. Para ir a los mejores restaurantes, para tomar el mejor vino, para tomar la mejor falopa, para vestir las mejores pilchas del mundo y para cogerte a las mejores minas. Si no es para eso, ¿qué sentido tiene arriesgarse?

—Yo no tomo y no me falopeo —dijo Frattini, con el orgullo herido.

—Mejor. Y si algún día empezás a tomar falopa, hacelo cuando no trabajes. El que se falopea para salir a robar es un gil. No tiene reflejos, se vuelve loco y puede terminar matando a alguien. Y eso no es de buen ladrón.

La proximidad del fin de su condena y las conversaciones con el Tano envolvieron a Frattini en una ansiedad que lo asfixiaba. Cada día se detenía a mirar el cielo con la boca abierta, como un pez afuera del agua.

Cuando el Tano Martinelli salió, el aburrimiento se le volvió insoportable. Estaba harto de la rutina. A veces, mirándose al espejo,

creía notar que su piel estaba verde, quizá por el encierro, quizá por el mate que iba de mano en mano, como si eso bastara para que el tiempo pasara de una vez por todas.

Cerraba los ojos para imaginar las calles de Buenos Aires, los cines, los restaurantes y las puertas que esperaban ser abiertas para regalarle joyas y billetes.

Fue por aquellos últimos meses de condena que, sin darse cuenta, empezó a dibujar. Desde sus épocas de estudiante que no se concentraba en algo más que no fueran llaves y cerraduras. Pero aquel día encontró una fotografía de Rita Hayworth en una revista y no pudo contenerse. Pidió prestados un lápiz y un papel, y comenzó a dibujar el retrato. Lentamente, otros internos se fueron acercando para contemplar el prodigio.

—Pistola, ¿quién te enseñó a dibujar así? —le preguntó Pichón Laginestra.

Pero Frattini no le contestó. Ya había comenzado a copiar el rostro de Glenn Ford. No podía detenerse. Cada línea que dibujaba, cada minuto que pasaba, era uno menos ahí adentro.

17

Eran las doce de la noche cuando cruzó aquel mismo portón por el que había entrado hacía ya un año. La calle estaba desierta. Antes de alejarse del penal, lo observó con detenimiento. De las ventanas de los pabellones le llegó el desconsuelo mudo de sus ahora ex compañeros de encierro. Frattini se desabrochó los primeros botones de la camisa para superar esa sensación de asfixia que lo había acompañado durante toda su condena.

Esa misma noche alquiló una pieza en una pensión del Once. Aunque estaba agotado por los nervios, le costó dormirse. Él, que siempre había sido un niño, un joven, un hombre solitario, de pronto extrañaba los murmullos, el roce de las mantas y los ronquidos de los demás internos que habían sido su canción de cuna durante todo un año.

Pero al día siguiente disfrutó darse una ducha en soledad. Se afeitó, se vistió con las únicas ropas que tenía y salió a la calle. Si bien en Devoto había fantaseado con los robos que haría el primer día de libertad, ahora que había llegado el momento algo en su interior le decía que no podía cometer los mismos errores.

Antes que nada, quería visitar a Mirtha y a las nenas. Poco a poco, a medida que se fue acercando a La Boca, su cuerpo se fue aflojando, como si las calles por las que había vagado de niño sólo le trajeran recuerdos felices. Los saludos de los vecinos, de los almaceneros, de los canillitas que lo conocían, lo pusieron de buen humor. Después de un año entre ladrones, asesinos y violadores, La Boca era el paraíso.

Al entrar al patio del conventillo, las mujeres lo abrazaron.

—Carlitos, no te metas en quilombos —le decían.

Él las besaba en las mejillas y les preguntaba por cada uno de sus hijos, maridos o nietos. Al fin, se decidió a entrar en su casa. Subió las escaleras con el recuerdo de las noches que había pasado allí escondido, escapando de los golpes de su padre.

Llamó a la puerta, y Mirtha lo recibió con una sonrisa. Entró y se sentó a la mesa. Mirtha le sirvió facturas y mate, con ese gesto tan suyo que encerraba el silencioso sometimiento al que la había condenado su marido.

En un momento, Mirtha se llevó ambas manos a la cabeza y comenzó a presionarse la frente con los pulgares. Con los ojos cerrados, se masajeó las sienes respirando lentamente, como si los movimientos le costaran demasiado esfuerzo.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Me duele la cabeza.

—¿Tomaste una aspirina?

—Sí, pero no se me pasa. Todos los días es igual. Y cada vez me duele más. A veces, ni siquiera puedo dormir.

—¿Fuiste al médico?

—Sí, pero dicen que no es nada.

Conversaron durante un rato, hasta que Frattini comenzó a sentirse inquieto. Miraba las paredes, las camas, los juguetes de sus hermanas y, además de la emoción del reencuentro y los recuerdos, sintió una terrible extrañeza con todo lo que lo rodeaba. Era y no era su casa. Era y no era su infancia. Era su vida, pero él quería otra.

Al fin, se incorporó y se despidió de Mirtha.

—¿No te quedás a comer? Las nenas van a llegar del colegio en un rato… siempre preguntan por vos —dijo Mirtha, retorciéndose las manos en el delantal.

—No, mamá. Vengo otro día. Tengo mucho que hacer.

—Cuidate, Carlitos. Por favor, cuidate.

Al verlo entrar, los mozos de La Churrasquita se acercaron para saludarlo.

—Carlitos, tanto tiempo…

—Hola, hola…

Mientras estrechaba manos y repartía abrazos, buscaba entre los comensales el rostro que había ido a buscar. Lo encontró sentado a una mesa, comiendo un enorme plato de carne y ensalada. Cuando estuvo junto a él, el Tano Martinelli, que se estaba llevando el tenedor a la boca, se incorporó de un salto.

—Pistola, viniste.

Se abrazaron con afecto.

—Vení, sentate —dijo el Tano mientras alzaba una mano para llamar a uno de los mozos.

—¿Qué desean los señores atorrantes? —preguntó el mozo, que los conocía demasiado.

—¿Qué comés, Pistola? —le preguntó el Tano.

—Ya comí —mintió Frattini.

El Tano ladeó la cabeza.

—Dale, dale. Yo invito.

Mientras comían, conversaron sobre la suerte de sus compañeros. Al fin, cuando les retiraron los platos y les sirvieron el café, el Tano se puso serio. Había llegado la hora de hablar de negocios.

—Me imagino que no viniste solamente para saludarme —dijo.

—No.

—¿Querés volver a laburar?

Frattini retiró de su bolsillo un llavero con más de cincuenta llaves que había limado y perfeccionado tal y como el Tano le había enseñado en los recreos de Devoto.

—Epa, estuviste con el cerrajero, veo.

—Sí, pero necesito un compañero —respondió Frattini mirándolo a los ojos.

—¿Dónde vas a encontrar un compañero que te garpe la comida? —dijo el Tano, señalándose el pecho.

Frattini sonrió. Otra vez estaba en el ruedo.

Era el mes de mayo, y el cielo de Buenos Aires comenzaba a fundirse en gris plomo, cubriendo de sombras las calles, el hollín de las iglesias que habían sido incendiadas el año anterior, la fachada de los edificios y hasta la Casa de Gobierno, cercada por los

conspiradores. Y sin embargo, Frattini y el Tano Martinelli disfrutaban de una eterna primavera iluminada por el brillo de las joyas.

Desde el comienzo de aquella sociedad, Frattini había incorporado cada uno de los tics que el Tano le había enseñado en Devoto. Para el Tano, estaba prohibido tomar ascensores. Después de abrir una puerta de calle, subían las escaleras hasta el último de los pisos. Elegían una puerta, y entonces el Tano se quitaba el alfiler de la corbata con delicadeza y lo utilizaba para abrir la mirilla de la puerta. Si la casa parecía despejada, entraban. Si alguna sombra se movía, se echaban a correr por las escaleras como dos atletas olímpicos. Siempre la misma rutina, siempre grandes botines. Era una época dorada, literalmente. Frattini podía notarlo en cada cajón, en cada cómoda, en cada alhajero que desvalijaba.

Tantas joyas había que en apenas un par de semanas pudo comprarse trajes a medida, camisas, medias, zapatos y sobretodos mejores que los que había tenido antes de ser detenido y que, quién podía saberlo, habrían sido robados por sus antiguos vecinos de pensión o, incluso, por los mismos policías que lo habían detenido allá por 1954.

Ahora hasta podía darse el lujo de conservar algunas joyas. Así fue que, un día, al abrir un cajón de una mesa de luz de un departamento de Palermo, se encontró un anillo de metal blanco con una enorme piedra engarzada. Al recogerla, lo primero que hizo fue enseñársela al Tano Martinelli.

—Lindo anillo —dijo su compañero.

Frattini se acercó el anillo a la boca y le arrojó una bocanada de aliento. Al ver que la piedra no se empañaba, su corazón latió más fuerte.

—Es una piedra buena —dijo.

—Dale, vamos a ver qué dice José.

Se marcharon del departamento cargados de joyas. En la calle Libertad, José los hizo pasar a la oficina del fondo. El Tano y Frattini vaciaron los bolsillos sobre el mostrador. Después de analizar, pesar y ponerles un precio a las joyas, el reduce les entregó el dinero que les correspondía. Sólo entonces Frattini retiró el anillo de su bolsillo y se lo enseñó a José, diciendo:

—¿Qué tan bueno es?

José volvió a colocarse el monóculo, tomó el anillo y lo observó detenidamente.

—Es un brillante. Cinco quilates.

—¿Y tiene carbón?

—Nada. Te lo compro.

—No, me lo voy a quedar —dijo Frattini y le entregó la mitad de su valor al Tano Martinelli.

—Guardá la plata. Te lo regalo —dijo su compañero. Y, riendo, agregó—: Así se lo regalás a alguna mina.

Frattini consultó el reloj. Tenía una hora antes de que su padre regresara del trabajo. Debía apurarse, comprar aspirinas y visitar a Mirtha, que seguía con sus terribles dolores de cabeza.

El 16 de junio de aquel año, 1955, mientras almorzaban, el Tano Martinelli le dijo que hacía tiempo que quería entrar a un edificio de la esquina de Avenida de Mayo y Perú.

—Vamos, hoy estoy cansado, no quiero caminar mucho —respondió Frattini.

—Vos no caminás, Pistola, vos volás. Como cuando jugabas a la pelota. Si te vieras, no te reconocerías. Vas en el aire… —se rió Tito Ramos, uno de los otros escruchantes que compartían mesa con él y Martinelli.

—Dale, pedí la cuenta y vamos.

Al salir a la calle, sintieron un ruido extraño. Alzaron la vista y descubrieron el cielo cubierto por una espesa neblina.

—¿Qué pasa? —preguntó Frattini.

—Qué sé yo. Dale, tenés que ver ese edificio.

Bajaron por Corrientes hasta Florida, y allí doblaron en dirección a la Avenida de Mayo. Las calles estaban sembradas de policías que no dejaban de mirar el cielo, como toda la gente que entraba y salía de los bancos, las oficinas y los negocios. ¿Tanta curiosidad podía darles esa neblina?

Al llegar a la esquina de Perú y Avenida de Mayo, el Tano le señaló el edificio. Cabezas de cupidos, ángeles o niños sobrealimentados decoraban la fachada revestida de mármol y yeso. La puerta, de hierro

con apliques de bronce lustrado, se abrió tan fácilmente que sólo podía ser un buen augurio. Subieron hasta el tercer piso por las escaleras impecablemente barridas y enceradas.

Se detuvieron frente a la única puerta que encontraron. El Tano se quitó el alfiler de la corbata y abrió la mirilla. Se acercó para mirar el interior del departamento y sacudió la cabeza, dando a entender que estaba vacío. Con cuidado, Frattini insertó una de sus llaves en la cerradura. Cerró los ojos, tomó el picaporte con la otra mano e hizo girar la llave. Cuando la puerta se abrió, volvió a abrir los ojos. Entraron.

El departamento ocupaba todo el piso. Recorrieron las cinco habitaciones con tanto éxito que las joyas apenas si les cabían en los bolsillos del pantalón y del saco. El Tano sonreía, feliz y orgulloso.

—Te dije, Pistola.

—Vamos —dijo Frattini.

Mientras bajaban las escaleras oyeron un zumbido estridente. Se miraron, asustados.

—Dale, dale —murmuró el Tano, saltando de a tres escalones.

—¿Qué mierda es? —preguntó Frattini.

Lo supieron al salir a la calle.

La gente corría de un lado a otro, como si la ciudad fuera un hormiguero. Pronto, oyeron una gran explosión que provenía desde la Plaza de Mayo. Alzaron la vista, y entonces los vieron: los aviones que habían pasado toda la mañana sobrevolando la ciudad por sobre la neblina ahora se lanzaban en picada sobre la plaza, soltando racimos de bombas. Desde la 9 de Julio vieron que se acercaba una muchedumbre.

Desesperados, se echaron a correr en dirección a la plaza. Al llegar, se detuvieron completamente desorientados, aterrorizados y confundidos por los cráteres que abrían las entrañas de Buenos Aires y los árboles que ardían como si fuera una pesadilla. Los gritos de los heridos a Frattini le dieron más pavor que todas las peleas y las requisas que había presenciado en Devoto. En ese momento, por Balcarce ingresaba un autobús. Entonces el aire de la plaza se cortó por el zumbido de un avión que pasaba en vuelo rasante. Segundos después, el ómnibus estallaba y se alzaba sobre la plaza convertido en

una maraña de fuego y hierros retorcidos.

A Frattini le retumbaban los oídos, el corazón. No podía moverse. De pronto, el Tano Martinelli lo tomó del brazo.

—Corré, pelotudo —le gritó.

Se echaron a correr sin mirar atrás, sin prestar atención a los cadáveres, a los heridos, a los edificios que comenzaban a derrumbarse por las bombas.

Llegaron a San Telmo con el último aliento. Frattini temblaba. Se despidieron poco después, cuando los aviones se habían marchado a Uruguay, buscando refugio tras el golpe de Estado fallido.

Esa noche Frattini compró la edición de la tarde de un periódico. Entró a un restaurante, se sentó en una mesa y abrió el diario. Contempló una fotografía del autobús que había visto estallar delante de sus ojos. Pidió la comida. Entornando los ojos, leyó el epígrafe de la foto. El autobús estaba repleto de niños que iban a la escuela.

Regresó a la pensión sin probar un solo bocado.

18

Obsesivos y aplicados, Frattini y el Tano Martinelli trabajaban los siete días de la semana. Durante aquellos meses lograron botines extraordinarios. En el camino, Perón había sido derrocado, y había cambiado la Casa de Gobierno por un carguero de bandera paraguaya mientras el general Lonardi se autonombraba presidente de la República.

A fin de año, Frattini le preguntó al Tano dónde pasaría las fiestas.

—Con vos en la calle, pelotudo —dijo el Tano.

Así fue como el 24 de diciembre, a las nueve de la noche, los dos socios recorrieron la avenida Santa Fe vestidos con sus mejores ropas. A esa hora, los porteños ya se encontraban sentados a una mesa que los vería embutirse de comida y alcohol hasta pasada la medianoche. Y ellos, como los Reyes Magos Chorros que eran, abrían puertas y desvalijaban departamentos mientras el país celebraba la Navidad.

Por los departamentos decorados con árboles de Navidad, por las joyas abandonadas, por el dinero que todos habían cobrado del aguinaldo, por la soledad de las calles, por la ausencia de la policía que se encerraba en las comisarías a brindar y beber sin prestarles atención a los delitos, aquellos días fueron espectaculares.

El 31, al forzar una puerta de un tercer piso de Recoleta, los ruidos llamaron la atención de un vecino. Cuando lo vieron en el palier, Frattini le mostró la caja vacía envuelta en papel de regalo que llevaba para la ocasión.

—Vinimos de Rosario de sorpresa a visitar a nuestros primos —

dijo, mostrando el falso paquete.

—Qué lástima, se fueron hace un rato —dijo el vecino.

—Feliz Navidad —gritaron Frattini y el Tano a coro, conteniendo la carcajada, mientras se alejaban escaleras abajo.

A las doce de la noche, las explosiones de los petardos que saludaban el año nuevo acallaron el ruido de las puertas que Frattini y el Tano cerraban. Sólo entonces, cargados de dinero, de oro y brillantes, se marcharon a una cantina a cenar y festejar, y bailaron hasta el amanecer con bellas mujeres que eclipsaban las luces titilantes de las marquesinas decoradas con bolas rojas y hojas de muérdago.

Poco después, en enero de 1956, Frattini y el Tano Martinelli se marcharon tras las hordas de gente que se dirigía a pasar el verano en Mar del Plata. Vestidos con trajes color crema, zapatos lustrados, corbatas de seda y el cabello peinado a la perfección, tomaron el tren hacia la costa como dos estrellas de cine. Durante el viaje, mientras los demás pasajeros dormían, ellos los observaban sopesando sus ropas, sus alhajas, calculando si aquélla sería una buena temporada.

Cuando bajaron del tren, rodeados de turistas excitados que cargaban valijas, bolsos y canastas de mimbre, Frattini oyó que alguien lo llamaba por su apellido. En el andén los esperaba un comité de bienvenida formado por dos policías vestidos de paisano. Sin embargo no se sorprendieron. Sabían que durante el verano cada una de las comisarías de Capital enviaba un par de efectivos para reforzar las dependencias provinciales con agentes que conocieran a los ladrones de Capital que, como Frattini y Martinelli, iban a trabajar a la costa.

Los dos policías se acercaron y les estrecharon las manos con naturalidad.

—Eh, ¿no se puede ir de vacaciones en este país? —dijo Frattini.

—Por supuesto. Vengan, vamos a tomar un café —dijo uno de los policías.

Eligieron una mesa apartada de uno de los bares de la estación. Pidieron café. Frattini guardaba silencio, ensimismado. Cuando el mozo les llevó el pedido y se marchó, uno de los agentes dijo:

—Bueno, muchachos, bienvenidos a Mar del Plata. ¿Dónde van a

laburar?

—¿Laburar? Vinimos de vacaciones… —dijo el Tano.

—No me pelotudees, Martinelli. ¿Dónde van a laburar?

—No sé, primero vamos a ver cómo viene la mano… qué sé yo… en Los Troncos, supongo —dijo el Tano.

Al ver que entendían de qué se trataba aquella reunión de bienvenida, los dos agentes se relajaron. Encendieron cigarrillos, bebieron café.

—Vamos a hacer una cosa… —dijo uno y, soltando el humo, continuó—: Una vez por semana nos vamos a encontrar acá. Queremos seis mil pesos por semana y algunos regalitos…

—Es mucha plata eso… —se quejó Martinelli.

—¿Vos querés laburar tranquilo o querés volverte a Capital en patrullero?

El Tano alzó las palmas de las manos y agachó la cabeza.

—Prefiero el tren —dijo.

—Entonces hacé lo que te decimos. Los estábamos esperando. Nosotros también queremos plata y ustedes necesitan banca, ¿no?

—Sí —dijo Frattini.

—Entonces, nos avisan dónde van a laburar. Si caen adentro, nosotros vamos y los sacamos y ustedes vuelven a laburar sin ningún problema.

El acuerdo podía ser perfecto si la temporada era buena. Si no, tendrían que trabajar sólo para pagar favores.

Se despidieron con recelo. Frattini y el Tano tomaron un taxi y se dirigieron a un hotel del centro, donde ocuparon dos habitaciones grandes y luminosas.

Durante los primeros tres días se dedicaron a hacer tareas de logística, recorriendo los barrios y las calles para marcar chalets y edificios que, a simple vista, merecían ser visitados. Al cuarto día, mientras tomaban café en un bar, Frattini sintió que alguien le tocaba el hombro.

—Eh, no pasó ni una semana —se quejó el Tano.

—Ni siquiera empezamos a laburar —dijo Frattini, molesto.

Los dos agentes que los habían esperado en la estación no parecieron conformes con sus respuestas. Uno de ellos palpó el bolsillo

de Frattini, y al encontrar el inmenso llavero dijo:

—Tantas llaves… ¿tenés todas esas casas? Me parece que vamos a tener que llevarlos adentro… —dijo el policía, como si no los conociera.

—¿Qué pasa, muchachos? ¿Necesitan plata? —dijo Frattini, y bebió un sorbo de café.

—¿A vos qué te parece?

Frattini y Martinelli intercambiaron miradas durante una fracción de segundo. Luego, Frattini metió una mano en el bolsillo de su saco y retiró mil pesos. Era un cuarto de todo el dinero que tenían. Los dividió en dos fajos y le entregó quinientos a cada uno de los policías.

—¿Viste que no es tan difícil?

Frattini arqueó las cejas. Ya empezaba a fastidiarlo el humor de aquellos dos tipos.

Antes de marcharse, el policía que no había hablado dijo:

—No se olviden de usar bronceador. Acá se pueden quemar feo.

Empezaron a trabajar al día siguiente. Los horarios más apropiados eran distintos a los de la Capital: salían de diez a doce y de tres a cinco, cuando los turistas se marchaban a la playa. Aquel primer día, entre los cuatro chalets a los que entraron en Los Troncos recogieron medio kilo de oro en alhajas y algunos miles de pesos en efectivo. Por la noche, contemplando el botín que habían desparramado sobre la cama de la habitación de Frattini, los dos socios se quedaron extasiados.

—Es una fortuna —dijo Frattini, incrédulo.

Se vistieron con sus mejores ropas y se lanzaron a las calles a gastar el efectivo, convencidos de que al día siguiente tendrían las mismas ganancias. No se equivocaban.

Los que los veían caminar por la rambla los saludaban con la amabilidad que todas las personas parecen recuperar durante el breve lapso que duran las vacaciones. Frattini y el Tano devolvían saludos y sonrisas vestidos con trajes de baño y con cámaras fotográficas colgando del cuello, que hacían aun más reales sus disfraces de

turistas. El Tano llevaba un traje de baño estampado de mil colores que a Frattini le parecía un insulto al buen gusto. Por eso una mañana le ofreció acompañarlo a una tienda para que se comprara uno nuevo.

—Nos van a meter en cana por tu ropa, Tano, se ve desde Montevideo —le dijo Frattini, riendo, mientras observaban la vidriera de un negocio.

Pero entonces vio algo que lo hizo olvidarse de lo que estaba haciendo allí. Junto a ellos, tres chicas señalaban un maniquí vestido con malla enteriza. No era eso lo que le había llamado la atención, sino el sobre que una de ellas tenía en la mano. Frattini entornó los ojos. Fingiendo interés en la vidriera, se acercó para leer el remitente. Memorizó la dirección y luego le hizo señas a su compañero para que lo siguiera. Mientras se alejaban del negocio, el Tano dijo:

—¿Te arrepentiste? Yo te dije que en Brasil se usan estas mallas…

—Vení. Esas pibas viven acá cerca. Es un cuarto piso.

El Tano lo miró, asombrado.

El departamento estaba vacío. No les costó mucho trabajo encontrar el dinero que las chicas habían guardado dentro de una lata de galletitas Bagley.

Siempre alerta, siempre a la expectativa, sólo descansaban por las noches. Sin embargo, a veces los riesgos eran demasiado altos. Como aquella tarde en que entraron a un quinto piso de la avenida Luro. Habían recogido unos miles de pesos y unos cien gramos de oro cuando escucharon el ruido del ascensor. Inmediatamente, los dos se ubicaron a cada lado de la puerta, en silencio. Pronto, oyeron el ruido de la llave en la cerradura, que no abría quizá porque ellos habían alterado los pernos al abrirla con una llave que no era la más adecuada. Se miraron, nerviosos, conteniendo la respiración.

Al fin, harto de esperar el desenlace, fue el propio Frattini quien abrió la puerta. La dueña de casa aun tenía la llave dentro de la cerradura. Era una mujer de unos cincuenta años, emperifollada con aros, cadenas y una capellina blanca. Detrás de ella, una niña se quitaba la arena de los pies. Al verlos, ambas se quedaron petrificadas.

—¿Qué hacen acá? —dijo la mujer.

—Nos encontramos con su marido en la calle y subimos a tomar

una copa —dijo Frattini, rápido de reflejos.

—Soy viuda —dijo la mujer.

El Tano Martinelli no pudo contener la carcajada.

Frattini suspiró con fastidio. Tomó a la mujer de los hombros y, con un tono neutro, como si le estuviera dando el pronóstico del tiempo, le dijo:

—Entre, señora, es un asalto.

La mujer y la niña entraron, aterrorizadas.

Temblando, la mujer empezó a decir:

—Por favor, no nos lastim…

Pero ellos ya se habían marchado.

Cinco minutos después, en un bar, el Tano pidió un vermouth y Frattini, siempre abstemio, un Komari con soda. Brindaron. Estaban pletóricos. Si bien no les gustaba ser descubiertos, cuando se daban aquellos encuentros con los dueños de los departamentos se divertían como dos niños.

Un rato después, los dos policías llegaron para recoger su pago. Aquel día, Frattini y el Tano estaban de tan buen humor que además de pagar la cuota de protección les regalaron cadenas de oro para sus mujeres y sus hijas. Antes de irse, uno de los policías les dijo:

—Ojalá todos los chorros fueran como ustedes. Laburan sin hacer quilombo, sin joder a nadie.

Frattini y el Tano alzaron sus copas en dirección a los policías, que se marchaban tan satisfechos como ellos mismos.

A fin de mes cargaron todo el botín en sus valijas y regresaron a Buenos Aires. Cada uno llevaba alrededor de un kilo de joyas, entre oro y brillantes. El efectivo lo habían dejado en las mesas del Casino, en los salones de baile y en los mejores restaurantes de Mar del Plata. Al llegar a la Capital, visitaron al reduce y luego, satisfecho por la gran temporada playera, bronceado y feliz, Frattini fue al conventillo de la calle Suárez para visitar a Mirtha, a quien los médicos seguían sin poder ayudar con sus extraños dolores de cabeza. Además, quería llevarles a sus hermanas la caja de alfajores que les había comprado. Después de todo, eso era lo que hacían los turistas que volvían de la costa.

El patio del conventillo estaba vacío. Aquello le resultó un mal

augurio que se confirmó cuando vio que la puerta la abría Estela, su hermana mayor. Al entrar, pudo ver a Mirtha tendida en la cama, con un paño frío sobre la cabeza y rodeada de sus hijas más pequeñas. Frattini se desembarazó de la caja de alfajores. Se sorprendió de que sus hermanas no se le echaran encima, como hacían siempre que llegaba con regalos. Estela lo tomó de la mano. Hacía tiempo que había dejado de ser una niña.

—Mamá está mal —le dijo gravemente.

Pudo comprobarlo con sus propios ojos. Mirtha se apretaba la cabeza con fuerza y se lamentaba en silencio. Juana y Francisca se incorporaron. Mientras las abrazaba, Frattini pudo notar que lloraban con el rostro vuelto de costado, para que su madre no las pudiera ver.

Sin embargo, Mirtha dijo:

—No lloren, que se van a arrugar. Frattini se sentó junto a ella.

—¿Cómo estás?

—Peor.

—Yo te veo linda como siempre —mintió Frattini.

Por un momento, los ojos de Mirtha se abrieron de par en par con lejano fulgor.

—Carlitos… —dijo, sonriendo.

Inmediatamente volvió a cerrarlos.

—Hasta la luz me hace doler la cabeza.

Al rato, Mirtha se quedó dormida. Sólo entonces, Estela le hizo señas a su hermano de que la siguiera hasta el rincón más apartado de la sala, donde Mirtha no podía verlos. Frattini obedeció.

—Tiene un tumor en la cabeza —dijo su hermana, de pronto y sin aviso.

—¿Y entonces…? —dijo Frattini, sin atreverse a terminar la frase.

—Y entonces se va a morir, Carlos. No pueden hacer nada. Sólo hay que esperar —dijo ella, llorando.

Los ojos de Frattini también se inundaron de lágrimas. En un segundo, la mente se le llenó de recuerdos. Había sido Mirtha quien lo había vestido aquel lejano día de su llegada, desnudo y asombrado, temblando de frío y curiosidad, allá por 1935. La sonrisa de Mirtha. Su voz tarareando tangos. Sus manos retorciéndose en el delantal, librando una oscura batalla con pensamientos con nunca le revelaría a

nadie. Mirtha. Casi una madre que no era su madre pero que siempre lo había tratado como a un hijo a pesar de sus propios temores.

Tuvo ganas de quedarse la noche entera allí mismo, velando el sueño desgastado de Mirtha… pero entonces Francisca, la más chica, se acercó con cara de asustada, y le dijo:

—Papá está por venir, Carlos.

—Ya sé —dijo él, mirando su reloj pulsera.

—Quedate igual —dijo Estela.

—Dale, quedate a comer —dijo Francisca, arrepentida.

Los tres regresaron junto a Mirtha y Juana, que no se había movido del lado de su madre. Frattini quería quedarse, debía quedarse. Sin embargo, no quería perturbar el descanso de Mirtha con la furia que despertaría su presencia. Al fin, luego de entregarle una buena cantidad de dinero a Estela, Frattini hincó una rodilla frente a la cama, besó la frente de la enferma y se marchó.

19

Durante los dos años que llevaba trabajando con Martinelli lo había recuperado todo: las joyas, la ropa de etiqueta, los impecables zapatos de cuero, las corbatas de seda, la butaca del Teatro Maipo y hasta su mesa en el restaurante del hipódromo. Ganaba tanto como lo que gastaba. Los consejos del Tano lo habían moldeado hasta convertirlo en un dandy que siempre acaparaba la mirada de todos. Cuando entraba a La Churrasquita vestido con un traje nuevo, las mujeres de sus compañeros lo miraban de reojo. A veces, la mujer de Tito Ramos les decía a los otros:

—Ustedes se tienen que vestir como Pistola. Él sabe cómo combinar las medias, el cinturón, el pañuelito… aprendan de él.

Y Frattini sonreía con orgullo. Su ropa y sus joyas eran lo único que poseía. Siempre andaba con lo puesto, mudándose de pensión en pensión, viajando en colectivo o taxi, sin siquiera pensar en la posibilidad de ahorrar para comprarse un auto y una casa. Como si creyera que, por el solo hecho de firmar un documento de propiedad, su vida volvería a los rieles a los que había renunciado. Pero lo que más temía era que al figurar en un papel oficial, su nombre atrajera a la policía en cualquier momento. Prefería vestirse bien, gastarse el dinero en restaurantes y boliches, en esa carrera maratónica que había emprendido el primer día que su padre lo echó de casa y que parecía no tener más destino que el solo hecho de correr. Escapar. Siempre hacia adelante, siempre en soledad.

Un día, él y el Tano Martinelli se dirigieron a la calle Paraguay, a

la altura de Callao. Semanas antes habían luchado con una puerta que no habían logrado abrir de ninguna manera. Ahora llevaban otras llaves, convencidos de que al fin podrían completar el trabajo. Solían hacerlo. Más que por ambición, porque no soportaban renunciar a ningún alhajero por culpa de una maldita puerta.

Mientras el Tano metía una Yale en la puerta de calle, Frattini descubrió que, en el edificio de enfrente, asomada a una ventana, una mujer fumaba un cigarrillo sin dejar de mirarlos.

Cuando el Tano abrió y entraron al edificio, Frattini dijo:

—Vamos a esperar un poco en el entrepiso. Laburamos y salimos rápido, que esta mina nos está mirando y nos va a mandar en cana.

El Tano asintió.

Quince minutos después salían del edificio con una docena de joyas y unos miles de pesos en billetes chicos. La mujer ya no estaba en la ventana. Comenzaron a caminar por Paraguay hacia el Bajo, en silencio. A las dos cuadras, escucharon la sirena de un patrullero que, a contramano de los demás vehículos, cruzaba la avenida a toda velocidad y se detenía en el edificio que habían robado.

—Tarde piaste —dijo el Tano, riendo.

En un bar, decidieron que desde ese día comenzarían a tomar nuevos recaudos. Antes de plantarse frente a una puerta de calle, lo primero que harían sería mirar si alguien estaba observando sus movimientos. Tampoco se detendrían a probar distintas llaves en una puerta. Era un problema, una pérdida de tiempo y una situación que podía resultar demasiado evidente para los ojos de cualquier vecino que no tuviera nada mejor que hacer que estar mirando por las ventanas. Cuando marcaran una puerta, desde ahora se acercarían con cuatro o cinco llaves preparadas, sujetas entre los dedos de la mano, como si las llaves fueran terminaciones óseas de sus propias extremidades.

Después de conversar largo y tendido sobre las nuevas estrategias, visitaron a José, redujeron el botín y se despidieron.

—¿Adónde vas tan apurado? —preguntó el Tano, que insistía con ir juntos a ver la nueva película de Rita Hayworth, no tanto porque le gustara el cine, sino porque disfrutaba escuchar a Frattini contándole sobre la vida y obra de su actriz favorita.

Sin embargo, Frattini volvió a negarse.

—No puedo. Tengo cosas que hacer y ya no llego...

No mentía. Apurado, se subió a un colectivo de la línea 29 y se dirigió a La Boca.

Era octubre, y el verano comenzaba a insinuarse en esa brisa cálida y en aquel cielo límpido que, a esa hora de la tarde, empezaba a sangrar sobre los techos de Buenos Aires. Todo, el clima, la ciudad, incluso los colectivos despedían una sensación de placidez, como si todos quisieran disfrutar con tranquilidad de aquel atardecer de primavera.

Todos menos Frattini, que miraba su reloj y sacaba cuentas mentalmente. Tenía quince minutos para visitar a Mirtha antes de que llegara su padre. En la parada, Frattini se lanzó del colectivo en marcha y se echó a correr en dirección a la calle Suárez.

Al llegar, otra vez se encontró el patio vacío hasta de sombras. Lentamente, se acercó a su casa. En el momento exacto en que pisaba el segundo peldaño de la escalera, desde adentro resonó un grito indescifrable para cualquiera, menos para él. Se maldijo por haber llegado tarde.

Mientras se alejaba, se preguntó si la enfermedad de Mirtha podría reblandecer a su padre. Quién podía saberlo. Mirtha moría su vida y él continuaba borracho, gritando como si nada.

Desolado, se alejó de la casa sin saber a dónde ir. Se había ilusionado con pasar un rato con las chicas, escuchándolas, viéndolas cuidar a Mirtha. Pero a esa hora aquello ya era imposible. En la puerta del conventillo se cruzó con el Rengo y Pepe, dos amigos que hacía tiempo no veía.

—¿Qué hacen?

—Nada. ¿Y vos?

—Acá, vine a ver a mi vieja…

—Anda mal, la Mirtha —dijo Pepe.

Frattini asintió.

—Bueno, me voy… —dijo, sin mucho convencimiento.

—¿Adónde vas a ir? Quedate con nosotros. Una vez que venís al barrio… —dijo el Rengo.

Lo de Mirtha lo había deprimido demasiado como para quedarse

solo, así que se sentó con ellos en el cordón de la vereda, como cuando era un chico de pantalones cortos.

Juan Spadavecchia tampoco había cambiado.

—Todo transpirado, Juan, así no podés atender a los clientes —dijo Frattini y los demás rieron.

—Muchachos, me tienen que salvar. Hay gente importante en la cantina y necesito que alguien los alegre. ¿Vienen?

—¿No te parece que ya estamos grandes para la pandereta? —preguntó el Rengo.

—¿Conocen a Los Plateros? —preguntó Juan a su vez.

A Frattini se le iluminaron los ojos. Siempre había disfrutado de la música, y aquel grupo americano había sido la banda de sonido de muchas de sus conquistas amorosas. Se incorporó de inmediato. No le vendría mal divertirse un poco.

Aquella noche, la cantina de Spadavecchia parecía un decorado de cine. Al entrar, lo primero que Frattini vio fue una mesa con cinco negros vestidos de manera impecable, homogénea y solemne con trajes idénticos, y una mujer inabarcable embutida dentro de un vestido rojo cuatro talles más pequeño del que necesitaba. Como dos plantas carnívoras, sus tetas parecían a punto de escapar de aquel débil balcón convertido en escote.

En la pista, improvisada en el único sector de la cantina donde no había mesas, una docena de mujeres rubias, vestidas de gala, bailaban coreografías musicales al estilo Broadway.

Frattini, el Rengo y Pepe se detuvieron a observarlas.

—Son las bailarinas de la Compañía Las Vegas. Vinieron a actuar al Teatro Ópera con Los Plateros —dijo Frattini, que había oído la noticia días atrás en la radio.

—Para mí son todas muñecas —dijo el Rengo, luchando por enderezar su cuerpo.

Juan Spadavecchia les alcanzó dos panderetas y una guitarra. Todos los presentes guardaron silencio. Incluso las bailarinas dejaron de moverse, cosa que los tres amigos lamentaron. Después de saludar a aquel público poco acostumbrado a ver cómo otros se llevaban los aplausos, el Rengo tomó la guitarra y Frattini y Pepe las panderetas. Durante quince minutos entonaron una antigua canción italiana, una

que cantaban cuando eran niños y debían alegrar a turistas menos prestigiosos que los que los escuchaban ahora.

Cuando terminaron de tocar, la cantina estalló en aplausos. Los tres, sonriendo, aceptaron las bebidas que les ofrecieron desde una de las mesas. Con un vaso de agua en la mano, Frattini se separó del grupo y se acercó a la mesa que ocupaban Los Plateros, mientras el Rengo y Pepe se perdían entre las bailarinas.

Sin decir nada, Frattini tomó una silla y se sentó junto al grupo. Uno de los músicos le ofreció una copa de champagne. Frattini decidió dejar de lado su carácter abstemio para no despreciar el gesto. Tomó su copa, la alzó como hacían los otros, y él también brindó por aquel deseo incompresible que pidieron los americanos en su propio idioma.

Poco después, en un acto que buscaba honrar a los visitantes pero que pareció más un detalle obsecuente y redundante, Juan Spadavecchia hizo sonar “Only you” en el tocadiscos de la cantina. Al oír los primeros acordes, los músicos se tomaron la cabeza, como si aquel éxito suyo les resultara una carga insoportablemente aburrida. Frattini, en cambio, se incorporó de un salto. Con una reverencia divertida, extendió su mano hacia la cantante negra y la invitó a bailar. Los músicos aplaudieron. La mujer se incorporó, ofreciendo toda la inmensidad de su carne, y se dejó guiar por Frattini, que la condujo hacia el centro de la pista.

Bailaron esa pieza y otra, y otra, y otra más. Bailaron toda la noche, conversando en susurros, sin entender ni una sola palabra de lo que decían.

En un momento, Frattini vio que afuera amanecía. Como si despertara de un sueño, se incorporó y estrechó la mano de los cinco músicos y besó la de la bella cantante negra, que intentó retenerlo con palabras que él no pudo descifrar.

Salió de la cantina con paso ligero. Dos copas de champagne podían animar a cualquier abstemio. Tomó la calle Suárez y, sin decidirlo, alcanzó el patio del conventillo. Consultó la hora. Su padre estaría a punto de salir hacia el trabajo.

Durante unos minutos, se quedó petrificado con los ojos fijos en la puerta de su casa. Habían pasado más de veinte años, había abierto miles y miles de puertas ajenas, pero aquella continuaba cerrada para

él.

Con cuidado, se metió entre los pilares de su casa y trató de ocultarse bajo una pila de hojas de diario. Esperó quince, treinta, cuarenta minutos. En su recuerdo, aquel lugar era más lúgubre de lo que le resultaba ahora. Incluso hasta lo divertía el hecho de estar escondido. Un tipo grande, un atorrante como él, escondido bajo una montaña de diarios.

En ese momento se escucharon ruidos que venían de arriba. La puerta se abrió, con aquel crujido que tantas veces lo había paralizado. Pies pesados descendieron la escalera. Los zapatos de su padre avanzaban sin separarse del suelo, incapaces de soportar el peso de mil y una borracheras. Poco a poco, sin darse cuenta, Frattini fue emergiendo de su escondite.

Entonces lo vio.

Su primera reacción fue la de protegerse, tal vez por eso retrocedió otra vez hacia los pilares, debajo de la casa. Hacía años que no lo veía, y aunque su apariencia no sólo ya no lo asustaba, sino que además era mucho más pequeña de lo que recordaba, Frattini volvió a sentir miedo por su padre, por aquellas manos nudosas que sostenían un cigarrillo Brasil encendido hacía siglos y que nunca acababa de consumirse.

Lo vio alejarse, lo vio salir del conventillo. Sólo entonces Frattini tomó coraje y salió de su escondite. Mientras subía las escaleras, el patio comenzó a llenarse de vecinos que se lavaban y peinaban antes de ir al trabajo y lo saludaban con gestos cansinos.

Llamó a la puerta. Estela lo abrazó al verlo.

Frattini entró a la casa y fue directo hacia Mirtha. La besó en la frente, y durante los pocos segundos que la tuvo entre sus brazos pudo sentir sus huesos faltos de carne, el temblor de sus brazos, la debilidad de todo su cuerpo.

—Carlitos, viniste… —dijo Mirtha.

—Hola, mamá —dijo él mientras se sentaba junto a ella.

Estela preparó mate y, mientras le cebaba uno a su hermano, le ordenó a sus hermanas que se apuraran si no querían llegar tarde a la escuela. Sin embargo, cuando Francisca y Juana estaban por salir, su madre les pidió que se quedaran. Las chicas miraron a Estela buscando

su aprobación.

—Tienen que estudiar —dijo ella.

—Dejalas que se queden, mamá quiere que estén acá —intercedió Frattini.

—¿Vos venís una vez cada tanto y encima me decís lo que tienen que hacer?

Su hermana estaba furiosa.

—Mandás vos, Estela —dijo Frattini.

—Por favor, Estelita —dijeron las niñas a coro.

Entonces Mirtha se incorporó en la cama, soltando un gemido de furia. Se tomaba la cabeza con las manos y, mirando a Frattini, dijo:

—Sacame la cabeza, no aguanto más.

Él se acomodó en la cama, de modo que Mirtha pudiera reposar la cabeza en su pecho. Así se quedó, respirando cada vez más lentamente, mientras Frattini le acariciaba el cabello. Un rato, un siglo después, vio que sus tres hermanas empezaban a llorar y se arrodillaban ante la cama.

No sabía por qué.

No quería saberlo.

Tan sólo quería quedarse así, llorando, acariciando a Mirtha, susurrándole cosas al oído sin importarle que ya no pudiera escucharlo.

20

Aquel día, el Tano Martinelli se había despedido de él más temprano que de costumbre. Frattini se había quedado con los bolsillos llenos de joyas y billetes sin saber qué hacer. Podía volver a la pensión, pero no quería estar solo. Podía ir a visitar a sus hermanas, pero ellas le habían contado que, lejos de suavizarse, con la muerte de Mirtha su padre se había vuelto más violento todavía.

Así fue que decidió ir a tomar un café a La Churrasquita. Apenas llegó, se alegró de encontrar a tres escruchantes conocidos. Los saludó, se sentó con ellos. Mientras los mozos limpiaban las mesas y alzaban las sillas para dejarle paso a la escoba y al trapo de piso, sus amigos le dijeron que se marchaban. Frattini lo lamentó tanto que se le notó en el rostro.

—¿Qué vas a hacer, Pistola? —preguntó uno de ellos.

—No sé…

—¿Por qué no te venís con nosotros? Dale, así jugamos a las cartas…

—Dale, vení. Yo no puedo estar en la calle de noche, me están buscando.

Frattini lo pensó. Sabía que sus amigos vivían en una villa, pero cualquier pobre compañía era mejor que una soledad cinco estrellas. Entonces decidió sumarse a ellos, saludó a los mozos y los siguió por avenida Corrientes hasta la 9 de Julio, donde tomaron un colectivo en dirección a la provincia.

A medida que se alejaban de Capital, el paisaje se iba agrisando. En

Avellaneda, bajaron del colectivo y fueron a pie por la avenida 25 de Mayo hasta Dock Sud. Si bien aquella zona estaba junto al río al igual que La Boca, carecía de todo colorido. Amontonados en las villas, los inmigrantes del país tomaban el fresco de la tarde fuera de sus enclenques casillas de chapa. Frattini y su pulcritud resaltaban en aquel paisaje desolado.

Sus amigos lo guiaron hasta un pasillo, se internaron en la villa y se detuvieron frente a un rancho. Uno dijo:

—La casa es chica, pero el chorro es grande —y todos rieron.

Entraron y se quedaron jugando a las cartas hasta pasada la medianoche. Sus amigos bebiendo vino, él manteniéndose despierto a base de galletitas y agua. Cuando terminaron la última partida, tiraron unas mantas en el suelo y se acostaron a dormir.

Frattini estaba acostumbrado a dormir en cualquier parte. Nunca le incomodaban el frío ni la dureza del piso, y siempre que tenía una manta con la que taparse pensaba que las cosas no estaban tan mal.

Estaba soñando con Rita Hayworth cuando lo despertó una explosión. Abrió los ojos. En la penumbra del rancho, pudo ver la puerta que primero se sacudía y luego caía al suelo, tumbada por los golpes.

Como un panal, la casilla se llenó de un enjambre de policías armados que los redujeron en unos pocos segundos. Esposados, los cuatro fueron conducidos afuera. Frattini y los demás guardaban silencio. Sabían que cualquier cosa que dijeran sería inútil. “Qué idiota”, pensó Frattini. Callados, golpeados e insultados, fueron cargados en tres patrulleros que esperaban a la salida de la villa.

El trayecto fue corto: los autos se detuvieron en la puerta de la comisaría 1ª de Avellaneda. Rápidamente, los detenidos fueron presentados ante comisario de uno en uno.

Cuando llegó su turno, Frattini se sentó en la silla frente al escritorio. El comisario lo miraba con curiosidad.

—¿De dónde sos, Frattini?

—De Capital.

—¿Y qué mierda hacías en Dock Sud?

—Discutí en casa y me fui a la mierda —dijo, sosteniendo la mirada de acero del comisario, que se incorporó.

Mientras caminaba hacia la puerta, dijo:

—Esta cancioneta ya la escuché. No sé por qué, pero no te creo.

El comisario salió de la oficina, cerrando la puerta con llave. Los minutos que Frattini pasó allí encerrado le sirvieron para descubrir que no había ni una sola ventana. Estaba atrapado por dónde lo mirara. Ansioso, comenzó a mover una pierna, siguiendo el ritmo de una canción imaginaria que acabó en el mismo momento en que la puerta se abrió y el comisario volvió a entrar a la oficina.

Frattini lo vio sonreír y sentarse estrepitosamente. Después suspiró, y al fin dijo:

—¿Así que vos discutiste en tu casa? ¿Con quién? ¿Con las pistolas o con las llaves?

Frattini bajó la mirada para evitar esa sonrisa socarrona que lo condenaba desde el otro lado del escritorio.

Sin embargo, fue al único que no le dieron picana. Mientras que a sus compañeros se los llevaban para ablandarlos con descargas eléctricas, tres agentes entraron al calabozo. Lo rodearon y, antes de que pudiera cubrirse, le dieron una paliza antológica. Patadas, rodillazos, piñas, pisotones. Quince minutos después, lo dejaron tirado en el suelo con la boca y la nariz sangrando y el cuerpo aterido por los golpes.

Atontado, sin poder mover un solo músculo, vio cómo lo cargaban en un patrullero que se perdía en las calles. Afuera amanecía, o quizá aquella luz lechosa, insoportable, tan sólo fuera el refucilo de los golpes que le habían dado y que le seguían aturdiendo los oídos.

En un momento del viaje, creyó ver que cruzaban a Capital. Se lo confirmó el color de los patrulleros estacionados en la puerta de la comisaría donde se había detenido el auto en el que viajaba. Lo obligaron a bajar, y lo empujaron hacia el interior del edificio. Lo hicieron entrar en una oficina vacía donde apenas había una cama de metal sin colchón. No necesitaba saber nada más. Podía imaginarse el resto.

Cuando se lo ordenaron, se quitó la ropa. Pero cuando le pidieron que se acostara, no se movió. Dos golpes más tarde, yacía atado de pies y manos a las cuatro esquinas de la cama.

La primera descarga de picana le llenó la boca de saliva.

La segunda le secó los labios.

La tercera, aplicada directamente sobre sus genitales, le arrancó un grito que podría haberse escuchado desde Dock Sud.

—Hablá, mierda, puto, decí qué robaste —gritaba uno de los policías que contemplaban la tortura.

—Que se quede callado, así puedo seguir jugando —dijo el encargado de la picana.

Poco a poco, Frattini sintió que los miembros se le separaban del torso. Sus brazos y sus piernas, atados, parecían alejarse y quebrarle cada una de las articulaciones.

—Hablá, gil.

Lo intentó, pero su lengua parecía una pelota de trapo áspera y muerta.

—Pará, pará… —gritó uno de los policías, sin embargo su compañero demoró unos segundos más hasta que al fin apartó la picana del cuerpo de Frattini.

—¿Recuperaste la memoria?

Frattini asintió. De nada servía callar a cambio de tanta picana.

—Dos departamentos, en Callao y Paraguay, y en Avenida de Mayo y Perú —dijo, con su último aliento.

—Laburás en Capital y caés en provincia. Te pasó dos veces. Vos sí que sos un pelotudo… —se burló uno.

—Este aparato es prodigioso —dijo el de la picana y, antes de desconectarla, aplicó una descarga de despedida sobre el cuerpo maltrecho de Frattini.

Lo arrastraron desnudo hasta un calabozo y lo dejaron tendido en el suelo. Luego, alguien le arrojó la ropa sobre el rostro. Pero para entonces Frattini se había desmayado, y soñaba con un banderín de Boca Juniors tirado en el piso.

21

La dieta de golpes y picana duró dos semanas enteras. Ni siquiera sabía dónde estaba. Al fin, una mañana le anunciaron que lo llevarían a Devoto. Subió al camión de traslado con obediencia, se sentó y durante todo el viaje pensó que lo peor ya había pasado. Ni siquiera se lamentaba por haber perdido todo lo que había conseguido con el Tano Martinelli. Sabía que, al no tener noticias suyas, sus vecinos o el dueño de la pensión ya habrían desvalijado la pieza, quedándose con la ropa, las joyas, la radio y la afeitadora. Estaba otra vez solo y desnudo. Quizá fuera hora de aceptar su destino.

Al descender del camión, Frattini notó ciertas diferencias que lo inquietaron bastante. Lo primero fueron las ropas de los guardias. Durante el tiempo en que él había estado afuera, todos los penales habían pasado de la Policía a manos del flamante Servicio Penitenciario Federal, cuya cúpula seguía integrada por varios españoles que habían servido en los penales más remotos y terroríficos del país, como el de Ushuaia.

En la ropería, se lamentó al quitarse el único traje que tenía ahora. Vestido con las ropas de interno, con el cabello rapado y decenas de heridas que aún no terminaban de cicatrizar, Frattini se presentó ante el celador y cruzó la puerta enrejada.

Nada más entrar, oyó un grito.

—Miren quién llegó.

Pichón Laginestra emergió de un grupo de internos, mostrando una sonrisa y los brazos abiertos en busca de un abrazo. Frattini también se

alegró de verlo, y recordó que en el 54, antes de ser liberado, Pichón le había dicho “nos vemos acá en dos años”. Se habían retrasado un año, pero los dos habían acudido a la cita.

Se saludaron con afecto, casi con cariño.

—Pistola, qué alegría —dijo Pichón.

—Pichón, te agarraron, al final.

—No sabés, ahora te cuento —dijo Laginestra, entusiasmado por poder contarle a alguien distinto aquella historia que había repetido cien veces desde que había regresado a Devoto—: Vení, cuando llegás a un hotel primero hay que registrarse.

Se dirigieron al dormitorio y, entre los dos, le propusieron al preso que ocupaba la cama junto a la de Pichón que se la dejara a Frattini y buscara otra en un rincón más alejado. La primera reacción del preso fue negarse. Sólo entonces Pichón dio un paso adelante, con la mirada perdida y los labios brillando, cubiertos de saliva como los de un perro de ataque.

—¿Vos sabés quién es este? —dijo Pichón señalando a Frattini.

—No me importa —dijo el preso.

Frattini contemplaba la escena con asco, pero también con cierta satisfacción. La herida del Yerbatero seguía dándole beneficios.

—Es Pistola. No me pongas loco, andate y no seas gil —insistió Pichón.

Al preso se le encendieron los ojos al escuchar ese sobrenombre que, con el paso de los años y la repetición de la anécdota, había tomado envergadura de leyenda.

—No hay problema, Pistola. Me busco otra cama —dijo el tipo, y se marchó.

—Éstos no respetan a nadie —dijo Pichón, haciéndole una seña a Frattini para que lo siguiera.

En el comedor, un centenar de presos ahogaban el tiempo con litros y litros de mate. Algunos escuchaban la radio, otros conversaban o jugaban a las cartas. Frattini y Pichón cruzaron la estancia en dirección a una mesa apartada.

—Volviste, Pistola.

—Te extrañábamos.

—Atorrante, te agarraron.

—¿Me vas a hacer un dibujo algún día?

—Al fin un jugador como la gente para este pabellón de pataduras.

—Hola, muchachos —repetía Frattini, estrechando manos y abrazando gente.

Cuando llegó a la mesa, Pichón ya había preparado el mate y ahora le tendía uno. Frattini bebió el primer sorbo lentamente. Pichón no dejaba de mirarlo, entre sorprendido y nostálgico.

—¿Querés que te cuente, Pistola? —dijo, suplicando.

—Por favor.

—Hace seis meses mi compañero cayó con armas. Le dieron tanta máquina que me mandó al frente. Yo sabía que me buscaban porque hasta publicaron un aviso con mi cara en el diario. No sabía qué hacer. No quería irme afuera, a Uruguay o a Brasil, vos sabés que yo me deprimo con sólo cruzar la General Paz.

—¿Y qué hiciste?

Pichón sonrió, satisfecho de su propia imaginación.

—Me escondí en un cisterna.

—¿En un tanque de agua?

—No, boludo, adentro de un camión cisterna —dijo Pichón, soltando una carcajada que le provocó un ataque de tos. Cuando se recuperó, siguió hablando—: Me pasé dos meses metido ahí adentro. Los primeros días tenía visiones por el olor de la nafta.

—Vos estás loco.

—Loco o no, tardaron dos meses en encontrarme. Y acá estoy…

Pasaron el día contándose la vida que habían tenido en los últimos años. Hablaron del Tano Martinelli, de Franco, que por entonces estaba detenido en Neuquén, y de los otros ex compañeros de encierro.

Aquel día, Frattini disfrutó de cada uno de los reencuentros, de las historias que habían vivido sus compañeros durante los años en que habían estado en libertad. Pero al día siguiente, apenas despertó, la rutina carcelaria volvió a aplastarlo.

A las seis de la mañana, puntuales como monjes de clausura, los celadores hicieron sonar sus silbatos en cada uno de los pabellones de Devoto.

—Arriba, vagos de mierda —escuchó Frattini al despertarse.

Hacía años que no se levantaba tan temprano. Y sin embargo ahí

estaba, abandonando la cama al primer aviso, vistiéndose y parándose firme para que el celador tomara lista.

Después de ser contados, la mayoría de los presos volvió a refugiarse bajo las mantas, aunque eso estuviera prohibido. El celador no dijo nada: prefería que sus pupilos durmieran antes que se levantaran y comenzaran con sus riñas de siempre. Mientras se acostaba, escuchó que Pichón le decía:

—Y ahora una siesta.

Pero no pudo dormirse. No podía dejar de pensar en lo estúpido que había sido. Si en lugar de ir a Dock Sud se hubiese ido a cenar y a bailar, ahora, en lugar de estar encerrado, estaría preparándose para salir a laburar con el Tano Martinelli. Pobre Tano. El primer día lo habría estado esperando durante horas en La Churrasquita. Después, tal y como habían acordado, se habría guardado una semana, sin salir, sin pisar la calle, sabiendo que su compañero había sido detenido y posiblemente hubiera hablado con la picana. Pero el Tano no tenía por qué preocuparse. Frattini podía caer preso, podía soportar golpes, podía desmayarse con la picana, pero nunca, nunca, delataría a un compañero.

Cansado de pensar, a las nueve se levantó con el resto de los internos. Fue al baño, se lavó, y regresó a la cama para tomar mate con Pichón. Su compañero estaba lavando la pava con una esponja de metal.

—Chorro pero limpio —dijo Frattini.

Conocía de sobra las estrategias que los presos tenían para ocupar el tiempo. Si se detenía a mirar, podía comprobar la obsesiva limpieza de las pavas, los calentadores y los mates de todo Devoto. Pasaban horas limpiando los ínfimos enseres, y con cada lavada, con cada lustre, el tiempo se escurría y la condena se acortaba.

Tomaron mate hasta las once, escuchando la radio que la mujer de Pichón le había llevado el mes anterior. A las doce, en todas las ranchadas comenzaron a preparar el almuerzo. Pichón eligió un paquete de fideos de sus reservas personales, y se acercó con Frattini a otro interno que estaba pelando cebollas. Se saludaron, y pronto llegaron otros dos internos con una lata de puré de tomate. Mientras el cocinero freía la cebolla en una lata de dulce colocada sobre el

calentador, los demás prepararon mate y comenzaron a conversar sobre sus familias.

Todos fumaban y todos se asombraban de que Frattini aún no hubiera sucumbido al vicio. El Turco, uno de sus compañeros, sacó un papel y un lápiz y comenzó a escribir una carta. Frattini lo envidió. ¿A quién podía escribirle él? ¿A sus hermanas, para que su padre se enojara con ellas? ¿A José, para que los celadores al leer la carta antes de enviarla descubrieran a su reduce? ¿A los mozos de La Churrasquita?

A la una en punto se sentaron a almorzar. Veinte minutos después, ya habían lavado los platos y estaban preparando otra vez el mate. Aburrido, a las dos Frattini se unió a los internos que caminaban de un extremo al otro del pabellón como ratas encerradas, tratando de agotar su energía en esa especie de procesión que no conducía a ninguna parte.

Cansado de caminar, a las tres se acostó a dormir la siesta. Estaba tan aburrido que ni siquiera le quedaba imaginación para idear ningún sueño. A las cuatro se despertó y volvió a lavarse. Cuatro y diez estaba otra vez en el comedor tomando mate, escuchando las historias de sus compañeros.

El cambio de guardia de las seis de la tarde los ayudaba a distraerse. Al cambiar el celador, al menos cambiaban los insultos que escuchaban. El maltrato siempre era el mismo.

Con el cambio de guardia llegaban las enormes ollas con aquel guiso aguachento que los celadores llamaban cena. A Frattini le daba tristeza ver a sus compañeros con el tenedor en la mano, usándolo de arpón para capturar los dos o tres pedazos de carne, hueso o grasa que flotaban en el guiso.

A las siete ya estaban sentados otra vez en el comedor, con el calentador entre los pies, tomando mate y conversando mientras en las pequeñas altas ventanas la luz del sol se apagaba con la caída de la noche.

Al fin, a las 12, el toque de queda dio por terminado el día. Frattini y los demás se acostaron con la voz del pasarela de fondo, insultándolos, amenazándolos, exigiéndoles que se callaran y se durmieran de una vez por todas. Y poco a poco todos se iban

quedando dormidos, mientras algunos conversaban en voz baja, aliviados de haber sobrevivido a otro día de condena.

El día siguiente fue igual, idéntico a los que lo siguieron.

Durante unas semanas Frattini se acopló a aquella rutina que se repetía con una exactitud agobiante. Despertarse con los gritos del celador, dormirse con los insultos del pasarela. En el medio, mate, aburrimiento, historias repetidas.

Al mes de estar allí, cuando el Turco volvió a escribir una carta, Frattini comenzó a desesperarse.

—¿A quién le escribís? ¿A tu novia?

El Turco sonrió.

—Ojalá. Pero nunca se sabe… —respondió, misterioso.

—Dale, boludo, te pregunto en serio.

—¿Querés saber?

—Claro.

El Turco se incorporó y se dirigió a la ranchada. Cuando regresó, llevaba una revista en la mano.

—*O Cruzeiro*. La mejor revista del mundo —dijo mientras pasaba las páginas buscando algo.

Al fin, le mostró a Frattini el título "Cartas al lector".

—Mirá, escriben un montón de minas que quieren "entablar amistad". No te rías, boludo, le dicen así… Las minas escriben y dejan sus datos para cartearse con gente de cualquier lado. Yo me estoy escribiendo con una peruana.

Frattini guardó silencio, pensativo. Después dijo:

—¿Vos no tenés condena?

—Todavía no. Cuando la tenga, sólo le voy a poder escribir a mi familia. Pero por ahora, disfruto con mi peruanita.

—Yo tampoco tengo condena —dijo Frattini.

—¿Y qué estás esperando? Dale, escribí hasta que te corten el chorro —dijo el Turco tendiéndole la revista.

Frattini se pasó la tarde leyendo y releyendo cada una de las "cartas a los lectores". Lo bueno de *O Cruzeiro* era que, al ser distribuida por toda América Latina, algunas lectoras también escribían en castellano, como la peruana del Turco. Por la noche, eligió cuatro chicas que escribían desde Puerto Rico, Córdoba, Río de

Janeiro y Montevideo. Al día siguiente pidió papel y lápiz y, con un esfuerzo sobrehumano, le escribió una carta a cada una. No le costaba pensar en otra cosa, pero su dominio del lenguaje no era el mejor. Por eso escribía, tachaba y a veces se quedaba en silencio durante minutos tratando de hallar la palabra apropiada que expresara lo que quería decir. Después de la cena, cuando las cuatro cartas estuvieron terminadas y sólo restaba firmarlas y poner el remitente, se detuvo.

—¿Vos cómo firmás?

—Salvador Alí Amud. Ése es mi nombre artístico —dijo el Turco, soltando una carcajada.

Frattini pensó un momento, recordando las telenovelas y los teleteatros de Puerto Rico y Brasil, donde vivían las chicas a las que les había escrito. Al fin, tomó el lápiz y firmó:

—Carlos Alberto del Soler Frattini, para servirle.

22

Las cartas fueron tan efectivas que Frattini no necesitó recurrir al dibujo para mantenerse ocupado. Un tiempo después, recibía diez cartas por día. Hasta el cartero se sorprendía con la cantidad de sobres que llegaban.

Frattini las leía todas, pero sólo conservaba las mejores. Con el paso del tiempo había aprendido que el valor de una "amiga" no se relacionaba tanto con la descripción física que ésta hiciera de sí misma, sino con lo que le contara en las cartas, con las palabras que usaba, con las historias que lo ayudaban a pensar en otra cosa, a olvidarse de los muros y del tiempo.

Las cartas que no le importaban tanto se las daba a sus compañeros para que se entretuvieran con la lectura. Había semanas que ni el Turco ni él daban abasto para escribir tantas respuestas.

Entre sus cartas favoritas estaban las que le enviaba Irma, una cordobesa de Río Cuarto. A Frattini lo había sorprendido un frase en especial: "No me preguntes si soy linda, fea o renga… yo te voy a escribir todos los días hasta que salgas en libertad". Así lo hizo. En las primeras cartas no hablaron de amor ni de nada parecido. Pronto se convirtieron en los mejores amigos. Conversaban sobre cine, teatro, política… Irma escribía tan bien que cada vez que recibía una carta de ella sus compañeros le pedían que se la leyera en voz alta.

Un año y cientos de cartas después, el celador lo despertó a las seis de la mañana y le dijo que debía presentarse ante el juez que dictaría su condena. Frattini y los demás que debían ir a Tribunales se fueron a

afeitar mientras el resto de los internos regresaban a la cama. Vestidos y aseados, los viajeros se sentaron a tomar mate. No hablaban. Sabían de sobra que aquel viaje sería peor que un día de encierro.

Al fin, el celador se presentó en el comedor y les ordenó que lo siguieran. Frattini formó fila detrás del tipo y junto a los demás se dirigió al otro lado de la puerta enrejada. En la oficina, él y los demás fueron requisados con una violencia mayor, incluso, que la que soportaban las visitas.

—Abrite los cantos. Levantate los huevos. Abrí la boca.

Frattini obedeció cada orden al pie de la letra. De nada servía resistirse ahora que no contaba siquiera con el apoyo de sus compañeros. Los hicieron esperar desnudos durante media hora, mientras los celadores tomaban mate y los insultaban.

Luego, ya vestidos, los condujeron hacia el patio, donde los esperaba el camión de la penitenciaría. Frattini y los otros veintitrés presos fueron divididos en las doce celdas de un metro cuadrado que tenía el camión. Hacinado junto a otros dos presos, Frattini se alegró de viajar en el primer camión del día. En el 54 había viajado en el camión del mediodía, y había pasado la tarde entera encerrado en las leoneras de Tribunales. Ahora, con suerte, podría regresar antes de la siesta.

Viajaron durante más de una hora sumidos en un silencio de velorio. Desde afuera, las bocinas y el ruido de los autos llegaban hasta sus oídos como una promesa o una burla de la ciudad que los había exiliado. Frattini alzaba el cuello tratando de capturar algo del aire que entraba por los pequeños agujeros del respiradero sin conseguirlo, agobiado por el tufo rancio con olor a orina que despedía el camión.

Cuando se detuvieron, todos se prepararon sabiendo que lo peor estaba por comenzar. Entraron los guardias, abrieron las celdas, los golpearon, los insultaron y los bajaron a empujones. Rodeados por dos cercos de agentes de la Policía Federal, Frattini y los demás fueron conducidos hasta las mazmorras de los Tribunales. Durante los cinco segundos que estuvo en la calle, Frattini miró todo con curiosidad, con nostalgia, sabiendo que a pocas cuadras de allí José estaría fundiendo el oro de joyas robadas mientras en La Churrasquita los escruchantes desayunaban antes de empezar a trabajar.

Cuando entró a la leonera, como llamaban a las pequeñas celdas para cuatro personas del subsuelo, pensó que se desmayaba. El aire era irrespirable, peor que el del camión. En cada celda, doce presos se hacinaban contra los barrotes. Lo hicieron entrar a una de ellas, y sólo lo logró empujando a los presos que lo rodeaban. Rostros amenazantes, surcados de profundas cicatrices y horas de desvelo, lo observaron con fastidio.

Un rato después, les sirvieron una sopa fría.

Con el pasar de las horas, la celda se fue vaciando. Al fin, cuando quedaban ocho personas, Frattini pudo ver que la pared del fondo de la celda estaba completamente escrita con mensajes de los presos que habían pasado por ahí: "Dios ayudame a salir de esta", "Dios cuidá a mi vieja", "Dios en vos confío".

Cuando escuchó su nombre, había perdido la cuenta del tiempo que llevaba en Tribunales. Se incorporó, se acomodó la ropa y siguió al agente que lo había llamado. Cruzaron un pasillo, tres puertas, y Frattini al fin llegó hasta la oficina donde lo esperaba el juez. Entró y, tal como le había dicho el agente, permaneció de pie ante el escritorio. El juez estaba leyendo unas notas, seguramente su prontuario. Con una mano, le hizo señas de que esperara. Frattini lo observó con cuidado, tratando de intuir su destino en los gestos de aquel juez que no dejaba de tocarse el bigote.

—Bueno, Frattini, ¿cómo andás? —dijo sin mirarlo.

—Bien.

—¿Te tratan bien en Devoto? —dijo, y esta vez lo miró directo a los ojos.

—Sí, todo bien.

El juez sonrió ante la mentira de Frattini, que conocía el procedimiento y sabía de sobra que al juez lo único que le interesaba era cumplir con esa visita de rutina que imponían las leyes. Lo mismo le daba que lo hubieran violado, herido o torturado en Devoto. Tan sólo quería escuchar que los presos "estaban bien" para poder analizar el caso y empezar a determinar la condena.

—Bueno, por lo que veo te van a caer algunos años.

—¿Cuándo sale la sentencia? —preguntó Frattini.

—¿Estás apurado? —dijo el juez—. Ya te vas a enterar. Oficial,

puede llevárselo.

Frattini regresó a la leonera y tuvo que esperar un par de horas más hasta que lo subieron de nuevo al camión. Anochecía sobre Devoto cuando regresó y volvieron a requisarlo. Entró al pabellón agotado física y psicológicamente. El protocolo era perfecto: de Tribunales los presos siempre regresaban sabiendo que ningún abogado, ningún juez, nadie velaba por ellos.

El verano de 1960 fue insoportable. El sol parecía apuntar con toda su luz y su calor exclusivamente hacia el penal de Devoto. Desde hacía cinco días, Frattini estaba confinado en un calabozo del Celular 5º a causa de una pelea en la que no había participado pero de la que había preferido no dar detalles a los celadores. El silencio tenía esas cosas: generaba tanto la confianza ciega de sus compañeros como la furia de los guardias.

—Ah, ¿no vas a hablar? Entonces al calabozo —le habían dicho.

Y allí estaba: asándose en el celular del quinto piso junto con otros cuatro internos castigados. El calabozo era tan estrecho que a veces se rozaban los codos o las rodillas bañadas de sudor. El aire parecía estancado allí dentro. De a ratos, Frattini y los demás se turnaban para respirar el aire limpio que entraba por las ventanas altísimas que bordeaban el techo.

Cuando llegó su turno, ayudó a bajar al compañero que estaba subido sobre sus hombros y cambiaron los roles. Con cuidado, Frattini pisó las rodillas del tipo, apoyó sus propias rodillas en los hombros del otro y al fin consiguió pararse.

De pronto, algo le llamó la atención. En la esquina, un hombre fumaba con una campera doblada sobre su brazo.

—Ese boludo de ahí tiene campera. Con el calor que hace —dijo, para compensar el interés que sus compañeros mostraban debajo de él.

Pero entonces vio algo que no esperaba.

De pronto, frente a la ventana a la que estaba pegado, vio caer algo, y otra cosa más. Cuatro bultos pasaron delante de sus ojos y, abajo, se convirtieron en presos que emprendían su fuga.

—Se escapan, hay unos turros que se están escapando —gritó Frattini, excitado.

—¿Quiénes son? —preguntaron sus compañeros.

—Creo que son del 7º…

Cuando cayó el quinto preso, él tuvo que quitar la cabeza de la ventana para no ver lo que pasaba.

—No, pelotudo —gritó Frattini.

—¿Qué pasa, Pistola?

—Es Hidalgo.

Había caído con tanta mala fortuna que se había clavado una de las lanzas de la reja en medio del pecho y había rebotado hasta la calle. Ahí estaba ahora, con una terrible herida, gimiendo en medio de un charco de sangre. En ese momento, mientras Hidalgo sangraba y los otros escapistas dudaban sobre qué hacer, comenzaron a oírse las sirenas. Pronto, por la calle del desaguadero Frattini vio que se acercaba un jeep cargado de guardias que disparaban hacia el lugar donde los otros presos se ocultaban, aún dentro del penal.

—¿Qué pasa, Pistola?

Frattini no entendía lo que oía. Estaba completamente absorbido por las imágenes. Y en ese preciso instante vio que el hombre de la esquina tiraba el cigarrillo al piso con parsimonia y dejaba caer la campera que hasta ese momento había ocultado la ametralladora que tenía en la mano. Entonces comenzó a disparar.

—Qué huevos que tiene ese hijo de puta —gritó Frattini, emocionado.

Los cartuchos caían de la ametralladora mientras los guardias retrocedían, volvían a subirse al jeep y se marchaban de la escena. Desde su posición privilegiada, Frattini vio que el hombre de la ametralladora les hacía señas a los presos. Ellos comenzaron a saltar la reja mientras el tipo volvía a descargar otra balacera sobre la parte trasera del jeep que se alejaba. Hidalgo estaba perdido, pero los demás ya corrían en libertad. La calle estaba desierta.

Con sorpresa, con fascinación, Frattini vio que el hombre volvía a ocultar el arma debajo de la campera y se alejaba caminando tranquilamente. Después lo vio subirse a un auto que lo esperaba y se marchó, dejando tras de sí cientos de cartuchos de bala y decenas de policías heridos.

El otro intento de fuga que presenció aquel año fue menos espectacular, pero no por eso menos divertido.

En el patio se comentaba que unos internos del pabellón 3 estaban planeando una fuga. La mujer de uno de ellos había logrado ingresar al penal con una lima dentro de un paquete de yerba. Cuando se enteró, Frattini no pudo contener una sonrisa. Había que estar desesperado para pensar que aquello podía tener éxito. Sin embargo, los internos habían pasado las noches de dos meses enteros limando los barrotes de una de las ventanas. Por lo que se sabía, la fuga ocurriría muy pronto. Al fin, una noche, mientras los escapistas se preparaban para quitar los barrotes, fueron sorprendidos por la requisa.

La frase que uno de los guardias les dedicó a aquellos presos fue valorada por todos en el patio. El guardia había entrado al pabellón fumando, muy tranquilo, decían. También decían que no había necesitado amenazas para obtener la confesión de los presos. Tan sólo se limitó a decirles que, aunque podía esperarlos abajo y matarlos uno por uno a medida que bajaran, prefería que le entregaran la lima sin hacer quilombo. No hizo falta que lo pensaran. Entregaron las herramientas y, agradecidos, se dirigieron al calabozo de castigo sabiendo que habían escapado de una muerte segura.

Al fin, en marzo de 1960, Frattini volvió a Tribunales.

—Tengo una noticia buena y otra mala. ¿Cuál preferís que te diga primero? —preguntó el juez.

Frattini encogió los hombros.

—La mala es que tenés condena. Te vamos a trasladar a la penitenciaría de Las Heras.

—¿Y la buena? —preguntó Frattini, aceptando que ya no podría seguir intercambiando cartas con sus amigas.

—Que la condena es de tres años, y ya cumpliste dos. En un año vas a estar afuera de nuevo.

Frattini asintió. Su encierro ya tenía fecha de vencimiento.

23

Cuando Domingo Faustino Sarmiento construyó la penitenciaría de la avenida Las Heras, los porteños pensaron que era demasiado grande para los pocos convictos que había. “Algún día esta cárcel será demasiado pequeña para encerrarlos a todos”, dicen que dijo Sarmiento, y su premonición se cumplió mucho antes de que llegara Frattini.

Ubicada en el centro de la ciudad, demasiado cerca de las zonas donde vivían los ricos y los aristócratas porteños, la penitenciaría parecía una ciudad secreta en la que sólo vivían los hombres prohibidos. Tan prohibidos que ni siquiera podían ser vistos por los vecinos, que por ley municipal debían tener las persianas de sus ventanas cerradas hasta que cayera la noche.

Si bien los exteriores del penal estaban delimitados por bellos jardines, al cruzar la reja que protegía el perímetro todo era tan gris como en cualquier cárcel. La diferencia, además del tamaño, era que allí los presos con buena conducta podían mantenerse ocupados realizando distintas tareas. En los talleres podían aprender el oficio de herrero, panadero, carpintero, sastre y decenas de ocupaciones que permitían que el tiempo pasara más rápido. Allí, en los tiempos de Perón, los ocho hornos del penal trabajaban noche y día, cociendo el pan que se repartía en todas las escuelas y hospitales públicos de Buenos Aires. Aquélla, dicen, fue una época dorada para los presos de Las Heras.

Al llegar, Frattini fue destinado al pabellón 1º. En el 5º, le dijeron,

estaban los presos más peligrosos. Con el correr de los días, los fue conociendo a todos. Los amigos en común, las historias que uno y otros conocían, los acercaban hasta la confesión.

Así conoció a los hermanos Prieto. Mario y Miguel Prieto. Miguel, el Loco Prieto, como lo llamaban la prensa y sus amigos, era uno de los héroes del penal. Su leyenda decía que siempre iba armado, pero que casi nunca disparaba. Eran tiempos de valientes, y no de asesinos. El Loco Prieto podía entrar a un banco y vaciar la caja fuerte sin hacer un solo disparo. Le bastaba mostrar la culata de su pistola, asomando por la cintura, para que todos le hicieran caso. Su leyenda era tan inmensa que había superado los límites de las cárceles. Los diarios hablaban de él. Los policías hablaban de él. A Frattini le gustaba oírlo hablar, siempre con los ojos en blanco, como si tuviera tatuados en las pupilas cada uno de sus hechos.

—Si sacás el arma, sólo es para disparar —decía el Loco Prieto.

Y no mentía.

Algunos presos, que lo habían visto en acción, decían que nunca sacaba el arma en los asaltos. Por más que tuviera que detener un camión en medio de la ruta, le bastaba mostrar su rostro, apretar los dientes y correr levemente el saco para dejar ver la pistola. Frattini valoraba esos detalles como ninguno. Escuchando al Loco Prieto recordaba la estupidez de Zamudio y Peralta, caricaturas de ladrones, más pendientes de dañar que de realizar su trabajo.

Dicen que una de las pocas cosas que llevaba a Prieto a sacar el arma era la traición. Para eso no había misericordia. Si un compañero lo vendía o lo estafaba, podía darse por muerto. Entonces no amenazaba, no exigía arrepentimiento, no mediaban las palabras. Directamente, se acercaba al traidor y con crueldad lo agujereaba a los tiros. Como un loco.

Villarino era otro peso pesado que tenía muchas cosas en común con el Loco Prieto. Él tampoco usaba su arma. Lo que le interesaba era robar, hacer su trabajo, obtener un botín y marcharse sin problemas. Un profesional que nunca se dejaba llevar por el mal humor del día ni por la sed de revancha que podría sentir hacia la policía que lo perseguía desde hacía años. Durante su primera estadía en Las Heras, Frattini a Villarino sólo lo vio de lejos. Lo llamaban el Rey del Boleto,

porque nunca nadie sabía qué parte era verdad y qué parte mentira de todo lo que contaba. Pero lo contaba tan bien que nadie podía resistirse a sus historias.

Otro de los personajes de Las Heras era el Mono Paz. Nunca nadie tuvo un sobrenombre tan acertado como él. Morocho, con la cabeza repleta de pelos negros, cejas espesas, ojos lascivos y una dentadura maltratada, parecía un primate.

Además de historias de robos y asesinatos, a veces los presos contaban historias de regeneraciones fallidas. Muchos habían intentado cambiar de trabajo, dejar las armas, ser como los demás. El aburrimiento, el aislamiento, el silencio, pero sobre todo la soledad del encierro, los enfrentaban con sus miserias, con las ausencias que habían acompañado sus años criminales. Algunos incluso lloraban, y perjuraban que cuando acabaran de cumplir la condena dejarían todo para reinsertarse en la sociedad.

Durante meses leían los diarios buscando anuncios con ofertas de trabajo. Se presentaban en todos, acompañados por su prontuario pero en especial por una inexperiencia que no podían ocultar: ninguno sabía hacer otra cosa que robar, y aunque estuvieran dispuestos a aprender cualquier tarea, los empleadores nunca se decidían a contratarlos. Así, empujados al desempleo, volvían a dedicarse a lo único que sabían hacer. Acababan asesinados o, en el mejor de los casos, detenidos y confinados otra vez a prisión.

Por entonces Frattini había aprendido que la regeneración de un delincuente no dependía de su deseo, de su decisión, sino de la respuesta que encontrara en el mundo que lo rodeaba. Un mundo que desconfiaba de ellos y les negaba cualquier posibilidad de rectificación.

Otros, como Frattini, sólo querían recuperar la libertad para poder continuar su carrera criminal. Ellos se limitaban a soportar la condena en silencio, esperando el día de la liberación. Otros, en cambio, habían sido condenados a demasiados años de prisión, un tiempo precioso que no estaban dispuestos a resignar. A esos la única esperanza que les quedaba era la fuga, como a Lacho Pardo.

En Las Heras todos sabían que pronto se iba a fugar. Frattini se

preguntaba cómo haría el Lacho para sortear los seis controles que separaban a los presos de la libertad. Un día, en el recreo, oyeron por los altavoces la orden de regresar al pabellón. El ajetreo de los guardias, las armas que portaban, todo indicaba que algo había pasado. Todos los internos se presentaron para una nueva requisa improvisada. En voz baja, Frattini le preguntó al que tenía al lado qué había pasado. El preso lo miró y, con ojos soñadores, dijo:

—El Lacho Pardo se las tomó.

Días después, al fin supieron lo que había pasado. Una hermana del Lacho lo había ido a visitar emperifollada con dos vestidos, uno debajo del otro. Inexplicablemente, la chica se había quitado uno y se lo había entregado al Lacho sin que los guardias se dieran cuenta de nada. Al día siguiente, disfrazado de mujer, Pardo se había mezclado entre las visitas y había cruzado los cinco primeros controles sin ser descubierto. Pero al llegar al último puesto de seguridad, los pantalones que llevaba debajo del vestido se deslizaron por sus piernas y el guardia descubrió la verdad. A los gritos, comenzó a alertar al resto del personal penitenciario, pero ya era tarde: el Lacho Pardo corría por avenida Las Heras como una mujer enajenada, alzando los brazos con felicidad. Lo esperaba un auto. Se subió y nunca más volvió a caer en prisión.

Pero Frattini nunca pensó en escaparse. Los meses que pasó en Las Heras fue un ejemplo de buena conducta. Tanto es así que logró que lo trasladaran al penal de Santa Rosa. Cuando se iba de Las Heras, alguien le dijo, con cierta envidia, que se iba de vacaciones. Frattini entendió a qué se refería cuando llegó a La Pampa y vio aquel cielo límpido, brillante, que se abría sobre el playón del penal.

Todos los internos que aguardaban la libertad allí contaban con una condena, es decir que habían logrado escapar del limbo donde miles de otros presos purgaban sus penas no reconocidas. Como en Las Heras, allí también había talleres de oficio, y rápidamente Frattini consiguió que lo designaran a la panadería.

El horario de trabajo iba a contramano de la vida carcelaria. Mientras los presos dormían, él y otros pocos trabajaban en torno a los grandes hornos. Lejos de fastidiarlo, aquello era una excelente forma de escapar de la realidad.

Cuando todos se acostaban, él se marchaba a trabajar. Cuando todos tenían que vivir encerrados en cuatro paredes, él saludaba a los guardias y salía del penal para dirigirse a la panadería. Cuando todos despertaban sin saber qué hacer, él llegaba agotado por el trabajo, listo para dormir.

Ya no podía escribirse con sus amigas de la revista *O Cruzeiro*, pero al menos podía entretenerse con tareas que creía nunca le podrían interesar. Pero aquello era una panacea para su encierro. En menos de un mes, ya había entablado relación con los convictos más peligrosos, pero también con aquellos que sufrían el encierro con temor a ser asesinados, violados o torturados por el resto. Quizá fuera el recuerdo de Zamudio, quizá su propia infancia, lo cierto es que se interesaba por aquellos desvalidos que no podían defenderse. Así conoció al Turquito, un muchacho delgado y nervioso de apenas veintiún años.

Un amanecer, luego del trabajo, Frattini regresó a su celda con la idea de tomar unos mates antes de irse a dormir. Al pasar junto a la celda del Turquito, lo vio en calzoncillos y camiseta de pie sobre la cama. Su rostro era una máscara de espanto, como si el suelo de la celda estuviera repleto de alimañas que quisieran devorarlo. A pocos metros de distancia, el celador contemplaba el pasillo y miraba con interés hacia la celda del Turquito.

—¿Qué pasó, Turco? ¿Qué hacés así? —preguntó Frattini, sosteniendo la mirada del celador.

El Turquito lo miró, abstraído en una ensoñación. Al fin pareció reconocerlo y dijo:

—Ahora me viene a buscar la requisa, pero no voy a ir.

—¿Y por qué te vienen a buscar?

—Dicen que rompí un vidrio. Pero yo no fui. Te lo juro, Pistola. Yo de acá no pienso irme. No, no me van a sacar… —dijo el Turquito, temblando.

El miedo lo había convertido otra vez en lo que era: un muchacho asustado encerrado en una cárcel llena de convictos peligrosos y guardias ansiosos por matar el tiempo torturando gente.

—Quedate tranquilo, no va a pasar nada… —dijo Frattini, sin mucho convencimiento.

El Turquito sacudió la cabeza.

—Me quieren matar, Pistola. Yo no rompí el vidrio. Me sacaron al patio… estaba aburrido y les tiré un par de piedras a las palomas, pero vidrio no rompí ninguno. Ayudame.

—Vos quedate tranquilo. No te va a pasar nada.

Frattini se alejó. Estaba demasiado cansado para aguantar los miedos ajenos. Además, el Turquito siempre había sido un chico exagerado. Lo más probable era que lo confinaran un par de días en el calabozo, y nada más.

Frattini entró a su celda, que estaba abierta. Ése era otro de los beneficios de tener un trabajo a contratiempo: como sus horarios cambiaban permanentemente y tenía tan buena conducta, los celadores nunca se preocupaban en cerrar su celda.

Agotado, se sentó en la cama y comenzó a preparar el mate. Encendió la radio que había conseguido a cambio de un par de retratos, y puso música.

Un rato después, los gritos del Turquito callaron el parafraseo del Polaco Goyeneche.

—Verdugos, suéltenme… no me van a llevar —gritaba desesperado el Turquito.

Frattini sintió que la boca se le llenaba de saliva.

Dejó el mate y salió de su celda para ver qué pasaba. Entonces vio que dos guardias tomaban al Turco de los brazos y las piernas e intentaban sacarlo de la celda. Aterrorizado, el Turquito se retorcía y gritaba pidiendo auxilio. En el forcejeo, tal vez sin intención, los guardias le golpearon la cabeza contra las rejas de la celda.

—Suéltenme…

Poco a poco, los presos que dormían comenzaron a despertarse por los gritos. Todos se acercaron a los barrotes para ver lo que pasaba. Frattini, que estaba fuera de la celda, se acercó al Turco e intentó calmar a los guardias, diciendo que el Turquito tenía un ataque de nervios. Los guardias lo insultaron y volvieron a tirar del muchacho, que en su frenesí se golpeaba contra el suelo y las paredes mientras lo llevaban al calabozo de castigo.

De pronto, Milla, uno de los presos importantes, gritó:

—Pistola, abrí las celdas que lo están fajando al Turco.

Frattini no lo dudó ni un segundo. Inmediatamente, abrió cada una

de las celdas del pabellón. A la distancia, previendo un nuevo motín, el celador cerró las rejas que permitían el acceso al pabellón y se marchó corriendo para dar la voz de alarma. Pronto, todos los presos estaban fuera de sus celdas y golpeaban los barrotes con todo lo que tenían a la mano, exigiendo la liberación del Turquito.

Pasaron las horas. Por la noche, el director del penal se presentó en el pabellón.

—Métanse en las celdas —dijo.

—Primero liberen al Turco —dijo uno de los presos.

—El pibe no hizo nada —dijo Frattini.

El director sacudió la cabeza.

—Era el único que estaba en el patio. Si no fue él quien rompió el vidrio, ¿quién fue? ¿El Espíritu Santo?

—Pero le golpearon la cabeza contra la pared, casi lo matan —dijo Milla.

—No exageren, fue un accidente —dijo el director. Y luego, en tono amenazante, agregó—: Si no vuelven a las celdas va a ser peor.

—Queremos al Turquito de vuelta —dijo Milla.

El director resopló, aburrido. Luego hizo un gesto con su mano derecha y se retiró acompañado por los guardias. Todos imaginaban lo que podía pasar: un motín que duraba mucho siempre terminaba mal. Las cosas se conseguían de inmediato o no se conseguían nunca.

Al amanecer, con el rostro descansado por el sueño, el director emitió su sentencia:

—Bueno, muchachos, se terminó. Frattini, Milla y los demás cabecillas se van a ir al calabozo de castigo, y los que no entren en las celdas en este momento también van a ser castigados. Piénsenlo. Yo los espero acá. Tengo toda la vida para esperarlos.

Bajo la desganada mirada del director, que estaba junto a la reja, los presos se reunieron a debatir mientras los guardias observaban la escena desde lejos. Frattini y Milla tomaron la palabra:

—Nos entregamos. Si no, la va a pagar todo el pabellón.

Los demás asintieron.

Al fin, Frattini llamó al director y dio por terminado el motín. Lentamente, los presos regresaron a sus celdas. Cuando todos estuvieron dentro, el celador activó el mecanismo y las rejas se

cerraron. Frattini, Milla y otros dos permanecieron en sus lugares, con las manos en alto. Sólo entonces el director dio la orden de que los guardias se acercaran. Formaron dos filas en torno a la puerta para custodiar la salida de los cuatro cabecillas. La reja del pabellón se abrió con un ruido metálico. El director invitó a Frattini y a los demás a salir. Así lo hicieron, con las manos a la espalda. A medida que pasaban por el cerco de guardias, recibieron una descarga de insultos, golpes y patadas. El ataque era feroz, pero sólo podía ser el prólogo de un largo y cruel castigo: encierro, picana, torturas. De pronto, Frattini vio que Milla se llevaba una mano a la boca, retiraba la Gillette que tenían escondida bajo la lengua y comenzaba a cortarse los brazos para evitar la picana.

Pronto, los brazos de Milla empezaron a sangrar a chorros.

—González, pare esa hemorragia —gritó el director, desesperado, temiendo que si Milla moría le cayera un destacamento de funcionarios judiciales.

Inmediatamente, González y otro guardia tomaron a Milla e intentaron detener la sangre con sus manos. Milla gritaba, dolorido y excitado por el dolor, mientras su sangre se derramaba por las manos de los guardias.

—Deje eso, oficial —dijo el director.

González, lleno de sangre ajena, retiró sus manos de los brazos de Milla, que reía y los insultaba a los gritos. Al fin, Milla fue llevado a la enfermería, mientras que Frattini y los otros dos esperaban ser conducidos al calabozo de castigo. Pero se equivocaban. Con sorpresa, Frattini vio como lo sacaban del penal bajo un sol que quemaba la vista. Los cargaron en un camión, les pegaron, los transportaron hasta una comisaría de Santa Rosa y los ubicaron en calabozos individuales.

Con una nostalgia anticipada, Frattini comenzó a extrañar su trabajo en la panadería, el cielo calmo del amanecer y cada uno de los privilegios que había sabido ganar hasta entonces. Sin embargo, con el correr de los días se sorprendió de la suerte que había tenido. Estaba esperando el almuerzo cuando se acercó un hombre a los barrotes de su calabozo.

—Pistola, qué orgullo tenerte acá —le dijo el tipo.

—¿Y vos quién sos? —preguntó Frattini.

—Un preso como vos. Pero por buena conducta me encargo de cocinarles a los canas. Así que vos, Milla y los otros van a ser mis invitados —dijo el tipo, sonriendo con las encías.

El grupo de presos que cocinaba en la comisaría conocía a la perfección todas las anécdotas, desde el golpe al Yerbatero hasta el motín de los últimos días. La fama lo había precedido, y desde aquel día Frattini y los demás recibieron más atenciones que de sus propias madres.

Al fin, pasado un mes en el que se comportaron como obedientes inquilinos, él, Milla y los otros dos obtuvieron un permiso para pasar media hora al día al aire libre. Aquella primera salida descubrió que la comisaría estaba frente a una plaza. Cada vez que ellos salían a caminar, esposados y custodiados por varios agentes armados, unos parlantes pregonaban al pueblo que esos cuatro hombres eran peligrosos y habían comandado un cruel motín. Era mentira, pero bastaba para que los vecinos los señalaran de lejos y para que los niños que jugaban en la plaza se marcharan corriendo a sus hogares. Y todo por defender al Turquito miedoso.

Cuarenta y cinco días después del motín, Frattini y los demás regresaron al penal de Santa Rosa. Para entonces la historia se había derramado sobre todos los oídos de los pabellones, y fueron recibidos como héroes. Durante cuatro días, regresaron a la vida carcelaria, gozando de los recreos, de los partidos de fútbol al aire libre y de la mísera libertad del preso que no está castigado. Frattini pensó que lo peor había pasado, que las autoridades habían olvidado el hecho. Sin embargo, al cuarto día los cuatro cabecillas del motín fueron conducidos ante el director.

—Ahora van a ir a la ropería a buscar sus cosas —dijo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Frattini, confundido.

—A Las Heras.

Los cuatro presos bajaron la vista. Las vacaciones se habían terminado.

24

Era extraño. Después de estar tres años encerrado, había olvidado lo que era la libertad. Y ahora, mirando los campos de la llanura, comprendía la magnitud de todo lo que se estaba perdiendo por estar encerrado.

Al llegar a Retiro, fueron conducidos hasta un camión celular que los llevó por avenida del Libertador hasta las proximidades de la penitenciaría. Al pasar junto al Hipódromo, Frattini sintió que el pulso se le aceleraba. Al fin, el camión cruzó los altos portones del penal de Las Heras y el paisaje volvió a recuperar la monotonía grisácea de los últimos años.

La primera semana la pasaron encerrados en los calabozos de castigo. Al octavo día, al fin fueron liberados. Sin embargo, sucedió otra cosa inesperada que puso en juego la tranquilidad de Las Heras. Ocurrió ese mismo día. Milla, que no se despegaba de Frattini ni un segundo, buscando la protección que le daban los contactos de éste, lo seguía a todas partes. Así fue como entraron juntos a los vestuarios para cambiarse antes de jugar un partido de fútbol. Después de dos meses de confinamiento, Frattini estaba ansioso por correr detrás de la pelota, como si eso le bastara para recuperar la alegría que le había quitado el encierro.

En el vestuario, mientras comenzaban a desvestirse, notaron que el resto de los presos se marchaban. Para los ojos perspicaces de Frattini aquello sólo podía significar una cosa: la inminencia del peligro. Sin embargo no tenía miedo. Nadie podía acusarlo de nada. Salvo con la

policía, su padre y la ley, Frattini no tenía cuentas pendientes con nadie.

Al fin, un hombre entró al vestuario y se lanzó sobre Milla. Antes de que pudieran reaccionar, el tipo le había clavado una púa en el pecho para vengar alguna traición que Frattini desconocía. Mientras el asesino se escabullía entre los internos que contemplaban la puerta del vestuario, Milla, malherido, comenzó a desvanecerse. Si Frattini no le hubiera tendido los brazos, se habría partido el cráneo contra el piso.

Al entrar, los guardias encontraron a Frattini cubierto de sangre, sosteniendo a su compañero herido.

Pronto, Milla fue conducido a la enfermería y Frattini a la oficina del director, que lo esperaba con un gesto de reprobación sentado al otro lado del escritorio. Frattini permaneció de pie, ladeado por dos guardias.

—Frattini, Frattini… —comenzó a decir el director mirando sus propias manos que recorrían el borde del escritorio, como si más que enojado estuviera agobiado por la presencia de Frattini.— La población acá está tranquila… Y ustedes llegaron después de encabezar un motín, y encima, el primer día acuchillan a tu compañero… ¿Cómo te explico? —El director hizo un silencio, alzó la vista y le clavó los ojos a Frattini, para agregar—: No quiero quilombos en mi cárcel.

Frattini bajó la vista para aparentar sumisión.

—Yo tampoco —dijo—, no tengo idea de por qué lo acuchillaron a Milla, no lo conozco, la primera vez que lo vi fue en Santa Rosa…

—Mejor así. Se salvó de pedo. Pero las cosas se pagan, así que es posible que lo maten cuando salga de la enfermería. Ahora te vas a ir a un pabellón, pero a la primera de cambio se te pudre todo.

—No se preocupe —dijo Frattini, sabiendo que lo peor ya había pasado.

La suerte volvía a estar de su lado. Lo supo apenas entró al pabellón 5º.

—Pistola, el destino quiere que estemos juntos —gritó Franco, mientras se acercaba con dos de sus hermanos.

Frattini los abrazó con alivio. Sólo entonces reparó en que los hermanos Prieto también se acercaban para saludarlo, junto a

Villarino, al que hasta entonces sólo conocía de vista.

Aliviado, se sentó con ellos y les contó con lujo de detalles el motín de Santa Rosa.

Tras oír su relato, Villarino, al que todos trataban con una obediencia ciega que rayaba en admiración, lo miró diciendo:

—Estuviste bien, Pistola. Ese muchacho necesitaba una mano.

De pronto, Frattini volvía a estar a salvo. Lo sabía, y lo confirmaban las miradas temerosas del resto de los presos, que lo veían rodeado por los más renombrados delincuentes, los héroes, los macabros, en fin, lo más parecido que tenía a una familia.

De su propia familia no tenía noticias desde hacía más de un año. Cansadas de la requisa, sus hermanas habían dejado de visitarlo.

Al poco tiempo de haber regresado a Las Heras, Frattini, que no había sido destinado a ninguno de los talleres, recibió la visita del sargento.

—Frattini, vos vas a trabajar en el carrito, con dos más.

—Gracias —dijo Frattini, que en verdad estaba agradecido por recibir una tarea y dejar de pensar en su encierro.

El carrito era una de las tareas más valoradas del penal. Consistía en una especie de carretilla profunda en la que él y sus compañeros debían colocar toda la basura que encontraran en los pabellones. Pronto comprendió el valor que tenía esa tarea: a diferencia del resto de los talleres, donde los internos estaban encerrados, los encargados del carrito tenían libertad para moverse por todo el penal.

A la mañana siguiente, luego del cambio de guardia y el recuento de las seis, el celador comenzó con sus gritos de siempre:

—Panadería, carpintería, herrería… al trabajo. Y los carritos también.

Entonces Frattini se incorporó y comenzó a aprender sus nuevas tareas. No eran difíciles: debían recorrer los pabellones prestando atención a la basura que se acumulaba en los rincones, y en los cestos de las oficinas de los guardias. Si bien debía aguantar el olor nauseabundo de los desperdicios de sus compañeros, al menos podía manejarse con libertad, sin hacer mayores esfuerzos ni soportar el asedio de ningún encargado.

Se movían con ligereza, y les bastaban un par de horas para realizar todo el recorrido. Pronto, Frattini comenzó a entablar relación con los presos que tenían asignadas las tareas más importantes, como la cocina. Esas amistades prosperaron de tal manera que rápidamente Frattini empezó a transportar todo tipo de alimentos a espaldas de los guardias.

Un día, el cocinero le entregó un churrasco. En otro momento de su vida, Frattini hubiera sentido asco por ese trozo de carne macilenta, pero ahora las cosas eran distintas: cansados de comer guisos de fideos y arroz, un trozo de carne era poco menos que una fiesta para el Tano Franco, los Prieto y Villarino.

De modo que se colocó el churrasco entre el cinturón y sus caderas, bien oculto de la vista de los guardias. Se alejó de la cocina arrastrando el carrito, mientras sus dos compañeros se retrasaban para recoger la basura acumulada en el pasillo que conducía al pabellón 2º. Estaba a punto de cruzar la reja cuando el celador lo detuvo.

—¿Todo bien, Frattini?

—Sí —respondió él sin detenerse.

—Pará, no te apurés —dijo el celador, cruzándose en su camino.

Frattini comenzó a sudar mientras el celador lo requisaba con la vista.

—¿Qué traés ahí?

—Nada —dijo Frattini.

El celador arqueó las cejas.

—¿Nada? A ver… sacate los pantalones.

Frattini bufó, mientras se bajaba los pantalones y el churrasco se escurría entre sus piernas. Al ver la carne y el gesto incómodo de Frattini, el celador empezó a reírse a carcajadas. Frattini no pudo contener la sonrisa.

—¿Cómo te diste cuenta, hijo de puta? —dijo con curiosidad.

—Tenías la hebilla del cinto un poquito corrida… y vos siempre te vestís a la perfección —dijo el celador, riendo.

Frattini sacudió la cabeza, derrotado.

—Ahora hacemos una cosa: yo me quedo con el churrasco y vos te vas una semanita de vacaciones al calabozo —dijo el celador, que ya no reía.

Durante una semana Frattini permaneció confinado a la sombra. El único contacto que tenía con el exterior era el propio Villarino que, siempre atento a los gestos humanitarios, valoraba que Frattini se hubiera expuesto al castigo para que sus amigos pudieran comer un poco de carne. Cada mañana, Villarino se presentaba en el calabozo con una taza de café con leche y un trozo de pan para que Frattini tuviera un buen desayuno. Los demás castigados lo miraban con envidia, no tanto por el desayuno sino porque contara con el apoyo de semejante personaje que se movía por el penal como si fuera su propietario.

—Buen día, Pistola —decía Villarino luego de pasar los controles amparado en su apellido y el terror que despertaba en los guardias.

El domingo siguiente, Frattini esperó a Villarino durante dos horas. Al fin, cuando el sol escaló hasta la altura de las ventanas, supo que algo no marchaba bien. Quince minutos después, los altoparlantes del penal vomitaron la noticia como un loro asustado:

—Jorge Eduardo Villarino, Jorge Eduardo Villarino, Jorge Eduardo Villarino.

Tres veces.

Pero a Frattini le había bastado oírlo una sola vez para entender que Villarino se había fugado.

Un domingo, mientras los internos estaban en el comedor escuchando un partido en la radio, Frattini, que no tenía ánimos ni siquiera para levantarse, estaba acostado sobre su cama intentando dormir cuando notó que le faltaba el aire. Se sentó en la cama, abrió la boca todo lo que pudo, pero no encontró aire que respirar. Se llevó una mano al pecho. A su alrededor, las paredes comenzaron a moverse, como si la celda se encogiera. Intentó llamar al celador, pero no le salieron las palabras. Volvió a respirar hondo, pero lo que le llegó a los pulmones no fue oxígeno sino un humo viscoso cargado de espanto.

Sus gritos atrajeron la atención del pasarela.

—¿Qué pasa?

—Me muero —balbuceó Frattini.

—Celador —gritó el pasarela.

Pronto, frente a la celda de Frattini aparecieron dos guardias.

—Abrime la puerta que me ahogo.

Los guardias, que conocían demasiado a Frattini como para suponer que estaba fingiendo, se apuraron a llamar al médico del penal. Frattini sólo dejó gritar cuando el médico lo obligó a tragar una pastilla. Después, poco a poco, fue sintiendo que el aire volvía a animarlo mientras su cuerpo comenzaba a ceder a la somnolencia que le producía el remedio.

Al día siguiente, luego de doce horas de un sueño profundo, irreal, Frattini se presentó en el hospital de la cárcel. El médico lo sometió a todo tipo de pruebas físicas sin encontrar nada extraño.

—No sos el primero que miente para que lo traten mejor.

—Le juro que no estoy mintiendo.

—No tenés nada.

—Ayer casi me ahogo.

—Vos te querés escapar, o querés que te liberen por enfermedad.

—No. Me quedan cuatro meses, no voy a escaparme ahora.

El médico lo observó durante unos segundos. Frattini abrió la boca. Volvía a faltarle el aire. Se incorporó y se acercó a la ventana para tragar bocanadas de aire.

—¿Sabés lo que tenés? —dijo el médico, y Frattini se volvió para escucharlo—: psicosis carcelaria.

Aquello le sonaba a locura de preso, a desesperación acumulada.

—Voy a dar la orden de que te permitan estar con la puerta de la celda abierta y la luz encendida hasta que termines la condena.

—Gracias, doctor —dijo Frattini, sinceramente agradecido.

Pocos días después, mientras dormía en su celda, lo despertó la voz del celador. A Frattini le resultó extraño que no le gritara, y al notar que el tipo susurraba se incorporó de un salto, listo para defenderse. Sin embargo, no podía hacer nada:

—Vestite que salís a la calle.

—¿Amnistía? —preguntó Frattini, medio dormido.

—No, velorio.

Una hora más tarde, vestido con su antiguo traje de calle y custodiado por dos policías de civil, Frattini descendió del patrullero

que había estacionado sobre la calle Suárez. Antes de cruzar la puerta del conventillo, uno de los policías se acercó para quitarle las esposas.

—Entrá solo a tu casa. Hacé lo que tengas que hacer, tranquilo. Nosotros no te vamos a molestar.

—Gracias —dijo Frattini.

—Eso sí —dijo el otro agente—, si intentás escapar, te cagamos a tiros.

Frattini asintió.

Lentamente fue ingresando al conventillo. El patio estaba lleno de gente, vecinos que se alegraron de verlo y se acercaron para darle el pésame.

—Bien muerto está ese hijo de puta que te pegaba —dijo el Rengo, abrazándolo con todas sus fuerzas.

Sin embargo, Frattini no se sentía aliviado por la muerte de su padre. Al contrario. Se sentía culpable.

Subió los peldaños de la escalera con cierta extrañeza. ¿Cómo sería vivir sin temer los golpes o las crueldades de aquel monstruo que sólo se alimentaba a base de cerveza y cigarrillos rubios? Llamó a la puerta con tristeza, más que con miedo. Al verlo, sus hermanas se echaron a sus brazos.

—Se murió —dijo Estela.

—El hijo de puta se murió —dijo Francisca.

Frattini se apartó de ellas para acercarse a la cama donde su padre había agonizado durante una semana. Ahora tenía el rostro ablandado por el rictus plácido de la muerte. Al verlo allí tendido, indefenso, Frattini comprendió que ni todos los golpes ni todo el maltrato de su padre habían bastado para que él lo odiara.

Detrás suyo, sus hermanas permanecían en silencio.

Al fin, Francisca lo abrazó por detrás y apoyó su rostro sobre la espalda de su hermano. En voz baja, muy baja, le dijo:

—¿Sabés lo que me dijo antes de morirse? “El domingo voy a ir a visitar a Carlitos. Hace mucho que no lo veo.” ¿Puede ser tan hijo de puta?

Primero fue un gemido. Luego, un suspiro profundo. Y al fin, Frattini ya no pudo contener el llanto. Durante una hora lloró arrodillado frente al cadáver de su padre, mirando sus manos quietas,

al fin quietas, esperando, deseando que al menos revivieran para darle otra golpiza.

25

El día que fue liberado, salió del penal de Las Heras y se marchó sin mirar atrás. Había pasado demasiado tiempo encerrado como para perder siquiera un segundo en nostálgicas reflexiones. Mientras avanzaba por la avenida, creía notar la mirada inquisitiva de los otros, que lo observaban con algo que él creía se parecía a la desconfianza. Por su atuendo, por sus maneras delicadas, nadie podría haber asegurado que era un criminal. Y sin embargo Frattini se sentía amenazado.

Al verlo, su hermana Francisca guardó silencio.

—Te soltaron —dijo, abrazándolo.

—¿Me puedo quedar unos días? Sólo hasta que consiga plata para alquilarme una pieza —dijo Frattini, entrando a la que había sido su casa.

Su hermana lo miraba en silencio, y en sus ojos podía notar el lejano resplandor maternal de Mirtha. Francisca había crecido hasta convertirse en una mujer. Podía notarlo en sus ademanes seguros, pero sobre todo en la alianza barata que llevaba en su mano derecha.

—¿Te casaste? —le preguntó, sorprendido.

—Sí, Juan está trabajando. Es un buen muchacho. Me quiere y me cuida más que nadie.

Frattini sonrió, feliz porque su hermana hubiera encontrado un hombre que velara por ella. Mientras preparaba el mate, sin atreverse a mirarlo a los ojos, dijo:

—¿Vas a buscar trabajo? —y en su voz había algo de súplica.

—Sí —mintió Frattini.

—Sos un buen muchacho, Carlitos, tenés que cambiar —dijo Francisca, mirándolo a los ojos.

Su hermana no se equivocaba. Frattini tenía que cambiar. Pero no de vida, sino de compañero.

Al día siguiente, se dirigió a la esquina de Lavalle y Cerrito. Lentamente, comenzó a caminar en dirección al Bajo, con los ojos atentos a cualquier movimiento, pero sobre todo a los rostros que desfilaban por la calle. A la altura de Suipacha, reconoció a dos pistoleros que oteaban la calle con las manos en los bolsillos. Se acercó a ellos y les preguntó si habían visto a alguno de sus antiguos compañeros escruchantes. Los hombres le dijeron que Amada seguía yendo a La Churrasquita cada mediodía. Se despidió de los pistoleros y continuó su camino.

A medida que avanzaba, podía notar el movimiento silencioso de los pungas que rastrillaban el Centro, los cafishios que controlaban el ir y venir de sus putas desde las mesas de los bares, la mirada inquisitiva de los policías vestidos de civil, pero sobre todo el andar despreocupado de los peatones, que exhibían sus joyas que refulgían al sol.

Al llegar a Florida giró sobre sus talones y deshizo el camino hasta alcanzar nuevamente la 9 de Julio. El Obelisco seguía allí, impasible, alzándose sobre aquella ciudad de inmigrantes, ladrones y trabajadores. Lo contempló durante unos minutos, reconfortado por el ruido de la calle y el murmullo de la gente que pasaba a su alrededor.

Luego, bajó la vista y volvió a andar.

Al entrar, los mozos lo recibieron con la misma cordialidad de siempre. Preguntó por Amada, a quien Frattini sólo conocía de nombre. Uno de los mozos le señaló una mesa. Sentado a ella, un hombre se limpiaba los bigotes manchados de tuco con una servilleta. Frattini se acercó a él.

Al verlo, Amada se acomodó en la silla con inquietud.

—Tranquilo, no soy cana.

—¿Quién sos?

—Frattini.

—¿Frattini?

—Pistola. Soy amigo del Tano Franco, y de Martinelli.

Sólo entonces el rostro de Amada volvió a relajarse lo suficiente como para esbozar media sonrisa.

En apenas tres meses, todo volvió a la normalidad. Esa normalidad signada por las llaves, los bolsillos repletos de joyas y una colección de trajes y camisas que hubieran despertado la envidia de cualquier actor de Hollywood. Las cosas iban bien. Tan bien que, contra su costumbre, había tenido que buscar un escondite para guardar el efectivo y las joyas que decidía conservar o que no llegaba a gastar antes de recaudar nuevos botines.

Al anochecer, Frattini se afeitaba con cuidado, se bañaba, y volvía a vestirse con un traje limpio, una camisa impoluta, una corbata de seda y unos zapatos nuevos haciendo juego. Después salía a la noche con los bolsillos llenos de dinero, y se sentaba en la butaca de un cine o un teatro. Luego cenaba algo liviano en uno de los mejores restaurantes de Buenos Aires, y se marchaba a alguna *boîte* para bailar hasta que decidiera regresar a la pensión acompañado por alguna mujer hermosa.

Su vida había vuelto a ser perfecta.

Una noche, después de cenar decidió caminar un poco por el Centro. A esa hora, por Lavalle sólo se veían parejas que se besaban en los umbrales, criminales que caminaban por la sombra, tratando de ocultarse de los policías que debían controlar la ciudad. Aquella crudeza a Frattini lo llenaba de vida.

Al llegar a 25 de Mayo, se detuvo a mirar a los hombres que entraban y salían de los cabarets del Bajo. Así como detestaba las armas, Frattini también odiaba los cabarets. Él, que tenía llaves para robar sin violencia, también tenía encantos para seducir sin pagar. Pero aquella noche estaba aburrido, no quería regresar tan temprano a su cama, y tenía sed.

Entre los escaparates, reconoció el nombre del cabaret al que iba Amada. Frattini entró con la misma curiosidad con la que un niño visita por primera vez un zoológico. En la barra pidió una gaseosa, que

el camarero le sirvió con sorna. A su alrededor, hombres de ojos inyectados en sangre y labios húmedos bebían whisky y ginebra, y manoseaban a las chicas que sonreían con labios pintados de rojo.

—¿No era que no te gustaban las putas? —dijo alguien detrás suyo.

Al volverse, descubrió a Amada y a otros dos ladrones que conocía de La Churrasquita.

Frattini sonrió.

—No me gustan. Vine de visita. ¿Y vos?

—Yo de las putas me enamoro —dijo Amada.

—¿Y ustedes? ¿Vinieron a tirarles arroz a los novios? —les preguntó Frattini a los otros.

Ellos festejaron el chiste con una carcajada sonora. Al fin, se sentaron junto a Frattini y pidieron licor.

De reojo, Amada miraba la puerta de acceso a las pequeñas habitaciones donde ocurría aquello que los hombres iban a buscar. Parecía nervioso.

—¿Todo bien, Turco? —preguntó Frattini.

—Sí —dijo Amada, mirando su reloj—, estoy esperando que Stella termine de trabajar.

—Se pasa todas las noches acá, embobado con esa puta —dijo uno de los hombres.

El otro, al que los mozos de La Churrasquita llamaban Cacho, miraba a Frattini con cierta impaciencia, como si no se animara a decirle lo que estaba pensando. Sólo se decidió a hablar después de la segunda copa.

—Pistolita, estamos arruinados. ¿Tenés algo para hacer? Necesitamos plata.

Era poco más de la una de la mañana. Frattini estaba cansado. Pero de pronto sintió ese hormigueo que sólo le producían las llaves.

—Hay un tipo que es mayorista de artículos para el hogar, y tiene el negocio en Patricios y Suárez. El hijo de puta me cagó guita, y además me gana siempre al billar. Podemos ir a reventar el negocio —dijo Frattini, soltando un largo bostezo.

Los hombres intercambiaron miradas y al fin le sonrieron a Frattini, que estaba buscando algo en sus bolsillos. Retiró un pequeño llavero con tres llaves.

—Tengo solamente tres —dijo, enseñándoles las llaves—, así que traete la pico de loro, porque si yo no puedo la puerta la reventás vos.

Con alegría, Cacho le mostró los dientes manchados de tabaco. Era un especialista. Frattini lo sabía. Amada le había dicho que Cacho podía abrir cualquier puerta, cualquier caja fuerte, usando tan sólo la pico de loro.

—¿Vos qué hacés? —le preguntó Frattini a su compañero.

—Me quedo. La voy a esperar a Stella —dijo Amada, sin quitar la vista de la puerta interior del cabaret.

—Bueno, nos vemos mañana —dijo Frattini, incorporándose.

Salió a la calle seguido por los dos hombres.

En Alem, tomaron un taxi en dirección a La Boca.

El negocio era realmente enorme: un edificio de cinco pisos sobre un terreno de quince metros de frente que se extendía hasta el otro lado de la manzana. La única puerta de acceso era pequeña, y de metal.

Frattini retiró el llavero y, al observar las llaves, sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa, Pistola? —preguntó Cacho.

—Con esto no vamos a poder hacer nada. Tené lista la pico de loro —dijo Frattini, malhumorado.

Acostumbrado a trabajar con un llavero de cien llaves, el que tenía en la mano le parecía el de un principiante. Sin embargo decidió intentarlo. El desafío, a esas horas de la noche, lo llenó de excitación.

Con cuidado, introdujo una de las tres llaves en la cerradura. Podía sentir que Cacho y el otro contenían la respiración a sus espaldas. Con delicadeza, giró la muñeca sosteniendo la llave una, dos, tres veces, hasta que la puerta cedió. Satisfecho, Frattini se volvió para mirar a sus improvisados compañeros.

—Nos queda sólo una puerta —dijo

Entraron.

Cruzaron un pasillo oscuro y alcanzaron la segunda puerta. A través de los altos ventanales llegaba el reflejo tenue de una luz de la calle. A Frattini le bastaba con eso. Se sonó los nudillos, se secó las manos sudadas sobre el pantalón y contempló la puerta cerrada. Había dos cerraduras, una debajo de otra.

Como siempre, Frattini comenzó desde arriba hacia abajo. Con

cuidado, introdujo la misma llave con la que había abierto la puerta de calle. Cerró los ojos, para concentrarse tan sólo en los sonidos reveladores de la puerta. Hizo bailar la llave dentro del tambor hasta que creyó notar que encajaba en la cerradura. Al fin, sacudió la muñeca como un espástico y de pronto oyó el placentero tintineo metálico de la cerradura que cedía.

Sintió que alguien le palmeaba la espalda.

—Sos un genio, Pistolita —dijo Cacho.

—Silencio —dijo Frattini.

Necesitaba concentrarse. O, mejor dicho, quería disfrutar de aquello sin que nadie lo molestara.

Le quedaba la última cerradura. Pensó en cambiar de llave, pero no lo hizo. A esa altura, después de dos triunfos, apostó por conseguir el tercero y definitivo con la misma llave. Aquello era parte del juego.

Cuando la puerta se abrió, Frattini se limitó a sonreír. Había abierto las tres cerraduras con la misma llave. Había ganado. Otra vez, había ganado. Sus compañeros lo miraron con asombro, y festejaron el prodigio con una sonrisa y los ojos abiertos de par en par.

Frattini los condujo hacia el interior de la tienda en busca del botín, aunque, lo sabía, lo mejor ya había pasado.

—Enciendan un fósforo que no se ve nada.

Cacho se apuró a obedecerlo.

La llamarada del fósforo les reveló un largo mostrador y, al fondo, la caja registradora, que estaba abierta. Avanzaron mientras la luz del fósforo se extinguía y todo volvía a fundirse en negro. Con el segundo fósforo, descubrieron los treinta mil pesos que los esperaban dentro de la caja registradora. Frattini tomó el dinero.

—Salvamos la noche, Pistola —dijo Cacho, agradecido.

Pero Frattini no lo escuchó. A la luz del tercer fósforo había descubierto una larga llave de metal dentro de la caja registradora. Tomó la llave y, al girarse, el último resplandor del fósforo se reflejó en la enorme caja fuerte que estaba a sus espaldas.

—Vamos —dijo Cacho.

—No —dijo Frattini, señalando la caja.

Asombrado, Cacho ni siquiera se dio cuenta de que el fósforo le estaba quemando las yemas de los dedos. Lo arrojó al piso y encendió

otro, para iluminar a Frattini, que ya estaba junto a la caja fuerte con la llave en la mano.

—Recen para que sea esta llave —dijo, mientras introducía la llave.

Como siempre, San Pedro escuchó sus plegarias.

Dentro de la caja fuerte había dos cajas de cartón.

Frattini tomó la primera, y tuvo que redoblar la fuerza de sus manos para poder levantarla. Apoyó la pesada caja sobre el mostrador. Dentro, había más monedas de las que él había robado en sus años de falso sodero.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó.

—Las llevamos, ¿qué problema hay? —dijo Cacho, inquieto.

—¿Vamos? —preguntó el otro.

—Todavía no —dijo Frattini, mientras regresaba junto a la caja fuerte.

En la oscuridad, tomó la segunda caja de cartón y pidió que encendieran otro fósforo. Cuando la abrió, los tres se quedaron sin palabras. Nunca habían visto tanto dinero junto. Rápidamente, cerraron la caja fuerte y colocaron la llave dentro de la caja registradora. Vaciaron el interior de las cajas de cartón dentro de una bolsa de basura y salieron a la calle en busca de un taxi. No hablaban, los nervios apenas les permitían respirar.

A las tres de la mañana se detuvieron frente a un edificio del barrio de Congreso, en el cual el padre de Cacho trabajaba como portero. Entraron. Siguieron a Cacho escaleras abajo hasta el subsuelo donde su padre guardaba los enseres de limpieza. Sobre una mesa, vaciaron la bolsa con el botín.

Sólo entonces Frattini comprendió la magnitud de su éxito. En la mesa, diez fajos de cien mil pesos cada uno. Un millón en total. Su primer millón. Y todo gracias a una sola llave.

Sus compañeros lo abrazaron, felices.

Dividieron el botín entre los tres y quedaron en encontrarse al mediodía en La Churrasquita. Antes de marcharse, Frattini tomó la bolsa con las monedas y se la obsequió al padre de Cacho.

Al día siguiente, al entrar en La Churrasquita Frattini fue recibido con aplausos. Cacho y su compañero les estaban contando a todos con lujo de detalles lo que Pistola había hecho en la oscuridad, con tan

sólo una sola llave. Amada lo recibió con una sonrisa amarga.

—Yo espero que se terminen de coger a mi puta mientras vos te llenás de guita por ahí…

—Te dije que vinieras —dijo Frattini, animado.

—¿Qué vas a hacer con la guita? —preguntó Amada.

—Me voy a comprar un Cadillac. Rojo. Siempre quise tener un Cadillac rojo —dijo Frattini.

—Pero… ahora, ¿qué hacemos, Pistola? —preguntó Cacho.

Frattini yo lo había decidido. Cuando descubrieran el robo, toda la Federal saldría a rastrillar las calles en busca de los culpables. Lo mejor era desaparecer por unos días.

—Nos vamos a Córdoba —dijo Frattini.

—Sí, unas vacaciones para gastar la guita —dijo Cacho.

Frattini chasqueó la lengua, desencantado.

—No, Cacho. Nos vamos a laburar.

—Qué hijos de puta —dijo Amada.

—¿Venís, Turco? —preguntó Frattini—. Yo te invito todo.

—Le aviso a Stella y nos vamos —dijo Amada, agradecido, palmeando una rodilla de Frattini.

Ese mismo día llamaron a un amigo de Cacho que era taxista y le compraron su tiempo y su auto por dos semanas enteras. Y así, casi sin proponérselo, Frattini conoció las montañas.

26

Una mañana de septiembre de 1962, Frattini se vistió de punta en blanco y recogió la bolsa con regalos que estaba sobre la cama. Al salir lo recibió una brisa tibia, mezclada con el smog de los colectivos que pasaban. Lentamente, Frattini dejó atrás la puerta de la pensión y se detuvo en la vereda. Durante unos minutos se dedicó a observar el auto estacionado junto al cordón. Era rojo, con ribetes blancos. Era modelo 1954. Era un Cadillac, y era suyo.

Cuando logró despertar de aquella ensoñación, el auto seguía allí.

Frattini abrió la puerta, apoyó la bolsa sobre el asiento y, con cuidado, recogió la capota y la ajustó en la parte trasera del Cadillac. Luego, alzó la vista para contemplar la calle. La portera del edificio de enfrente estaba baldeando la vereda, como cada mañana. Y como cada mañana cruzaron una mirada lenta, llena de proposiciones que nunca serían pronunciadas. Frattini la saludó con un gesto imperceptible y encendió el motor.

La ciudad estaba en calma. Sin embargo, durante el viaje a La Boca, Frattini notó la presencia de decenas de policías en las calles. Los insultó en voz baja. A Frattini y Amada les costaba trabajar con tranquilidad sabiendo que las calles estaban repletas de agentes.

Al llegar, estacionó el Cadillac sobre la calle Suárez, justo delante del conventillo. Mientras bajaba, bolsa en mano, pudo sentir el rumor de los vecinos que lo miraban. El Rengo le gritó algo desde la esquina. Frattini le hizo señas para que se acercara.

—Hijo de puta, mirá el autazo que te compraste.

—Te traje un regalito, Rengo —dijo Frattini, abriendo la bolsa que tenía en sus manos.

La cara del Rengo se transformó al ver la afeitadora eléctrica.

—¿Te gusta? Así te afeitás y cambiás un poco la facha, que parecés un pordiosero —dijo Frattini.

—Gracias, Carlitos.

Feliz, Frattini repitió el gesto cinco veces antes de alcanzar la casa que ahora era de su hermana. Y aunque todos los vecinos sabían de dónde provenían los anillos, las corbatas, las radios y afeitadoras eléctricas que Frattini les regalaba, nadie lo cuestionó. El conventillo era así: se disfrutaba la bonanza de los amigos, y se los ayudaba en la desgracia sin cuestionamientos, sin acusaciones.

Después llamó a la puerta de su hermana, que lo recibió con la misma alegría de siempre. Sólo dejó de sonreír cuando Frattini le entregó la bolsa de los regalos. Desde hacía un tiempo había dejado de regalarles joyas, por miedo a implicarlas en caso de ser detenido. Por eso se conformaba con dejarles electrodomésticos pequeños, dinero y tapados de piel.

—Agarralo, dale una afeitadora a tu marido y vendé el resto. Vas a sacar unos buenos mangos. El tapado quedátelo vos. Es de zorro. Vale una fortuna.

—¿Por qué no lo guardás? Con todas las cosas que regalás podrías comprarte una casa, Carlitos.

—¿Para qué voy a ahorrar?

Una hora más tarde, Frattini volvió a subir al auto. Los chicos del conventillo, hijos de aquellos chicos con los que él había compartido la infancia, corrieron detrás de él gritando y aplaudiendo hasta que el Cadillac se perdió en el horizonte de casas bajas.

Al descender del auto, se detuvo a observar una mancha de excremento de paloma que mancillaba el capot. Con cuidado, retiró un pañuelo de seda, lo humedeció con saliva y limpió la mancha. Luego volvió a mirar el auto. Limpio y brillante. Acarició el metal con la yema de los dedos, como si sintiera nostalgia por separarse de él durante las horas de trabajo.

Al fin, le dio la espalda al Cadillac y comenzó a caminar en

dirección al Centro. En La Churrasquita se encontró con Amada. Frattini tenía entre ceja y ceja un edificio cercano a la Plaza de Mayo. Hacía semanas que lo observaba a la pasada, y maldecía al portero que nunca dormía la siesta.

—Probemos otra vez —dijo Frattini.

—El portero tiene insomnio —dijo Amada, bebiendo el último sorbo de café.

—Hoy tengo un buen pálpito —dijo Frattini.

Amada se encogió de hombros. Nunca se animaba a contradecirlo.

Se dirigieron a la Plaza de Mayo con la misma parsimonia de siempre. Podían estar nerviosos, asustados o exaltados, pero nunca, nunca lo demostraban en sus gestos ni en la forma de caminar. El traje de falso peatón debía ser perfecto. Bastaba con que un solo policía los detuviera y, al ver las llaves, los condenara al encierro. Por eso debían mostrarse seguros, hipócritas serenos, y caminar por la calle como si estuvieran yendo a misa.

Al ver la entrada del edificio vacía, Amada silbó de admiración.

—¿Tenés algún otro pálpito? Decime y vamos al Hipódromo.

Frattini festejó el chiste con una breve sonrisa, mientras introducía una llave en la cerradura de la puerta. El hall de entrada también estaba vacío. Tras años de insomnio, el portero al fin parecía haberse rendido al cansancio.

Subieron por las escaleras hasta el último piso y entraron en el único departamento que lo ocupaba.

Al abrir el cajón de la mesa de noche, Frattini descubrió una pistola automática. La tomó entre sus manos y se la acercó a los ojos.

—Colt. Police —leyó Frattini.

—Es yanqui. Debe valer una fortuna —dijo Amada, mirándola de cerca.

—La llevamos y la vendemos —dijo Frattini, mientras le quitaba las balas.

Con cuidado, se colocó el arma en la cintura, sujeta con el cinturón. Después siguieron recorriendo el departamento, demasiado grande, demasiado lujoso para ofrecerles tan sólo un par de gargantillas y dos alfileres de corbata de oro.

—Al menos podemos vender la pistola —dijo Frattini y dejó de

hablar al ver que Amada cerraba los ojos intentando descifrar el sonido que llegaba de la calle.

Era un zumbido, y se acercaba a ellos.

Entonces reconocieron el sonido del avión, y luego las explosiones los obligaron a tenderse en el suelo en busca de refugio.

—Se pudrió todo —dijo Amada.

Sin perder tiempo, volvieron a cerrar los cajones y salieron del departamento.

Al llegar a la calle, los recibió una columna de humo que se elevaba desde la plaza y se impregnaba en el aire del Centro. Cuando volvieron a oír el zumbido, alzaron los ojos al cielo para ver la formación de aviones que sobrevolaban Buenos Aires cargados con bombas explosivas.

Al llegar a la avenida Belgrano comenzaron a correr en dirección a la 9 de Julio. En la esquina de Defensa, justo delante de la Basílica de Nuestra Señora del Rosario, vieron a un policía de tránsito que contemplaba el cielo con un gesto de terror. Al ver pasar a los aviones, el agente se arrancó los cubremangas de color blanco que lo identificaban como tal, para no ser reconocido por los pilotos, y se echó a correr.

Por Belgrano bajaban autos policiales y carros militares a toda velocidad, en dirección a la Casa Rosada. Frattini no supo si se proponían atacar o defender al gobierno. Tampoco le importaba. Lo único que quería era seguir corriendo y escapar de allí.

Armado con una pistola sin balas, pero con los bolsillos llenos de joyas, se lanzó entre los automóviles seguido por Amada. Al llegar a la 9 de Julio pudieron ver la escena con mayor claridad. Los aviones se perseguían en el aire. Los policías escapaban. Los militares se enfrentaban entre ellos, disparando en medio de las calles convertidas en campo de batalla.

Asustados, se alejaron en dirección a Constitución.

La plaza estaba tomada por un regimiento de soldados que disparaban hacia el hotel, desde donde llegaban los disparos que hacían saltar las flores de la plaza, provocando una llovizna de tierra, hojas y pétalos que bañaba a los soldados parapetados detrás de los árboles. Las ventanas del hotel estallaban, y los cristales rotos

reflejaban el sol durante los segundos que demoraban en caer y estrellarse contra la vereda.

Con la mitad del cuerpo oculto tras un auto agujereado por las balas, Frattini intentó descubrir qué pasaba. Sólo entonces notó que los soldados de la plaza llevaban como distintivo un lazo de color azul. En las mangas de los otros, que disparaban desde las ventanas del hotel, vio lazos rojos.

—Salgamos de acá —gritó Amada.

—¿Qué?

Los estruendos de los disparos y el vuelo de los aviones aturdían.

Un grupo de hombres arrojó una silla contra los cristales de una tienda. En pocos segundos, el saqueo había comenzado.

En ese preciso momento oyeron la voz de alto.

Al girarse, Amada y Frattini descubrieron que estaban rodeados por un destacamento de policías que gritaban y los insultaban con energía, como si quisieran demostrarles que lo que sentían no era terror.

—Contra la pared.

Frattini y Amada se miraron. Amada señaló hacia un lado con el mentón, dispuesto a escaparse. Frattini sacudió la cabeza. Si salían corriendo, lo más probable era que fueran acribillados por la espalda. Lo más seguro era obedecer y esperar que la situación se tranquilizara.

Junto a los demás peatones que habían caído en la redada, Frattini y Amada alzaron los brazos y obedecieron. Los agentes los empujaron contra la pared. Ya conocían el resto de la maniobra. Separaron las piernas, alzaron las manos y apoyaron las palmas contra la pared, sin volver la vista para no despertar la furia de los agentes.

No serían más de veinte personas. Desde una punta de la pared, dos agentes comenzaron a cachear a los detenidos mientras los demás policías les apuntaban con las armas sin dejar de observar el tiroteo que dejaba cadáveres entre las flores destrozadas de la plaza.

Sólo entonces Frattini recordó que llevaba un arma en la cintura. El cacheo se acercaba. A sus espaldas, oyeron la detonación de una granada que hizo saltar de sus goznes las puertas del hotel. Los hombres que rodeaban a Frattini comenzaron a gritar de miedo. No exageraban: los disparos se multiplicaban, y algunas balas perdidas impactaban contra la vereda y la pared donde esperaban.

Al fin, tan asustado como el resto de la plaza, el oficial a cargo del operativo les ordenó a sus agentes que interrumpieran el cacheo.

Los pasos del oficial se precipitaron.

—Vos… vos… vos…

Al azar, los detenidos eran golpeados y conducidos a los camiones.

Con sorpresa, casi con emoción, Frattini vio por entre sus piernas que los zapatos del oficial pasaban junto a él sin detenerse. Además de Frattini y Amada, habían quedado unos cinco hombres tan bien vestidos como ellos. Entonces el oficial gritó:

—Corran lo más rápido que puedan.

Antes de que terminara de completar la frase, Amada, Frattini y la Colt corrían por Garay escapando de las balas.

Los enfrentamientos continuaron durante todo el día en distintas partes del país. Azules contra colorados. Pero eso a Frattini no le importaba. Para él, todos los milicos eran iguales. Lo importante era que se había salvado. Ahora necesitaba deshacerse del arma lo antes posible.

27

Cuando entró a la joyería, la empleada de José lo recibió con la misma mirada de siempre. Hacía menos de un mes que trabajaba para el reduce, y cada vez que Frattini iba a vender sus joyas ella lo miraba de aquella extraña manera. Se llamaba Marta, tenía una cabellera de largos mechones negros ensortijados y unos ojos negros que atravesaban la carne y los huesos.

Estaba atendiendo a una anciana que había ido a comprar un par de pendientes para su nieta. Mientras la mujer elegía entre decenas de joyas, la mayoría fabricadas con el oro que Frattini robaba cada día, Marta le hizo una seña cómica de aburrimiento. Frattini sonrió. Marta también. Y por primera vez Frattini reparó en la belleza de esa sonrisa.

Al fin, la mujer eligió un par de aros de plata, los pagó y se marchó rengueando por la calle Libertad.

—Hola, Marta —dijo Frattini, besando la mejilla de la mujer.

—Estamos solos. José salió —dijo ella, con un brillo divertido en los ojos.

—Al fin —dijo Frattini, doblando la apuesta.

En ese momento, la campana de la puerta tintineó para avisar que alguien entraba a la joyería. Frattini no volvió la vista, no podía despegar sus ojos de aquella morocha que lo provocaba.

—Pistola —oyó, y sólo entonces reparó en que Amada estaba al lado suyo.

—José no está —dijo Marta y, luego, con sorpresa, agregó—: ahí viene.

El reduce entró y se alegró de ver a Frattini y Amada. A esa altura, más que socios eran amigos. Quizá por eso los dos compañeros habían decidido consultarlo sobre un asunto tan importante.

—Vengan, muchachos… —dijo José, atravesando la joyería en dirección a la oficina del fondo.

Lo siguieron.

Cuando estuvieron solos, Amada miró a Frattini con nerviosismo.

—José, queremos pedirte un favor.

—Lo que necesites, Pistola.

—Queremos empezar a fundir los metales nosotros mismos.

—¿Y eso? —preguntó el reduce alzando las cejas y, ladeando la cabeza con desconfianza, agregó—: ¿no quieren laburar más conmigo?

—No, no es eso… —se apuró en responder Amada.

Frattini lo fulminó con la mirada. Después de tantos meses su compañero no había aprendido a reconocer el humor del reduce.

—Te está jodiendo, Turco —dijo Frattini. Después, mirando al reduce, continuó—: nos está yendo demasiado bien, y no queremos tener tantas joyas en casa. Si caemos, la cana las puede reconocer. Así que pensamos que podíamos ir fundiendo el oro y guardarlo en barras.

—Y, sí. Es lo mejor. La cana no te puede llevar por tener una barra de medio kilo de oro pero te pueden dar tres años por un par de aros robados —dijo José, mientras anotaba algo en un papel. Luego, extendiéndoselo a Frattini, agregó—: andá acá. Preguntá por Pascual y decile que vas de parte mía.

—Gracias, José —dijo Frattini.

Al volver al salón de la joyería, vio que Marta estaba sola. Entonces le dijo a Amada que lo esperara afuera. Esperó que saliera sin dejar de mirar a Marta. Al fin, cuando se quedaron solos, Frattini comenzó a hablar:

—¿Te puedo invitar a salir?

—Podés hacer todo lo que quieras —dijo Marta.

Por un segundo, Frattini sintió que las mejillas se le encendían. Bajó la mirada. Se maldijo en silencio. Al alzar la vista, vio que Marta le tendía un papel escrito con una letra de color rojo.

—Pasá a buscarme el sábado a las ocho.

Y el sábado Frattini se vistió con sus mejores ropas, se subió al

Cadillac y se dirigió al barrio de Mataderos.

Al ver a Marta enfundada en el vestido negro que dejaba al descubierto sus piernas torneadas y apenas si podía contener la exuberancia de sus caderas, Frattini quiso besarla. Pero no lo hizo por respeto a sus padres, que los habían acompañado hasta la calle y ahora estaban con la boca abierta frente al Cadillac rojo.

Con respeto, Frattini saludó a la pareja y luego se apuró a abrir la puerta del auto para que Marta subiera. Una hora más tarde estaban sentados en un restaurante del Centro, con las piernas entrelazadas bajo la mesa, incapaces de contener sus deseos. Pasaron la noche juntos, y por la mañana el Cadillac volvió a detenerse en aquella cuadra decrépita de Mataderos, mientras las viejas del barrio se dirigían a misa.

Sentados en medio de la pieza, inspeccionando como chicos aquellas nuevas herramientas que habían comprado, Frattini y Amada comenzaron a jugar a los alquimistas.

Con cuidado, depositaron varias joyas de oro sobre un recipiente de hierro y encendieron el soplete. La llama azulada comenzó a calentar el metal. Lentamente, las joyas se derritieron, soltando un perfume agrio, a medida que los metales blandos se evaporaban en el aire.

Más tarde, cuando en el recipiente sólo quedaba un líquido viscoso y dorado, lo vertieron dentro de la horma acanalada. En silencio, con los ojos fijos en aquellas cinco canaletas repletas de oro, esperaron que el metal se enfriara. Entonces giraron la horma y le dieron unos pequeños golpes: las cinco barras de oro se desprendieron del hierro y cayeron sobre la mesa con un sonido parecido al del vuelo de los ángeles.

Durante unos minutos, sin hablar, casi sin respirar, Frattini y Amada contemplaron extasiados el oro. Después se miraron, incapaces de contener la excitación.

Desde entonces, una vez por semana se juntaban a reducir el botín en la pensión de Frattini. A veces, cuando las joyas eran de mala calidad, el conserje golpeaba la puerta quejándose del mal olor. Entonces Frattini le deslizaba unos billetes y volvía al trabajo. De

haberlo querido, hubiese podido comprarse otro Cadillac. Pero la vida no era eso: para él, acumular era un signo de flaqueza, casi de desconfianza.

Por eso vivía como si el mundo fuera a acabarse al día siguiente. Marta lo había entendido rápidamente, y lejos de hacer planes para el futuro disfrutaba de salir a comer, al teatro y a los hoteles de lujo sin preocuparse por el mañana. Era extraño. Frattini nunca antes había estado con una mujer que supiera a qué se dedicaba. Pero ahora le gustaba entrar a la joyería de José cargado de barras de oro, tomar el dinero y marcharse con Marta del brazo sin que ella lo acusara de nada y luego encerrarse en un hotel, sabiendo que tenía dinero, un Cadillac y los favores de aquella mujer que parecía incansable en el sexo.

Al llegar el verano, Frattini le regaló un anillo de diamantes. Estaban sentados en el Cadillac, frente a la costanera. A lo lejos, los barcos se internaban en la noche oscura del Río de la Plata.

—Es hermoso —dijo Marta, probándose el anillo.

—Quiero que vayamos a Mar del Plata.

—¿En serio? —preguntó Marta, bajando el volumen de la radio.

—Sí. Y quiero que vengan tus viejos.

Marta se lanzó sobre él, dispuesta a mostrarle todo su agradecimiento.

Lejos de ser una estrategia, aquel viaje era lo que Frattini realmente necesitaba. Con el paso del tiempo, había llegado a congeniar con los padres de Marta. Incluso había fantaseado con que la relación acabaría por asentarse y ellos se alejarían del crimen y se convertirían en una verdadera familia. Lo único que debía hacer era seguir mintiéndoles a los padres de Marta. Que siguieran pensando lo que quisieran, que era abogado, director de empresa, cobrador de morosos. Para las confesiones quedaba mucho tiempo por delante.

En diciembre de 1962, Frattini, Marta y sus padres atravesaron la provincia de Buenos Aires en dirección a la costa subidos al Cadillac. Mar del Plata resplandecía. Era la primera vez que Frattini la veía con ojos de turista, y que en lugar de escudriñar edificios y carteras se dedicaba a contemplar tan sólo el mar azulado rompiendo contra la

playa. Alquilaron un par de habitaciones en un hotel carísimo que él pagó por adelantado. Cada vez que, en un restaurante o en un cine, el padre de Marta intentaba colaborar con algunos billetes, Frattini fingía un gesto de enfado, le devolvía el dinero y pagaba todo de su propia billetera.

La madre de Marta, al verlos caminar de la mano, pero sobre todo viendo el auto y la ropa de Frattini, les hablaba de matrimonio, hijos, un hogar. Ellos la oían con atención, pero cada uno a su manera. A Marta parecía excitarla todo eso, mientras que a Frattini le resultaba un augurio de salvación. Quizás esta mujer lo ayudara a cambiar de vida.

Un día, Marta le pidió que la acompañara a visitar a una amiga que estaba veraneando con sus padres. Tomados de la mano, caminaron por una calle peatonal y se detuvieron en un edificio que tenía la puerta abierta.

—Es acá —dijo Marta.

Frattini asintió, pensando que aquel edificio tal vez escondiera grandes botines que él no podría ni tocar. En realidad podría haberlo hecho, pero prefería pensar en otras cosas. Acostumbrado a correr y saltar por las escaleras, a Frattini le costó relajarse. Nervioso, vio que Marta se bajaba la falda y comenzaba a quitarle los pantalones.

Poco después, mientras él se acomodaba la ropa, Marta tocó timbre en un departamento del segundo piso.

Como una visión profética, la puerta se abrió para mostrarle el rostro de una mujer regordeta y, detrás suyo, un hombre en camiseta subido a una silla, escondiendo una bolsa dentro de un ventiluz.

Las amigas se abrazaron, mientras Frattini seguía con la vista los movimientos del tipo. Lo vio guardar la bolsa, bajarse con esfuerzo y quitar la silla del medio de la habitación. Luego se volvió hacia ellos diciendo:

—Martita, qué sorpresa.

La visita duró poco tiempo, pero fue muy productiva. Con preguntas aparentemente inofensivas, Frattini pudo conocer las costumbres de la familia, sus horarios, pero sobre todo su preferencia por visitar la playa de mañana. Demasiado fácil como para desechar la oportunidad.

Tres días más tarde, Frattini le dijo a Marta que debía visitar a un amigo de la infancia y se lanzó a las calles. Alcanzó el edificio y bendijo al portero que había desaparecido de la puerta. Subió los dos pisos por las escaleras con la boca llena de saliva, incapaz de contener la emoción. Tocó timbre. Nadie respondió.

Extrajo una llave de sus bolsillos y con tan sólo un movimiento de muñeca logró abrir la puerta del departamento.

28

En marzo de 1963, después de desvalijar el segundo departamento, Frattini decidió que ya había ganado suficiente dinero por el día.

—Me voy a casa —dijo.

Amada lo miró con fastidio.

—Si recién empezamos, Pistola…

—Estoy cansado. Quiero dormir —dijo Frattini, y se marchó.

Hacía unos meses que había comenzado a replantearse las cosas. Ahora se limitaba a robar sólo lo suficiente para mantener su nivel de vida. Su noviazgo con Marta era la relación más sólida que había logrado en sus treinta y dos años, y pensaba que podía ayudarlo a dejar atrás el crimen. Como parte de su parcial rehabilitación, el mes anterior había dejado la pensión para mudarse a la casa de su hermana Francisca. Su presencia quizá lo ayudaría a controlarse, a dejar de robar.

Los días en que no veía a Marta se le hacían eternos. Sobre todo desde que intentaba controlar su afición a las llaves. Aquella tarde, después de bañarse y cambiarse el traje impecable por otro, se sentó con el diario a escuchar la radio. Durante dos horas leyó y releyó los avisos de empleo. Primero con interés, luego con sorna, fue pasando las ofertas de empleos míseros que podía elegir para cambiar de vida.

Al anochecer, cuando su cuñado regresó del trabajo, Frattini ya no soportaba el encierro. Se despidió de su hermana y le dijo que se iba al cine. Francisca lo miró con desconfianza.

—Andá al cine… pero andá en serio.

Frattini la besó en la frente y salió a la calle, en busca de distracciones.

Al llegar junto al Cadillac, metió una mano en el bolsillo. Además de las llaves del auto, encontró un pequeño llavero con siete llaves. Ni siquiera recordaba cuándo las había puesto en ese lugar, ni tampoco si las había utilizado algún día. Durante unos segundos, contempló las llaves con indecisión. Después consultó la hora. Tenía tiempo de sobra antes de que comenzara la película.

Subido al Cadillac, dejó La Boca y alcanzó el Parque Lezama. Cuando se quiso dar cuenta, había bajado del auto y comenzaba a caminar por San Telmo. Caminó una, dos cuadras. Sus ojos se detenían en cada edificio, en cada ventana. No podía evitarlo. Al fin, metió la mano en un bolsillo, tomó el llavero y se dispuso a abrir la puerta de un edificio decorado con paneles de mármol.

La puerta se abrió con una facilidad alentadora. Entró al edificio y comenzó a subir las escaleras. Eligió una de las dos puertas del tercer piso, y la abrió. El departamento estaba vacío. Absorto en su propia ansiedad, Frattini encendió la luz para facilitarse el trabajo. Se dirigió al cuarto principal, abrió cajones y placares, y sonrió al encontrar una decena de alhajas. Apurado, se las guardó en los bolsillos.

Lentamente comenzó a deshacer sus pasos cuando, de pronto, oyó un ruido extraño que llegaba desde la calle. Hubiera preferido que fuera un avión, un bombardeo, y no aquella frenada de auto. Rápidamente salió del departamento y se lanzó a las escaleras. Con agilidad, bajó los primeros dos pisos. Estaba a punto de alcanzar la salida cuando dos sombras se cruzaron en su camino.

—Alto, policía —gritó una voz.

—Vivo acá —dijo Frattini.

—¿Y por qué no usás el ascensor? —dijo otra voz, mientras alguien lo empujaba contra la pared de la escalera.

—Quieto.

Frattini obedeció. Apoyó las manos en la pared y separó las piernas.

—¿Y todas estas llaves?

—Son de mi casa —dijo con la velocidad de un reflejo involuntario.

—¿Y las joyas?

Ya no respondió. No tenía nada más que decir.

—Los dueños del tercer piso están de viaje. Prendiste la luz y te entregaste. Te vio un vecino —dijo uno de los policías mientras le soltaba un golpe a la altura del riñón derecho.

Las piernas se le aflojaron, pero antes de que cayera al piso sintió otro golpe, esta vez en la mandíbula. El sabor de la sangre le dio náuseas, y vomitó sobre las escaleras.

—Parate, mierda.

Lo sujetaron del cabello y lo obligaron a levantarse. Con los ojos llenos de unas lágrimas que no estaba dispuesto a dejar correr, se incorporó en silencio.

La luz de la calle le permitió ver el rostro de sus captores. Uno usaba bigotes, el otro marcas de viruela. Con violencia, lo subieron a un auto civil y lo condujeron a una comisaría de La Boca.

Durante tres días soportó golpes e insultos. Al cuarto, lo torturaron con la picana. Al quinto día, ya había conseguido un trozo de hoja de afeitar que le había prestado otro detenido. Y así, cuando los agentes se disponían a electrocutarlo nuevamente, Frattini tomó la hoja de afeitar y, sin dudarlo, comenzó a cortarse los brazos. De pronto, estaba cubierto de sangre. Como un susurro lejano, mientras se desmayaba pudo oír los insultos de los policías, frustrados porque ya no podrían divertirse con la picana.

Al entrar a Devoto ya no le quedaban fuerzas para nada. Marta. El Cadillac. Lo había perdido todo. Más que el encierro y las torturas, la sensación de derrota era lo que le había quitado todas sus fuerzas, y sus palabras.

De haber sido nuevo, los demás reclusos se hubieran hecho un festín con ese preso derrotado. Sin embargo, atravesó la puerta enrejada del pabellón sabiendo que allí no tenía de qué preocuparse. Lo confirmó inmediatamente, cuando vio que se acercaba Villarino. Se saludaron con afecto, y recordaron los tiempos compartidos en el desaparecido penal de Las Heras.

Los días siguientes pasaron con una lentitud aterradora. Los primeros dos domingos de reclusión, Frattini observó con impaciencia al grupo de familiares que se acercaron para visitar a los detenidos.

Buscó con la vista, una y otra vez, pero el rostro de Marta nunca estaba entre los presentes. Al tercer domingo, la que se presentó en Devoto fue su hermana Francisca. Frattini apenas si pudo sostenerle la mirada.

—No fuiste al cine —dijo Francisca, mientras le entregaba una bolsa con yerba, azúcar y fideos.

Frattini ni siquiera pudo responderle con un chiste. Tan sólo dijo:

—Gracias.

Su hermana le provocaba los mismos remordimientos que Mirtha, con la salvedad de que Francisca se animaba a enfrentarlo, como antes había enfrentado a su padre. Su hermana era una gran mujer, y pensó que quizá esa grandeza lo ayudara a recuperar lo que más le importaba.

—Quiero pedirte un favor.

—No quiero saber nada de tus robos.

—No, otra cosa. Es por mi novia —dijo Frattini, y se detuvo al oír la palabra que él mismo había pronunciado. Luego continuó—: Marta. La conocés.

—Sí. ¿Qué pasa? —en los ojos de Francisca vio un brillo de misericordia, y eso lo animó a continuar.

—¿Le avisás que estoy adentro?

—Ya se lo debe imaginar, ¿no?

Su hermana volvió a mirarlo con dureza. Y, formando una sonrisa triste con sus labios finos, dijo:

—¿No te vino a ver?

Frattini no respondió.

—Le voy a avisar mañana, que tengo que ir al Centro a hacer un trámite.

—Gracias —dijo, tomando la mano de su hermana.

—Si fueras tan agradecido me escucharías más cuando te digo las cosas.

Francisca se marchó con una promesa que lo animó a sobrellevar la semana. Pero el domingo siguiente, Marta tampoco estaba entre las visitas. Sus esperanzas fueron mermando con el correr de las semanas, hasta que, dos meses más tarde, Francisca se presentó para confirmarle todos sus temores.

—La fui a ver a la puta esa —dijo, y en su tono no había tristeza, sólo furia.

—¿Y? ¿Cómo está?

—¿Cómo va a estar? Bien. Le dije si te iba a venir a ver…

Frattini guardó silencio.

—Ni me contestó. Casi la agarro de los pelos. Le dije "bien que te gustaba cuando mi hermano te llevaba a los mejores lugares, a Mar del Plata, y ahora que te necesita ni te acordás que está vivo". Pero es culpa tuya, Carlitos. Vos te las buscás putas.

Las palabras de su hermana eran duras, pero retrataban con exactitud lo que pasaba.

Ese día, cuando se despidieron, Frattini aceptó que había perdido todo. Antes de que cayera la noche, ya les había propuesto a dos celadores realizar retratos de sus hijos a cambio de una resma de papel y algunos lápices. Era lo único que sabía hacer para escaparle al encierro. Dibujar. Sólo así podría sobrevivir a una nueva condena.

Era extraño, pero cuando estaba en libertad ni se le ocurría dibujar aquellos rostros perfectos que todos valoraban en Devoto. Era como si aquello fuera una habilidad que sólo surgía en el encierro, entre esa violencia que se respiraba entre los presos.

El clima en Devoto era idéntico al que le había relatado Villarino. Esa extraña relación que unía a presos y guardias con sobornos, códigos y benevolencia se había roto para siempre. Al fin y al cabo, lo único que había hecho el motín del 62 había sido quitar caretas. Ahora se trataban como lo que eran: enemigos condenados a un encierro compartido. Así, seis meses después de su llegada, Frattini se enteró de un nuevo asesinato.

Esta vez le tocó al Loco Prieto. Lo encontraron una mañana calcinado en su celda. Las autoridades dijeron que se trató de un suicidio, pero en Devoto todos sabían que había sido una venganza de los guardias. Villarino lo repetía cada día. Los guardias no dejarían de amenazarlos hasta que el último sobreviviente del motín del 62 hubiera pasado a mejor vida.

Ese temor, y su incapacidad para soportar el encierro, llevaron a Villarino a planear otro de sus grandes escapes. Para eso, él, el Loco Grana y un tercer interno llamado Salinas sobornaron a uno de los

celadores del turno noche. El plan era tan sencillo como descabellado: se escaparían saltado de la claraboya del pabellón 4º. La noche acordada para el escape, Villarino, el Loco Grana y Salinas subieron a la claraboya ante la mirada atenta del celador sobornado. Allí, Villarino se cubrió las manos con retazos de tela y se sujetó de uno de los cables que colgaban junto a la pared. Con cuidado, amparado por la oscuridad de la noche, se deslizó por el cable hasta alcanzar la vereda, al otro lado de los muros que limitaban la prisión. Tras él fue Salinas, que también se había procurado pedazos de sábanas para protegerse las manos. Cuando ambos estuvieron libres, el Loco Grana se aferró al cable. Tan apurado como estaba por recobrar la libertad, ni siquiera había oído los consejos de Villarino. Al deslizarse por el cable con las manos desprotegidas se quemó por la fricción, las manos comenzaron a sangrarle de tal manera que ya no pudo sujetarse. Se quebró una pierna con la caída. Sus gritos de dolor atrajeron las luces de la patrulla que realizaba la ronda nocturna. Cuando lo encontraron, herido y derrotado, Villarino y Salinas ya se habían perdido por las calles de Devoto.

La partida de Villarino provocó la admiración de todos los internos, salvo de Frattini. Acostumbrado a las hazañas de su compañero, ahora sólo lamentaba su ausencia. Sin embargo, pronto Frattini fue conducido a Tribunales, donde recibió una condena de dos años y medio, de los cuales ya había pasado uno. El resto de la condena debería pasarla en otro sitio. Viedma. “El culo del mundo”, pensó Frattini, rodeado de guardias, mientras el tren lo conducía hacia el sur por entre montañas, desiertos y un cielo diáfano que cegaba la vista.

29

No le sorprendió que sus nuevos compañeros de encierro conocieran su historia de antemano. Pero no pudo evitar la sorpresa al descubrir que los celadores sabían que era aficionado al dibujo y, apenas al llegar, le encargaran varios retratos a cambio de una relación si no amable, al menos civilizada.

Pronto, sus dibujos fueron saliendo de la cárcel. Al cabo de unos meses, todos en Viedma sabían que en el penal había un recluso que hacía excelentes retratos a lápiz. Dedicado a su pasatiempo, Frattini se mantenía al margen de todos los conflictos que se producían entre los detenidos y las autoridades. Eso no hizo más que promocionar su imagen de hombre de códigos, dentro y fuera del penal. Y, sobre todo, pasar la condena sin involucrarse en motines o peleas que no le servían de nada.

A través del capellán de su pabellón, Frattini entabló una relación epistolar con un tal Isaack, dueño de una enorme cadena de supermercados dispuestos a lo largo y a lo ancho de toda la Argentina. Primero con temor, luego con confianza, Frattini le fue pidiendo materiales para continuar con sus dibujos. En agradecimiento, retrató a su esposa y a otros familiares utilizando como modelo las fotografías que el propio Isaack le envió a través del cura.

Era la primera vez que alguien que no fuera Francisca le daba una oportunidad para cambiar de vida. Tanto era así que, en 1966, poco antes de completar su último año de condena, Frattini volvió a escribirle para que lo ayudara a establecerse en Viedma con la

esperanza de que de esta manera pudiera cambiar de vida.

Isaack le respondió al día siguiente, y como siempre la carta llegó acompañada por una caja repleta de papeles, lápices, yerba y azúcar. Las palabras de su improvisado mecenas le provocaron alegría y desconfianza al mismo tiempo. Isaack prometía ayudarlo, pero Frattini se preguntaba por qué estaba dispuesto a hacerlo. No lo entendía. ¿Qué podía obtener Isaack como recompensa de ese buen trato que le ofrecía? Nada. Salvo dibujos.

El día de su liberación, un sábado exageradamente frío, Frattini descubrió otro de los cambios en la política carcelaria. Antes, los detenidos eran liberados a medianoche, en la oscuridad, para ocultarlos de la vista de los ciudadanos comunes. Pero ahora los soltaban a mediodía, como si quisieran que el sol los cegara para siempre.

Y el sol de Viedma era implacable. El viento barría la calle del penal como un rastrillo de hielo. Frattini cruzó el portón con las manos embutidas en los bolsillos de su saco. Miró la inmensidad de la Patagonia, que se abría ante sus ojos como un manto frío que se perdía en el horizonte, bajo un cielo diáfano, sin una sola nube.

Con las piernas entumecidas por el frío, Frattini pasó junto a un auto que estaba estacionado en la calle, justo delante del penal. Al verlo, el conductor bajó la ventanilla y habló soltando una nube de vapor que se alzó por el aire.

—¿Carlos Frattini?

Frattini le dedicó una mirada tan helada y desconcertante como Viedma.

—Soy Ramón, un amigo de Isaack, vine a buscarte. Vení.

—Gracias —dijo Frattini, asombrado.

La calidez del interior del auto le quitó el frío y le infundió algo de esperanza. Era la primera vez que alguien lo recibía al salir en libertad, y quien lo esperaba era un desconocido. Sin embargo, a Frattini le pareció una buena señal.

Lo confirmó cuando el auto se detuvo frente a las puertas de un pequeño edificio de tres pisos del centro de Viedma.

—Isaack te preparó un departamentito que tiene acá para que te quedes unos días —dijo el conductor, bajándose del auto.

Frattini lo siguió.

Entraron al edificio. Subieron las escaleras y se detuvieron frente a la puerta de un departamento del segundo piso. Cuando Ramón abrió y encendió la luz, Frattini descubrió una cama preparada, un par de cajas con comida, ropa nueva y un equipo de mate. Era más de lo que esperaba, más de lo que podía haber imaginado nunca. Emocionado, intentó agradecerle a Ramón pero éste sacudió la cabeza.

—A mí no me digas nada. Agradecéselo a Isaack.

—¿Cuándo lo puedo ver?

—Mañana a las ocho te pasamos a buscar para ir a pasear por Viedma.

Cuando Ramón se marchó, Frattini se tendió en la cama. Desde allí observó los objetos que lo rodeaban. Nunca había recibido tanto a cambio de tan poco.

Al día siguiente se despertó a la hora de la requisa. Desorientado, se incorporó de golpe. El pequeño departamento estaba iluminado con la tenue luz lechosa del alba.

Cuando Isaack llegó, Frattini ya se había bañado y afeitado, y apenas podía contener la ansiedad que le generaba el encuentro.

—Hola, Frattini. Soy Isaack —dijo su mecenas tendiéndole la mano.

Agradecido, Frattini se salteó la formalidad y lo estrechó en un abrazo.

—No sé qué hubiera hecho sin vos —dijo Frattini, aunque conocía bien la respuesta.

—¿Estás listo para una sorpresa?

Salieron a la calle y se subieron al auto cero kilómetro de Isaack: un Ford que les hubiera quitado el aliento a Zamudio y Peralta. Atravesaron Viedma y se detuvieron a las puertas del Hotel Comahue. Descendieron del auto, y Frattini siguió a Isaack en dirección a la galería que se ubicaba en la planta baja del hotel: un pequeño patio de baldosas rojas rodeado por ocho locales de venta de ropa, zapatos y comida. Isaack se detuvo frente a la puerta del único local que estaba desocupado. Retiró una llave y abrió la puerta.

Dentro, dijo:

—Te voy a dar todo lo necesario para que alquiles este local. Así

podés vivir y pintar acá. Además, entra mucha gente, y con mis contactos te voy a recomendar como retratista así podés tener un trabajo decente.

Frattini miraba las estanterías polvorientas y la mesa desvencijada sin poder aceptar que todo era real. De pronto, tenía la posibilidad de vivir dedicado al dibujo. Algo que ni siquiera había imaginado. Volvió a abrazar a Isaack deshaciéndose en agradecimientos y promesas de cambio.

La semana siguiente ya estaba establecido en el local de la galería. Isaack había cumplido su promesa: además de entregarle varias resmas de papel de dibujo, lápices y gomas, también le había enviado varios clientes que deseaban encargarle retratos de sus seres queridos.

Sin darse cuenta, al mes de haber sido liberado, Frattini vivía de lo que dibujaba. Le iba bien. Pintaba un retrato por día. Le alcanzaba para vivir con decencia, de eso no podía quejarse. Pero con Viedma le pasaba algo muy distinto. Acostumbrado a Buenos Aires, se sentía agobiado en aquel pueblo de poco más de quince mil habitantes. Al atardecer, cuando los ojos comenzaban a arderle de tanto dibujar, se cambiaba de ropa y salía en busca de distracciones que nunca encontraba. ¿Cómo podía divertirse en una ciudad que tenía tan sólo una confitería y un cine que se empecinaba en repetir siempre la misma película de Sandrini? Parecía que los ciudadanos de Viedma tuvieran que dormir la siesta por decreto municipal. Lo cierto es que después del almuerzo las calles estaban desiertas, las puertas y ventanas cerradas, y él quedaba siempre solo en la calle, sin nadie con quien hablar.

Tal vez por esa soledad, cada semana se acercaba al penal para conversar y llevarle algunas provisiones a su amigo Ramos, que todavía tenía pendientes varios meses de condena.

Poco después de que se cumpliera el cuarto mes, tuvo una visita inesperada. Era un tal Guzmán, un escruchante amigo de Ramos, que acababa de salir en libertad. Aquel encuentro a Frattini le quitó la modorra de los últimos meses que había pasado tras su máscara de decencia. Lo recibió con las puertas abiertas, le ofreció mate y galletitas, ansioso por conversar. Sin embargo, en los ojos de Guzmán no había alegría, sólo decepción.

—¿Todo bien, Pistola?

—Sí, acá, tranquilo —dijo Frattini, y no mentía.

—¿Cómo no vas a estar tranquilo si esto es una mierda? Es un pueblo, Pistola, vámonos al carajo, a laburar…

Frattini no respondió. Ni siquiera pudo sostenerle la mirada a Guzmán. Giró la cabeza y ocupó la vista en los retratos que estaban dispersos por el local. Una gorda cachetuda de cincuenta años, un viudo de setenta con el rostro surcado por una cicatriz, un niño caprichoso con el pelo revuelto… ¿Eso era su nueva vida? ¿Retratar gente insignificante que ni siquiera valía el trozo de mina de lápiz que gastaba?

—Dale, Pistola, vamos a laburar. Dejate de joder con estos dibujos. Vos estás para cosas grandes.

Irremediablemente, Frattini asintió.

—Está bien. Pero acá no robamos. Nos vamos de Viedma.

Al día siguiente, después de preparar la valija, se despidió de Guzmán y quedaron en encontrarse en la estación de trenes dos horas más tarde. Sólo entonces Frattini salió a la calle y caminó las cuadras que separaban la galería de la casa de Isaack. A medida que avanzaba, paso a paso, sentía que la mente se le nublaba por el remordimiento. Sin embargo, no pensaba volver atrás.

Isaack lo recibió con la misma calidez de siempre. Le ofreció café, le preguntó por sus dibujos.

—Me voy —dijo Frattini, de pronto.

—¿Te vas? ¿En serio te vas?

En la voz de Isaack se notaba todo su desencanto. Frattini bajó la mirada.

—Sí, gracias por todo.

—Pero… Frattini, ésta era tu oportunidad de vivir tranquilo…

Isaack lo escudriñó con la vista, esperando una reacción, pero se tuvo que conformar con un suspiro de abatimiento.

—Si preferís irte, andá. Acá siempre vas a tener las puertas abiertas.

¿Por qué no se enojaba? ¿Por qué no lo acusaba? Su generosidad sólo le provocaba más remordimientos.

—¿Cuándo te vas?

—El tren sale en un rato —dijo Frattini, mirando su reloj.

—Dale, te llevo.

Isaack, su mujer y sus hijos lo acompañaron hasta la estación, donde lo esperaba Guzmán. Al verlo llegar rodeado por esa comitiva de gente bien vestida, su nuevo compañero le dedicó una sonrisa burlona. Pero Frattini no estaba para chistes. Quería marcharse y retomar su antigua vida, pero eso ni significaba que fuera tan necio como para burlarse de quienes lo habían ayudado tanto.

Con tristeza, abrazó a Isaack y los suyos y se subió al tren que lo llevaría de regreso al pasado.

30

Al llegar a Buenos Aires, tuvo que empezar otra vez de cero. Nueva pensión, nuevo llavero, y un nuevo compañero que reemplazara a Guzmán, que prefería tomar el camino de las armas.

Esta vez prefirió buscar alojamiento en una casa de familia y no en una pensión, donde siempre se corría el riesgo de vivir entre ladrones, soplones y niños que gritaban. A través de sus contactos, llegó a una casa cercana a la Plaza Once, que era propiedad de una mujer de cincuenta y pico de años que lo recibió con una sonrisa que se resistía a pasar de moda. No hizo falta que Frattini pagara por adelantado: su aspecto convenció a la mujer de que sería un buen inquilino.

Solucionado el tema de la residencia, lo siguiente era encontrar un nuevo compañero. Sabía que por esa fecha, febrero de 1967, Luis Alberto Ramos estaría por salir otra vez en libertad. Gracias a uno de los mozos de La Churrasquita, supo que Ramos había llegado de Viedma y se había instalado en el Tigre. Se encontraron poco tiempo después, tomaron un café y decidieron empezar a trabajar juntos.

La sociedad con Ramos amplió los horizontes de Frattini. Ahora trabajaba en Capital de una a cuatro de la tarde, y cuando caía el sol se trasladaban a la Zona Norte que tan bien conocía Ramos. Pronto, Frattini supo que no se había equivocado. Departamentos por la tarde, chalets al anochecer. En poco menos de seis meses había recuperado la confianza y el dinero y había conseguido un vestuario tan amplio como nunca en su vida. Podía pasar dos semanas sin repetir ni una sola prenda. Incluso se había comprado un equipo de música que

pasaba discos. Con el tiempo, se había aficionado a las big bands americanas. Le gustaban las fotos de los discos en que aparecían todos aquellos hombres vestidos con el mismo traje, pero sobre todo disfrutaba con la vivacidad de su música. Glenn Miller, Louis Armstrong… Con sólo escucharlos sentía que el cuerpo se le llenaba de vitalidad.

Cada día se bañaba, se afeitaba y se vestía con la dedicación de un galán televisivo. La buena vida era eso. Eso y sentir las miradas soñadoras de las mujeres que cada día iban a jugar a las cartas con la casera y su hija. Al salir del cuarto, Frattini podía oír sus risotadas y sus cuchicheos, que siempre se acallaban con sus pasos. Cuando pasaba por el living en dirección a la puerta de calle, las chicas guardaban silencio, ellas le sonrían y lo despedían con miradas nerviosas. Con caballerosidad, él les deseaba los buenos días, sonreía sólo lo justo y necesario, y se marchaba a trabajar.

Un mediodía la casera lo detuvo.

—Carlos, una de las chicas me pregunta quién sos.

—¿Cuál? —preguntó Frattini.

—Maga, la morocha de ojos grises. Dice que siempre te ve bien empilchado. Dice que entrás con un traje y salís con otro. Se la pasa preguntando. Yo le dije que trabajás… —dijo la casera con un brillo de complicidad en los ojos.

En ese momento Frattini supo dos cosas: que podía confiar en su casera y que podía cosechar una nueva conquista amorosa. Sin perder tiempo, dijo:

—Entonces invíteme a jugar a las cartas con las chicas.

Esa misma noche, cuando regresó de desvalijar el último chalet del día, se encontró a la casera, su hija y cinco mujeres jóvenes y hermosas esperándolo sentadas a una mesa. Las miró a todas, pero sólo se detuvo unos segundos en Maga. Sus ojos grises parpadearon, llenos de vergüenza.

—¿Me esperan que me baño y vengo? —dijo Frattini.

—Claro —dijo la casera, mientras las demás sonreían.

Frattini entró a su habitación, dejó las joyas y el dinero que había ganado en el día y se lavó mientras Louis Armstrong quebraba el aire con el gemido lastimero de su trompeta. Después eligió un traje color

crema, una camisa haciendo juego, una corbata de seda y un broche de diamantes y platino. Al verlo regresar, una de las chicas lo miró a los ojos diciendo:

—Parece una estrella de cine.

—Gracias —respondió Frattini, sin perder de vista las mejillas ruborizadas de Maga. Se sentó a la mesa y, antes de que Lucy comenzara a repartir los naipes, apoyó las manos sobre el mantel diciendo—: Quiero que apostemos algo.

Las mujeres se miraron.

—Si alguna de ustedes pierde, paga la pizza para todos. Pero si pierdo yo, las invito a todas al cine.

Las mujeres sonrieron, pero sólo la sonrisa de Maga era perfecta.

Para entonces, Frattini había decidido dejarse ganar. Pero no hizo falta: en poco menos de una hora las chicas lo habían derrotado con una facilidad que lo avergonzaba.

—Señoritas, ¿vamos? —dijo, incorporándose de la silla.

Las chicas aplaudieron y gritaron de alegría con los ojos fijos en Frattini. La única que no gritó ni lo miró fue Maga, y ese detalle no hizo más que provocar el deseo de Frattini.

En Lavalle, la gente se volvía para mirarlos: un hombretón impecable, rodeado por cinco jovencitas hermosas. Entre risas, eligieron una película al azar y entraron a un cine. Las chicas no dejaban de mirarlo y sacarle temas de conversación. Maga guardaba silencio. Las demás gritaban e insultaban con una liviandad inquietante. Maga se movía con modales de princesa. Durante las dos horas que duró la película, Frattini intentó que se detuviera a mirarlo, pero sólo lograba que ella se ruborizara más y más.

Al fin, cuando salieron del cine las guió hasta la pizzería Los Inmortales. Allí les pagó la cena y algunas botellas de cerveza. Él, en cambio, pidió una gaseosa. Maga hizo lo mismo. Sólo entonces se miraron, con una complicidad efímera que duró un solo segundo. Los ojos de Maga eran grises o verdes, Frattini no podía determinarlo, pero sabía que eran hermosos. Tan hermosos como su cutis pálido, sus piernas torneadas, su caderas delicadas y unos senos pequeños que parecían agitarse con cada suspiro y sonrisa que Maga soltaba en silencio por debajo del coro de gritos y carcajadas de sus amigas. Esa

noche se despidieron sin cumplidos, sin promesas, sin tocarse.

Los días siguientes no pudo dejar de pensar en ella. Cada día que salía a trabajar, la hija de la casera y sus amigas le decían piropos que a veces lo excitaban y otras veces lo avergonzaban como si fuera un niño indefenso.

—Usted debe ser un Don Juan —decía una.

—¿Con cuántas mujeres se acuesta? —preguntaba otra.

—¿Quiere que le limpie la pieza? —decía otra, sonriendo para que él comprendiera la magnitud de su oferta.

De haberlo querido, podría haberse acostado con cualquiera. Menos con Maga: ella nunca lo elogiaba, nunca le decía nada fuera de tono.

Al mes siguiente, Frattini decidió hacer una fiesta. La excusa de su cumpleaños treinta y siete era perfecta para generar un encuentro con Maga. Frattini reservó una mesa para treinta personas en una cantina del barrio de Caballito e invitó a Ramos, su mujer y a otros compañeros de llaves.

La noche de la fiesta estrenó un traje italiano que había retirado del placard de un alto funcionario del Ministerio de Hacienda. Incluso le había robado un juego de gemelos de oro y brillantes que le hacían juego con el broche de la corbata. Cuando llegó a la cantina, lo rodeó un enjambre de chicas que apenas si sabían caminar sobre sus zapatos de tacos altos. En un rincón apartado, hermosa, callada y frágil, Maga le hizo una seña para que se acercara.

—Feliz cumpleaños —era la primera vez que le hablaba, y su voz era apenas un susurro lleno de vergüenza.

—Gracias —respondió Frattini, sorprendido por su propio nerviosismo.

Pero en ese momento una de las chicas lo tomó de la mano y lo alejó de Maga mientras comenzaba a sonar la música. Frattini comenzó a bailar, rodeado por sus invitados, que aplaudían la destreza con que guiaba a su compañera de baile. Cada vez que ella intentaba besarlo él la obligaba a dar otra vuelta más. Cuando terminó la canción, él le hizo una reverencia y comenzó a bailar con otra de las chicas. Dos horas más tarde, bailaba sobre una mesa, completamente entregado a la música y a su pareja ocasional: una bailarina

exuberante amiga de la hija de la casera. Desde abajo, Ramos y los demás escruchantes le sonreían con envidia sin que sus mujeres lo notaran. La bailarina lo rodeaba con los brazos y le hablaba al oído, sus invitados aplaudían… y sin embargo Frattini se bajó de la mesa y fue directamente hacia Maga.

—¿Bailás?

Ella asintió.

Al rodearla con sus brazos, creyó notar que se estremecía. Bailaron durante un buen rato. Cada vez que terminaba una canción, él intentaba sacar tema para conversar, pero ella se limitaba a bajar la vista y responder con susurros. Cuando por casualidad se rozaron las mejillas, ella se apartó de inmediato. Durante los segundos en que dejaron de bailar, Frattini sintió el vértigo de perderla. Era como una de esas muñecas de porcelana que al caerse se rompen en mil pedazos, y él sólo quería protegerla.

Poco a poco, los invitados se fueron marchando. Al fin, cuando sólo quedaban él, la casera y las chicas, se acercó a Maga y le ofreció acompañarla hasta la casa. Ella le agradeció el gesto con otra de sus sonrisas tímidas pero, mirándolo a los ojos, dijo:

—Las chicas quieren seguir bailando con vos. Pasala bien.

Y se fue.

Frattini se quedó paralizado frente a aquella criatura que se alejaba con la delicadeza de un ángel y la determinación de un verdugo.

31

La siguiente vez que se vieron, las demás chicas no estaban. No fue una casualidad. La había invitado a cenar a solas para poder conversar sin interrupciones, pero sobre todo sin los gritos groseros de sus amigas, que siempre acallaban su vocecita de pájaro, la única que Frattini quería escuchar.

Sentados en un restaurante lujoso del Centro, comenzaron a hablar de sus vidas. Fiel a su costumbre, Frattini le dijo que era cobrador de deudores morosos, y que por eso tenía tan buen pasar. Ella le dedicó media sonrisa.

—¿No me creés? —dijo Frattini, siempre alerta.

—Sí, te creo —dijo ella. Y luego, sin poder ocultar su vergüenza, continuó—: Yo nunca salgo con ningún chico. No soy como las chicas…

—Ya lo sé, por eso estamos acá. ¿Y por qué saliste conmigo?

—No sé, siempre te miro… sos atento, simpático, te vestís como un rey… Mis amigas se quieren acostar con vos, pero vos me invitaste a salir a mí.

La niñez de Maga había terminado en el mismo instante que murió su madre. Entonces, ella había dejado la escuela primaria para cuidar de su padre y de sus hermanas menores.

—Ahora, además de llevar mi casa también trabajo en una peluquería. No me molesta hacer todo eso, pero a veces extraño a mi mamá.

Maga dejó de hablar, conmovida por su propio relato. Para

entonces Frattini estaba dispuesto a asesinar a cualquiera que se animara a lastimarla. La tomó de la mano mientras ella, con la otra mano, intentaba contener las lágrimas. Por un momento sintió ganas de contarle cada una de sus desgracias, pero no lo hizo. No quería asustarla, tan sólo quería estar con ella, cuidarla. Esa noche se despidieron con la certeza de que volverían a verse pronto.

Desde aquel día, cada vez que abría un cajón ajeno y descubría una joya hermosa, Frattini sólo pensaba en regalársela a ella. Lo primero que le regaló fue un reloj de oro. Al verlo, Maga parpadeó, como si la joya la hubiera encandilado.

—Es hermoso —dijo.

Y

—Es hermoso —repitió una semana más tarde, cuando Frattini le cambió el reloj de oro por otro de platino y brillantes.

El día que fue a la peluquería para entregarle una pequeña caja forrada de terciopelo y descubrió la gargantilla de diamantes que guardaba, ella se echó a reír.

—Estás loco —dijo.

—Vos me volvés loco —dijo Frattini.

—Pero… ¿de dónde lo sacaste?

—Soy cobrador de morosos. Ya te dije. Me quedo con la mercadería de los que no me pagan.

Con temor, Frattini esperó que Maga lo sometiera a un interrogatorio. Sin embargo a ella le bastaba con su palabra. Lo besó en la mejilla, con una delicadeza y una inocencia que lo conmovieron. Maga era tan transparente que nunca hubiera imaginado siquiera la más leve de sus mentiras. Y Frattini no estaba dispuesto a perderla: con el correr de los meses, aquella muchacha le había despertado algo que ni él se sentía capaz de experimentar. La deseaba, pero por sobre todas las cosas, la necesitaba. Su sonrisa, su confianza, la ternura que le inspiraban sus ojos tristes…

Por entonces, un contacto de Ramos les dio una dirección para que realizaran un hecho.

—Es la casa de la viuda de un escritor famoso —dijo Ramos.

—¿Desde cuándo los escritores tienen plata? —preguntó Frattini,

siempre desconfiado.

—Éste la heredó de su familia. Me dijeron que en la casa hay oro, plata, billetes… y unos tapados de piel que valen fortunas.

Durante un segundo, Frattini se imaginó a Maga cubierta de finas pieles. Entonces dijo:

—Hagámoslo.

Esa misma tarde, en la pensión donde vivía Ramos, él y Frattini buscaron el apellido de la viuda en la guía telefónica.

—Hola, sí, queremos hacerle una entrevista. Somos periodistas de Radio Mitre —dijo Ramos al teléfono, con una voz suave y mentirosa. Frattini lo vio sonreír, y al fin Ramos dijo—: No es ningún problema. El domingo estaremos ahí.

Y al domingo siguiente, temprano en la mañana, Frattini tocó el timbre de la viuda y dijo que era el periodista que quería entrevistarla. Cuando la anciana abrió la puerta, emperifollada de joyas y un vestido ajustado que parecía plegar aun más su gastada piel rugosa, Ramos dijo:

—Métase adentro, señora. Es un asalto.

Con delicadeza, guiaron a la mujer hacia el interior del departamento y, sin tocarla, le pidieron que se quedara sentada en el enorme sillón de un living enorme. Mientras Ramos la controlaba, Frattini comenzó a abrir puertas y cajones. En ese momento, desde el cuarto principal oyó que alguien tocaba timbre. Por pedido de Ramos, la anciana se incorporó y le abrió la puerta al amigo que había ido hasta allí para presenciar la falsa entrevista.

—Bienvenido —dijo Ramos, divertido—. Venga, siéntese con la señora en el sillón un momentito que nosotros ya nos vamos.

Para entonces Frattini ya había dado con un largo tapado de visón que debía valer miles de dólares. Sin embargo, las joyas no estaban por ninguna parte. Revolvió cajones, placares, hasta una caja fuerte, sin encontrar nada.

—El dato era una basura —gritó Frattini, furioso con su compañero.

Estaba a punto de ordenarle que se marcharan cuando vio la puerta del baño. Entró para lavarse las manos, y por curiosidad se detuvo a mirar las bolsas de tinturas y ruleros que la anciana guardaba dentro

de una fina caja de madera lustrada. Retiró los ruleros y debajo, brillante, revelador, divisó el resplandor de un pequeño alhajero de metal. Al abrirlo, supo que el hecho estaba justificado.

—Vamos —dijo a su compañero, al llegar al living. Mientras guardaba el alhajero y el tapado dentro de una bolsa, les dijo a los ancianos—: Ahora se quedan tranquilos acá, y nosotros nos vamos sin que pase nada.

Al día siguiente, él y Ramos le llevaron el tapado de visón a un sastre amigo y le pidieron que lo utilizara para fabricar dos estolas y dos gorros altos, como los que utilizaban los rusos. Cuando, una semana más tarde, las prendas estuvieron terminadas, Ramos tomó una de las estolas y uno de los gorros y se los llevó a su mujer. Frattini, en cambio, envolvió todo para regalo y se presentó en casa de Maga.

Hacía cuatro meses que salían. Se habían besado, se habían enamorado, pero Frattini la había respetado como a ninguna. Para él, Maga era una puerta que no quería forzar. Tal vez por eso, aquel día, después de entregarle el regalo y verla desfilar por su casa tocada con la estola y el gorro de visón, Frattini dijo:

—Ya estoy grande, Maga. Tengo treinta y siete años, y no quiero perder tiempo noviando como un muchachito. ¿Te querés casar conmigo?

A Maga se le encendieron los ojos.

—Claro que sí… —dijo, regalándole la sonrisa más tímida y más bella de todas.

Aquella decisión lo enfrentó con algo que nunca le había preocupado hasta entonces: su identidad. Meses atrás, él y Ramos habían sido detenidos durante unas horas en una comisaría de San Isidro. Los policías los habían descubierto tratando de abrir la puerta de un chalet y les habían quitado los documentos por averiguación de antecedentes. Dentro de la comisaría, Ramos, que conocía todos los chalets pero también a todos los agentes de la Zona Norte, se las había ingeniado para sobornar a un policía y se habían escapado por una puerta trasera sin perder tiempo en recuperar sus documentos de identidad. Desde entonces, Frattini se había movido con uno falso: ahora se llamaba Antonio Raúl López, aunque sus amigos seguían

llamándolo Pistola. Durante un tiempo eso le había importado poco y nada, pero ahora le resultaba un escollo para casarse legalmente. Debía resolver aquella situación lo antes posible, y Ramos parecía tener la solución.

—Los padres de un amigo son porteros de un registro civil de San Fernando. Andá y deciles tu verdadero nombre, que ellos hablan con la jefa y te casan sin documentos ni nada.

Ese mismo día, Frattini se comunicó con los padres del amigo de Ramos, que prometieron ayudarlo. Al día siguiente, recibió un llamado de la pareja: habían hablado con una jueza, debía presentarse el 4 de diciembre para comenzar los trámites de casamiento.

Cuando llegó el día, Frattini supo que debía impresionar a la jueza si quería conseguir lo que estaba buscando. Hacía un calor insoportable, y Frattini eligió un traje blanco de hilo, una camisa celeste, una corbata blanca de seda italiana y un par de zapatos de color beige. La imagen que le devolvió el espejo era mejor de la que esperaba: un dandy pulcro y enamorado.

El viaje en tren hasta San Fernando le resultó tan agradable como el futuro que Maga insinuaba. El sol rebotaba en los techos de las casas, los árboles ondeaban sus copas cargadas de verdor, anunciando el verano. Observaba todo con una emoción sincera, ilusionada. Nunca en su vida se había preocupado por cuestiones legales, pero por primera vez quería hacer lo correcto.

Cuando el tren se detuvo en la estación de San Fernando, Frattini se abrió paso entre los pasajeros y descendió al andén. Cruzó la plaza caminando lentamente, como si quisiera aplazar aquel momento tan esperado. ¿Era cierto que se iba a casar? ¿Era eso estar enamorado?

En la plaza reparó en un hombre que fumaba apoyado contra un árbol. Se cruzaron las miradas. Frattini estaba tan feliz que incluso le deseó buenos días. En el registro civil, pidió hablar con la jueza, que lo atendió de inmediato. Le explicó su problema, le rogó ayuda. La mujer, seducida por su apariencia y por el dinero que Frattini le ofrecía, le dio fecha de casamiento para tres días más tarde. Frattini estaba sorprendido: era la primera vez que un juez se decidía a ayudarlo.

Al salir a la calle, tuvo la sensación de haber cambiado por

completo. Tenía novia, tenía dinero, y pronto podría tener una familia propia. El hombre al que había saludado al llegar continuaba fumando junto al árbol. Mientras cruzaba la plaza, Frattini decidió que le regalaría a Maga una gran fiesta de casamiento.

Pero entonces oyó un rechinar de neumáticos. Un auto se detuvo en medio de la calle y dos hombres vestidos con trajes impecables bajaron y se lanzaron sobre él.

—Frattini, estás en cana —dijo uno mientras le sujetaba un brazo y se lo retorcía como un trapo de piso.

—Vine a pedir turno para casarme —gritó Frattini.

—No, viniste a levantar guita —dijo el otro, mientras le sujetaba el cabello de tal forma que a Frattini las lágrimas le saltaron de los ojos.

Desesperado, comenzó a gritar.

—Me secuestran, auxilio…

Una mujer que pasaba por allí se detuvo a observarlos. A la distancia, la escena bien parecía un secuestro: dos hombres arrastrando a un tercero por la calle, tratando de meterlo en un auto.

—Déjenlo —gritó la mujer.

Frattini supo que era su única esperanza.

—Llame al abogado Gutiérrez —le gritó a la mujer, sin pensar en lo que hacía—, dígale que me secuestraron.

Pendientes de la mujer, los policías se descuidaron y Frattini logró liberar uno de sus brazos. Estaba a punto de escaparse cuando vio que el hombre que fumaba junto al árbol cruzaba la plaza para acercarse a ellos. Sin decir nada, le lanzó un golpe en el estómago. Cuando Frattini cayó de rodillas, doblado por el dolor, el tipo le apoyó un pie embarrado sobre el saco blanco y lo obligó a tenderse en medio de la calle.

Mientras los otros dos volvían a levantarlo y lo empujaban hacia el interior del auto, el tercero encendió otro cigarrillo. Antes de que el auto arrancara, pudo ver que la mujer anotaba algo en un papel.

—Llame al abogado Gutiérrez. Dígale que me secuestran. Soy Frattini.

Entonces, un puño voló desde el asiento delantero y le selló la boca con sangre. Durante todo el viaje, Frattini no pudo dejar de pensar en Maga. ¿Qué diría si se enteraba?

Minutos más tarde, el auto se detuvo frente a una casa. Los policías lo obligaron a bajar. Uno de ellos llamó a la puerta, que se abrió para enseñarle al policía más gordo y lascivo que había visto en su vida.

—Entrá, sorete, que vas a cantar hasta que te quedes mudo.

Lo empujaron dentro. La casa estaba vacía, sin un mueble, sin un objeto. Lo guiaron hasta uno de los cuartos, que tenía las ventanas tapiadas con madera. En el centro, el elástico de una cama sin colchón. Frattini comenzó a gritar.

—Desvestite, sorete.

El gordo lo inmovilizó con aquellos brazos que parecían cuellos de toro, los otros dos le quitaron la ropa. Lo empujaron y le ataron los miembros a los cuatro costados de la cama.

—Ahora empieza el show —dijo el gordo, escupiéndolo en el rostro.

Durante horas lo sometieron a la picana. Cada vez que le apoyaban los cables sobre los genitales, los labios y los brazos, la descarga elevaba su cuerpo por sobre el elástico de la cama, tensando sus miembros como si fueran de hilo.

Cuando se desmayó, el gordo le echó un balde de agua fría sobre el cuerpo maltratado.

—¿Qué quieren? —dijo, con un hilo de voz.

—Sabemos que te robaste el tapado de chinchilla de Pinky.

—¿De quién? —preguntó Frattini, incrédulo.

—De Pinky, no te hagas el pelotudo. La actriz. Vos se lo robaste.

—No, están locos. Me caso pasado mañana. Yo no le robé nada a Pinky —dijo, y dejó de hablar al ver que el gordo volvía a acercarse con la picana.

En algún momento que él no podía precisar, los policías se aburrieron de torturarlo sin que pudieran obtener ninguna confesión. Lo cierto es que, cuando despertó, estaba tendido en el suelo de la casa y el gordo le gritaba que se vistiera. Con los músculos rígidos por las descargas eléctricas, se movió lentamente y comenzó a vestirse con lo que quedaba de su traje blanco.

Lo empujaron hasta la puerta de calle y lo subieron a un auto. Minutos después, entraba en una comisaría y lo conducían a uno de los calabozos. Para entonces ya había recuperado algo de sus

movimientos, y toda su conciencia. Maga. Comenzó a caminar por el estrecho calabozo persiguiendo una sola idea: recuperar la libertad, reencontrarse con ella. Pronto lo invadió un cansancio infinito. Estaba harto de todo: de la policía, de sus fracasos, de vivir al margen de cualquier felicidad.

Pero entonces descubrió a Gutiérrez al otro lado de los barrotes conversando con un oficial. Al ver al abogado amigo del reduce, Frattini volvió a vivir.

—Sacame, Gutiérrez. Me caso pasado mañana —gritó desde el calabozo.

Gutiérrez le hizo una seña que intentaba ser tranquilizadora, pero que a Frattini sólo le provocó más ansiedad. Al fin, el oficial se alejó y el abogado se acercó a la celda.

—¿Qué pasó, Pistola? Me llamó una mina diciendo que te secuestraban…

—Me detuvieron por algo que no hice y me caso en dos días. Me tenés que sacar de acá. Mi novia no sabe nada. Salvame.

—Tranquilizate. Ahora vuelvo.

Gutiérrez se alejó y desapareció durante poco más de una hora. Cuando regresó, su rostro mostraba toda la gravedad del asunto.

—Estás jodido, tenías un documento falso.

—Por favor, sacame, andá a casa, llevate todo lo que encuentres y pagá lo que haga falta…

—Tranquilizate, Carlos…

—Sacame, por favor… —gimió Frattini, desesperado, al borde de las lágrimas.

Gutiérrez volvió a marcharse.

Después se acercó un agente, abrió el calabozo y lo llevó hasta la oficina del comisario.

—Mirá, grandísimo hijo de puta —dijo el comisario señalándolo con un dedo grueso y rugoso—, ahora te vas a ir porque te sacó Gutiérrez, pero la próxima vez que caigas acá no volvés ni a tu casa ni a la prisión. ¿Me entendiste? Ahora andate.

Asustado, Frattini se incorporó y comenzó a alejarse sin darle la espalda, como si esperara que el tipo le disparara ahí mismo. Sabía que aquellas amenazas siempre se cumplían, y ahora, en la puerta de

la comisaría, al ver a los dos agentes que lo habían detenido en la estación, pensó que había llegado su hora. Uno de los tipos le apuntó con un dedo y una sonrisa imperfecta. Frattini deshizo sus pasos y volvió a presentarse en la oficina del comisario.

—Dígale a esos dos que se vayan, me van a matar.

El comisario sonrió.

—Hoy no. Así que andá tranquilo.

Antes de salir, Frattini buscó con la vista el Torino blanco de Gutiérrez. Tenía que caminar tan sólo cincuenta metros. Se obligó a salir, a caminar sin volver la vista, sin dejar de sentir la mirada de los canas como un soplido en la nuca. Cuando estuvo sentado junto a Gutiérrez, le gritó que arrancara.

Al llegar a la casa en la que vivía, se demoró unos minutos en la puerta. Temía que Maga estuviera esperándolo allí. ¿Qué diría al verlo en ese estado, sucio, con cicatrices? Pero Maga no estaba. Rápidamente se bañó y se cambió de ropa. Esa misma tarde se presentó en la peluquería. Quizá Maga estuviera preocupada por su ausencia. Sin embargo, al verla supo que más que preocupada estaba furiosa.

—¿Te pasó algo? —le preguntó.

—No, nada… me peleé con tu hermana Francisca —contestó Maga.

—¿Por qué? —preguntó Frattini, alarmado.

—Cosas de mujeres. ¿Y vos? ¿Por qué estás así?

—Me robaron.

Se despidió de ella con la excusa de que debía continuar con los preparativos de la boda, pero se dirigió a casa de su hermana.

—¿Qué pasó con Maga?

—Está enamorada —contestó Francisca, sosteniéndole la mirada.

—No entiendo.

—Mirá Carlos, Maga es una chica buena. Cuando desapareciste, me imaginé que te habían metido en cana. Así que fui a la casa de Maga y le dije “Mirá, mi hermano es un pan de Dios. Pero es chorro. Estás a tiempo de salvarte”.

Frattini bajó la mirada. Su hermana lo había traicionado, pero no podía culparla.

—¿Y qué te dijo?

—Nada. Me pegó un cachetazo y me echó a los gritos diciendo que era una mentirosa. Yo le avisé. Que después no se queje.

—No se va a quejar —dijo Frattini, aunque ni él mismo podía asegurarlo. Tal vez por eso agregó—: Me compré una casa. Esta vez va en serio.

Su hermana bajó los ojos con tristeza.

—Vos no cambiás más, Carlos.

32

Dos días más tarde, vestido con smoking, con los zapatos perfectamente lustrados, el cabello bien peinado y las cicatrices disimuladas con el maquillaje de su casera, Frattini esperaba en el altar de una iglesia de la calle Mitre la llegada de su prometida. Desde allí podía ver a sus hermanas con sus maridos, a Ramos, su esposa y una decena de ladrones vestidos de fiesta, y al resto de los invitados a la boda.

De pronto, las puertas de la iglesia se abrieron de par en par para dejarle paso a ese ángel vestido de blanco que parecía deslizarse por la alfombra descolorida. Tomada del brazo de su padre, que sonreía con orgullo, Maga avanzaba hacia a él como una promesa de un futuro mejor. Cuando se detuvo a su lado, le dijo que era hermosa. Ella sonrió por debajo del tul que le ocultaba el rostro.

La ceremonia acabó antes de que Frattini pudiera quitarle los ojos de encima a la que había sido su prometida y ahora se había convertido en su esposa. Cuando el sacerdote se lo indicó, él le alzó el tul para descubrirle el rostro. Se miraron durante un segundo y después se besaron ensordecidos por los aplausos de sus invitados.

Lentamente, comenzaron a alejarse del altar, devolviendo sonrisas hasta alcanzar la puerta. Allí, la lluvia de arroz a Frattini le recordó las bodas del cine. Y como los actores, él se apuró a abrir la puerta de uno de los cuatro Cadillacs que había alquilado para que los llevaran a ellos y también a sus familiares más cercanos a la fiesta.

Terminaba 1968. La noche era cálida; el cielo, un cofre oscuro

donde brillaba tan sólo una moneda de plata. Durante el viaje, Maga y Frattini no dejaron de acariciarse ni un solo momento. Al llegar al salón, los recibió otra sinfonía de aplausos. Frattini estaba orgulloso: de su mujer, de los Cadillacs, de la casa que había comprado. Pero sobre todo estaba orgulloso de haber logrado poner la piedra fundacional de esa familia que no había tenido nunca.

Se pasó la noche bailando, brindando con agua sin dejar de contemplar la felicidad de Maga. Poco antes del amanecer, la tomó de la mano y le dijo:

—Vamos a pasar la noche de bodas. Eso es lo que hacen los recién casados, ¿no?

Maga lo abrazó con todas sus fuerzas.

Tomados de la mano, se despidieron de los invitados y se subieron al Cadillac que los esperaba. La ciudad despertaba en las calles, sin embargo Frattini tenía la sensación de estar comenzando un sueño. El auto se detuvo en la 9 de Julio, y ellos entraron al hotel más caro que Frattini pudo reservar los días anteriores. Subieron a la suite, y por primera vez contemplaron sus cuerpos desnudos.

Al día siguiente, abrazados en un micro, se dirigieron a Córdoba a pasar la luna de miel entre las montañas. Aquella semana en Villa Carlos Paz fue lo mejor que Frattini había vivido hasta entonces. Ninguna joya, ningún fajo de billetes le había provocado nunca tanta felicidad como ver a Maga contemplando extasiada las montañas, o despertando en la mañana, acurrucándose contra su cuerpo debajo de las mantas, temblando como una flor mientras comenzaba a acariciarla.

De regreso en Buenos Aires, se establecieron en el departamento que Frattini había comprado sobre la calle Hipólito Yrigoyen. Maga, que había llegado con tan sólo una valija, tardó una semana en desempacar la ropa de su marido.

—¿Para qué querés tanta ropa? —preguntaba mientras colgaba las camisas de seda.

—Para que sigas enamorada de mí. ¿No me visto como un rey? —contestaba Frattini, feliz, y la abrazaba.

Aquellos días fueron los primeros del resto de una vida que debía

ser maravillosa. Por pedido suyo, Maga dejó de trabajar. Por la mañana se despertaban y desayunaban escuchando la radio. Conversaban, hacían planes. Cuando sonaba alguna canción movediza, él se incorporaba de un salto y la tomaba de la mano para invitarla a bailar. Bailaban por toda la casa hasta que se hacía la hora de encontrarse con Ramos. Entonces Frattini se vestía con un traje impecable, recogía su llavero de sesenta llaves sin que Maga se diera cuenta y la besaba diciendo:

—Me voy a trabajar.

—Que tengas un buen día —decía Maga, ciega de confianza.

Desde la boda, él había decidido trabajar lo menos posible. Salía dos o tres días por semana, lo cual a un trabajador aplicado como él le resultaba un esfuerzo sobrehumano. Pero Maga merecía eso y mucho más. Si hasta había dejado de ir al hipódromo. Ahora, en cambio, se preocupaba por tener dinero ahorrado para cualquier emergencia. También había comenzado a conservar parte del botín. Cada día, llegaba a su casa y le entregaba un nuevo regalo a su mujer. Un juego de tazas de plata, tapados de piel, un abanico del siglo XVII, pendientes de oro, anillos con brillantes engarzados, figuras de marfil.

Tres meses después de la boda, de regreso del trabajo, Frattini se asustó al ver a su mujer tendida en la cama con un paño húmedo sobre los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó mientras se arrodillaba junto a la cama.

—Mejor que nunca.

—¿Y por qué estás acostada?

—Quiero que el bebé descanse.

Frattini sintió que el cuerpo se le deshacía como agua. Iba a tener un hijo. Irremediablemente, pensó en su padre, y se preguntó si tendría valor para ser mejor que él. Ana nació al año siguiente: mientras el hombre caminaba por primera vez sobre la Luna, Frattini tocaba el cielo con las manos.

Sin darse cuenta, en apenas tres años había dejado de ser un presidiario para convertirse en marido y padre de familia. Ahora, en su casa lo esperaban dos mujeres que necesitaban de él. Así fue que Frattini decidió redoblar el trabajo. No sólo porque necesitaba dinero,

sino porque estar trabajando en las calles le aseguraba cierta intimidad. Estaba demasiado acostumbrado a la soledad y a las llaves como para renunciar a ellas. Quizá Francisca no estuviera tan equivocada.

Por entonces, la relación con Ramos estaba en caída libre. Frattini lo había descubierto robándole las joyas del botín, y desde ese día le había perdido la confianza. Pronto dejaron de verse. Ahora Frattini salía a trabajar solo. No le gustaba, se sentía indefenso, y sabía que cuatro manos robaban mejor que dos. Necesitaba un compañero confiable.

Con el correr de los meses, había trabado cierta relación con Carlos, el portero de su edificio. Cada vez que entraba o salía, el tipo lo miraba con ojos de cordero degollado. Frattini había reparado en eso y, más que fastidiarlo, aquella envidia le resultó prometedora.

Un día, bajó hasta la calle con la pequeña Ana en brazos. El portero estaba baldeando la vereda.

—Buen día —dijo Frattini.

—Buen día —contestó el portero.

—¿Hace mucho que laburás acá?

—Sí, pero estoy por dejar. El sueldo no me alcanza para nada.

Frattini sonrió.

—Si necesitás plata yo te puedo ayudar.

—¿Cómo? —dijo el portero, apoyándose en el mango de la escoba mientras la manguera rebasaba el balde de agua.

—Necesito a alguien que me haga de campana, que se quede en la calle y me avise si viene la cana.

Nada más. No le dijo si robaba, asesinaba o algo peor. No hacía falta. El tipo lo había entendido todo.

—Estoy acostumbrado a estar en la puerta —dijo Carlos—, ¿cuándo empezamos?

—Mañana. Pero le pido que no le diga nada a mi mujer. Ella no sabe lo que hago.

Al día siguiente comenzaron a salir juntos. Desde entonces, Frattini volvió a trabajar con dedicación. Ahora salía los cinco días de la semana, y los sábados y domingos aprovechaba los paseos de la gente para entrar en sus casas y robar. Pronto, Maga reparó en sus ausencias.

Y sin embargo, lo que más le molestaba a su mujer no era que su marido trabajara tanto sino que no tuviera tiempo para salir con ella.

—Te la pasás trabajando, Carlos. Aflojá. Salgamos. Llevame aunque sea a tomar unos mates a los lagos de Palermo.

Frattini asentía en silencio, le besaba la frente y volvía a lanzarse a las calles en busca de joyas y dinero. Tras casi un año robando sólo lo necesario, había comenzado a agobiarse. No quería vivir con lo puesto. No quería que le dijeran lo que debía hacer. De pronto, era como si hubiera despertado de aquel sueño que había comenzado con la boda y que parecía deshacerse bajo sus pasos, cada vez que subía o bajaba una escalera.

Los reclamos de Maga cada vez eran más desesperados.

—Te compraste un auto, tenemos una casa… Dale, pará de trabajar. Llevanos a pasear.

Al fin, un domingo soleado, Frattini le preguntó a Maga si quería salir a pasear. A su mujer se le encendieron los ojos. Volvía a ser la muchacha indefensa que lo había sabido enamorar. En pocos minutos, preparó una canasta de mimbre con la merienda, los juguetes de la nena, vistió a Ana con ropas nuevas, se peinó el cabello y estuvo lista para salir.

Bajaron a la calle y se subieron al Falcon que Frattini había comprado hacía apenas unas semanas. Maga estaba tan feliz que comenzó a tararear uno de sus tangos preferidos. Frattini condujo el auto por el Bajo, hasta alcanzar la avenida Santa Fe. En brazos de su madre, Ana señalaba los autos y los edificios con asombro. A medida que el auto avanzaba, Maga comenzó a cantar más fuerte, y Ana trataba de imitarla balbuceando cosas incomprensibles. Con las manos aferradas al volante, Frattini las miraba de costado. Nervioso, sentía que comenzaba a faltarle el aire. De pronto, el Falcon le resultó demasiado pequeño como para tres personas. A través de las ventanillas, las calles vacías comenzaron a inquietarlo. Instintivamente, se llevó una mano al bolsillo del saco. Al tocar las llaves sintió que se asfixiaba. Vio un edificio que tenía la puerta abierta, vio ventanas con las persianas bajas, imaginó departamentos vacíos, repletos de joyas.

Entonces ya no pudo pensar en nada más que las llaves. De pronto,

pegó un volantazo que casi lo hace chocar contra otros autos y estacionó el Falcon sobre la avenida Santa Fe.

—¿Qué hacés, Carlos? —preguntó Maga.

—Esperame acá un segundo con la nena que voy hasta lo de un amigo que me debe plata —se escuchó decir Frattini.

Cuando se quiso dar cuenta, estaba de pie sobre la avenida, con el llavero en la mano. Eligió la primera puerta que vio y la abrió con la misma facilidad de siempre. Pronto sintió que la sangre volvía a correrle por el cuerpo. Volvía a respirar.

Sin embargo, a medida que comenzaba a subir las escaleras notó que la alegría y el vértigo se desvanecían. Pensaba en su mujer, ilusionada en el Falcon esperando una tarde en familia. Pensaba en su hija. Y entonces, sólo entonces, pensó en él. Frattini. Tenía la familia que había querido tener. Tenía casa, coche y dinero. Pero todo le resultaba ajeno. Aquello no le bastaba. Derrotado, Frattini alcanzó el último piso del edificio y se sentó en la escalera.

Se tomó la cabeza con las manos. Se frotó los ojos.

—Estoy enfermo —dijo.

Se incorporó lentamente y comenzó a bajar las escaleras sin entrar a un solo departamento.

—¿Estaba tu amigo? —le preguntó Maga cuando él volvió a sentarse tras el volante.

—No, salió —dijo Frattini, seco.

Sentados sobre un mantel que Maga había colocado sobre el césped, junto a la orilla de uno de los lagos de Palermo, no pudo dejar de pensar en eso que, hasta entonces, nunca había sabido ver como un problema. Enfermo. La palabra lo asustaba, pero más que nada lo enfrentaba con su propia desidia.

Junto a él, Ana gateaba sobre el pasto tratando de alcanzar una paloma. Su sonrisa sincera a Frattini le provocaba más vergüenza, más frustración.

—¿Qué te pasa que estás tan callado? —preguntó Maga al tenderle un mate.

—Nada.

Nada. Eso era lo que veía. Nada: un cuerpo vacío que sólo respondía al sonido de las llaves.

Esa noche no pudo dormir.

Junto a él, tendida en la cama con una plácida sonrisa en el rostro, Maga debía estar soñando con el futuro que imaginaba venir: tardes en familia, el sol sobre los hombros de Ana, la sonrisa de su marido. Pero Frattini no tenía motivos para sonreír. En la penumbra del cuarto, pensó que estaba perdido para siempre. La idea lo quemaba por dentro. “Estoy enfermo.” No era por el dinero, ni siquiera por la felicidad de ver cómo se abrían las puertas. Lo que más lo entristecía, lo que lo desesperaba, era saber que no estaba dispuesto a renunciar a eso. Estaba enfermo, pero no sabía vivir de otra forma.

33

Una mañana de 1970, mientras Maga y Ana salían a hacer las compras, Frattini preparó el mate y se sentó con el diario abierto en la sección de Policiales. Con los años había tomado esa costumbre para enterarse de la suerte de sus amigos. Era la única manera de saber si habían muerto, si se habían fugado o si habían robado algo que valiera la pena contar.

Releyó tres veces el título, sin poder salir de su asombro. "Émulos de Rafle", decía la nota. Y aunque Frattini no sabía que Rafle era un personaje de novela policial, sí sabía que aquello no podía ser nada bueno. Siguió leyendo, y pronto el asombro le dejó su lugar al terror: Carlos "Pistola" Frattini y Carlos María Saralí eran buscados fervientemente por toda la policía de la Argentina por robar una joyería de Tandil, otra de Mar del Plata y el Club Joyero de Bahía Blanca. En total, el botín que les adjudicaban ascendía a los doscientos millones de pesos.

Frattini se llevó una mano a la garganta para contener las náuseas. Era hombre muerto. Toda la Federal lo debía estar buscando. El primer cana que lo encontrara lo mataría para robarle la fortuna que no tenía.

Hacia el mediodía, alguien llamó a la puerta. Frattini temió lo peor. En la mirilla, la imagen del portero. Frattini entreabrió la puerta.

—¿Salimos a trabajar? —preguntó Carlos, con ansiedad.

—No, por un tiempo no vamos a salir a ningún lado —respondió Frattini dando un portazo.

Los días siguientes no salió de su casa. Permanecía detrás de las

persianas bajas, escudriñando la calle para adivinar cualquier movimiento sospechoso, cualquier auto que se detuviera en la cuadra. Vendrían a buscarlo, Frattini lo sabía. Cuando descubrieran que no tenía el botín, lo asesinarían para quitarlo del medio. Un ladrón muerto era mejor que un ladrón inocente.

Al tercer mes de estar encerrado, terminó de darle forma a una idea que venía masticando desde el mismo día en que se publicó la nota en el diario. Si no la había llevado a la práctica hasta ahora era porque hacerlo suponía enfrentarse a la verdad. Pero ya no soportaba el encierro. Los ahorros comenzaban a acabarse y Maga no dejaba de preguntar. Para entonces, él ya había dejado de inventar excusas. Los deudores morosos habían desaparecido, y con ellos su disfraz de cobrador. El miedo lo había obligado a dejar las estupideces de lado con tal de conservar su libertad.

Aquella noche, después de que su hija se quedó dormida en el cuarto, Frattini se acercó a su mujer y le tendió el diario que tanto lo había preocupado. Con movimientos nerviosos, como si intuyera la verdad, Maga leyó la nota que él le señalaba y luego guardó silencio. No lloraba, no gritaba, ni siquiera parecía enojada. En sus ojos había algo parecido a la desolación.

—Tu tío es inspector, hablá con él para que me ayude —suplicó Frattini.

—Tengo miedo de que te pase algo —dijo Maga, retorciéndose las manos en el delantal, en un gesto que lo deprimió aún más.

—No me va a mandar en cana si soy tu esposo… Dale, Maga, por favor. Yo soy inocente.

El silencio de su mujer lo animó a continuar.

—Preguntale qué pedido de captura tengo.

Tres días más tarde, fue el propio tío de Maga quien llamó a Frattini.

—Mirá, Carlos, tenés una captura de doscientos millones de pesos… Te está buscando toda la Federal… —dijo el hombre.

A pesar de no verlo, Frattini podía imaginar su rostro encarnado, y en los silencios que dejaba entre frase y frase podía notar que el asunto era aun más grave de lo que pensaba.

—Pero yo no fui. Si tuviera esa guita no estaría hablando con usted

—dijo Frattini, enojado.

—Ya lo sé. Por eso hablé con un matón de Robos y Hurtos —dijo.

Ni siquiera se preocupó por definir a sus compañeros de una manera más civilizada. No hacía falta, Frattini los conocía bien: eran un enjambre de muertos de hambre que sólo podían remediar su fracaso torturando y asesinando ladrones e incautando sus botines.

—¿Y qué le dijo?

—Que le interesaría hablar con vos.

Frattini guardó silencio. En su cabeza comenzaba a tejerse una escena que bien podía ser el acto final: lo matarían a balazos, y en Devoto todos se enterarían de su muerte a través de los diarios. Sin embargo, era la única esperanza que tenía.

—¿Dónde?

—Le pedí que te viera en un lugar neutral, lleno de gente. Te espera mañana a las nueve en la confitería de Córdoba y Esmeralda. Andá tranquilo, que no va a pasar nada.

Esa noche tampoco durmió.

A la mañana siguiente, se vistió con un traje azul y antes de marcharse se detuvo para mirar a Maga. Parecía haberse encogido en los últimos días. Tenía el rostro ensombrecido por sus propios temores. Al verla, Frattini sintió ganas de abrazarla. Pero enfrentar el miedo y la tristeza de su mujer hubiera sido aceptar sus errores.

—Si no vuelvo decile a tu tío que me saque —dijo.

Y se marchó.

En la puerta, Carlos, el portero, lo recibió con una sonrisa.

—¿Hoy salimos? —preguntó.

Frattini se alejó sin responder.

Al llegar a Córdoba y Esmeralda, se detuvo a ver a los clientes que mataban el tiempo en la confitería, tratando de descubrir cuál de todos era el que posiblemente lo mataría a él. Lo descubrió en un rincón: el cabello corto al ras, el rostro contraído en una mueca de desconfianza.

Por un momento pensó en salir corriendo. Dejarlo todo, mudarse de ciudad, de país. Y sin embargo abrió la puerta de la confitería y caminó los diez metros que lo separaban del policía.

—¿Así que vos te robaste doscientos millones? —le preguntó el tipo, mirándolo de arriba abajo, como si no terminara de creerse que

ese hombre delgado y petiso fuera el famoso Pistola del que hablaban los diarios y los presos de Devoto.

—Si tuviera la guita, no estaría acá —dijo Frattini.

—Mirá, Frattini, la captura que tenés encima es peor que una condena. Te van a agarrar, te van a robar la plata y después te van fusilar en una esquina cualquiera. Vos ya sabés cómo funciona esto.

Frattini no dijo nada nuevo. Tan sólo se limitó a repetir:

—Yo no fui. Ayúdeme. Por favor.

—Lo único que puedo hacer es esto: si trabajás en Capital, hacelo tranquilo que mi gente no te va a detener. Eso sí: si te levantan otros date por muerto.

—Gracias —dijo Frattini.

—Gracias dale a Dios. A mí dame plata.

Frattini asintió y prometió pagar los futuros favores.

Puso el departamento en venta esa misma semana. Tener una propiedad a su nombre era una pista demasiado buena para sus perseguidores. Maga volvió a empacar sin quejarse por nada y se mudaron a un departamento de alquiler en Barracas. Segundo piso al frente. Frattini pasaba los días mirando por las ventanas, sin atreverse a salir. Cada mediodía, Carlos, el portero del edificio anterior, se presentaba en Barracas con la esperanza de que Frattini quisiera volver al trabajo. Y siempre Frattini lo despedía con excusas, sabiendo que si seguía guardado por mucho tiempo más ya no tendría con qué mantener a su familia. Sin embargo, lo que más lo agobiaba era esa conocida sensación de encierro. Necesitaba dinero, pero más extrañaba las llaves.

Un sábado a la noche tomó los prismáticos alemanes que había robado a un juez de la Nación y comenzó a mirar la luna llena sin dejar de pensar en que la ciudad debía estar hirviendo con sus teatros, sus cines y restaurantes mientras él permanecía en cuarentena. Los prismáticos eran tan potentes que pudo reconocer los cráteres lunares, sombras extrañas que parecían moverse sobre aquella esfera plateada. Al fin, aburrido, dejó de mirar el cielo para concentrarse en algo más terrenal: los balcones vecinos. Pronto sintió que la sangre comenzaba a correrle con más velocidad. Uno de los balcones tenía las persianas

bajas, y a través de las hendijas sólo podía ver oscuridad. El departamento estaba vacío, esperándolo a él. Con ansiedad, se alejó de la ventana y comenzó a caminar por el living ante la mirada preocupada de su mujer. Nunca en su vida había robado en el barrio en que vivía. Pero necesitaba plata. Necesitaba salir.

En ese momento se le ocurrió una terrible idea que no tuvo el valor de rechazar. Se volvió hacia Maga y dijo:

—Necesito que me acompañes al edificio de la esquina.

Maga lo miró con tristeza.

—¿Para qué, Carlos? Mejor sentémonos a comer…

Frattini se sentó junto a ella y tomó una de sus manos entre las suyas. Se las besó, en un gesto que parecía más suplicante que cariñoso.

—Por favor, Maga. No tenés que hacer nada. Sólo te quedás abajo en la puerta y si viene la cana me tocás timbre —dijo Frattini.

—No quiero que le robes a la gente —dijo Maga en un tono seco.

—No va a pasar nada.

Su mujer lo quería demasiado como para negarse. Dejaron a Ana durmiendo en el cuarto y bajaron a la calle. Maga no hablaba, no lo miraba, ni siquiera parecía respirar. Frattini se palpó el bolsillo derecho del saco, y al rozar las llaves se sintió tan seguro y poderoso como en los viejos buenos tiempos.

Al fin, alcanzaron el edificio que buscaban. Entonces, Frattini abrió la puerta con una llave cualquiera y dijo:

—Bajo enseguida. Si pasa algo tocá todos los timbres.

Y se alejó.

Subió las escaleras a los saltos, desbordado por la emoción y la energía que había acumulado en los últimos meses. El departamento que había visto con las persianas bajas estaba en el segundo piso. Llamó a la puerta con dos golpes secos, no fuera que los dueños estuvieran durmiendo desde temprano. Nadie respondió. Y Frattini abrió la puerta.

En la mesa de noche encontró dos fajos de billetes grandes. En el cajón de la cómoda, un alhajero pequeño pero cargado de pendientes de oro. Con eso podrían vivir durante tres meses. Salió del departamento y cerró la puerta. Volvía a estar vivo.

Sin embargo, al llegar a la calle la alegría se convirtió en vergüenza.

Con las manos en el rostro, Maga lloraba sentada en el umbral.

—¿Qué pasó, Maga? —preguntó Frattini mientras se arrodillaba junto a ella.

—Recién pasó un patrullero…

Frattini miró la calle oscura y luego sonrió, aliviado.

—No te preocupes, siguió de largo.

—Estuve a punto de pararlo y decirles lo que estabas haciendo…

De pronto, Frattini vio todo con una claridad demoledora. ¿Para eso se había casado con ella? ¿Para someterla a esas situaciones? ¿Para usarla de campana? ¿Para obligarla a hacer cosas que iban en contra de su forma de vivir?

Trató de abrazarla, pero Maga lo alejó con los brazos. Después se incorporó y comenzó a andar por la calle, llorando en voz baja.

34

Los reproches de Maga y el encierro se le hacían insoportables. Al fin, cuando los diarios dejaron de hablar de los “Émulos de Rafle”, Frattini decidió volver a las calles.

A través de José, su reduce de siempre, se enteró de que un anticuario estaba necesitando una ayuda profesional y de confianza. Frattini no pudo resistirse. Ese mismo día entró a la tienda de antigüedades tan bien vestido como siempre.

—¿Necesita comprar o vender algo? —preguntó el hombre vestido de negro que fumaba al otro lado de un escritorio de madera lustrada.

—Me manda José, el joyero. Me dijo que necesitabas ayuda.

El hombre lo escrutó con la vista durante unos segundos.

—¿Y vos quién sos?

—Frattini —dijo Frattini enseñándole su llavero con setenta llaves.

Al día siguiente comenzaron a trabajar juntos.

El negocio era muy transparente. Cuando encontraba algún aviso en el diario donde se ofrecía alguna pieza valiosa a la venta, el anticuario realizaba una visita al vendedor fingiendo estar interesado y luego se marchaba sin comprar nada. Frattini se presentaba en la tienda alrededor de las cinco de la tarde y recibía las instrucciones:

—Acá hay un tipo que tiene un juego de ajedrez con piezas de marfil —decía el anticuario mostrándole la dirección que figuraba en el aviso. Y agregaba—: Vive solo y a esta hora nunca está. La puerta tiene dos cerraduras. Una Yale y una larga. Además del ajedrez tiene una colección de mates de plata. Traete todo lo que encuentres.

Después Frattini se lanzaba a las calles y se dirigía a cumplir su parte del trabajo. Regresaba a la tienda con todas las antigüedades que podía cargar. Entonces recibía una recompensa generosa: un hecho de esos representaba una semana entera de trabajo con el portero. Pronto, Frattini comprendió que aquello era mejor que todo lo que había hecho en su vida. Entrar a un departamento donde ya sabía qué debía buscar no dejaba sitio para la sorpresa, pero los botines siempre eran enormes y la logística que realizaba el anticuario hacía que su propio trabajo fuera seguro.

El 31 de diciembre de aquel año, 1970, mientras se preparaba para salir a trabajar, su mujer le dijo:

—¿No te vas a quedar con nosotras?

—Tengo que hacer unas cosas y vuelvo para cenar.

Maga no respondió.

Esa noche, después de apoderarse del bastón que San Martín había utilizado durante sus últimos días en Francia, Frattini estaba por salir del departamento donde lo había robado cuando algo le llamó la atención en el cuarto de los niños. Siempre tenía la costumbre de entrar sólo a los cuartos de los mayores, pero esa vez no pudo resistirse. Pensó en Ana. Entonces tomó el ciervo de peluche de tamaño natural y se marchó con él escaleras abajo.

Al ver el muñeco, Ana comenzó a gritar de felicidad.

—¿Qué te pasa, Maga? —preguntó Frattini.

—Carlitos, le robaste el juguete a un chico… —dijo su mujer con abatimiento y luego, llorando, susurró—: No puedo más, Carlos.

—No pensés más… —dijo él, intentando una caricia.

—¿Cómo querés que no piense? Estoy acá con la nena, esperándote con la comida para festejar fin de año y no sé dónde estás, si te mataron o te metieron preso…

Ya había pasado el tiempo de las mentiras, había desaparecido cualquier lugar para la metáfora. La realidad era eso: el terror de su mujer, la inocencia de su hija y su adicción a las llaves.

La relación con el anticuario fue haciéndose cada vez más estrecha. Se necesitaban uno al otro, pero también disfrutaban de la compañía. Una noche, al verlo llegar con el tipo, Maga no pudo esconder su

fastidio.

—No sabía que venías con gente —dijo.

—No te preocupes. Donde comen tres comen cuatro —dijo Frattini.

—Mucho gusto, señora —dijo el anticuario.

—Sí, mucho gusto —respondió Maga, y no volvió a hablar en el resto de la noche.

Sólo lo hizo luego de que el visitante se despidiera. Entonces, enfrentó a su marido diciendo:

—No me gusta que traigas a esa gente acá.

—¿Qué gente? —preguntó Frattini. No le había dicho quién era su acompañante.

—Los que roban con vos. Esos delincuentes. Tenemos una hija, Carlos. No quiero que crezca con esa gente.

—Esa gente soy yo —dijo Frattini, y se arrepintió apenas terminó de decirlo.

—Pensé que eras otra cosa.

A mediados de ese año, por alguna razón que no se animó a contarle pero que Frattini podía imaginar, Maga decidió volver a trabajar. Gracias a su tío inspector, consiguió un puesto en la Secretaría de Turismo de la Nación. Un puesto estable, con un buen sueldo. Frattini sintió aquello como una traición. Pero en realidad sólo era un presagio.

Tres días más tarde, al salir de su casa se encontró con su destino. Dos autos bloqueaban la calle. Al verlos, Frattini creyó que se convertía en piedra: no se podía mover, no podía pensar. Lo único que podía hacer era mirar al anticuario en el asiento trasero de uno de los autos, señalando hacia donde él estaba parado, sorprendido, sin poder moverse.

Antes de que pudiera reaccionar, tres policías de civil saltaron de los autos y corrieron a detenerlo.

—Arriba las manos —gritó uno mientras otro lo golpeaba en el rostro.

Lo condujeron hacia uno de los autos. Al pasar junto a la ventanilla desde donde lo miraba el anticuario, Frattini se insultó en silencio. “Estúpido. Enfermo estúpido. Lo trajiste a tu casa y él te vendió.” Sentado en el asiento trasero del otro auto, Frattini parecía ausente.

—¿Quiénes son? —se oyó preguntar.

—Robos y Hurtos de La Plata —respondió el que manejaba.

Frattini se hundió en un sueño profundo. La ciudad comenzó a pasar por las ventanillas a una velocidad vertiginosa. Después, una ruta, el campo, y al fin una comisaría de La Plata. Lo bajaron a empujones y lo condujeron hasta la oficina del comisario: una mole de cien kilos que lo miraba con intriga desde el otro lado del escritorio.

—Frattini, al fin viniste. ¿Sabés que te está buscando toda la policía de Capital y provincia?

—¿Por qué? —a Frattini su propia pregunta le resultó estúpida.

—Por doscientas millones de razones —dijo el comisario con una sonrisa.

De pronto, el aviso del tío de Maga volvía como una sentencia: "Te van a agarrar, te van a robar la plata y después te van a fusilar en una esquina cualquiera".

—Yo no fui —dijo Frattini, inquieto.

El comisario guardó silencio durante los segundos que demoró en encender un habano que olía a cadáver. Después, soltando el humo por la nariz, dijo:

—Ya sé. Pero igual quiero que charlemos, Pistola. Te dicen así, ¿no? Yo sé cómo trabajás vos. Da gracias, porque si te hubiera detenido otro andá a saber dónde estarías fusilado… Pero yo te conozco, sé que laburás bien, que sos buen ladrón, que ganás mucha guita. ¿No?

En medio del terror, Frattini tuvo tiempo de sentirse halagado.

—Ahora andá a la celda a pensar un rato. Vas a tener que hablar, Frattini. Te lo digo por tu bien. Algo me vas a tener que entregar —dijo el comisario fingiendo estar abatido. Y luego, gritando, ordenó—: Oficial, llévese al reo al calabozo.

Lo metieron en una celda donde tres detenidos miraban el piso sentados en un banco. Al oír el chillido de la reja, los tres hombres alzaron la vista y sonrieron. Uno se incorporó, con gesto de sorpresa.

—Pistola, ¿qué pasó?

—Lo mismo que a vos —dijo Frattini al estrecharle la mano. No recordaba su nombre, pero sí las rondas de mate que habían compartido en Devoto.

Estar incomunicado era como esperar en la recepción del purgatorio. Nervioso, Frattini comenzó a caminar por la celda. Sin abogados, sin jueces que intercedieran por él, el incomunicado dependía únicamente de su capacidad para soportar palizas y picanas. Su única salida era denunciar compañeros, hechos y reduces. Pero él no iba a hablar. Nunca iba a hablar. Aunque eso le costara la muerte.

De pronto se detuvo.

Maga. Pensó. Ana. Las había olvidado por completo. Entonces sus fuerzas se esfumaron, y lo embargó una sensación de asco por sí mismo. "Enfermo."

Al caer la noche, sus tres compañeros se tendieron en el piso y se durmieron con placidez. Él, en cambio, no podía dejar de caminar, como si buscara cansarse hasta el agotamiento para dejar de pensar en su propio final.

Por la mañana, cuando fueron a buscarlo, estaba psicológicamente destruido. La estrategia del comisario había sido perfecta.

—Arriba, Frattini. Nos vamos de excursión.

Siguió al oficial sin siquiera volver la vista para despedirse de sus compañeros. Lo condujeron hasta la puerta de calle y lo metieron dentro de un auto negro. Viajaron durante unos minutos que a Frattini le parecieron horas, días. Ante cada movimiento brusco del auto se le aceleraba el pulso. Al pasar por un baldío, rezó para que no detuvieran el auto. Pero el conductor ni se inmutó. Aceleraba como si estuviera ansioso por alcanzar el fin del viaje. Y el viaje terminó justo en la puerta de un galpón abandonado, en las afueras de Berisso.

—Llegamos al teatro —dijo el conductor, mientras su compañero descendía del auto y sujetaba a Frattini del cabello.

Lo arrastraron hasta el interior del galpón: una nave industrial de miles de metros cuadrados vacíos, cubiertos de polvo, donde sólo había un objeto. El peor que Frattini podía esperar.

—Desvestite —le gritó uno de los policías.

"Otra vez no", pensó Frattini. Entonces, uno de los agentes lo tomó de los cabellos al tiempo que el otro le quitaba la ropa a los tirones. Cuando estuvo desnudo, le taparon los ojos con una venda.

—Por favor, no —gritaba Frattini.

Pero era imposible resistirse a los golpes. Sintió un rodillazo en la

cintura, y luego un golpe seco en la nuca lo obligó a ceder. Lo acostaron sobre el elástico de la cama, lo ataron con unas sogas que parecían destrozarle la piel. Sintió que le colocaban una toalla sobre los genitales y después todo fue miedo, fuego y oscuridad.

—No te pedimos los doscientos millones, pero queremos algo.

La segunda descarga se la aplicaron sobre los labios. La boca se le durmió, como si estuviera bebiendo plomo fundido.

—Queremos hechos… dale, pajarito, cantá.

—Quiero agua.

La tercera descarga le entumeció las piernas.

—Quiero agua.

—Y yo quiero datos. Un reduce. Dale, entregame al reduce y se termina todo.

—No tengo reduce… si quieren puedo entregarles hechos…

—Queremos al reduce.

La cuarta descarga le abrasó el pecho. De pronto comenzó a faltarle el aire, ni siquiera podía pensar.

—Hablá, mierda.

Cuando se aburrieron de torturarlo, le quitaron la venda. La luz que entraba por los ventanales rotos lo cegó. Pero al cerrar los ojos seguía viendo extrañas manchas multicolores que se movían sobre un mar oscuro con un balanceo que le provocaba náuseas.

—Segundo turno —escuchó que decía una voz.

Entonces uno de los oficiales apareció en su radio de visión para escupirlo justo sobre el rostro. Volvieron a ponerle la venda. Volvieron a torturarlo.

En un momento se hizo de noche. No podía saberlo por la luz, pero lo intuía por el frío que se extendía en el galpón. Para entonces Frattini pedía a gritos que lo mataran.

—Sería más fácil, pero primero necesitamos que hables.

—Entreganos al reduce.

—No tengo reduce. Les entrego todos los hechos que hice.

Siguió repitiendo eso durante toda la noche. Al fin, al amanecer, los oficiales le quitaron la venda y lo desataron.

—Bueno, si no tenés reduce, vas a cantar los hechos.

—Lo que quieran —dijo, y al hablar sintió que la garganta se le

desgarraba.

Lo obligaron a incorporarse. Frattini lo intentó, pero sus rodillas estaban demasiado entumecidas como para sostenerlo. Cayó al suelo y allí se quedó, abrazándose las rodillas contra el pecho.

—¿Y éste es el famoso Pistola? —dijo uno de los policías.

Un rato después, Frattini entraba nuevamente a la celda de la comisaría de La Plata. Allí le dieron un vaso de café aguachento y un trozo de pan. Tenía tanta sed que no le importó quemarse la boca. Tragó el café, pero cuando intentó masticar el pan sintió que le rechinaban los dientes. Ni siquiera podía mover la mandíbula. Sentado en el suelo, comenzó a mirarse el cuerpo. La toalla había evitado que la picana le dejara marcas.

Esa tarde, la del tercer día de su detención, un oficial se acercó a la celda y lo obligó a salir de ella.

—¿Dónde me llevan?

La sola idea de volver a ser torturado le daba terror.

—Tenés visita.

Sorprendido y avergonzado, Frattini se dejó guiar hasta una celda vacía. Entró y se sentó sobre el banco, incapaz de mantenerse en pie.

Segundos después, los ojos de Maga lo lastimaron más que una decena de picanas.

—Hola —dijo, y ya no pudo hablar.

En brazos de su madre, Ana lo miraba con espanto.

—Anita, vení, dale un beso a papá —rogó Frattini.

Maga deslizó a Ana hasta que sus pies tocaron el suelo. Entonces, la niña empezó a llorar. Frattini le tendía los brazos para que se acercara, pero ella no quería despegarse de su madre.

—Vení, Ana —dijo Frattini.

—Mami, mami —gritaba su hija, llorando.

—Tiene miedo —dijo Maga.

Frattini bajó la mirada. Se tomó la cabeza.

—Llevátela, Maga —dijo, sin atreverse a mirarla a los ojos.

Sintió el rumor de ropas al rozarse. Cuando alzó la vista, Maga estaba junto a la reja, con Ana en brazos.

—Oficial, ábrame —gritó Maga.

—Perdoname.

Ella no contestó. Pero durante el segundo en que pudo sostenerle la mirada, Frattini vio tanta decepción en sus ojos que prefirió estar muerto.

Al día siguiente, dos oficiales lo subieron a un auto y se marcharon de La Plata. Cuando alcanzaban la Capital, uno de los hombres dijo:

—Ahora vamos a pasear por Buenos Aires, y vos nos vas a marcar todos los edificios donde robaste.

Esposado en el asiento trasero, comenzó a señalar edificios al azar, sabiendo que cualquiera de ellos habría sido robado en los últimos meses. Entonces los policías detenían el auto y preguntaban:

—¿En qué piso robaste?

—Creo que en el quinto —mentía Frattini.

Mientras él esperaba en el auto junto al conductor, el otro oficial se acercaba al portero y chequeaba la información que le había dado Frattini.

—Pelotudo, en el quinto no robó nadie. Pero en el séptimo sí.

—No me acordaba… Pero ahora sí, es cierto, era el séptimo —mentía Frattini.

Después el oficial volvía al edificio y constataba el robo. Lo pasearon durante todo el día, y cuando Frattini marcó el falso décimo robo, los oficiales dejaron de insistir.

Su estrategia le sirvió para calmar la ansiedad de los oficiales pero sobre todo para despistar al juez. Sin el secuestro de la mercancía, nunca podrían adjudicarle esos robos.

Sin embargo, su reincidencia bastó para que el juez le diera cinco años de condena.

Esa misma tarde, el propio comisario se encargó de trasladarlo a Devoto. En otros tiempos, Frattini hubiera valorado aquel gesto como un reconocimiento de su propia leyenda. Pero ahora eso le importaba poco y nada.

Al llegar a Devoto, uno de los guardias de la puerta le dijo al comisario que podía retirarse. Pero el comisario insistió en acompañarlo él mismo en persona. Así fue que Frattini pasó por la ropería, entregó sus pertenencias y luego atravesó el pasillo que lo condujo hasta la reja de entrada al pabellón. El comisario lo seguía a

menos de un metro, con un silencio respetuoso que sólo rompió cuando los celadores y los presos repararon en la presencia de Frattini y se incorporaron para darle la bienvenida.

—Acá les traigo un ladrón, pero un ladrón verdadero —dijo el comisario, llamando la atención de todos—: Hay pocos como él. Tiene códigos y no hace estupideces.

¿De qué le servía ese reconocimiento? De nada, más que para asegurarse el respeto de los otros presos, algo que ya había conseguido hacía años, gracias al Yerbatero.

A medida que los días pasaban y se acercaba el domingo, se preguntaba si Maga iría a visitarlo. Pobre Maga, pensaba Frattini al imaginar a su mujer, frágil, inocente, teniendo que soportar el manoseo de la requisa tan sólo para visitar al hombre que la había condenado con sus propios vicios. En Ana no podía pensar. Cada vez que recordaba su cara de miedo en la celda sentía que el corazón se le abría y se le rompía en pedazos.

El domingo, temprano en la mañana, mientras los presos se afeitaban y se vestían lo mejor posible para recibir a sus familias, Frattini no pudo levantarse de la cama. Sabía que Maga no iría a verlo.

Y sin embargo, al entrar al comedor vio que allí estaba. Maga. La mirada triste, el rostro atento a los movimientos de los presos, asustada, incapaz de renunciar a él.

35

Era la primera vez que alguien lo esperaba afuera. Eso hacía la espera más llevadera: debía sobrevivir a Devoto hasta 1976, entonces volvería a estar junto a Maga y podría empezar una nueva vida. No tenía otra opción. Maga era clara y directa.

—Es la última oportunidad que te doy —repetía cada domingo.

No faltaba a ninguna visita. Le llevaba yerba, azúcar, galletitas y todo lo necesario para que el encierro fuera menos cruel. Lo que más le gustaba a Frattini era que le llevara a su hija. El comedor donde recibían a las visitas era un prisma que proyectaba el paso del tiempo: cada domingo, Ana le enseñaba las encías para mostrarle un diente nuevo, repetía palabras recién aprendidas y luego, confundida, como si por primera vez reparara en dónde estaba, decía:

—Papi, ¿por qué estás acá?

Entonces Maga cambiaba de tema y todo volvía a fluir.

En una de las visitas le pidió a su mujer que le llevara papeles de dibujo y lápices. Maga lo miró con un gesto extraño.

—¿Para qué lo querés?

—Para dibujar —dijo Frattini.

—¿Para dibujar? ¿Vos dibujás?

Frattini sonrió con vergüenza.

—Sí, hago retratos.

A la semana siguiente, Maga le llevó una resma de papel y varios lápices. Desde aquel día, Frattini retomó esa afición que sólo aparecía cuando estaba encerrado.

Una noche, mientras intentaba dejar de pensar en Ana y Maga, ansiando caer en la inconsciencia del sueño, creyó oír un grito de mujer. Debía estar soñando. Si algo no había en Devoto era mujeres. De pronto, al grito se le sumaron otros. Parecían gemidos, y sólo podían ser de mujer. Entonces, oyó con más claridad:

—Se la llevan a Victoria Bruner —gritaba una voz de mujer.

Inmediatamente, los internos que rodeaban a Frattini se incorporaron y comenzaron a gritar en dirección a las ventanas.

—Victoria Bruner. Victoria Bruner —repetían, como si aquel nombre fuera un conjuro que les permitiría recuperar la libertad.

Pronto, desde el pabellón vieron que un grupo de guardias arrastraba a una mujer por las escaleras del fondo. Frattini no entendía qué estaba pasando, pero sus compañeros empezaron a gritar.

—Suéltenla, hijos de puta.

—Con ustedes no es la cosa —gritó un guardia.

—¿Por qué no se meten con nosotros? —gritó uno.

Poco a poco, los ruidos se fueron acallando, hasta que todo Devoto quedó en silencio. Desde arriba, el pasarela los iba señalando con su bastón.

—Acostate y dormite, sorete —repetía.

Al día siguiente, Frattini ya no podía contener la curiosidad. Mientras tomaba mate con unos compañeros a los que acababa de conocer, preguntó:

—¿Qué pasó anoche?

—Las minitas. Se las llevan para violarlas y no aparecen nunca más.

—No hay mujeres en Devoto —dijo Frattini, serio, creyendo que se burlaban de él.

—Las cosas cambiaron, Pistola. Ahora tenemos hasta guerrilleros.

—¿Guerrilleros?

—Sí, hombres, mujeres… los tienen encerrados arriba, sin registrar. Nadie sabe que están ahí. Son pendejos de escuela, de facultad… se hacen los Che Guevara y terminan acá.

—Nosotros los ayudamos.

—¿Cómo?

—Gritando los nombres a la calle, para que los vecinos sepan que

están acá.

Con el correr de los meses, Frattini fue enterándose de todo. Los llamados guerrilleros no salían al patio, nunca recibían visitas. Vivían encerrados en la sombra más oscura, sin nombre ni apellido, como fantasmas que sólo salían de noche y no regresaban más.

Los internos comunes colgaban banderas desde las ventanas para denunciar las torturas, las violaciones y los fusilamientos para que todos los vecinos del barrio supieran la verdad. No lo hacían sólo por solidaridad. Creían que si ayudaban a los presos políticos en su desgracia recibirían los mismos favores cuando fueran liberados y llegara el día de su bendita revolución.

Y ese día llegó mucho antes de lo que todos esperaban. No como una revolución, sino apenas como una amnistía dictada por Cámpora al año siguiente.

Pero Frattini y los demás internos no lo supieron por los diarios. Lo descubrieron un día dibujado en el rostro de los guardias. Estaban comenzando la requisa cuando de pronto se oyó un estruendo fuera del penal. Frattini pudo ver las miradas que se dedicaron los guardias, sin poder ocultar su confusión. Inmediatamente interrumpieron la requisa y se marcharon fuera del pabellón.

Intrigados, algunos internos se acercaron a la puerta enrejada. Allí vieron al celador juntar sus cosas con apuro. A pocos metros de allí, el director en persona se había acercado a hablar con los guardias.

—Vístanse de civil y hagan lo que puedan por escaparse —lo oyeron decir.

Frattini intuyó lo que pasaba.

Entonces, uno de sus compañeros, que había trepado a una montaña de camas para mirar qué ocurría afuera, gritó:

—Rompieron el portón con un camión. Se están yendo, loco.

Poco a poco un rumor de voces comenzó a llegarles desde las escaleras. Cantaban la marcha peronista y se alejaban gritando y disparando al techo. Era la oportunidad que habían esperado desde hacía meses. Al fin, los guerrilleros habían hecho su pequeña revolución en Devoto, y pronto liberarían a los presos que tanto los habían ayudado.

Desesperados, Frattini y los demás corrieron a la reja.

—Abran.

—Sáquennos de acá.

Pero nadie respondía a sus gritos. Quizá estuvieran apurados por continuar su revolución o empezar a preparar la bienvenida del General. Lo cierto es que ninguno de ellos recordó la ayuda que les habían prestado esos presos que ahora gritaban:

—Hijos de puta, abran.

—Nosotros los ayudamos.

—No nos caguen.

Con los guardias vestidos de civil dispersos entre los que se fugaban para evitar ser atacados, los pabellones habían quedado librados a su propia suerte. Lo único que detenía a los presos eran las rejas.

Al atardecer, los guardias reaparecieron escoltados por un batallón de Infantería. Por la noche ya habían restablecido el orden en el penal y habían redimido sus frustraciones y miedos rompiendo brazos, piernas y cabezas de presos comunes. Mientras, en la ciudad, los militantes festejaban su liberación pendientes de unos ideales tan altos que les impedían ver lo que habían tenido a su alrededor.

36

Nunca había dibujado tanto. Pasaba todos los días con el lápiz en la mano y la vista clavada en el papel. Dibujaba todos los rostros que caían en sus manos. Los celadores le entregaban fotografías de sus hijos, los presos retratos de sus novias, o fotos de las mujeres y hombres que aparecían en las revistas… A Frattini le daba lo mismo: los dibujaba a todos. Los guardias le pagaban con recreos a deshora, porciones doble de almuerzo, y un trato respetuoso que muchos envidiaban. Los demás presos le regalaban yerba, papeles, lápices y azúcar. Y sin embargo él hubiera pintado gratis con tal de mantenerse ocupado.

Sólo dejaba de pintar los domingos, cuando Maga y Ana se sometían a la requisa para verlo aunque fuera apenas unas horas.

Cuando se quiso dar cuenta ya había gastado dos años enteros de condena entre las visitas de su mujer y su hija y los cientos de retratos que mostraban su evolución como artista, su destreza y obsesión por los detalles. Era capaz de pasar días enteros definiendo el cabello de la hija de un guardia, o perfilando la nariz de la madre de un asesino a sueldo.

Para mediados de 1975, todos en Devoto habían dejado de comentar las andanzas de Pistola, los golpes con que había defendido a sus antiguos compañeros, su habilidad para abrir puertas de la ciudad. Ahora sólo hablaban de Frattini, el mejor pintor que había pasado por Devoto.

A través de uno de los celadores conoció a otros internos que

también dibujaban. Al ver sus obras los felicitó con respeto, sabiendo que parecían apenas bocetos si los comparaba con los retratos que él hacía. Pero el hecho de conocer a otros pintores encerrados lo alentó a persistir. Comenzó a conversar con ellos, se prestaban los lápices, compartían el papel. Entonces se le ocurrió una idea.

—Tenemos que hacer una exposición.

—¿Dónde?

—Acá, en el penal —dijo Frattini.

El pedido de los artistas pronto llegó hasta el mismísimo director de la prisión. Había siete internos que dibujaban como maestros, se mantenían al margen de los conflictos de cada pabellón, y querían mostrar sus obras.

El director los citó en su propia oficina.

Cada vez que un recluso entraba a ese lugar, los demás temían por su vida. Pero esta vez era distinto: los compañeros de Frattini estaban orgullosos de que el director se interesara en él. Y Frattini creía que aquello podía ser el comienzo de algo importante.

—Queremos exponer nuestros cuadros e invitar a algún pintor famoso para que los vea —dijo Frattini.

El director los miraba entre sorprendido y desconfiado.

—¿Sólo para eso? —preguntó.

—Sí, queremos que vean cómo dibujamos —dijo otro de los pintores.

—¿Y a qué pintor quieren invitar?

Los pintores se miraron, desconcertados. No conocían a ningún pintor, no admiraban a nadie. Ni siquiera sabían sus nombres.

—Al que pueda venir —dijo Frattini, sin mucho convencimiento, sabiendo que ningún pintor aceptaría salir de la comodidad de su taller para visitar a siete condenados que pintaban retratos familiares.

—Hagamos una cosa —dijo el director—, ustedes preparen cuatro obras cada uno y nosotros organizamos la exposición en la capilla del penal.

—¿Pueden venir nuestras familias? —preguntó uno.

El director bufó.

—No. Va a venir un pintor y ustedes le van a mostrar los cuadros. Nada más.

—¿Quién?

—Voy a tratar de que venga Soldi.

—¿Quién? —preguntó Frattini.

—Raúl Soldi, el maestro —le dijo uno de sus compañeros en voz baja.

Debía poner todo su esfuerzo en esas cuatro obras. Durante días, hizo bocetos sin que ninguno de ellos lo conformara. Cada vez que, furioso, rompía un boceto, sus compañeros del pabellón trataban de salvarlo diciendo que era un gran dibujo. Pero a Frattini eso no le bastaba. Sus dibujos debían ser perfectos si quería que el tal Soldi se fijara en él.

Pasaba las hojas de las revistas con ansiedad, esperando descubrir un rostro que le permitiera mostrarle al mundo que tenía un don. Lo encontró una tarde de octubre. Con las manos apoyadas sobre el pomo de su bastón, Borges lo miró desde una página de la revista *Semanario* ofreciendo sus arrugas, su incipiente calva y sus ojos secos de tanta lectura. Frattini lo observó durante más de una hora. Luego tomó un lápiz y comenzó a dibujar.

Durante días se inclinó sobre la pequeña mesa con que un celador había pagado el retrato de su amante. Comenzaba a dibujar al mismo tiempo que despertaba, y cuando dormía, en la soledad de sus párpados cerrados, iba corrigiendo aquellos trazos que no lo convencían. Cuando el retrato estuvo terminado, lo apoyó sobre la cama, contra una pared, y se alejó para observarlo con detenimiento. Era lo mejor que había pintado en su vida.

Pero aún debía hacer otras tres obras. Podría haber dibujado actrices famosas, deportistas exitosos, y sin embargo eligió las fotografías de unos niños que jugaban en alguna plaza de la ciudad. Lo convencieron sus rostros despreocupados, su felicidad. En algún punto los envidiaba.

El domingo anterior a la exposición, Maga le llevó uno de sus trajes preferidos.

—Va a venir cinco minutos y se va a ir —dijo Frattini, que en los

últimos días había pasado de la excitación a la incertidumbre.

—Igual, para mí es como si hubieras ganado el concurso nacional —dijo Maga, acariciándole la mano derecha, encallecida por tantos meses de dibujo.

Cuando llegó el día, Frattini y los otros artistas se encargaron de asistir a los empleados civiles del penal que tenían la misión de colgar las obras en las paredes de la capilla. Asombrados, nerviosos, los siete contemplaban sus obras con emoción. Tras años de golpizas, torturas, encierro y mal trato, aquella situación los conmovía hasta el silencio. Poco a poco, los demás internos fueron ingresando a la capilla en tandas, para contemplar las obras de los artistas confinados. Se detenían a ver las obras durante largos minutos. Algunos, incluso, se emocionaban y disimulaban las lágrimas soltando ruidosas carcajadas y chistes subidos de tono.

En un momento hubo un revuelo de guardias en la puerta de la capilla. Frattini y los demás se miraron.

—Llegó Soldi —dijo uno.

Entonces apareció el director vestido con sus mejores ropas y una sonrisa de satisfacción. Detrás de él, un anciano avanzaba repartiendo saludos, tomado del brazo de una mujer.

—Les presento a Raúl Soldi y a su mujer —dijo el director.

Los presos le dedicaron cinco minutos de aplausos. Más allá de admirar su carrera artística, que pocos conocían, el hecho de que se hubiera animado a ir al penal acompañado por su esposa era un gesto de confianza que todos valoraban.

Nervioso, Frattini y los otros pintores respondieron al llamado del director. Se acercaron al maestro, estrecharon su mano, la de su mujer, y luego se apartaron para que pudiera recorrer la exposición sin ser molestado.

Soldi miraba los cuadros y los pintores lo miraban a él. Al pasar frente a cada retrato, se detenía unos segundos y luego se volvía hacia el grupo de Frattini, moviendo la cabeza con aprobación. Detrás de él, el director elogiaba su obra con frases pomposas que dibujaban sonrisas de burla en el rostro de los guardias.

Cuando Soldi alcanzó el retrato de Borges se detuvo más tiempo que frente al resto de los trabajos. Lo miró a dos metros de distancia.

Luego se acercó un poco, luego otro poco más, hasta que quedó a un palmo del retrato. Sólo entonces preguntó:

—¿Quién dibujó esto?

Nervioso, Frattini dio un paso al frente.

—Yo, maestro —dijo.

—Venga, Frattini —lo alentó el director del penal.

Antes de que terminara de decirlo, Frattini ya estaba frente a Soldi.

—¿Cómo hizo para trabajar el cabello? ¿Qué técnica usó?

Frattini guardó silencio. Le hubiera gustado dar una respuesta extensa, con nombres de técnicas pictóricas, pero no hubiera sabido por dónde empezar.

—Dibujo y después borroneo con la goma, hasta que se difumina el trazo —respondió con humildad.

—Es impresionante. Es el mejor retrato de Borges que vi en mi vida.

Frattini sintió los pulmones llenos de aire, a punto de explotar. Intentó decir algo, pero sólo le salió un murmullo inentendible. Soldi había vuelto la vista nuevamente hacia Borges. Al fin, se volvió hacia Frattini diciendo:

—Se lo compro, Frattini.

—No, de ninguna manera. Para mí sería un honor que el maestro lo aceptara como regalo.

Soldi lo miró, y Frattini tuvo la sensación de que era la primera vez que realmente lo veía.

—¿Cuánto le queda de condena?

—Tres meses, maestro —resumió Frattini, aunque podía decirle los días y las horas exactas que le faltaban para salir.

—Tres meses… —dijo Soldi, sopesando la respuesta—, nada.

—Si Dios quiere…

Soldi torció el rostro, evaluando a aquel pintor encerrado que lo había sorprendido. Después metió una mano en uno de sus bolsillos, retiró una tarjeta y se la entregó a Frattini.

—Cuando salga, venga a verme de inmediato.

Esa noche apenas si pudo dormir. No podía dejar de pensar en las palabras de Soldi. En su mano, la tarjeta que el maestro le había dado era como el pase de entrada a un mundo desconocido. Se durmió

imaginando cómo sería su nueva vida: trabajaría de cualquier cosa por la mañana y pintaría sus retratos por la tarde. “Basta de llaves”, pensó Frattini. Al fin se curaría aquella maldita enfermedad.

37

El 11 de mayo de 1976, Frattini fue liberado en Mar del Plata. Allí lo habían trasladado hacía un par de semanas, para que pagara antiguos delitos de falso turista. Cuando alcanzó el portón de salida del penal, respiró hondo el aire impregnado de sal y alzó la vista al cielo negro apenas salpicado de estrellas. Después, con la mirada atenta a los movimientos de la calle, comenzó a andar hacia la estación de trenes. Al llegar, buscó un teléfono.

—Maga, soy yo. Me largaron —dijo, feliz.

—¿Cuándo venís?

—Llego a Constitución a las seis de la mañana.

—Te voy a buscar.

—Te quiero, Maga —dijo Frattini, y no mentía.

De los ocho años que llevaban casados, él había permanecido cinco a la sombra. Su mayor condena hasta entonces. Y Maga no había dejado de visitarlo ni un solo domingo.

"Me voy a curar", se dijo Frattini mientras el tren emprendía su viaje a Buenos Aires. Lo necesitaba. Ya estaba cansado de perder, de soportar las violencias propias y ajenas. Quería cuidar a su mujer y a su hija, olvidarse de las llaves, convertirse en un hombre de bien. El maestro Soldi había prometido ayudarlo, y Frattini se decía y se repetía que el dibujo sería su salida de emergencia.

Poco a poco, el paisaje comenzó a volverse repetitivo en las ventanillas. Campo y más campo. Frattini se arropó con el saco fino que llevaba. Pensó en Ana, en Maga.

Lo despertó el grito del guarda.

—Constitución.

Apurado, Frattini juntó sus cosas y descendió del vagón con el cuerpo entumecido por el viaje. Maga y Ana lo esperaban en el andén. Las besó mil veces, las alzó en el aire, y lloró con ellas.

Los primeros dos días ni se molestó en salir a la calle. Lo único que quería era estar con su mujer y su hija. Al tercer día, se vistió con ropas limpias, se puso una corbata. Maga estaba preparándose para ir al trabajo. Hacía unos meses que había conseguido un buen puesto en el Ministerio de Hacienda. Al verlo, se quedó sin palabras, como si hubiera visto a un fantasma.

—Ésta es la última, Carlos. Si caés una vez más, olvidate de nosotras —dijo.

—Ya lo sé.

Se acercó a ella y la tomó de las manos.

—Voy a cambiar. Voy a pintar y voy a vivir de eso. Quiero que seas feliz.

—Entonces quedate en casa dibujando —dijo Maga, y su voz tenía tono de súplica—. Con lo que gano yo podemos vivir tranquilos. No hace falta que salgas. Quedate acá, dibujá…

Frattini la abrazó. Quería curarse de esa extraña enfermedad que se había contagiado hacía mucho, hurgando debajo de los sifones. Pero no estaba dispuesto a convertirse en un mantenido. Dibujaría grandes retratos, ganaría dinero, y si no trabajaría de cualquier otra cosa decente.

—Me voy, Maga.

—¿Adónde vas? —preguntó su mujer, incapaz de disimular su angustia.

—A ver a Soldi. Él me va a ayudar.

Maga lo estrechó entre sus brazos.

Tomó un colectivo en dirección al barrio de Belgrano. En los últimos años, la ciudad había cambiado bastante. Desde la ventanilla del colectivo pudo ver hombres armados vestidos de civil que viajaban en autos sin patente y se detenían para pedirles documentos a los peatones que andaban por las calles.

Con una arquitectura señorial, la casa de Soldi parecía una casona

inglesa que había sido transportada mágicamente a la ciudad de Buenos Aires. Árboles en la puerta, una cerca de madera y un timbre que Frattini de pronto no se atrevía a tocar. ¿Se acordaría de él el maestro? Por un momento pensó en marcharse. Como un acto reflejo que ni el encierro ni sus deseos habían exorcizado, se llevó una mano al bolsillo para tocar las llaves. Alzó la vista: se detuvo a mirar los edificios lujosos que rodeaban la casa del maestro.

Entonces recordó que las únicas llaves que llevaba eran las de su casa, y que allí lo esperaban dos mujeres a las que les había prometido cambiar. Soltó las llaves con asco, se acomodó la ropa, el cabello, y al fin tocó el timbre. Desde el interior de la casa, la mujer de Soldi lo miró, confundida, incapaz de reconocer los cientos de rostros que peregrinaban hacia allí para visitar a su marido.

—¿Quién es?

—Carlos Frattini. El maestro me dijo que viniera a verlo.

La mujer hizo un gesto vago, como si no recordara nada.

—Yo pinté el retrato de Borges.

La mujer pareció aun más confundida.

—En la cárcel de Devoto —dijo Frattini con resignación.

—Ah —dijo la mujer, asintiendo. Y mientras abría la puerta cancel sonrió diciendo—: Venga, pase. Disculpe, es que viene tanta gente…

—Me imagino —dijo Frattini.

Siguió a la mujer por un pasillo cargado de cuadros enmarcados en madera. Cuando alcanzaron el living, un espacio de cuatro metros por cinco, con una enorme biblioteca atestada de volúmenes de distinto tamaño y decorada con una sobriedad franciscana, la mujer señaló uno de los sillones diciendo:

—Raúl está en el taller, siéntese que voy a llamarlo.

—Si quiere voy yo —dijo Frattini con curiosidad.

La mujer sacudió las manos, divertida.

—No. Imposible.

Cuando ella se alejó, Frattini se dejó caer en uno de los sillones de cuero amarronado. Intentó repasar todo lo que había planeado decir, pero se dio cuenta de que tenía la mente en blanco. Nervioso, se incorporó y comenzó a recorrer el salón. Vio cuadros de Soldi, y también obras de otros artistas importantes. No pudo evitar buscar su

retrato de Borges, pero no estaba. De lejos le llegó el rumor de una conversación. Volvió la vista, pero nadie se acercaba.

Se detuvo frente a una vitrina donde estaban expuestas las plaquetas que celebraban el primer premio del Salón Nacional de 1947 y el primer premio de la Bienal de San Pablo de 1948. En lugar de alentarlo, aquellos logros de Soldi lo avergonzaron. ¿Qué hacía ahí? ¿Por qué no aceptaba que era sólo un ladrón con aspiraciones de dibujante? Poco a poco, la sala comenzó a agrandarse y él, Frattini, se sintió tan pequeño como asustado.

—Salió. Felicidades —dijo una voz a sus espaldas.

Frattini se volvió y descubrió al maestro sentado en uno de los sillones. No lo había escuchado llegar, y quizá lo estuviera mirando mirar sus premios desde hacía unos minutos. Frattini se acercó y le tendió la mano.

—Es un honor, maestro.

—Siéntese. ¿Cómo se llamaba?

—Carlos Frattini.

—¿Y, Frattini? ¿Está pintando?

—Sí —mintió Frattini, y luego de un silencio se oyó suplicar—, pero necesitaría que alguien me promocione.

Soldi alzó las cejas, hasta que sus ojos se volvieron blancos.

—Y quiere que yo lo ayude.

Frattini asintió en silencio, avergonzado. No estaba acostumbrado a pedir favores, y mucho menos a gente tan importante como Soldi.

Sin decir nada, el maestro tomó el teléfono de la mesa que estaba junto al sillón y marcó un número. Mientras esperaba ser atendido, no le quitó los ojos de encima. Quizá desconfiara, o sólo buscara contemplar la dicha que su propia generosidad podía producir en aquel ex convicto.

—Estoy llamando a Canal 11 —le susurró, cubriendo el micrófono del teléfono.

Frattini sonrió.

—Hola, Antonio. Soldi habla. Sí, estamos bien. No, al final no vamos a Europa porque ando un poco achacado. La edad. Escuchame, te voy a mandar a un pupilo mío que hace unos retratos bellísimos. ¿Le podés dar lugar en algún programa para promocionar sus obras?

Frattini contuvo el aliento, y sólo volvió a respirar cuando el rostro de Soldi se deshizo en un gesto de sorna.

—Claro, lo mando con una carta de presentación. Gracias. Sí, sí, le mando.

Soldi cortó la llamada, colgó el tubo del teléfono y se cruzó de piernas para contemplar extasiado la sorpresa de Frattini.

—No sé cómo se lo voy a agradecer.

—Vístase bien, lleve las tres mejores obras que tenga, ¿me escucha?

—Sí, sí —repetía Frattini.

Con esfuerzo, el maestro se incorporó y le dio la espalda.

—Ahora espéreme acá que voy a escribir la carta para el canal.

—¿Puedo conocer el taller? —preguntó Frattini, intrigado.

Soldi se volvió para mirarlo.

—No. Espéreme que ya vengo.

Al entrar en su casa, se encontró a Maga cocinando mientras Ana hacía la tarea de la escuela. Las dos se sobresaltaron al oír el ruido de llaves, y Frattini lamentó que estuvieran tan acostumbradas a vivir solas.

—Me recibió el maestro —dijo con orgullo.

—¿De verdad? —dijo Maga, secándose las manos con un repasador.

—Sí, me consiguió una entrevista en Canal 11 para que lleve mis obras y me las promocionen.

—¿Vas a salir en la tele, papi? —preguntó Ana.

—Sí —dijo Frattini, emocionado.

Ese mismo día pensó en ir al kiosco de diarios a comprar algunas revistas para sacar los modelos de los tres retratos. Sin embargo, se dio cuenta de que no tenía un centavo en el bolsillo. Con un esfuerzo sobrehumano, aceptó pedirle ayuda a su mujer.

—Claro, Carlos. Tomá —dijo Maga, abriendo su cartera en busca de dinero.

Cuando le tendió los billetes, Frattini se sintió derrotado. Había cumplido cuarenta y seis años, y ni siquiera podía pagar una revista.

—Gracias, Maga. Es por ahora. Pero después voy a ganar guita —se

prometió.

Las semanas siguientes las pasó dibujando. Al fin, cuando tuvo los tres retratos terminados, se vistió con sus mejores ropas y les pidió a Maga y a Ana que lo acompañaran a Canal 11. Ellas corrieron a vestirse, y cuando volvieron a aparecer él las encontró más bellas que nunca.

Alcanzaron la puerta del canal a media mañana. Ana y Maga tomadas de la mano, con una sonrisa imposible de disimular. Frattini, abrazado a sus tres obras como si fueran un salvavidas y el mundo, un mar a punto de tragarlo. En la recepción presentó la nota de Soldi y le pidieron que esperara. Luego de una hora de incertidumbre, apareció un periodista que olía y respiraba humo de cigarrillos negros.

—¿Usted es el pupilo de Soldi?

—Sí —dijo Frattini tendiéndole la carta.

El hombre la leyó durante unos segundos, y luego se echó a andar por el largo pasillo que conducía a los estudios de grabación. Frattini lo vio alejarse con tristeza. Sin embargo, tras caminar diez metros, el hombre se volvió para gritarle:

—Vengan.

Frattini, su mujer y su hija se incorporaron de un salto. Siguieron al periodista por pasillos con puertas enfrentadas. Con los ojos abiertos como dos platos, Ana se volvía para señalar los decorados de las novelas que miraba.

Alcanzaron una puerta, y el guía televisivo los detuvo con seriedad.

—Ahora va a salir al aire. Vamos a mostrar sus obras y le vamos a dar espacio para que usted las promocione —dijo, y después, mirando a Maga y a Ana, agregó—: Si no hablan se pueden quedar detrás de cámara.

Ellas asintieron.

Frattini estaba tan nervioso que ni siquiera sintió los abrazos y los besos con los que su mujer y su hija le desearon suerte. La puerta se abrió para mostrarles el decorado de un programa de sábado, un falso living, el conductor con tres bailarinas y, enfrentado, un mundo de cámaras, micrófonos y gente que iba de un lado a otro sin dejar de fumar.

De pie junto a un productor, esperó que llegara su turno abrazado

a sus tres obras. A lo lejos, Maga le arrojaba besos mientras Ana se detenía a ver los monitores, los micrófonos y las cámaras.

En algún momento vio que el conductor del programa anunciaba una pausa publicitaria. Pronto el set se llenó de maquilladoras y técnicos que reparaban cosas. El productor que estaba junto a él le pidió que le entregara las obras para que las pudieran colocar en un lugar bien visible.

—En cinco entra —dijo.

Frattini asintió en silencio.

Exactamente cinco minutos después, el conductor dijo:

—Y ahora vamos a conocer a un gran dibujante, pupilo del gran maestro Raúl Soldi, que ha venido a presentar sus bellas obras.

Alguien le apoyó una mano en la espalda y lo empujó hacia adelante. Cuando se quiso dar cuenta, estaba delante de las cámaras y el conductor le sonreía con una falsedad tan agradable que parecía sincera.

—Bienvenido, Frattini.

—Carlos Frattini. Es un orgullo estar acá.

Durante una hora, Frattini respondió preguntas y describió los retratos que, gracias a Soldi, debían estar apareciendo en los televisores de medio país. Durante toda la entrevista se las ingenió para desviar sus respuestas sin necesidad de decir dónde había estado en los últimos años. Quería que lo conocieran como dibujante, y no como ex convicto. Y lo consiguió: hacia el final de la entrevista, estaba tan seguro de sí que hasta se animó a hacer comentarios divertidos que el conductor aprobaba con su falsa sonrisa. Detrás de cámara, Maga alzaba sus pulgares con una emoción que se le notaba en los ojos. Al fin, el conductor agradeció su presencia y los técnicos lo despidieron con un aplauso.

Frattini estaba feliz.

38

Pasó una semana mirando el teléfono sin recibir ni un solo llamado. Al fin, se presentó en casa de Soldi para pedirle algo que ni él sabía qué era.

—No sé, maestro, recomiéndeme a sus amigos… si no vendo cuadros no puedo vivir.

—Frattini, usted es un artista. No se olvide de eso. Y los artistas tarde o temprano se imponen.

—Tiene que ser temprano, no puedo esperar.

Soldi torció la boca en un gesto que podía ser de aburrimiento, sorna o agobio. Al fin, dijo:

—Voy a llamar a Nélida López French, la gerenta de la Editorial Musical Korn. Ella va a darle una mano.

Al día siguiente, vestido de punta en blanco, Frattini se presentó en el edificio que la editorial ocupaba sobre avenida Córdoba. Nélida lo estaba esperando por pedido de Soldi. Al verlo, lo invitó a pasar a su oficina y le ofreció un café que Frattini rechazó porque estaba demasiado nervioso como para tomar o comer cualquier cosa.

—Me dijo el maestro que usted podía ayudarme —dijo sin perder tiempo.

—Sí, ya hablé con él. Vamos a hacer una cosa: deme una semana para que le consiga fotografías de gente famosa. Después organizamos una exposición con los retratos que usted pinte y los invitamos a todos para que compren los cuadros. ¿Le parece bien?

Frattini asintió. No quería perder más tiempo. Necesitaba pintar,

necesitaba vender sus cuadros. Necesitaba tener dinero para no necesitar volver a las llaves. Esa semana, la espera se le hizo insoportable. Quería empezar cuanto antes. Cada día, antes de marcharse al trabajo, Maga abría la cartera y le preguntaba si necesitaba dinero. Entonces Frattini bajaba la mirada con vergüenza.

—No, Maga, gracias —decía.

La semana siguiente, Nélida López French lo esperaba sentada a su escritorio, con una montaña de fotografías.

—Mire, Frattini, ¿los conoce? —le dijo con una sonrisa, señalando los rostros que aparecían en las fotos.

Primero con vergüenza, luego con asombro, Frattini fue mirando las fotos de la pequeña Andrea del Boca, de Horacio Ferrer, de Nacho Manzi, Mirtha Legrand, Piazzolla, Discépolo, Troilo, Ramírez y muchos otros músicos y actores famosos que él conocía del cine y de las tapas de los discos.

—Gracias, Nélida. Muchas gracias.

No llevaba cartera. Y las fotografías eran tantas que tuvo que distribuirlas en todos los bolsillos del saco. Cuando salió de la oficina, besó a Nélida en la mejilla y se lanzó a las calles con la sensación de estar viviendo el primer día del resto de su vida.

Comenzó a pintar esa misma tarde.

Durante los dos meses siguientes, Frattini pasó más de diez horas al día inclinado sobre la mesa de la cocina, con los ojos como péndulos que oscilaban entre las fotografías y sus retratos. Sólo salía a la calle para ir a buscar a Ana a la escuela o comprar más papel de dibujo. Por la noche, cuando Maga veía los avances de sus obras, guardaba un silencio de asombro.

—Son hermosos —decía.

—Mirá, el de Pichuco va a quedar mejor que la foto —decía Frattini, satisfecho.

Un domingo, al amanecer, mientras afuera la ciudad despertaba con un sonido quedo de sirenas y motores de colectivos, Frattini dejó el lápiz sobre la mesa y se pasó una mano por el rostro. Estaba agotado. Había pasado toda la noche definiendo los últimos trazos del último retrato. Ahora que había terminado sentía que se había quedado sin fuerzas para nada. Se incorporó de la silla y comenzó a

colocar la veintena de retratos sobre el piso, uno junto al otro, para poder ver el resultado de su trabajo.

De pronto, sintió ganas de gritar.

Se dirigió al cuarto para contarle a su mujer que había terminado. Pero al entrar y ver a Ana y Maga durmiendo abrazadas, guardó silencio. Las contempló durante unos minutos.

—¿Qué hacés, Carlos? —preguntó Maga, entreabriendo los ojos.

—Las miro y pienso en todo lo que me perdí.

—¿No dormiste?

—No. Pero terminé de pintar.

Maga sonrió y abrió los brazos, invitándolo a que se acostara junto a ellas.

Hacía más de veinte minutos que Nélida López French estaba mirando los retratos, y no había dicho ni una sola palabra. Frattini comenzaba a desesperarse, pero por alguna razón no se decidía a preguntarle nada, como si no tuviera fuerzas para saber si aquello era un triunfo o su última derrota.

Al fin, Nélida tomó el teléfono de su escritorio y marcó un número. De pronto la oyó decir:

—Horacio, soy Nélida. Tenés que ver algo. No, ahora. Por favor. Nunca te pido nada —dijo con una voz que no dejaba lugar a la duda. Y después, sonriendo, agregó—: Gracias.

Colgó el teléfono y volvió a pasar la vista por los retratos. Se detuvo en el de Troilo, con un interés detectivesco.

—El Gordo quedó bárbaro, Frattini.

—No entiendo, Nélida —comenzó a decir Frattini, pero se detuvo al ver que ella alzaba una mano.

—Usted no tiene que entender nada. Sólo tiene que pintar.

—¿A quién llamó?

—¿No le gustan las sorpresas, Frattini?

No respondió. Las sorpresas nunca eran buenas. Sin embargo, guardó silencio y trató de concentrarse en el café que tenía delante, como si en eso se le fuera la vida.

Minutos, horas más tarde, alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Horacio —dijo una voz.

Cuando se abrió la puerta y vio aparecer a Horacio Ferrer, Frattini miró a Nélida con los ojos desbordados de agradecimiento. Ella le guiñó un ojo y le señaló los retratos a Ferrer.

—Te presento a Carlos Frattini, un artista que necesita ayuda —dijo Nélida.

—Mucho gusto, Horacio Ferrer —dijo el poeta.

Frattini estaba tan emocionado que no pudo decir nada.

—Quiero que me digas qué te parecen los retratos —dijo Nélida.

Ferrer se sentó y comenzó a mirar los rostros de Pichuco, la Legrand, Piazzolla. Pasaba de uno a otro con frenesí, sin detenerse más que unos pocos segundos.

—Sinceramente, me parecen fantásticos, Frattini —dijo Ferrer al cabo de unos minutos de silencio.

—Gracias —dijo Frattini, con un esfuerzo sobrehumano.

—Horacio: quiero que escribas un poema para cada retrato —dijo Nélida.

—¿Original?

—Original. Sólo van a salir en los cuadros. Eso va a hacer que la gente se interese más. ¿Qué decís?

Horacio Ferrer miró a Frattini con un gesto ambiguo.

—Espero no arruinarlos —dijo después, tan generoso como su sonrisa.

Frattini ya no pudo contenerse.

—Maestro, no sé cómo agradecerle. Y a usted, Nélida. Gracias. Gracias a los dos.

—En un mes hacemos la muestra en el microcine. Ya pueden empezar a trabajar.

A fines de julio de aquel año, 1976, cada uno de los veinte retratos tenía un poema original escrito y firmado por Horacio Ferrer. Al ver el resultado de aquellos meses de trabajo, Nélida le auguró un éxito inmediato.

—Soldi tenía razón. Usted es un artista. Prepárese, porque todos van a querer un retrato suyo.

39

Vestidos con sus mejores ropas, Frattini, Maga y Ana tomaron un taxi en dirección a la avenida Córdoba. A través de las ventanillas del auto, Frattini creyó notar que la gente lo observaba. Se sentía importante. Y más importante se sintió cuando, apenas al llegar, lo rodearon tres periodistas para fotografiarlo posando con sus cuadros.

Nélida estaba exultante.

—Confirmaron todos. Va a ser un éxito.

No mentía. A medida que pasaban los minutos, el microcine donde estaban expuestas sus obras se iba llenando de periodistas y gente famosa y desconocida. Pronto, se vio frente a aquella niña que salía en televisión y que había retratado con tanto esmero.

—¿Viste que bien saliste en el cuadro, Andrea? —dijo Nélida.

La niña miró su rostro retratado y después a Frattini. Tenía la misma edad que Ana, pero estaba vestida como una princesa. El flash de una cámara cegó a Frattini por unos segundos.

—Gracias por el regalo —dijo la niña.

Nélida sonrió con incomodidad.

—Si te gusta el cuadro podés comprarlo, ¿no, Nicolás? —dijo, mirando al padre de la niña con nerviosismo.

El padre asintió, y en ese momento se alejaron para saludar a Tania, la mujer de Discépolo, que acababa de entrar al microcine. Cuando se quedaron solos, Nélida le dijo a Frattini en voz baja:

—Tranquilo, está saliendo todo bien.

Pero a Frattini le resultaba imposible relajarse y disfrutar el

momento. No le interesaban los cumplidos, tan sólo quería asegurarse de vender sus cuadros.

—Zita, fue él.

—Sonrían —dijo una voz.

Nélida, Frattini y Zita posaron para la cámara.

Frattini trató de concentrarse en lo que oía. Zita. Conocía el nombre. Dejó de mirar al fotógrafo para descubrir a la mujer que, junto a él, se llevaba un dedo al ojo derecho para detener la caída de una lágrima. Nélida le pasó un brazo por los hombros y la besó sobre el cabello.

—¿Quedó lindo?

—Hermoso. Gracias por pintar a mi gordito —dijo Zita con nostalgia.

—Yo lo admiraba mucho —dijo Frattini.

—Gracias. No lo venda que me lo voy a llevar yo —dijo Zita, señalando el retrato de Troilo.

Supo que había llegado Soldi con sólo oír los aplausos. Rápidamente, Frattini se acercó a Maga y Ana, que, en un rincón, comentaban en voz baja la entrada de cada famoso.

—Esto es increíble, Carlos.

—Vení, Maga, quiero que conozcas al maestro.

Los tres se acercaron al grupo que asfixiaba a Soldi con cámaras fotográficas y sonrisas embelesadas. Al verlo, el maestro lo señaló con el mentón.

—¿No le dije que los artistas terminan imponiéndose? —dijo Soldi.

—Gracias por todo, maestro. Le presento a mi mujer y a mi hija.

Pronto, Nélida lo apartó de los periodistas para darle la segunda buena noticia de la tarde.

—La secretaria de Ariel Ramírez pidió que le lleves el retrato en la semana —dijo, extendiéndole una tarjeta.

Frattini se la guardó en el bolsillo.

Los famosos y los desconocidos continuaron acercándose a Frattini durante toda la exposición. Los saludaba con paciencia, agradecía los cumplidos y prometía nuevos retratos. Cuando el público comenzó a marcharse, él había descubierto dos cosas: que sus retratos eran un éxito, y que el éxito era algo demasiado intangible para sus

necesidades. Al de Troilo y Ramírez, se habían sumado apenas dos ventas más. Frattini ni recordaba de quiénes eran los retratos vendidos. Le daba lo mismo. Sólo pensaba que con ese dinero podría vivir dos, tres meses a lo sumo.

Poco a poco, el microcine comenzó a vaciarse de gente.

Soldi fue uno de los últimos en marcharse. Cuando Frattini vio que comenzaba a despedirse de quienes lo rodeaban, se acercó con una idea fija.

—Maestro, quiero hablar con usted.

—Dígame, Frattini.

—Esto va a ir lento, ¿no? —dijo Frattini, señalando los cuadros con un gesto vago.

—Sí. Puede llevar años. Pero va a terminar imponiéndose en el mundo del arte. Está condenado al triunfo, Frattini.

Soldi lo palmeó. Un gesto paternal que Frattini agradeció con una sonrisa, pero que no le bastaba para calmar a sus demonios.

—Maestro, le pido un favor. Yo voy a seguir dibujando…

—Tiene que seguir dibujando. ¿No vio a esta gente? Se emocionan con lo que usted pinta —dijo Soldi.

—Yo voy a seguir pintando en mis ratos libres… pero… hasta que me meta en el mercado del arte… ¿no me puede conseguir un laburito de cualquier cosa?

Soldi cerró los ojos con fastidio. Después apoyó sus manos en los hombros de Frattini y, mirándolo a los ojos, dijo:

—¿Trabajar? Olvídese, Frattini. Usted es un artista. Y los artistas pintan, no trabajan.

En silencio, Frattini lo vio colocarse el sobretodo y el sombrero.

Antes de marcharse, le dijo:

—Tenga paciencia. Usted es un artista.

A medida que Soldi se alejaba, Frattini creyó sentir que el microcine se llenaba con una bruma pesada, tan sólida como para alzarlo y sostenerlo en el aire, por sobre la cabeza de los periodistas que volvían a retratarlo. De pronto, una voz lo devolvió a la realidad.

—¿Vamos, Carlos?

Maga lo tomó de la mano con afecto. En ese momento se acercó Nélida.

—Lo está esperando Zita, Frattini. Quiere que le lleve el retrato usted en persona.

Las sorpresas nunca eran buenas. Pero aquélla era maravillosa. Era un artista, y la mujer de Aníbal Troilo quería que le llevara el retrato de su marido a la casa.

—Andá, Carlos. Nos vemos en casa. Saludá a papi, Anita.

Besó a su mujer y a su hija y siguió a Nélida hasta la puerta. Allí, un empleado de la editorial sostenía el retrato de Pichuco envuelto en papel madera. Al verlo acercarse, Zita dijo:

—¿Es mucha molestia si viene a casa?

—Es un honor, Zita —respondió Frattini.

Cuando llegaron, Zita bajó del auto con el retrato atesorado entre sus brazos. Al ver la indecisión de Frattini, lo animó diciendo:

—Venga, Frattini, no sea tímido.

Él se apuró a bajar, y luego la siguió por la vereda y entraron juntos a la casa. Apenas pisar el living, Frattini se detuvo en seco. Nunca había visto tantos retratos juntos de una misma persona. Decenas de Pichucos lo miraban con gesto altanero desde las cuatro paredes. Zita lo dejó observar los cuadros en silencio. Frattini la miró, confundido. ¿Para qué quería otro retrato?

—No se quede ahí parado, venga. Descuelgue ese cuadro —dijo Zita, señalando el retrato más grande de todos.

Él obedeció. Parado sobre una silla, retiró el cuadro enmarcado y lo apoyó en el piso.

—Ahora cuelgue el que pintó usted.

Lo hizo, y luego se sentó junto a Zita en el sillón que estaba enfrentado a aquella pared, donde su Pichuco los miraba con ojos de carbón. Sin dejar de mirar el cuadro, Zita le apoyó una mano en la rodilla diciendo:

—Lo pintaron todos. Con pinceles, al carbón, de todas formas. Pero usted es el único artista que capturó su verdadera mirada, Frattini.

Aturdido, Frattini permaneció algunos minutos compartiendo la nostalgia silenciosa de Zita. Luego, ella le entregó el cheque y lo despidió sin moverse, concentrada en sus propias lágrimas y en aquel Pichuco pintado al carbón que parecía regresar desde la oscuridad de la muerte.

Esa noche, al acostarse, Maga se acurrucó contra su cuerpo.

—¿Estás contento?

—Sí, pero vendí sólo cuatro cuadros.

—¿Qué importa? De a poco los vas a ir vendiendo todos. Quedate acá dibujando. Yo trabajo. Yo puedo ganar plata —dijo Maga con una generosidad tan sincera y despreocupada que a Frattini lo llenó de vergüenza.

—Es tarde, Maga. Tenés que descansar.

Frattini cerró los ojos. “Soy un artista”, fue lo último que pensó antes de dormirse.

40

El retrato que había pintado estaba colgado sobre la pared principal de la oficina de Ariel Ramírez. Debajo del cuadro, indiferente a todo salvo a sus triviales conversaciones telefónicas, la secretaria le hizo un gesto desganado para indicarle que se sentara.

Con ansiedad, Frattini esperó que terminara la llamada. Entonces, se incorporó diciendo:

—Vine a cobrar el cuadro. Me dijiste que viniera esta semana.

—No tenés suerte. El maestro sigue reunido. Si querés esperar…

Frattini se dejó caer en un sillón con fastidio. Era la cuarta vez que se presentaba en la oficina. Para entonces los flashes de los periodistas se habían apagado. Los diarios habían dejado de hablar de la muestra. Todos los interesados en sus cuadros habían encontrado excusas para no comprarlos. Soldi seguía insistiendo en que era un artista, y como tal no debía perder tiempo trabajando como el resto de los mortales. Y Ramírez, el maestro, seguía tan ocupado que ni siquiera parecía tener un minuto libre para firmar el cheque que Frattini esperaba.

El dinero que había ganado con la venta de los otros tres cuadros estaba a punto de terminarse. En un mes había pasado de la exaltación, de la confianza ciega en su triunfo, a esa sensación de abatimiento que le generaba el rechazo de aquellos famosos que lo habían adulado con frases huecas que no se habían animado a acompañar con un cheque a su nombre.

Pasaron los minutos, las horas. Frattini seguía sentado, esperando que la puerta de la oficina de Ramírez se abriera. Pero permanecía

cerrada, y sólo se abría para dejarle paso a otra gente. La secretaria era inconmovible. A lo largo de sus visitas, ya había probado con todo: bostezar con la boca destapada, tamborilear los dedos sobre la mesa ratona, cruzarse y descruzarse de piernas, resolplar mirando el reloj… pero nada parecía suficiente como para llamar la atención de aquella mujer hermosa que lo ignoraba.

Al fin, se incorporó diciendo:

—No puedo esperar más.

—Vení la semana que viene.

Frattini sintió que la sangre comenzaba a correrle más rápido por las venas. De pronto, la secretaria se le reveló como lo que en verdad era: una pituca que lo menospreciaba y lo trataba como escoria.

—¿Sabés? Yo no vengo a que me paguen de lástima. Yo no pinto por caridad, ¿me entendiste?

Aburrida, la secretaria puso los ojos en blanco.

—No puedo hacer nada.

Entonces Frattini ya no pudo contener su ira. Se sentía estafado: no sólo por Ramírez, sino por Soldi, Nélida y todos los que le habían prometido aquel paraíso que ahora se desmoronaba sobre su espalda y lo obligaba a inclinarse sobre el escritorio de la secretaria que lo miraba con desidia.

Señaló el retrato de Ramírez, colgado sobre la secretaria.

—Si no me pagás, me llevo el cuadro —dijo, avanzando hacia la pared.

La secretaria de Ramírez se incorporó. Parecía nerviosa. Después de todo no era tan insensible como Frattini pensaba: al menos había sentido miedo de que su jefe la reprendiera al notar la ausencia del cuadro. Sintió que lo tomaba del brazo, y entonces se volvió para mirarla.

—No se enoje, Frattini —dijo, con un respeto que nunca antes le había mostrado. Y, alejándose agregó—: Espere que voy a hablar con él.

Frattini sólo soltó el cuadro cuando la vio entrar a la oficina de Ramírez. Diez minutos después, el cuadro seguía colgado de la pared, y Frattini se marchaba con el cheque en sus manos.

Cada vez que la llamaba para averiguar si los compradores habían

dejado una seña para los retratos que habían reservado, Nélida, avergonzada, volvía a apostar al futuro que se le negaba:

—No me pagaron. Pero ya van a venir otros compradores. Tus cuadros son excelentes.

—Necesito plata. ¿Podés conseguirme un trabajo, Nélida? —rogaba Frattini.

—No, Soldi te lo dijo: concentrate en tu obra.

Pero eso era imposible. ¿Para qué se iba a quemar los ojos pintando retratos que nadie quería comprar? De pronto se sentía vencido, derrotado. Hacía cinco meses que había salido en libertad y aún no había logrado reinsertarse en la ciudad que parecía mirarlo de costado, adularlo de frente y traicionarlo por la espalda.

Un día de diciembre Maga regresó del trabajo y lo encontró mirando la ciudad a través de las ventanas. Al oírla llegar, Frattini se volvió.

—Estás pálida —le dijo, acercándose a ella.

—Pálida y embarazada —dijo Maga, con una sonrisa cansada.

Frattini contuvo el aliento. Creía haber oído mal.

—¿Embarazada?

—Vamos a tener otro hijo.

Frattini la abrazó con una felicidad y una desolación que le nublaban la vista. Iba a tener otro hijo y ni siquiera tenía dinero para comprarle pañales.

Hacía más de dos meses que no sabía nada de Soldi. Él, como los demás, también parecía haber olvidado las promesas. Sin embargo, el maestro no se sorprendió con su visita.

—¿Y, Frattini? ¿Cómo van sus obras?

—Voy a tener un hijo. Necesito un trabajo, maestro.

—No voy a ayudarlo a arruinar su carrera de artista.

—Pero…

—Nada. Pinte. Pinte y vuelva a pintar —dijo el maestro, incapaz de asomar la cabeza por fuera de su confortable burbuja.

Al salir a la calle, Frattini se sintió más solo que nunca. Los deseos de Soldi no servían para pagar las cuentas ni para acallar esa voz que parecía volver a hablarle en su interior después de meses de ausencia.

Nervioso, comenzó a caminar por las calles de Belgrano en dirección al Centro. De a ratos, observaba los edificios, las ventanas cerradas y a los porteros que se apuraban a terminar de lustrar los picaportes de bronce antes de marcharse a dormir la siesta. La esperanza de conseguir un trabajo se había diluido hasta convencerlo de que eso nunca pasaría. ¿A quién quería engañar? De presentarse en un empleo cualquiera, sus patrones no tardarían en despedirlo al conocer su prontuario. Además, ¿qué experiencia tenía? No sabía hacer otra cosa que dibujar y robar.

El embarazo de Maga avanzaba al mismo ritmo que la desesperación de Frattini. Incapaz de concentrarse en sus dibujos, absorbido por sus frustraciones, lo único que lo tranquilizaba era estar en la calle. Una tarde estaba caminando por avenida Santa Fe cuando escuchó que alguien lo llamaba. Se volvió hacia un lado y otro, pero los peatones pasaban junto a él sin prestarle atención.

—Acá, loco, ¿estás ciego?

Siguió la voz con los ojos, y descubrió un rostro que le sonreía desde el asiento del conductor de un auto último modelo.

—¿Danilo?

—Vení, atorrante. Subí.

Rodeó el auto y entró para sentarse junto a Danilo, que lo abrazó con afecto.

—¿Qué hacés, Pistola? Tanto tiempo…

Hacía años que no se veían. Desde el 73, cuando Danilo fue liberado poco antes del episodio con los guerrilleros. Al verlo, Frattini sintió algo extraño, como una inyección de energía que le devolvió el alma al cuerpo.

—¿Qué hacés con este autazo? ¿Te salvaste? —preguntó Frattini, sonriendo.

—Soy chofer de un estudio de abogados —dijo Danilo, mientras aceleraba y conducía el auto en dirección al Bajo.

—Entonces cambiaste —dijo Frattini, algo desilusionado.

—Nosotros nunca cambiamos, Pistola.

Frattini guardó silencio. Danilo no se equivocaba. Algunas cosas son imposibles de cambiar. En los últimos meses de angustia Frattini

se había convencido de eso y de muchas otras cosas que hasta entonces no se había animado a aceptar.

—Necesito un juego de llaves para salir a laburar —dijo de pronto.

—Eso es fácil.

—Pero tenés que hacerme un favor —dijo después, y con cierta vergüenza y algo de abatimiento, agregó—: Tenés que venir a casa y decir delante de mi mujer que me conseguiste laburo de chofer.

41

Desde la sala de espera del hospital, Frattini pudo oír los gemidos de Maga y luego el llanto vigoroso de una criatura.

—Es un varón —dijo Maga, exhausta y feliz, con el niño dormido entre sus brazos.

Frattini estaba exultante. Acariciaba las llaves que guardaba en sus bolsillos como una plegaria. Se compraría un auto y una casa. Su mujer y sus hijos nunca necesitarían nada que él no pudiera darles. No le importaba otra cosa que eso.

Ese día, cuando sus hermanas se acercaron al hospital a conocer a su nuevo sobrino, Frattini les dijo con nostalgia:

—Miren, heredó el pelo y los ojos de su abuelo.

—Ojalá que sea lo único que heredó de él —dijo Francisca y luego, mirando a su hermano, preguntó—: ¿Y vos en qué andás?

—Es chofer de abogados —respondió Maga, acariciando la mano de su marido avergonzado.

Si bien Danilo trabajaba de chofer como pantalla sólo para esconder su verdadera vocación, a veces debía cumplir con el estudio y se ausentaba de las calles. Entonces Frattini salía solo, algo que nunca le había gustado. Por eso, la segunda vez que Danilo lo dejó esperando en La Churrasquita pensó que era hora de buscar a alguien que lo suplantara. Pensó en todos los compañeros que había tenido hasta entonces. Les había perdido la pista, algunos llevaban años encerrados.

Hasta el gran Villarino había caído preso en España, tras robar varios millones en un banco de Marbella.

Durante días, Frattini se dedicó a pensar. Desde que había sido liberado, Carlos, el portero, le preguntaba cuándo volverían a las calles. A Frattini aquel hombre lo preocupaba. Era lento, torpe y vestía mal. Pero parecía desesperado y necesitaba ayuda. Al fin, una tarde Frattini le dijo que se preparara.

—Si te vestís bien, mañana salís conmigo.

Los ojos del portero se abrieron como platos.

1977 terminó con una gran cena en casa de Frattini. Había comprado regalos para toda su familia, también comida y bebidas, hasta un árbol de Navidad que su hija decoró con los dibujos que ella misma había pintado. La felicidad de Maga lo emocionaba tanto que a veces olvidaba el engaño.

El primer domingo de enero, mientras Maga y los chicos dormían la siesta, a Frattini se le ocurrió una idea. Llevaría a su familia a descansar a la costa. Ya podía imaginar a Ana corriendo tras las olas, a Alejandro en brazos de su madre, hermosa, inocente, bronceada. Pero para eso debía juntar más dinero.

Miró el reloj. Le quedaban unas horas antes de la cena. Tenía un presentimiento. Con cuidado, se vistió sin hacer ruido y garabateó una nota con cualquier excusa.

En el primer departamento al que entró confirmó todos sus presentimientos. Una vitrina de cristal le ofrecía un juego de tres piezas de plata. Con cuidado, abrió la cristalera y tomó una de las piezas para sopesarla. Se sorprendió de lo pesada que era. La hizo girar, la raspó con una llave. Con ansiedad, se guardó las piezas que pagarían las vacaciones y regresó a su casa.

Al verlo entrar, Maga le preguntó dónde había estado.

—Me llamaron para hacer un viaje. El doctor tenía que ir a Ezeiza para tomar un vuelo.

—No escuché el teléfono —dijo Maga, mientras le daba de mamar a Alejandro.

Frattini sonrió para ahuyentar su vergüenza.

—Si dormían como troncos —dijo, besando a su hijo en la frente.

Al día siguiente, Carlos lo esperaba en la puerta con la mirada y el ánimo en el piso.

—Ojalá que nos vaya bien —dijo a modo de saludo—, necesito plata.

Los deseos de Carlos se convirtieron en una sombra que los persiguió todo el día. Cada cajón que abrían, cada ropero, parecía burlarse de la necesidad del pobre portero de edificio.

—Volvamos —dijo Frattini cuando su reloj marcó las seis y media de la tarde.

—Sigamos un poco más, a ver si consigo plata.

—No, nos vamos.

Habían visitado siete edificios de los que sólo les habían quedado unos pocos billetes y cuatro piernas entumecidas de cansancio. Últimamente, Frattini sentía que las fuerzas lo abandonaban. Ya no era tan ágil, y con la agilidad, también había perdido algo de su antigua inconsciencia.

Quería estar en su casa. Sin embargo, el rostro abatido del portero le daba lástima. Más de una vez algún compañero suyo le había dado dinero para calmar sus necesidades. Frattini no lo olvidaba. Por eso, al llegar al edificio en que vivían le pidió al portero que lo esperara en la calle.

Cansado, subió las escaleras hasta su casa, saludó a su familia y se metió en el cuarto. Después, con los bolsillos cargados de joyas disimuladas, le dijo a Maga que debía salir un momento.

—No te vayas, papi, vienen los Reyes Magos. Esperalos vos que yo me tengo que ir a lo del abuelo… —dijo Ana.

—Vuelvo en un rato para esperarlos —respondió Frattini.

De regreso en la calle, rebuscó en sus bolsillos hasta encontrar una de las tres piezas de plata que había robado el día anterior. Sin agregar nada, se la tendió a Carlos.

—Esto vale una fortuna, Carlos —dijo el portero.

—Te va a ayudar por unos días —dijo Frattini, y al ver que su compañero seguía mirando la pieza en plena calle, se apuró en decir —: Guardala, ¿o querés que sospechen los vecinos?

—Gracias.

Se despidió del portero y tomó un taxi en dirección al Centro.

Últimamente no se animaba a conservar sus botines más de veinticuatro horas. José no pudo evitar sus gestos de admiración al ver semejantes piezas.

—No me canso de decirlo, Pistola: sos el mejor.

—Gracias, pero me tengo que ir rápido.

—Tomá.

Las piezas valían tanto que José ni siquiera se molestó en contar los billetes que le daba. Al fin, con los bolsillos llenos de dinero, Frattini salió a la calle y tomó un colectivo hacia el barrio de Once. Buenos Aires anochecía impregnada de una humedad que parecía bañar la ciudad con una parsimonia que demoraba cada movimiento de las calles. El aire parecía detenido. Al bajar del colectivo, Frattini sintió la camisa pegada a su cuerpo sudado. Necesitaba una ducha.

Maga estaba preparando los morrones asados que a él tanto le gustaban. Al verla inclinada sobre la mesada de la cocina, con las piernas aún hinchadas por el parto, la quiso más que nunca.

Su hijo dormía con la placidez que sólo se les permite a los niños.

Frattini se alejó de la cuna para acercarse a su mujer.

—No trabajes más. Basta —dijo, quitándole el delantal de cocina y el cuchillo que tenía en la mano. Después, mirándola a los ojos, le anunció—: Ponete linda. Vamos a comer afuera con Alejandro.

Maga sonrió.

—¿Y los morrones?

—Los dejamos para mañana. Dale, me pego una ducha y salimos.

Besó a Maga y entró al baño.

Se quitó la ropa, se metió en la ducha.

Abrió el agua caliente. Acercó el rostro.

Entonces, en el mismo instante en que el agua tibia le caía sobre la cabeza, la puerta del baño se estremeció con un golpe. Antes de que pudiera cerrar la canilla, vio que un tipo corría la cortina y lo encañonaba.

—Frattini, estás detenido.

“Maga”, pensó Frattini mientras alzaba los brazos. “La perdí para siempre.”

—Vestite, hijo de puta.

Mientras volvía a ponerse la ropa que se acababa de quitar, sobre

el cuerpo mojado, oyó que afuera del baño un policía decía:

—Su marido está metido con la guerrilla, señora.

—No —comenzó a decir, pero un golpe le impidió seguir hablando.

Lo esposaron ahí mismo, en el baño. Luego, lo empujaron hacia el living. Con la mirada en el suelo, Frattini buscó los pies de Maga. No hubiera soportado mirarla a los ojos. Pero ella no estaba, y Alejandro tampoco. Mientras salía del departamento, rodeado de policías, pudo sentir el olor de los morrones asados, como el perfume de un cadáver en plena descomposición.

—Caminá, hijo de puta.

Estaba muerto en vida. Lo había perdido todo. Ni siquiera tenía fuerzas para mover los pies. En la puerta del edificio lo esperaban dos Falcon. En el segundo, el idiota del portero lo miraba con los ojos llenos de lágrimas. Lo subieron al primer auto y junto a él se sentaron dos tipos que le apuntaban con Itakas. Cuando la caravana comenzó a alejarse, Frattini tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no ceder al llanto.

El viaje fue más corto de lo que pensaba. Al llegar a Plaza Once, los autos se detuvieron. Lo obligaron a bajar y también a acostarse boca abajo en el piso húmedo de la plaza. El calor era insoportable. Si lo habían confundido con un guerrillero podían asesinarlo ahí mismo y luego declarar que había intentado escaparse.

Al fin, por alguna razón que no podía comprender, los policías le patearon la cabeza y lo obligaron a que se levantara. Volvieron al auto, volvieron a girar por las calles. No le importaba a dónde lo llevaban. No le importaba nada. Sólo le importaban el dolor, la tristeza y la desilusión que Maga debía estar sintiendo en ese momento, sola, abandonada a su suerte con dos niños tan pequeños.

Lo condujeron hasta una oficina que tenía las ventanas tapiadas y una cama sin colchón. Cuando lo desnudaron y lo tendieron sobre los elásticos de la cama, Frattini aceptó que merecía el encierro y la brutalidad de la tortura.

42

El 9 de enero de 1978, después de estar incomunicado durante cuatro días en los que vivió a pan, agua, picana y golpizas, Frattini fue conducido al pabellón 5º de Devoto. Sus antiguos compañeros se acercaban a saludarlo, pero él les respondía con monosílabos, como si estuviera ausente.

Aquella semana la pasó en silencio. Cuando, a veces, algún compañero se acercaba con un novato para pedirle que le contara la historia del Yerbatero, Frattini los despedía moviendo las manos, rogando que lo dejaran en soledad con sus pecados.

El primer domingo del último encierro se prometió que no iba a llorar por la ausencia de Maga. Pero al verla cruzar la reja, no pudo contenerse.

—Viniste —dijo con un hilo de voz.

Maga lo miraba con unos ojos nuevos, desilusionados.

—No sé para qué. Me cagaste. Me hiciste una promesa y te cagaste en la promesa, en mí y en tus hijos.

—Estoy arrepentido.

—Ya no me sirve eso.

Frattini no pudo seguir hablando. Al fin, harta de su silencio y de sus propias quejas, Maga se incorporó y se marchó sin despedirse.

“No va a venir más”, pensó Frattini.

Pero al domingo siguiente su mujer volvió a presentarse. Durante los dos primeros meses que permaneció encerrado, no faltó a una sola visita. Frattini sentía culpa por ella. No quería someterla a la requisa,

no quería que se contaminara con las miradas, el aire y la violencia de aquel lugar. La había perdido, y debía dejarla en libertad. Por eso, un domingo de marzo le dijo:

—Mirá, Maga, me van a dar más de diez años. Sentite libre para hacer lo que quieras. Yo te autorizo.

—¿Me autorizás? Hijo de puta. ¿Me decís que me autorizás?

—No grites, Maga.

—Te voy a gritar todo lo que quiera. Me cagaste la vida. Yo quería ser feliz con vos.

Frattini no pudo o no quiso reaccionar. No sabía qué decirle. Ya no servían las excusas. De pronto, sintió un enorme peso sobre sus hombros. Apoyó la cabeza sobre la mesa y cerró los ojos. Allí se quedó hasta que se fueron las últimas visitas y el pasarela comenzó a gritar para que los internos regresaran a la soledad de sus camas.

Poco a poco volvió a acostumbrarse al encierro. Eso también era como andar en bicicleta: pronto las historias que contaban sus compañeros comenzaron a repetirse, a cobrar una envergadura majestuosa e irreal con el paso de los días. Volvió a acostumbrarse a los insultos de los guardias, a la violencia contenida de sus compañeros. Entonces comprendió que no había peor soledad que la de sentirse rodeado por extraños que le recordaban sus propios errores con una admiración que a él lo avergonzaba.

Un día de marzo, mientras tomaba mate sentado en su ranchada, uno que se llamaba Rosado le dijo:

—Pistolita, mirá que entre hoy y mañana viene la requisa. Guardá todo.

Eran las ocho y media de la mañana, y tras las rejas que delimitaban el pabellón vieron un movimiento extraño. Un guardia miraba hacia el hueco de las escaleras que conducían a los pabellones 6º, 7º y 8º con un fusil entre las manos. Pronto, en el techo del pabellón 5º donde estaba Frattini se oyeron golpes, pasos apurados. Entonces el aire se quebró con el grito desesperado de otros guardias que bajaban con sus bastones en alto por las escaleras, corriendo a toda velocidad como si escaparan de algo.

—Abran la puerta, rápido —gritó el pasarela.

Era la requisa. Frattini y Rosado se incorporaron, creyendo que entrarían al pabellón. Pero los guardias continuaron bajando por las escaleras, dando la voz de alarma.

—¿Qué mierda pasa? —preguntó Rosado.

—Hay quilombo arriba —dijo un interno que se había trepado a una ventana.

Frattini había pasado demasiados años detenido y podía imaginarse lo que pasaba. Lo confirmó minutos después, al ver al batallón de guardias armados con fusiles y pistolas que volvía a subir las escaleras en dirección a los pabellones superiores, donde residían los delincuentes más peligrosos de Devoto.

—Motín —dijo Frattini.

Entonces oyeron las primeras explosiones. El techo se sacudió. Parecía que todo el penal comenzaría a derrumbarse. Sin embargo, las paredes seguían estando ahí, firmes, altísimas, como un velo que les impedía ver lo que ocurría.

Poco a poco, Frattini y los demás internos del pabellón 5º se fueron acercando a la reja.

—Los están matando a todos —dijo uno.

—Hijos de puta —gritaron los demás.

El celador que custodiaba la puerta estaba pálido. Sus ojos iban desde la reja a las escaleras, por donde seguían subiendo más y más guardias armados. De pronto, como si despertara de un largo sueño, Frattini cayó en la cuenta de dónde estaba. Había perdido a su familia y el confort de su casa para morir allí, enterrado bajo los muros de Devoto.

—¿Qué pasa? —le preguntó al celador.

—Salgan de las rejas —gritaba el pasarela, con el rostro desfigurado por vaya a saber uno qué atrocidades.

A su alrededor, Frattini vio a sus compañeros sumirse en el miedo, en la angustia de saberse en peligro. Algunos lloraban, rezaban. Otros, como Frattini, guardaban un silencio desesperado.

—¿Olés eso? —le preguntó Rosado.

Frattini olió el aire. Algo se quemaba arriba de ellos.

Durante cuatro horas permanecieron junto a las rejas. Al fin, un grupo de guardias con los uniformes sucios y los rostros desencajados

corrió hasta la reja con los bastones en alto:

—Mierdas, contra la pared —gritó uno.

Frattini y los demás obedecieron.

Pudo sentir el olor a vino que despedía el aliento del guardia que lo cacheaba con violencia. En verdad, todos los guardias parecían enajenados. Estaban agitados, sudaban, y la furia de sus rostros dejaba entrever cierto pavor, cierta desesperación que trataban de acallar con golpes e insultos.

Cuando terminó la requisa, uno de los guardias dijo:

—Pabellón que se levanta, los matamos a todos.

Al fin, los guardias se marcharon dejando a los internos del pabellón 5º inmersos en un silencio absoluto. Ninguno se animaba a hablar. No por miedo, sino porque sabían que algo terrible había pasado.

Por la tarde, cuando los gritos y los estruendos eran apenas ecos que sólo sonaban en la memoria de los presos, Frattini vio que en las escaleras volvía a haber movimiento. Se acercó a la reja para ver cómo arrojaban bolsas de nylon de color negro desde los pabellones superiores. No hizo falta que las abrieran para que él supiera qué contenían. El olor era espantoso. Frattini se sobresaltó al sentir una mano sobre su hombro.

—Los mataron a todos —dijo Rosado.

Por miedo a que los internos se amotinaran al conocer la noticia, el director de Institutos Penales, el asesino coronel Dotti, prohibió que bajaran al patio durante dos largos e insoportables días. Al tercero, al fin pudieron salir al aire libre. Sin embargo, Frattini creía seguir oliendo el olor a cadáver quemado que había respirado durante los últimos días. En el patio descubrió a Amada, su antiguo compañero, mirando el suelo con abatimiento. Se acercó a él, le apoyó una mano en el hombro.

—¿Todo bien?

—Pistola —dijo Amada, como si le hablara desde otro mundo.

—¿En qué pabellón estás?

—En lo que queda del 7º.

—La cosa fue ahí, ¿no?

Amada asintió. Sus labios se movían como si estuviera recitando

una plegaria muda o estuviera aguantando las ganas de llorar. Frattini se sentó junto a él. Durante unos minutos lo acompañó en su silencio.

—¿Estás bien, Amada?

Su antiguo compañero se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Los quemaron a todos, Pistola. Los hicieron mierda. No sabés cómo gritaban.

Pronto, otros internos fueron acercándose a Frattini y Amada con un rumor de suspiros e insultos. Todos querían escuchar. Y aunque Frattini creía que Amada no quería recordar lo que había vivido, al oírlo hablar comprendió que nunca más dejaría de ver el fuego del que había escapado.

—La noche anterior al motín unos muchachos de los grosos estaban mirando la tele. A las doce, el pasarela les gritó que apagaran todo y se fueran a dormir. Faltaban veinte minutos para que terminara la película, y los muchachos siguieron viendo tele. ¿Alguien tiene un cigarrillo? —dijo Amada.

Uno de los internos le ofreció un paquete. Amada tomó un cigarro y lo encendió. La primera pitada le provocó un ataque de tos. Los ojos parecían salirse de su rostro, que pronto se le volvió púrpura. Carraspeó.

—Todavía tengo los pulmones llenos de humo —dijo, y escupió al piso. Después apagó el cigarro y continuó—: El pasarela se puso loco. Los muchachos le gritaban que si quería que apagaran la tele que bajara y lo hiciera él. El puto no se animó.

—Desde arriba grita cualquiera —dijo Rosado.

—A las doce y media estaban todos durmiendo. Pero el pasarela estaba caliente, los seguía puteando. Y a la mañana llamó a la requisa para que fuera a primera hora. Nosotros ya sabíamos que iban a venir con todo a llevarse a los muchachos de la tele. Así que los estábamos esperando. Cuando quisieron entrar, los cagamos a trompadas. ¿Tanto quilombo por veinte minutos de tele? —dijo Amada, y ya no pudo seguir hablando.

Lo vieron toser, lo vieron escupir saliva negra.

—Dejá, Amada. Callate que te hace mal —dijo Frattini.

Amada le sonrió.

—Pistola, qué lindo verte.

—¿Y qué pasó con la requisa? —preguntó uno.

—Se fueron corriendo por las escaleras —dijo Amada.

—Nosotros los vimos bajar —recordó Frattini.

—Pero iban a buscar a otros verdugos. Lo sabíamos. Por eso empezamos a amontonar los colchones y las almohadas contra las rejas, para que no pudieran pasar. Al rato volvieron. Nos gritaron que saliéramos. Algunos les hicieron caso: corrieron los colchones para poder salir, pero en vez de abrirles la reja los ratis empezaron a disparar. Tiraban con todo, los muchachos caían gritando —dijo Amada, y bajó la mirada antes de seguir hablando—: Había un pibe, jovencito, le decían el Cebolla porque antes de matar hacía llorar a sus víctimas. Se asustó tanto con los tiros que les tiró un calentador prendido a los canas contra la reja. Ahí se prendieron fuego los colchones, en un segundo todo el pabellón se estaba quemando. El humo era insoportable. Algunos se treparon a las repisas para respirar aire de las ventanas, pero empezaron a caer como moscas. Los hijos de puta se habían puesto arriba y tiraban con ametralladoras desde arriba, nos querían matar a todos. Los gritos y el olor a carne quemada eran insoportables. Disparaban a matar. Nosotros gritábamos pidiendo ayuda y nos seguían tirando. Los muchachos corrían por el pabellón con las pilchas prendidas fuego, el pelo, las manos…

—¿Y vos cómo te salvaste? —preguntó un interno con un tono demasiado desconfiado.

Frattini lo miró directo a los ojos y el tipo no volvió a hablar.

—Me fui con otros dos al baño. Abrimos las canillas y nos tiramos al piso hasta que pararon los tiros. Después, cuando ya no se escuchaba nada, entraron los turros. Nos sacaron a los golpes. Había heridos y muertos por todos lados. Los muchachos carbonizados, había dos… dos amigos… salían juntos de caño… se murieron abrazados, parecían estatuas de carbón. No se le puede hacer eso a la gente, loco. Por más que sean delincuentes…

Amada ya no pudo seguir hablando. Cuando Frattini lo vio derramar la primera lágrima empezó a alejar a los demás para que lo dejaran tranquilo. Volvió a sentarse, le pasó un brazo por los hombros.

—Ya está. Tranquilo —dijo Frattini.

Cuando se quiso dar cuenta, él también estaba llorando.

43

Después del motín los controles se hicieron insoportables. La requisa los revisaba dos veces al día, antes y después de cada recreo. Las visitas eran tratadas como escoria: los controles eran vejatorios, manoseaban a las mujeres e incluso a los niños. Maga lo visitó el primer domingo, sin falta. Ella continuaba reprochándole su error y él seguía oyéndola en silencio, ensimismado, hasta que su mujer acabó llorando y se marchó sin siquiera despedirse.

Pronto, las visitas de Maga se hicieron más espaciadas.

Para el mes de junio Frattini ya había aceptado su merecido abandono. Lo único que lo distraía era ver los partidos del mundial. Las autoridades del penal, como las de todo el país, habían hecho un alto en sus atrocidades para ofrecerles a sus súbditos una falsa fiesta que, de algún modo, sirvió para satisfacer la necesidad de alegría que tenían los argentinos de dentro y de afuera de Devoto.

Por las noches, mientras oía los estruendos de los petardos que anunciaban los festejos de la Selección, pensaba en Alejandro, pensaba que nunca lo llevaría a una plaza a jugar al fútbol.

Con el paso de los días, comenzó a derrumbarse.

Ahora veía todo con tanta claridad que no le quedaba más opción que buscar las razones de aquello. Algunos días pensaba en su padre y su madre, en su verdadera madre. La que había matado al nacer. Había sido un criminal antes de abrir los ojos. ¿Qué podía haber hecho para remediarlo, si estaba condenado desde la cuna?

La soledad se le hacía más triste y agobiante con el paso de los

días.

Cuando llegó diciembre y se acercaron las fiestas, su hermana Francisca fue a visitarlo. En su rostro gélido, Frattini supo leer cada una de sus acusaciones.

—Gracias por venir.

—Sos un chorro, pero sos mi hermano.

—¿Sabés algo de Maga?

—Está bien, y los chicos también.

—¿Los ves?

—Sí, Alejandro está igualito a papá.

Frattini guardó silencio. Su hermana no le quitaba los ojos de encima. Lo conocía demasiado. De pronto, Frattini se oyó decir de la nada:

—Maté a mi mamá. Si no la hubiera matado en el parto, todo hubiera sido distinto.

Francisca lo tomó de la barbilla y lo obligó a alzar la vista del suelo.

—Vos no la mataste. Tu mamá se murió una semana después de que vos nacieras. Yo vi tu partida de nacimiento. Tu mamá la firmó. Así que no murió en el parto.

Frattini se inclinó en la silla, y con ambas manos trató de contener la angustia que le brotaba desde adentro. Los brazos de su hermana lo cubrieron. La miró con tristeza.

Lejos de liberarlo, aquella confesión terminó por arrebatarle la poca esperanza que tenía. De nada le servía echarle la culpa a su padre. La vida lo había puesto a prueba y él se había equivocado.

Pronto comenzaron a molestarle las historias que contaban los otros internos. Ahora pensaba que eran débiles. Como él, los demás fingían una fortaleza que arrasaba familias propias y ajenas.

1979 empezó y terminó antes de que se diera cuenta. Se pasaba el día pensando. Incluso, se había animado a empezar a escribir sus memorias en hojas sueltas que guardaba debajo de las baldosas para que la requisa no se las quitara.

Hacía dos años que no veía a Maga, y sin embargo, por alguna razón que no podía entender, seguía esperándola. Los domingos se

ubicaba en una mesa del fondo del comedor, con la vista en las rejas, esperando descubrir sus ojos entre las demás mujeres que iban a visitar a sus hombres.

El 31 de diciembre de 1980 hizo lo mismo: se sentó a esperar algo que no iba a suceder. Y sin embargo, cinco minutos antes de que el horario de visita terminara, descubrió a Maga con Ana de la mano y Alejandro en brazos. Debía ser Alejandro aquel niño hermoso que hablaba sin parar y miraba todo con dos enormes ojos claros. Los vio acercarse entre los familiares que se marchaban.

—Hola —dijo Maga, besándolo en la mejilla.

Durante las milésimas que duró aquel beso, Frattini pensó que Maga lo había perdonado.

Sus hijos lo miraban como si fuera un extraño. No podía culparlos. Alejandro había aprendido a hablar, a caminar, a comer sin que él le enseñara nada. Ana se estaba convirtiendo en una mujer.

—Denle un beso a papá —dijo Maga.

Los niños lo miraron con miedo.

Llorando, Frattini se incorporó para besar a Ana. Después se arrodilló hasta quedar a la altura de Alejandro, que no dejaba de aferrarse a las piernas de su madre. Lo abrazó con fuerza, sin dejar de llorar.

—Upa, mami —dijo su hijo.

Maga lo alzó en brazos, mientras Ana la tomaba de la mano con una incomodidad que no podía esconder.

Sonó el timbre que anunciaba el final de las visitas. Frattini se incorporó y se limpió las lágrimas con una mano. Entonces Maga dijo:

—Olvidate de nosotros para siempre.

44

Era la primera vez que viajaba en avión, y decidió que también sería la última. Cada sacudida lo asustaba, cada descenso abrupto de altitud le cortaba la respiración. A su alrededor, los demás presos guardaban un silencio de muerte. ¿Dónde los llevaban? ¿Qué harían lejos de la ciudad? ¿Era así como iba a llegar al final de sus días? ¿Alejado, encerrado, apartado de todo?

Al bajar del avión, rodeado de policías, descubrió unas sombras por sobre el horizonte. Las montañas que lo rodeaban eran los muros más altos que había visto en su vida. El cielo diáfano, barrido a diestra y siniestra por un viento helado, era un espectáculo que Frattini apenas si pudo soportar.

Los trasladaron del aeropuerto al penal de Neuquén en un camión cerrado. La celda individual que le asignaron era estrecha, pero tenía una ventana pequeña y si se subía a la cama desde allí podía ver el cielo y la calle. Con el paso de los días, el invierno se hizo más crudo. En la televisión del pabellón, la pantalla mostraba jóvenes desabrigados con el rostro descascarado por el frío, los miembros rígidos, sentados en el suelo y rodeados de militares ingleses que se sorprendían de su propia victoria. Era junio de 1982. La guerra había terminado, y pronto, en las pantallas, los fusiles fueron reemplazados por un balón.

Para entonces Frattini sabía que el invierno de Neuquén era insoportable. El frío apenas si le permitía salir de la cama. Pasaba las horas en su ranchada, conversando en voz baja con otros internos,

tomando un mate detrás de otro, sin lograr entibiarse el cuerpo.

Algunos días, cuando recordaba algo de su vida, volvía a escribir. Sus compañeros de encierro lo observaban con sorpresa o desconfianza, nadie podría asegurarlo. Era extraño ver a un preso escribir durante tanto tiempo. Ni siquiera eran cartas para una novia, para un familiar. Eran recuerdos aislados, situaciones desgraciadas que habían forjado su vida, su personalidad, como un molde de metal del cual ahora quería zafarse. O quizá escribiera para los otros, lo cierto es que a medida que escribía su propia historia iba comprendiendo cómo se había equivocado, cómo se había entregado a su destino.

Había pasado medio siglo desde que había robado por primera vez el dinero de debajo de los sifones. Frattini había dejado de admirar el valor de ese niño para comprender su abandono, su desgracia. Pronto, su propia vida se le reveló con tanta claridad que se sintió desnudo. Era eso. Un chico desnudo que había buscado un atajo para conseguir lo que le habían negado. Lejos de conseguirlo, el atajo lo había llevado sólo a la perdición. Ahora lo sabía: su habilidad con las llaves no era un don, había sido una condena. Entonces Frattini se dio cuenta de que ya no volvería a ser el mismo.

Poco tiempo después volvió a pintar. Ya no soñaba con ser un artista. Tan sólo necesitaba gastar el tiempo. Ya no le interesaba enfrentarse con nadie. Lo más difícil había sido enfrentarse consigo mismo.

En diciembre, el capellán de la prisión le contó la historia del padre José. El cura había convertido su pequeña capilla en un refugio para la gente pobre que se multiplicaba con los estragos de la crisis. El gobierno militar había caído, y la joven democracia argentina debía hacerse cargo de cada uno de los desastres que había heredado. Pero días atrás un grupo de delincuentes había saqueado e incendiado la pequeña capilla, llevados quién sabe por qué razones.

—Lo único que hacía el cura era ayudar a la gente —le dijo el capellán.

Frattini se quedó prendado de la historia. Ese mismo día se acercó a un interno que, sabía, pintaba paisajes cordilleranos y le contó la idea que se le había ocurrido.

También ese mismo día Frattini le dijo al capellán:

—Yo y otro compañero vamos a pintar diez obras cada uno —le dijo.

El cura, que lo conocía bastante como para confiar en él, lo miró extrañado, como si no terminara de comprender lo que Frattini le proponía.

—La plata que junten se la vamos a donar al padre José para que arregle la capilla.

El cura sonrió.

—Pero necesitamos papeles, lápices…

—No te preocupes, Frattini. Yo me encargo de todo.

Esa semana, tal como le dijo el cura, Frattini le escribió a un vecino de Neuquén que se apellidaba Faletti. Con respeto, le explicó lo que planeaba y se animó a pedirle que le donara materiales de dibujo. El lunes, temprano en la mañana, el celador se acercó a su celda cargando una caja repleta de papeles y lápices. Y comenzaron a pintar.

Cuando sus obras y las de su compañero estuvieron terminadas, les pidieron ayuda a los internos que trabajaban en el taller de carpintería, que se encargaron de fabricar los marcos. Sólo entonces, Frattini tomó lápiz y papel y le escribió una carta al mismísimo gobernador de la provincia. La carta, escueta y cargada de humildad, decía que querían exponer los cuadros en la Municipalidad para donar el dinero que se recaudara.

Durante días esperaron la respuesta del gobernador, que nunca contestaba.

El cura decidió interceder, y hasta el propio Faletti, al que Frattini sólo conocía por cartas, apoyó su proyecto. Al fin, un día en que ya no esperaba nada, recibió una carta de una tal Hilda López diciendo que la exposición se realizaría los primeros días del mes entrante.

Cuando se acercó la fecha, Frattini y su compañero envolvieron las obras con papeles de diario y ayudaron a los guardias a cargarlas en el camión que las llevaría hasta la municipalidad. Al ver partir el vehículo, Frattini sintió algo parecido a la alegría. Satisfecho, el día de la exposición se levantó temprano en la mañana. Preparó el mate y se paró sobre la cama, dispuesto a pasar el día contemplando el edificio donde el pueblo de Neuquén vería los retratos que él había pintado. Ni

siquiera estaba ansioso por participar de la exposición. No le importaba. Con los años había aprendido que el reconocimiento no era tan importante como el fin de sus acciones. Y aquello lo enorgullecía.

Cerca del mediodía oyó un grito fuera de la celda. Le costó despegar la vista de las ventanas.

—Frattini —gritaba el guardia.

Bajó de la cama y se acercó a la reja.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Vístase de civil que va a salir —dijo el guardia con media sonrisa.

—¿Adónde? —preguntó él.

—Los vienen a buscar para ir a la exposición de la Municipalidad.

En la puerta del penal los esperaban dos policías de civil. Desde afuera, los dos les hacían señas para que salieran, pero Frattini no podía moverse. Miraba el exterior del penal con miedo, no con nostalgia.

Se subieron a un auto y se dirigieron al edificio de la Municipalidad oyendo la música de la radio. Se sentía tan extraño que no le salían las palabras. En la puerta los esperaba Hilda López.

Los agentes les quitaron las esposas antes de entrar. No hizo falta ninguna amenaza. Ni Frattini ni su compañero querían escapar y perderse aquello que se abría ante sus ojos: el subsuelo estaba abarrotado de funcionarios, alumnos de escuela vestidos con delantales blancos, jubilados y sacerdotes que sólo dejaron de contemplar los retratos exhibidos en las paredes para mirarlos a ellos. Cuando empezaron a aplaudir, Frattini sintió que alguien le quitaba un peso de encima.

La vida debía ser eso. Estaba cansado de las requisas, del encierro, de los motines y de los golpes. Debía contárselo a Maga. A pesar de que la había perdido, necesitaba decirle que estaba arrepentido de todo, que al fin había logrado cambiar. Al principio pensó que le sería difícil escribirle una carta. Después, cuando comenzó a hacerlo, las palabras fluyeron sobre el papel con esa sinceridad que lo embargaba desde hacía tantos meses. Aceptó sus errores, pidió perdón. No quería reconquistarla, escribió que ni siquiera merecía soñar con eso. Pero, y esto no podía evitarlo, quería estar cerca de sus hijos y ser su amigo

cuando fuera liberado.

Esperó la respuesta durante semanas.

Una mañana, el celador se acercó a su celda con el rostro ensombrecido. En el tiempo que llevaba allí, él y los demás guardias se habían encariñado con Frattini. Quizá por eso lamentaba tener que darle la noticia.

—Lo siento —dijo el guardia, entregándole una pequeña esquela.

Cuando se marchó, Frattini se sentó en la cama con el papel entre las manos.

“No nos molestes más”, decía la carta de Maga.

45

La dictadura había dejado las prisiones llenas de detenidos, la mayoría procesados por motivos insuficientes o dignos de ser revisados. Por eso, a mediados del año siguiente, 1984, el presidente de la Nación declaró una amnistía para los presos políticos y una reducción de condena para los reos comunes.

En agosto, Frattini recibió la visita de Beatriz Aranda, la directora del Patronato de Liberados, una organización que intentaba ayudar a los ex presidiarios a reinsertarse en la sociedad. Aquel día, Beatriz le aseguró que podría alojarse en un hotel destinado a albergar a los recién liberados.

Así, días más tarde Frattini se despidió de los guardias, de los internos y al fin cruzó el portón del penal. Al salir a la calle, comenzó a caminar con la cordillera de fondo. Se sentía pequeño, pero seguro de sí mismo. Al llegar al hotel, se registró ante una señora llamada Mirtha, que le aseguró que el Patronato le había dejado paga una habitación por cuatro días con pensión completa y dinero para el pasaje de regreso a Buenos Aires.

—Hilda y Beatriz hablaron maravillas de usted, Frattini.

No tenía más objetos que la ropa que llevaba y una caja con los materiales de dibujo que le había enviado Faletti. Se dirigió a su habitación, se bañó y regresó junto al mostrador de la recepción del hotel.

—¿Puedo hacer una llamada?

Mirtha sonrió, señalando el teléfono, y se alejó fingiendo una

ocupación impostergable para que pudiera hablar sin que ella lo escuchara.

Nervioso, Frattini marcó el único número que le importaba. El teléfono llamó una, dos veces.

—Hola. ¿Hola?

—Hola —dijo Frattini.

—¿Quién habla?

—Carlos.

—¿Qué Carlos?

—Tu marido, ¿no me conocés la voz? —dijo Frattini con tristeza.

—¿Y dónde estás? —preguntó Maga, sobresaltada.

—Estoy en Neuquén, salimos por una amnistía… ¿puedo volver a casa?

Durante unos segundos, Maga guardó un silencio que a Frattini le provocó náuseas.

Luego, con una voz queda, su mujer dijo:

—No, Carlos. Por acá ni aparezcas. Y le cortó.

Cuando regresó al mostrador, Mirtha lo encontró en la misma posición en que lo había dejado: parado, mirando el teléfono mudo.

—¿Todo bien? —le preguntó.

—No —respondió Frattini mientras se alejaba arrastrando los pies.

Entró a su habitación, se desnudó, se acostó y se cubrió con todas las mantas que había. En los últimos meses había alentado la tonta idea de una posible reconciliación. Ahora que aquello se había revelado como un imposible, no le quedaba ningún motivo para levantarse.

En algún momento alguien llamó a su puerta. Entredormido, Frattini oyó que Mirtha decía:

—¿Quiere cenar, Frattini?

—No, gracias. Estoy cansado —dijo.

No mentía. Estaba cansado de todo. Y estaba solo. No tenía dónde ir. No tenía a nadie a quien llamar. Se limpió las lágrimas, cerró los ojos. Volvió a dormirse. Pero esta vez los sueños lo llevaron a lugares lejanos, idílicos y aterradores. Villa Carlos Paz. El departamento de Once. El miedo en los ojos de Alejandro y Ana. Devoto. La Boca.

Al día siguiente, al despertarse bajó a la recepción y le preguntó a

Mirtha si podía prestarle un equipo de mate.

—¿No quiere que le prepare el desayuno? No comió nada…

—Gracias, Mirtha, pero no tengo hambre.

—¿Es por su mujer, no?

Frattini asintió.

—Ya lo va a perdonar… —dijo ella, sin mucho convencimiento.

—No, Mirtha. Algunas cosas nunca se perdonan.

Esa noche no pudo dormir. Nunca había sentido tanta tristeza. Si cerraba los ojos, veía los rostros de sus hijos. Si los abría, se enfrentaba con su propia soledad.

Al amanecer, se bañó y salió a la calle. Caminó durante horas, hasta que el sol comenzó a entibiar las calles de Neuquén. Sólo entonces tomó la tarjeta que el propio Faletti le había enviado y buscó su tienda de artículos de librería. La empleada que lo recibió lo invitó a pasar apenas oyó su nombre.

—Espere un segundito acá, Frattini.

Y Frattini esperó. Tenía todo el tiempo del mundo.

Al entrar a la oficina vio a Faletti de pie junto al cuadro que Frattini le había enviado de regalo.

—Me hizo guapo y todo —dijo Faletti.

—Me alegro de que le haya gustado.

—¿Cómo anda, Frattini? ¿Qué necesita?

—Trabajo. Quiero trabajar de cualquier cosa. Puedo barrer, limpiar, hacer café… lo que necesite —dijo.

Faletti ni siquiera esperó que terminara de hablar y ya estaba escribiendo algo en una hoja que tenía sobre el escritorio.

—Vaya a ver a mi hermano. Él le va a dar laburo —dijo Faletti, entregándole el papel donde había escrito una dirección.

—Gracias.

Empezó a trabajar ese mismo día. Le dieron una escoba y se pasó la mañana barriendo el suelo del hotel que pertenecía al hermano de Faletti. Barría con una dedicación tan obsesiva que su nuevo jefe lo palmeó en la espalda:

—Frattini, me va a gastar el piso —dijo soltando una carcajada.

Él lo miró, agradecido, y continuó barriendo pisos durante todo

aquel día. El primero de su nueva vida.

46

El día que cobró su primer sueldo, Frattini pensó que debía festejarlo.

Ese sábado se compró algo de ropa y por la noche bajó de su habitación vestido de punta en blanco. Las mujeres que trabajaban con él le hicieron bromas que le encendieron las mejillas de rojo.

Luego se dirigió a una confitería que, sabía, contaba con salón de baile. Aunque se sentía un extraño entre toda esa gente acostumbrada a la libertad, pronto se fue relajando hasta que incluso se animó a bailar. Con un vaso de gaseosa en la mano, Frattini bailó toda la noche. Al amanecer, extenuado, se dirigió al hotel y comenzó a trabajar sin dormir siquiera una hora.

Meses más tarde, el almanaque le reveló una fecha particular. Ese mismo día se dirigió a la oficina de Faletti.

—Quisiera tomarme unos días para ir a Buenos Aires.

—¿Se va?

—Voy y vuelvo. Pasado mañana mi hija cumple quince años.

El viaje a Buenos Aires le trajo más recuerdos de los que podía soportar. Ahora, las calles de su ciudad le resultaban extrañas y peligrosas. Al bajar del micro, sintió que todos lo miraban. Rápidamente se alejó y se subió a un colectivo.

Francisca no se sorprendió al verlo.

Lo invitó a pasar, lo abrazó y lo besó en la mejilla.

—Te soltaron —dijo.

—Sí, y estoy trabajando en Neuquén.

—Muy bien… —dijo Francisca, mientras llamaba por teléfono a sus hermanas para avisarles que él había ido a visitarla.

—Deciles que vengan, las quiero ver.

Sus hermanas ahora eran madres, abuelas. Sin embargo, para él siempre serían la única alegría de su infancia. Después de besarlas, les contó que había dejado las llaves, que trabajaba como un hombre normal.

—Esperemos que te dure —dijo Francisca.

Sus palabras le recordaron la noche en que le había prometido que iría al cine, allá por 1963, antes de ser detenido frente al Parque Lezama.

—Esta vez es en serio —dijo Frattini.

—¿Y qué viniste a hacer a Capital?

—Mañana es el cumpleaños de Ana, ¿no? —dijo.

Sus hermanas hicieron silencio y bajaron la vista.

—Quiero verla.

—Carlos, olvidate —dijo Francisca, sin poder sostenerle la mirada.

—¿Cómo querés que me olvide de mis hijos?

Sus hermanas se miraron y volvieron a bajar la vista.

—¿Ella les pidió que no me dijeran nada?

—Sufrió mucho. Ella y los chicos. Dejalos que hagan su vida…

Después de tantos años, sus hermanas seguían siendo fieles a Maga. No podía culparlas. Ellas habían sido toda la familia paterna que Ana y Alejandro habían tenido durante todo ese tiempo. Se sentían responsables, y no querían someter a Maga a aquel encuentro que ella se resistía a aceptar.

Abatido, se incorporó de la mesa y se marchó.

Esa noche, mientras trataba de conciliar el sueño en un hotel de pasajeros de Once, rebuscó en su memoria todos los datos que podrían servirle referidos a su hija. Apenas la conocía. No sabía cómo era, qué hacía, con qué soñaba. Al fin, cuando tras las persianas el día comenzaba a clarear, Frattini recordó que alguna vez Francisca le había dicho que Ana iba a una escuela sobre la avenida Rivadavia, cerca de una estación del subterráneo.

Por la mañana, después de desayunar en un bar, Frattini tomó el subterráneo hasta el Congreso. Sabía que desde allí hacia el Bajo no había escuelas, por lo tanto debería caminar en la dirección contraria. Así lo hizo. Caminó durante horas, con los ojos abiertos, preguntando a los peatones. Entró en una escuela, en Once. Preguntó por su hija, pero allí no había ninguna alumna con su nombre. Volvió a la avenida Rivadavia, y volvió a caminar. De a ratos, debía detenerse para estirar el cuerpo, aterido de cansancio.

Las estaciones de subte pasaban tras sus pasos sin revelarle el menor signo de esperanza. No había escuelas, y si las había, nunca eran lo que él buscaba. Al llegar a Acoyte, la última estación de subte, no le quedó más opción que aceptar su fracaso.

Derrotado por la tristeza y el cansancio, Frattini siguió caminando hasta el Parque Rivadavia. Junto a él, un grupo de ancianos jugaba al ajedrez sobre una mesa de concreto. Los envidió a todos. Sin darse cuenta, se acercó a ellos.

—¿Conocen una escuela que queda junto al subterráneo?

Los hombres lo miraron con ojos acuosos y rostros sonrientes. Uno señaló hacia un costado del parque.

—No. Al lado del subte no. Pero acá a dos cuadras hay una escuela grande.

Frattini se alejó corriendo del lugar. Sólo se detuvo al alcanzar las altas puertas de una escuela pública. Le sudaban las manos, y sentía que todo el cuerpo le vibraba con un temblor de ansiedad.

Tocó timbre.

Minutos después, una portera vestida con un delantal marrón abrió la puerta para recibirlo.

—Quiero hablar con la directora —dijo Frattini.

La portera lo guió a través de un patio colmado de niños. Frattini miraba hacia todas partes, tratando de descubrir el rostro de su hija o, mejor dicho, el rostro de su hija de hacía cuatro años.

La directora lo recibió sin demoras.

—¿Qué necesita?

—Hoy es el cumpleaños de mi hija. Quiero saludarla. Hace cuatro años que no la veo.

La mujer lo miró en silencio. En su gesto, Frattini sólo encontró

desconfianza.

—¿Y cómo se llama su hija?

—Ana Frattini. ¿Viene a esta escuela?

Para sorpresa de Frattini, la mujer asintió mientras él hacía un esfuerzo enorme para no llorar delante de aquella extraña.

—Está arriba. ¿Quiere que la llame? —dijo ella.

—Si es tan amable… —dijo Frattini sin poder completar la frase.

La vio incorporarse, la vio salir de la oficina. Y él no podía moverse. Se tomó la cabeza, estiró el cuello. Las paredes comenzaron a estrecharse. En ese momento, la puerta se abrió para dejarles paso a tres chicas que debían tener la misma edad que su hija. Frattini frunció el ceño para mirarlas con detenimiento. ¿Cuál de ellas sería Ana?

—Hola —dijo.

—Hola —respondieron ellas a coro.

Estaba a punto de preguntar quién de ellas era su hija cuando vio que las chicas le daban la espalda y abrían un cajón para retirar un mapa. Antes de marcharse, lo saludaron con un gesto. Frattini volvió a quedarse solo. La angustia ya era incontenible. Unos minutos, unas horas después, la puerta se abrió y él pudo ver a su hija. La directora estaba junto a ella, y la miraba esperando que dijera si conocía a aquel hombre que la miraba con lágrimas en los ojos.

—Papá —dijo Ana, y Frattini supo que ya no necesitaba nada más.

Se incorporó de un salto y avanzó hacia su hija. Mientras la abrazaba y le besaba el rostro, murmuró:

—Feliz cumpleaños, Anita.

Conmovida, la directora salió de la oficina para que hablaran tranquilos.

—Cumplís quince, estás enorme —dijo Frattini, sabiendo que era el culpable de haberse perdido aquel crecimiento.

—¿Dónde vivís? —preguntó ella.

—En Neuquén. Estoy trabajando.

Pudo notar la incomodidad de su hija, la distancia que parecía separarlos. Pero en cuestión de minutos las distancias se acortaron a fuerza de caricias y abrazos. Cuando la directora volvió a entrar, Ana lo tenía abrazado como si quisiera quedárselo para siempre.

—Es tiempo de irse, Frattini —dijo la directora.

Frattini asintió. Tenía la camisa mojada de tanto llanto. Pero inexplicablemente no estaba triste.

Antes de marcharse, le preguntó a Ana la dirección de la casa, y le prometió que al día siguiente la estaría esperando en la esquina para seguir conversando. Quizá en el fondo esperara que Maga lo recibiera.

Amargado por el tiempo que había perdido, pero ilusionado y feliz por lo que estaba a punto de recuperar, aquella noche Frattini durmió profundamente. No tuvo pesadillas. Ni siquiera sueños placenteros.

Al día siguiente se presentó en la esquina de la casa de Maga unos minutos antes de la hora acordada. Desde allí podía ver la hilera de balcones vacíos, las calles repletas de vehículos, y esperaba ver aparecer a su hija cuando vio que quien se acercaba era otra mujer. La hermana de Maga caminaba hacia él cargando una pequeña valija.

—Mi hermana no te quiere ver —dijo sin siquiera saludarlo. Y, entregándole la valija, agregó—: Acá tenés tus cosas.

Después se volvió y comenzó a desandar sus pasos dejando a Frattini parado sobre sus propias ruinas.

47

Un sábado de 1990, Frattini se presentó en el mismo bar al que iba siempre. Los mozos lo conocían, los músicos de la banda que tocaba en vivo para que el público bailara siempre le dedicaban una canción.

Aquella noche se encontró con Teresa, una mujer a la que había conocido tiempo atrás. Junto a Teresa había una mujer de su edad, a la que nunca había visto antes. Miraba la pista con un gesto impredecible que podía ser tristeza, o temor. Frattini no podía saberlo. Lo único que le importaba era mirarla.

Cuando la banda dejó de tocar, los músicos se acercaron a la barra. Frattini los saludó a todos por su nombre. Brindaron, él con gaseosa, los demás con vino y ron mientras la música volvía a sonar desde los parlantes. En un momento, el tecladista de la banda dejó su lugar en la barra para acercarse a Teresa. Frattini los vio mezclarse entre los bailarines y comenzar a girar al compás de la música.

Animado, supo que había llegado el momento. Entonces se acercó a la mujer que había quedado sola y sin decirle nada la tomó de la cintura y comenzó a bailar. Bailaron durante cuatro horas seguidas en las que no pronunciaron una sola palabra. Entre paso y giro se miraban, divertidos, y volvían a bailar. Al fin, cuando terminó la música, juntos se acercaron a la barra.

—¿Cómo te llamás?

—Cristina —dijo ella—, ¿y vos?

—Carlos. Nunca venís acá.

Cristina sonrió con vergüenza.

—No salgo mucho. Vine a acompañar a una amiga.

Conversaron hasta el amanecer.

Al fin, cuando el bar comenzaba a vaciarse, se despidieron y quedaron en encontrarse el sábado siguiente.

Y el sábado siguiente Cristina, que nunca iba a bailar, se presentó a la hora acordada. Aquella noche bailaron menos que la primera vez. Querían hablar, necesitaban conocerse. Entonces Frattini supo que ella tenía dos hijos, que era viuda desde hacía mucho tiempo. Ella le mostró una fotografía de sus nietos, que siempre llevaba en la cartera. Cuando ella le preguntó la edad, él se oyó decir:

—Tengo cincuenta —mintió Frattini, que rozaba los sesenta.

Cuanto menos lo conociera, menos se asustaría de él. Cuanta menos intimidad lograran, más fácil sería dejarla. Ése había sido el lema de sus últimos años.

Y sin embargo, un mes más tarde, Cristina y Frattini comenzaron a verse a solas. Después de terminar su turno en el hotel, tomaba un colectivo hasta Cipolletti para visitarla. Tomaban mate, conversaban. Una tarde, Cristina le enseñó un recorte de diario con una nota que hablaba de él y los retratos que había donado para el padre José.

—No sabía que pintabas…

—No te lo dije.

—Mirá… —dijo ella señalando una línea del texto—, se equivocaron, dice que tenés sesenta años, y no cincuenta.

Frattini soltó una risa nerviosa.

—Dice la verdad…

—¿Tenés sesenta? —preguntó Cristina, sorprendida—: ¿Y entonces por qué me mentiste?

—Porque creía que no íbamos a durar. Pero ya ves… nunca pensé que a esta edad podría enamorarme.

Al fin, un día del tercer mes de aquella relación, Cristina le dijo:

—Mis hijos me preguntan con quién me veo. Ya estamos grandes, Carlos. Quiero que los conozcas. Aunque sea a mi hija, que vive conmigo.

En todas las relaciones que había tenido desde que fuera liberado, llegado este punto Frattini sentía una necesidad física de desaparecer.

No quería encariñarse ni que se encariñaran con él. Pero ahora comprendía que necesitaba y deseaba ese cariño.

—No pongas esa cara. Mis hijos son buenos.

—Sí, pero yo… tengo que decirte algo. Estuve preso mucho tiempo.

Cristina no dijo nada, y su silencio lo invitó a continuar.

—Tengo hijos en Buenos Aires, a los que perdí por ladrón. Hace años que cambié, pero tenés que saber quién fui para poder elegir si seguimos o no. No te quiero engañar.

—Dale, ¿querés conocer a Patricia?

—Está bien, pero antes quiero que me des una foto de ella.

Aquella semana, Frattini volvió a dibujar. Cuando terminó el retrato, lo llevó a enmarcar, y al día siguiente se presentó en casa de Cristina. Al ver el retrato de su hija, ella no pudo contener un suspiro de asombro.

Frattini tomó el retrato y lo llevó hasta el cuarto de Patricia para dejarlo sobre la cama. Entonces, regresó junto a Cristina y se sentó con ella a tomar mate. Durante más de una hora conversaron sobre sus historias. Al fin, cuando oyeron el ruido de la puerta, guardaron silencio como dos niños avergonzados.

Patricia entró y lo saludó a la distancia.

—Andá a tu cuarto a ver lo que te trajo Carlos —dijo Cristina.

Su hija le dedicó una mirada rápida, parecía confundida. Dejó su cartera sobre uno de los sillones y se alejó de ellos en dirección a su cuarto. Pasaron unos segundos que ellos dos sufrieron tomados de la mano. Y entonces desde el cuarto les llegó un grito de alegría:

—Es hermoso.

Frattini se mudó a casa de Cristina esa misma semana. Y la semana siguiente llegó con su mujer y sus hijos Claudio, el hermano de Patricia. Frattini estaba tan nervioso que hasta él se sorprendía. Al principio, Claudio lo miraba con desconfianza. Luego, con el correr de las horas, comenzó a tratarlo con mayor intimidad. Frattini jugaba con sus hijos, les enseñaba cómo dibujar… Y Cristina lo miraba de lejos, convencida de que no se había equivocado.

Al fin, cuando les llegó la hora de partir, Cristina y Frattini los acompañaron hasta la calle. Los niños besaron a su abuela y se detuvieron junto a él. Sólo entonces Claudio dijo:

—Vamos, saluden al abuelo.

48

En 1997, Frattini dejó el hotel para comenzar a trabajar en el Patronato de Liberados. Debía hacerlo. Necesitaba hacerlo. A Beatriz Aranda la idea le pareció auspiciosa. Si el Patronato se dedicaba a ayudar a los ex detenidos a reinsertarse en la sociedad, qué mejor que conocer la experiencia de Frattini.

Comenzó a trabajar como recepcionista del Patronato, y en poco tiempo todos sus nuevos compañeros fueron conociendo su historia. Sentado en el mostrador, veía llegar a los presos liberados con ese gesto abatido que él tanto conocía. Los ayudaba a completar formularios, los alentaba a cambiar. Por más que los tiempos y los códigos de los delincuentes fueran otros, él quería ayudarlos. Desde su liberación, leía las noticias policiales sin poder dar crédito de lo que pasaba. Si Villarino supiera que ahora los criminales eran capaces de matar a un chico por un par de zapatillas, ¿qué hubiera dicho? Si sabía que salían a robar embutidos de drogas, ¿qué pensaría? Las cosas habían cambiado mucho en los últimos años. Nadie parecía respetar el valor de la vida, fuera propia o ajena.

De alguna manera se sentía responsable de muchos de esos delincuentes. Quizá fuera la edad, quizá por el entusiasmo que le había devuelto Cristina, quería persuadirlos de que si reincidían volverían a perder a sus familias, la esperanza y la libertad. La esperanza era algo que el liberado recuperaba al salir de prisión y que luego se iba diluyendo a medida que descubría el rechazo de la sociedad. Frattini sabía lo difícil que era cambiar cuando se cerraban

las puertas por desconfianza. Abandonados, los liberados eran empujados a retomar sus actividades criminales que, antes o después, los llevaban de regreso a prisión o incluso a la muerte. De no haber tenido a los Faletti y a Cristina, él también hubiera regresado a las llaves. Por eso necesitaba contar su historia para que les sirviera de aliento a los demás. No quería dar consejos, tan sólo que los detenidos escucharan una historia distinta, un final alternativo a las historias que se contaban unos a otros en cada pabellón.

Pronto fue invitado a dar una charla en el penal de Neuquén. Aquel día, al cruzar otra vez el portón por el que había entrado hacía ya más de dieciocho años, sintió una profunda tristeza al ver el rostro desconfiado de todos los internos que esperaban sentados en el salón. Algunos de los guardias lo saludaron, recordando su paso por el penal. Sin embargo, a Frattini lo único que le importaba eran los presos. Podía notar la desconfianza en sus ojos. Sabía que detrás de sus carcajadas descalificadoras sólo había desolación. Con esfuerzo, subió a la tarima que habían preparado y se sentó en la silla, frente a la mirada acusadora de los internos.

Entonces los miró fijamente y comenzó a decir:

—Yo no puedo darle consejos a nadie. Estuve más de veinte años detenido. Lo único que quiero contarles es todo lo que perdí por vivir equivocado.

Poco a poco, los internos fueron dejando de lado los chistes, las sonrisas de incomodidad. Lo escuchaban con los ojos abiertos como platos, algunos bajaban la vista, recordando vaya a saber cuántos dolores y abandonos al oír las desgracias de Frattini.

Cuando terminó de hablar, los internos le dedicaron un aplauso que le llenó los ojos de lágrimas. Lentamente, algunos se le fueron acercando. Le preguntaban cómo había hecho para cambiar, si había recuperado a sus hijos.

—Todavía no, pero antes de morirme lo voy a hacer —decía Frattini, angustiado por sus propios fantasmas, mientras repartía tarjetas del Patronato y les pedía a los internos que aguantaran la condena y que se acercaran a verlo cuando salieran en libertad.

A aquella primera charla le siguieron otras en distintos penales del país. Nunca se hubiera imaginado que podía alegrarse de entrar a una

prisión. Y sin embargo, cada vez que entraba a un pabellón y al menos un interno se interesaba en su discurso, sentía que había hecho algo valeroso. Eran tan jóvenes, tenían tanta vida por delante que no soportaba que la despilfarraran entre joyas y pistolas como había hecho él.

—Cuiden a su familia —les decía—, lo demás no importa nada.

Como cada día al regresar del trabajo, una tarde se sentó junto a Cristina en el patio a tomar unos mates al sol. Estaban planeando irse de viaje con una pareja de amigos a disfrutar la vida que Frattini nunca había pensado tener.

Y entonces sonó el teléfono.

—Hola, ¿Carlos Frattini? —preguntó una voz.

—Ya le paso —dijo Cristina.

Se acercó a él con el teléfono, confundida. Y en voz baja dijo:

—Es para vos.

—Hola —dijo Frattini—, ¿quién habla?

—Papá, soy Ana.

Al ver cómo se le deshacía el rostro en lágrimas, Cristina lo tomó de la mano para sostenerlo.

—Anita, ¿cómo estás?

—Bien… le pedí tu teléfono a la tía…

Frattini trató de hablar, pero tenía la garganta llena de arena.

Cristina lloraba al otro lado de la mesa, tan emocionada como él. Al fin se incorporó y se alejó para que él pudiera conversar tranquilo con su hija.

Cuando su mujer lo vio entrar al living, con el rostro sonriente detrás del reguero de lágrimas, lo abrazó.

—Tengo un nieto —dijo Frattini, tomándose la cabeza y dejándose caer en un sillón.

A aquel primer llamado le siguieron otros.

Cuando se acercaba la fecha de su cumpleaños número setenta, fue él quien llamó a Ana.

—Quiero invitarte a mi cumpleaños. Quiero verte, a vos y al nene. Pero sólo si vos querés. No puedo obligarte a nada.

—¿Cuándo querés que vaya?

Los días previos a la llegada de su hija se le hicieron interminables. Estaba tan feliz como asustado. Sin embargo, al verla bajar del ómnibus que la trajo desde Buenos Aires Frattini sólo sintió alegría. Sus miedos desaparecieron en el mismo momento en que su nieto le dijo:

—Feliz cumple, abuelo.

Orgulloso, llevó a su hija y a su nieto a conocer a cada uno de los amigos que había ganado en Neuquén y Cipolletti. Faletti, Hilda López, Beatriz Aranda, sus compañeros del Patronato… todos saludaron a Ana y le hablaron bien de su padre. Frattini nunca se había sentido tan feliz. De a ratos, la abrazaba sin ningún motivo aparente, salvo el de saldar una deuda que lo había carcomido durante años.

Ana permaneció en Cipolletti hasta diez días después de la fiesta de cumpleaños.

Por las tardes, Frattini se sentaba con ella a tomar mate, conversando de todas las cosas de las que nunca había podido conversar. Le contó de sus errores, su tristeza, lo equivocado que había vivido y los pesares que había tenido que soportar Maga. Pero cada vez que preguntaba por Alejandro, cada vez que decía que necesitaba verlo, Ana le respondía lo mismo de siempre:

—Sigue enojado.

No era para menos. Para Alejandro, él debía ser poco más que una leyenda oscura, un fantasma que había abandonado a su madre y quizá aún, a la distancia, le traía malos recuerdos de noche. Maga nunca había vuelto a encontrar una pareja. Quizá ya no confiara en nadie.

Ana se marchó pocos días más tarde, dejando en Frattini una sensación de alegría que sólo se ensombrecía cuando pensaba en Alejandro. Al besarla, mientras se despedían, Frattini quiso pedirle perdón. Pero no hizo falta, Ana parecía haberlo olvidado todo.

Días más tarde, al regresar de su trabajo en el Patronato, Cristina salió a recibirlo a la calle. Parecía nerviosa.

—¿Qué pasó? —preguntó Frattini, asustado.

Cristina lo abrazó.

—Te llamó Alejandro —dijo, emocionada.

Frattini entró corriendo a la casa. Al ver el teléfono cortado, gritó:

—¿Se cortó?

—Le dije que estabas trabajando, y le pedí por favor que llamara más tarde.

Frattini se sentó en una silla y no se movió hasta que el teléfono comenzó a sonar.

—Hola —dijo Frattini, desbordado por sus miedos y sus ilusiones.

—Soy Alejandro. ¿Quién habla? —dijo una voz seca, cargada de tensiones.

Era la primera vez que oía su voz en veinte años. Y de pronto, no sabía qué decirle.

—Carlos. Yo soy tu papá.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio absoluto. De pronto Frattini oyó que su hijo chasqueaba la lengua, como si se estuviera arrepintiendo del llamado. En silencio, él rezó para que no le cortara.

—¿Cómo estás?

—Mirá, hay cosas que me gustaría saber… —dijo Alejandro, y parecía enojado.

—Y bueno, podemos hablar cuando quieras —dijo Frattini.

—Primero quiero pensar yo. Después, otro día lo llamo.

Y cortó.

EPÍLOGO

En 2010, como cada año, Frattini viajó a Buenos Aires para visitar a sus hermanas. Ahora que el tiempo se había detenido, ahora que sus vidas eran apacibles, serenas, el horizonte se acercaba un poco más con el final de cada día. Y aquel día Frattini les pidió que lo ayudaran.

—Estoy viejo, y quiero reconciliarme con Alejandro antes de que sea tarde —dijo, y no mentía.

Sus hermanas se miraron, pero esta vez Frattini ya no descubrió ninguna recriminación en sus ojos cansados. Esta vez, Francisca no tuvo valor para negarle nada. Tomó el teléfono, marcó un número, y al pasarle el tubo a su hermano dijo:

—No te prometo nada. Llamalo y que sea lo que Dios quiera.

El teléfono llamó dos, tres veces. Frattini contenía el aliento.

Y al fin lo oyó.

—Hola.

—Hola, Alejandro. Soy tu papá.

—¿Carlos?

—Sí —aceptó Frattini, apretando los dientes.

Le hubiera gustado que lo llamara papá. Pero a Alejandro seguramente también le hubiera gustado que estuviera con él durante todos los años en que había estado preso.

—Estoy en casa de la tía Francisca. Te quiero ver. ¿Puedo?

—Sí, paso dentro una hora —dijo su hijo.

Y durante una hora Frattini esperó detrás de la puerta. Lo vio llegar en bicicleta, el pelo rubio largo, los ojos claros escrutando la calle con

desconfianza.

Su hermana abrió la puerta y lo invitó a pasar. Alejandro saludó a sus tías con afecto, y después se detuvo frente a Frattini y Cristina.

—¿Usted es Carlos, no?

—Sí —dijo Frattini.

Intentó abrazarlo, pero tuvo que conformarse con estrecharle la mano.

—Yo soy Cristina. No sabés lo felices que estamos de verte. Sobre todo tu papá —dijo su mujer, mientras Frattini y su hijo se miraban a los ojos por primera vez en sus vidas.

Pronto, sus hermanas y Cristina se marcharon a hacer compras para que pudieran conversar sin interrupciones. Y sin embargo, durante más de veinte minutos ambos permanecieron en silencio.

—Si estás enojado no puedo culparte. Yo me equivoqué mucho —dijo Frattini.

Alejandro seguía en silencio, pero en sus ojos claros podía notarse la angustia que lo embargaba.

—No te voy a pedir que me perdones, que te olvides de todo lo que hice. Sólo quiero que me des una oportunidad.

Lentamente, Alejandro se fue soltando. Le habló de sus amigos, de sus sueños, de lo que le gustaría hacer con su vida. Frattini dio gracias a Dios porque sus hijos hubieran tenido una madre como Maga. Sola, ella había logrado convertirlos en buenas personas, dispuestas a luchar por su futuro. Si bien Alejandro lo trataba con recelo, midiendo, analizando cada palabra que su padre decía, algo en sus ojos había cambiado. Frattini podía notarlo en esa especie de sonrisa que se dibujaba en sus labios apretados por el miedo y la furia que se disipaba como una tormenta.

Cuando su mujer y sus hermanas regresaron, Alejandro y Frattini conversaban sobre fútbol. Al verlo tan feliz, Cristina se acercó a él.

—Alejandro, el día que quieras venir a Cipolletti, te podés quedar en casa —dijo.

—No lo apures, si todavía ni siquiera me tutea —dijo Frattini, desalentado.

Después, Alejandro se incorporó, diciendo que debía marcharse. Salieron a la calle en silencio. Mientras Alejandro volvía a subirse a su

bicicleta, Frattini dijo:

—¿Puedo llamarte? ¿Me das permiso?

Alejandro miró el suelo.

—No estás obligado… —se apuró en decir Frattini, arrepentido por su brusquedad.

Pero su hijo lo miró a los ojos con un resplandor que pareció iluminar la oscuridad de la calle, y dijo:

—Llamame cuando quieras.

Cuando su hijo se marchó, Frattini pensó que había abierto la última puerta de su vida.

Y entonces supo que se había salvado.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento y respeto eterno a toda la gente de la provincia de Neuquén que me tendió una mano.

CARLOS FRATTINI

Agradezco a Frattini su confianza, su paciencia, y sobre todo la valentía que tuvo al contar cada uno de los episodios de su vida. A Jorge Fernández Díaz, por su generosidad y por haberme acercado desinteresadamente esta increíble historia.

A Ana Rapoport, porque sus comentarios y sus correcciones siempre mejoran mis textos, y ella, mi vida. Y a JRR, por tanto.

ALEJANDRO PARISI

Cubierta
Portada
Epígrafe
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36

37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
Epílogo
Agradecimientos
Créditos
Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA

Parisi, Alejandro
Un caballero en el purgatorio.
- 1a ed. - Buenos Aires :
Sudamericana, 2012
(Narrativa)
EBook.

ISBN 978-950-07-4054-8

1. Narrativa Argentina. I.
Título
CDD A863

Edición en formato digital: noviembre de 2012
© 2012, Random House Mondadori, S.A.
Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-4054-8

Conversión a formato digital: libresque

www.megustaleer.com.ar

RANDOM HOUSE MONDADORI

Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede Argentina:
Humberto Primo 555, BUENOS AIRES
Teléfono: 5235-4400
E-mail: info@rhm.com.ar
www.megustaleer.com.ar